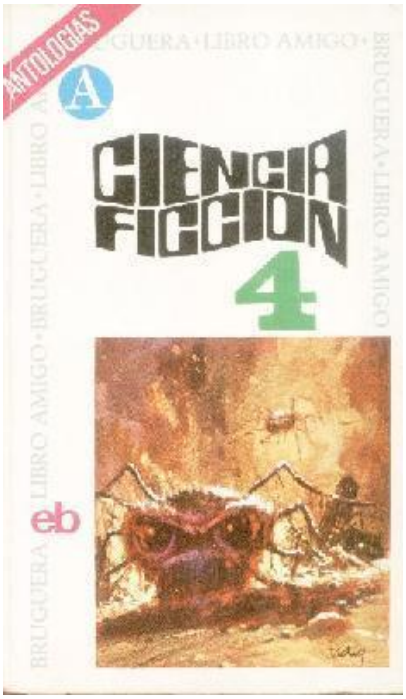
Libros Tauro
www.LibrosTauro.com.ar

Ciencia Ficción 4

Carlo Frabetti

(Recopilador)

Título Original: *Ciencia Ficción. Cuarta Selección.*



Contenido

Roger Zelazny • *...Y LLÁMAME CONRAD*
Dean R. Koentz • *ALUCINOGENIA*
Ann McLeod • *CASA PROPIA*
Ilya Varshavsky • *EL CONFLICTO*
Philip K. Dick • *USTED LO RECORDARÁ PERFECTAMENTE*

PRESENTACIÓN

SF Y MITOLOGÍA

Se ha dicho a menudo que la SF es el equivalente contemporáneo de los cuentos de hadas y las leyendas, y algunos comentaristas opinan que el género responde, básicamente, a un deseo de racionalizar *los antiguos mitos, de hacerlos compatibles con nuestra escéptica era tecnológica dándoles una base, más o menos científica.*

Un claro ejemplo de lo anterior lo tenemos en un reciente film de extraordinario éxito: La Noche de los Muertos Vivientes*. Dicha película utiliza el antiquísimo mito del zombi (o cadáver animado de una seudovida impersonal), pero en vez de justificar el fenómeno por la intervención de alguna oscura fuerza extrahumana, le busca una explicación científica, mucho más creíble para un público actual.*

Pero si bien es cierto que la SF recurre con frecuencia a viejos símbolos y mitos, no hay que deducir por ello, como pretenden algunos, que se trata de una neo-mitología. El mito (y sus derivados, los cuentos y leyendas) es básicamente conservador, pues refleja una concepción cíclica («eterno retorno») de la existencia, que viene referida a un pasado primigenio en el que quedó definitivamente establecido al orden de las cosas.

La SF, por el contrario, es básicamente progresiva, pues, al plantear innumerables alternativas, al subrayar errores, taras y posibilidades, muestra la contingencia y la arbitrariedad de ese orden establecido. Al estimular la imaginación y la actitud especulativa, se convierte en una importante arma contra la rutina y el conformismo.

Por tanto, si bien hay una relación entre mitología y SF, es más de ruptura, de antítesis, que de continuidad. Cuando la SF adopta los símbolos de antiguas leyendas, no se limita a racionalizarlos, sino que suele, además, desmitificarlos (naturalmente, me refiero a la SF de cierta calidad, pues bajo el epígrafe «ciencia-ficción» se acogen una infinidad de subproductos, generalmente pueriles y embrutecedores, que se mantienen en una línea totalmente mítica).

*...*Y Llámame Conrad*, la narración central de la presente antología,* quasi *novela que ocupa las tres cuartas partes del volumen, tiene mucho de odisea. Su protagonista nada tiene que envidiar a los héroes homéricos, y en el fascinante escenario de una Grecia transfigurada por la radiactividad se encontrará con sátiros, vampiros y otras criaturas de leyenda.*

Pero todos estos elementos de indudable extracción mítica están al servicio de una narración polémica, que, lejos de adormecer la mente, despierta la duda y la inquietud... A la vez que consigue divertir al lector más exigente.

CARLO FRABETTI

...Y LLÁMAME CONRAD

ROGER ZELAZNY

Los lectores de la desaparecida revista Minotauro *difícilmente habrán olvidado «Una Rosa para el Eclesiastés» (núm. 8), y los seguidores de* Nueva Dimensión*, probablemente*

recuerden el relato «Mío es el Reino» (número 4, con el seudónimo Harrison Denmark), en el que se nos presenta al último hombre sobre una Tierra muerta, que no se resigna a cedérsela a los pacíficos invasores xenoides.

En ...Y Llámame Conrad*, Zelazny recoge el tema de una Tierra en ruinas, acosada (de forma no bélica sino diplomática) por una raza extraterrestre fría y calculadora, y construye una narración de evidente corte épico. El protagonista, Conrad-Konstantin, es poco menos que un semidiós helénico, empeñado, a lo largo de su secular existencia, en una colosal epopeya cuyo escenario es una Tierra post-atómica, en la que la radiactividad ha despertado, dándoles realidad física, los antiguos mitos y leyendas...*

* * *

—Tú eres un Kallikanzari —dijo ella, de repente.

Me volví sobre el costado izquierdo y sonreí en la oscuridad.

—Dejé mis cascos y mis cuernos en la oficina.

—¡Tú conoces la historia!

—Mi nombre es Nomikos.

Extendí una mano y la toqué.

—¿Vas a destruir el mundo esta vez?

Me eché a reír y la acerqué más a mí.

—Lo pensaré. De todos modos, la Tierra se derrumba.

—Sabes que los niños nacidos aquí en Navidad son de sangre Kallikanzaroide —dijo ella—, y una vez me dijiste que tu nacimiento...

—¡Está bien!

Me había llamado la atención que ella estuviese bromeando sólo a medias. Sabiendo alguna de las cosas que uno conoce de los Antiguos Lugares, de los Lugares Calientes, se puede creer en los mitos sin realizar ningún esfuerzo extraordinario..., como la historia de aquellos espíritus parecidos a Pan que se reúnen cada primavera para pasar diez días serrando el Árbol del Mundo, y son dispersados en el último momento con el doblar de las campanas orientales. (Las campanas que doblan, los dientes que rechinan, los cascos que suenan ahogadamente sobre el suelo, etcétera.) Cassandra y yo no teníamos por costumbre discutir de religión, política o folklore egeiano en la cama..., pero como yo había nacido en tales lugares, los recuerdos estaban aún algo vivos.

—Me siento herido en mis sentimientos —dije medio en broma.

—También tú me estás haciendo daño ahora mismo.

—Lo siento.

Procuré relajarme sobre el lecho.

Poco después, expliqué:

—Hace mucho tiempo, cuando yo era muy pequeño, los demás chicos solían llamarme Konstantin Kallikanzari. Cuando me hice mayor y más feo, dejaron de llamarme así. Al menos nunca mencionaban tal nombre en mi presencia.

—¿Konstantin? ¿Era ése tu nombre?

—Ahora es Conrad, de manera que olvídalo.

—Pero me gusta. Preferiría llamarte Konstantin que Conrad.

—Si eso te hace feliz...

La luna asomó su deteriorado rostro por encima del alféizar de la ventana para burlarse de mí. Yo no podía alcanzar la Luna, ni siquiera la ventana, de manera que miré hacia otra parte. La noche era fría y húmeda; una neblina espesa lo llenaba todo.

—El comisionado de Artes, Monumentos y Archivos para el planeta Tierra no es la persona más indicada para derribar el Árbol del Mundo —dije.

—Mi Kallikanzari —respondió ella, con excesiva rapidez—. No he dicho eso..., pero cada año hay menos campanas y no siempre es el deseo lo que cuenta. Tengo la impresión que tú cambiarás las cosas de alguna manera. Quizá...

—Estás equivocada, Cassandra.

—Y tengo miedo, y frío...

Estaba encantadora en la oscuridad. La sostuve entre mis brazos como si tratara de ampararla contra el rocío de la neblina exterior.

Al intentar reconstruir los acontecimientos de estos últimos seis meses, me doy cuenta ahora que mientras alzábamos muros de pasión y rebeldía, la Tierra ya había caído en manos de aquellos poderes que aplastan todas las rebeldías y sujetan todas las pasiones. Dirigidas desde el interior y el exterior, las fuerzas del quebrantamiento final aún desfilaban con paso de ganso por entre las ruinas..., sin rostro, irresistibles, con los brazos alzados.

Cort Myshtigo había atracado en Port-au-Prince, en el antiguo *Sol-Bus Line*, que le había trasladado desde Titán en compañía de una carga de camisas y zapatos, ropa interior, diferentes clases de vinos, medicinas, y las últimas cintas de la civilización.

Era un periodista galáctico, rico e influyente. Lo rico que era no lo sabríamos en muchas semanas, y la influencia que poseía era cosa que yo había averiguado hacía solamente cinco días. Y el inactivo Radpol estaba agitándose nuevamente, pero no lo supe hasta varios días después.

El Radpol. El viejo Radpol...

Organización importante entre los agitadores de la destrucción, el Radpol se había sumido en una larga quietud.

Después de la partida de su siniestro fundador Karaghiosis, el asesino (que extrañamente se parecía a mí, según decían unos pocos veteranos), el Radpol se había debilitado y dormido.

Sin embargo, ya había realizado su labor hacía medio siglo, y los veganos se hallaban estancados.

Pero Vega podía comprar la Oficina de la Tierra..., que dirige este culpable mundo..., y venderla muchas veces, sin que nadie se enterase, porque el Gobierno de la Tierra vive lejos de los alrededores de Vega.

Aunque Vega no lo había intentado hacer, o no había podido.

No desde que el Radpol había dirigido la Rebelión Restitutoria, fundido Madagascar, y demostrado su eficacia. El gobernador de la Tierra había estado muy atareado vendiendo terrenos a los veganos; esto mediante la Oficina, infección del servicio civil del Gobierno de la Tierra, aquí, entre las islas del mundo.

Una vez terminadas las ventas. Vega se retiró, y el Radpol se adormeció soñando su Gran Sueño..., el del regreso de los hombres a la Tierra.

La Oficina continuó administrando. Los días de Karaghiosis habían pasado.

Aquí en la isla de Kos, vagamos entre los olivares, ya silvestres, elegimos nuestro camino a través de las ruinas del castillo franco, o mezclamos nuestras huellas con las trazadas en jeroglífico por las patas de las gaviotas-arenque; aquí, sobre las húmedas arenas de las playas de Kos, matamos el tiempo mientras esperamos una redención que no llegará, y que, en realidad, nunca ha sido esperada.

Los cabellos de Cassandra tienen el color de las olivas de Katamara y son muy brillantes. Sus manos son suaves, los dedos cortos, delicadamente moldeados. Sus ojos son muy negros. Ella solamente tiene unas cuatro pulgadas de estatura menos que yo, lo cual le proporciona una gracia sin par, ya que yo paso del metro ochenta. Por supuesto, cualquier mujer aparece graciosa, precisa y atractiva, cuando camina a mi lado, porque yo no poseo ninguno de los atributos de belleza anteriormente mencionados. Mi mejilla izquierda es un mapa de África trazado en varios tonos morados a causa de las mutables fungosidades que adquirí de una lona enmohecida cuando desenterré al Guggenheim para el viaje a Nueva York; el pelo me llega casi hasta las mismas cejas, mis ojos son desiguales. (Miro a la gente airadamente con el que tiene un frío color azul cuando quiero intimidar; el de color castaño es para las miradas sinceras y honradas.) Uso una bota reforzada, pues mi pierna derecha es demasiado corta.

Sin embargo, en Cassandra no hay contrastes. Es bella.

La conocí por casualidad, la perseguí con desesperación y me casé con ella en contra de mi voluntad. (Esta última parte fue idea suya.) Yo ni siquiera pensaba en ello..., ni aquel día cuando entré en el puerto con mi caique y la vi allí, tomando el sol como una sirena junto al sicómoro de Hipócrates y decidí que la deseaba. Kallikanzari nunca hizo mucho honor a la familia. Resbalé de nuevo.

Era una mañana muy limpia y clara. Se iniciaba el tercer mes desde nuestra unión. Sin embargo, aquél era mi último día en Kos, pues había recibido una llamada la tarde anterior. Todo estaba húmedo aún, a causa de la lluvia caída durante la noche, y tomamos asiento en el patio, bebiendo café turco y comiendo naranjas. El día estaba comenzando a iluminar el mundo. La brisa era intermitente, húmeda, la sentíamos bajo el negro peso de nuestros suéteres, y veíamos cómo se llevaba muy lejos el vapor de nuestro caliente café.

—Me siento destrozado —dije.

—Lo sé —respondió ella—. Procura animarte...

—Es inevitable. Tengo que irme y dejarte, y eso me desmorona moralmente.

—Puede que sólo se trate de unas pocas semanas. Eso has dicho tú. Luego, regresarás.

—Eso espero —dije—. Sin embargo, si mi ausencia se alarga, enviaré a buscarte. Todavía no sé dónde estaré.

—¿Quién es Cort Myshtigo?

—Un actor de Vega, periodista. Es importante. Quiere escribir sobre lo que queda de la Tierra. De manera que tengo que enseñárselo todo personalmente. Yo. Personalmente..., ¡maldita sea!

—Cualquiera que pueda tomarse unas vacaciones de diez meses para navegar por ahí no debería quejarse de exceso de trabajo.

—Yo puedo quejarme..., y lo haré. Se supone que mi trabajo es una sinecura.

—¿Por qué?

—Principalmente porque hice que fuera así. Trabajé duramente durante veinte años para lograr que las Artes, los Monumentos y los Archivos sean lo que hoy son. Hace diez años llegué a conseguir que el personal que me rodea estuviese capacitado para dirigirlo todo. Y así pude retirarme a pastar en buenas praderas, como se dice vulgarmente. De vez en cuando regresaba para firmar papeles y luego hacía lo que me diese la gana durante largos intervalos de tiempo. Y ahora esto..., este gesto servil..., tener que acompañar por ahí a un plumífero de Vega en un viaje que podría realizar cualquier guía profesional. ¡Los veganos no son dioses!

—Espera un minuto —dijo ella—. ¿De qué hablas? ¿Veinte años? ¿Diez años?

Sentí un nudo en la boca del estómago.

—Ni siquiera has cumplido los treinta años de edad.

El nudo del estómago se hizo mayor. Esperé. Luego me levanté.

—Bien, hay algo que..., bueno, algo que en realidad jamás mencioné ante ti. De todas maneras, dime, ¿qué edad tienes tú, Cassandra?

—Veinte años.

—¡Vaya, vaya! Yo estoy a punto de tener cuatro veces tu edad.

—No te comprendo, no lo entiendo.

—Ni yo tampoco. Ni tampoco parecen entenderlo los doctores. Parece ser que me detuve en algún punto situado entre los veinte y los treinta años, y así seguí... Sospecho que eso es una especie de..., bueno, parte quizá de mi mutación particular. ¿Acaso eso establece alguna diferencia entre los dos..., alguna dificultad?

—No lo sé... Quizá sí.

—No te importa mi cojera, o mi excesivo vello, o el aspecto de mi rostro. Entonces, ¿por qué debe preocuparte mi edad? Soy joven para todos los efectos.

—Ocurre que no es lo mismo una cosa que otra... —respondió ella, con indiscutible contundencia—. ¿Y qué ocurrirá si jamás te haces viejo?

Me mordí el labio inferior, cuando deseaba morder los suyos.

—Más pronto o más tarde tendré que hacerme viejo.

—¿Y si es más tarde? Yo te amo. No quiero llegar a ser una anciana a tu lado.

—Tú vivirás por lo menos hasta los ciento cincuenta años. Hay tratamientos S-S. Tú los tendrás a tu disposición.

—Pero no me mantendrán joven..., como tú.

—Yo no soy realmente joven. Nací ya viejo.

Mis palabras no hicieron el menor efecto. Cassandra comenzó a llorar.

—Quedan muchos, muchos años por delante —añadí—. ¿Quién sabe lo que ocurrirá mientras tanto?

Mis palabras sólo la hicieron llorar más todavía.

Siempre fui impulsivo. Normalmente pienso bien, pero al parecer siempre lo hago después de haber hablado..., y, mientras tanto, generalmente, ya he destruido toda posible base para una ulterior conversación.

Tratando de animarla, añadí:

—Escucha, tú también tienes en ti una pincelada de Material Ardiente. Me costó cuarenta años darme cuenta que no tenía cuarenta años. Puede que a ti te suceda lo mismo. No soy más que un chico de la vecindad.

—¿Conoces algún otro caso como el tuyo?

—Bien...

—No, no lo conoces.

—No, no lo conozco.

Esperé hasta que dejó de llorar y sentí cómo me miraba nuevamente. Luego, esperé un poco más.

—¿Estás bien? —pregunté finalmente.

—Muy bien, gracias.

Busqué su mano fría, pasiva, que llevé a mis labios.

—Rodos dactylos —murmuré.

Ella dijo:

—Puede que sea una buena idea..., irte durante una temporada así, de esta forma...

La brisa barrió nuevamente el vapor del café. Era una brisa todavía húmeda, que nos calaba, y hacía que su mano o la mía temblasen..., no estoy seguro de cuál era. También la brisa agitaba las hojas sobre nuestras cabezas, vertiendo su rocío.

—¿No has exagerado tu edad? —preguntó—. ¿No lo has hecho siquiera un poco?

Su tono de voz sugería que el asentir a su pregunta sería la respuesta mejor acogida.

En consecuencia, respondí con tono de sinceridad:

—Sí.

Entonces, ella sonrió, algo más tranquilizada acerca de mi humanidad.

Continuamos sentados allí, tomados de la mano, y contemplando la mañana. Al cabo de un rato, ella comenzó a cantar en voz baja, casi entre dientes. Era una canción triste que tenía siglos. Una balada. Relataba la historia de un joven guerrero que jamás había sido vencido, un joven llamado Temocles. Llegó un momento en que era considerado el mejor luchador del mundo entero. Finalmente lanzó un desafío a la cima de la montaña y los dioses actuaron con rapidez: al día siguiente, un muchacho tullido entró en la ciudad sobre el lomo de un enorme perro salvaje. Temocles y el muchacho lucharon durante tres días y tres noches. En el cuarto día, el muchacho le fracturó la espina dorsal, dejándole allí en el campo. Dondequiera que se vertió su sangre, creció la *strige-fleur*, como la llama Emmet, flor bebedora de sangre que se arrastra por las noches, sin raíces, buscando el espíritu perdido del caído campeón en la sangre de sus víctimas. Pero el espíritu de Temocles se fue de la Tierra, de manera que aquellas flores deben continuar su búsqueda eterna. Más sencillo que Esquilo, pero es que somos personas más sencillas de lo que una vez fuimos, especialmente los habitantes de tierra firme. Además, ésa no es la forma en que realmente sucedieron las cosas.

—¿Por qué estás llorando? —me preguntó ella, súbitamente.

—Estoy pensando en las imágenes del escudo de Aquiles —respondí—, y de lo terrible que es ser una bestia educada..., y conste que no estoy llorando. Es el rocío de las hojas que cae sobre mi rostro.

—Haré un poco más de café.

El sol ascendió en el cielo a más altura, y al cabo de un rato se oyó el ruido de un martillo, procedente del patio del viejo Aldones, el constructor de ataúdes. El ciclamino había despertado y la brisa nos traía su fragancia a través de los campos. Muy alto, como un oscuro presagio, planeaba un murciélago araña, hacia tierra firme. Sentí dolor al crispar mis dedos alrededor de la culata de un «306 Detonador», y vi cómo el animal retrocedía. Las únicas armas de fuego que yo conocía se hallaban a bordo de mi buque, el *Vanitie*. Al cabo de unos instantes, el murciélago-araña se perdía de vista.

—Dicen que no son realmente nativos de la Tierra —manifestó ella, contemplando también la desaparición del animal— y que los han traído desde Titán para formar parques zoológicos y...

—Así es.

—...y que se perdieron durante los Tres Días, y entonces se volvieron salvajes, y que aquí crecen hasta alcanzar un tamaño mucho mayor que en su mundo.

—Una vez vi uno que medía diez metros con las alas extendidas.

—Mi abuelo me contó una vez una historia que había oído en Atenas —recordó Cassandra— sobre un hombre que mató a uno de esos animales sin contar con arma alguna. El animal alzó al hombre con sus garras desde el muelle donde se encontraba, en El Pireo, pero el hombre le fracturó el cuello con ambas manos. Los dos cayeron a unos treinta metros en el interior de la bahía. El hombre sobrevivió.

—Eso fue hace mucho tiempo —dije yo, recordando—, mucho antes que la Oficina iniciara su campaña de exterminación. Entonces había muchos más animales como ése, y en aquellos días eran mucho más audaces. Ahora huyen de las ciudades.

—Aquel hombre se llamaba Konstantin, ahora lo recuerdo. ¿Fuiste tú?

—Su apellido era Karaghiosis.

—¿Eres tú Karaghiosis?

—Si deseas que lo sea..., ¿por qué?

—Porque más tarde ayudó a fundar el Radpol Restitutorio en Atenas y, además, tú tienes unas manos muy fuertes.

—¿Eres tú un Restitutorio?

—Sí. ¿Y tú?

—Yo trabajo para la Oficina. No tengo opiniones políticas.

—Karaghiosis bombardeó los lugares de recreo.

—Lo sé.

—¿Sientes que los hubiera bombardeado?

—No... Realmente no sé muchas cosas sobre ti, ¿verdad?

—Lo sabes todo acerca de mí. Pregunta. La realidad es que soy muy sencillo..., está llegando ahora mismo mi taxi aéreo.

—No oigo nada.

—Lo oirás.

Al cabo de un momento el aparato apareció planeando en el cielo hacia Kos, para después situarse en la baliza que yo había montado en un extremo del patio. Me puse en pie y ayudé a Cassandra a hacer lo mismo, a la vez que el aparato zumbaba suavemente... Un «Radson Skimmer»: una brillante concha de coquina, llena de transparencia, de fondo liso y morro chato.

—¿Quieres llevarte alguna cosa contigo? —preguntó ella.

—Sabes lo que desearía llevarme, pero no puedo.

El «Skimmer» se inmovilizó y abrió uno de sus costados. El piloto, con rostro casi cubierto por unas grandes gafas, volvió la cabeza.

—Tengo la impresión —dijo Cassandra— que te encaminas hacia algo peligroso.

—Lo dudo, Cassandra.

Ningún fenómeno reintegrará la perdida costilla de Adán, a Dios gracias.

—Adiós, Cassandra.

—Adiós, mi Kallikanzari.

Subí al «Skimmer» y saltamos hacia el cielo, musitando una oración a Afrodita. Desde allá abajo, Cassandra alzaba una mano, saludando. Detrás de mí, el sol iba ampliando más y más su red luminosa. Partimos velozmente hacia el Oeste. Desde Kos a Port-au-Prince había cuatro horas, agua gris, pálidas estrellas, y yo loco. Contemplé las luces de colores...

El vestíbulo estaba abarrotado de gente. Una enorme luna tropical brillaba rabiosamente. Sabía dónde podía encontrar a Ellen Emmet y me dirigí a su balcón. Las puertas estaban entreabiertas. Ellen debió presentirme, porque ya me esperaba.

—Una vez más de regreso de entre los muertos —me saludó, sonriendo ligeramente—. Ausente casi un año y ni una sola postal de Ceilán comunicando excelente estado físico.

—¿Estuviste enferma?

—Pude estarlo.

Era pequeña, y al igual que todas las que odiaban el día mostraba un tono cremoso bajo su color oscuro. Me recordaba a una complicada muñeca mecánica con parte de su mecanismo averiado... Dotada de una fría gracia y con tendencia a aplicar puntapiés a la gente en la espinilla cuando menos lo esperaban. Había perdido una gran cantidad de su cabello color naranja oscuro. El restante, recogido en un nudo gordiano de cofia, me desorientó cuando, mentalmente, intenté deshacerlo. En aquel día particular, sus ojos tenían el color que más complacía al dios de su elección..., ahora lo he olvidado, pero creo que eran azules y de una profundidad terrible. Cualesquiera que fuesen sus ropas, tenían un color verde castaño, y había tela suficiente para envolverla dos veces, pero colgaba en pliegues desiguales desde su cuello, lo cual la hacía aparecer sin forma alguna, fallo de un mal modista, a menos que estuviese otra vez embarazada, cosa que yo dudaba mucho.

—Bien, pues puedes recuperarte ya, si lo necesitas —dije—. No estuve en Ceilán. Estuve la mayor parte del tiempo en el Mediterráneo.

Ellen se recostó sobre la barandilla.

—Tengo entendido que estos días estás así..., como algo casado.

—Cierto —respondí— y también como algo molesto. ¿Para qué me han llamado?

—Pregunta a tu jefe.

—Lo hice. Me dijo que voy a servir de guía. Lo que deseo saber es por qué..., la verdadera razón. No hago más que pensar en eso y cada vez me parece más confuso.

—¿Por qué tendría que saberlo yo?

—Tú lo sabes todo.

—Me estimas excesivamente, querido. ¿Cómo es ella?

Me encogí de hombros. Luego respondí:

—Puede que como una sirena. ¿Por qué?

Ellen también se encogió de hombros.

—Pura curiosidad. ¿Cómo dices a la gente que soy yo?

—No digo a nadie cómo eres.

—Eso es un insulto. Debo ser algo..., a menos que sea única.

—Eso es..., eres única.

—Entonces, ¿por qué no me llevaste contigo el año pasado?

—Porque tú eres una persona Pueblo y necesitas a tu alrededor una ciudad. Solamente podrías ser feliz aquí, en Port.

—¿Sabes una cosa? —interrogó Ellen al cabo de un largo silencio—. Eres tan endiabladamente feo que resultas atractivo. Debe ser eso.

Me detuve con la mano extendida a un par de pulgadas de su hombro derecho.

—¿Sabes...? —continuó diciendo con voz monótona y carente de toda emoción—. Eres una pesadilla que camina como un hombre.

Dejé caer mi mano y dije:

—Lo sé..., que tengas felices sueños.

Comenzaba a dar media vuelta, cuando Ellen me retuvo, sujetándome por una manga.

—¡Espera!

Miré su mano, luego sus ojos, y otra vez su mano. Ellen soltó la manga.

—Sabes que nunca digo la verdad —dijo ella.

Y a continuación se echó a reír con carcajadas secas y forzadas. Luego añadió:

—...Y he pensado en algo que debes saber acerca de este viaje. Donald dos Santos está aquí, y creo que él también va...

—¿Dos Santos? Eso es ridículo.

—Ahora mismo está arriba en la biblioteca, con George y un árabe enorme.

Miré por encima de ella, a lo lejos, a la sección del puerto, donde las sombras, al igual que mis pensamientos, se movían a lo largo de tortuosas calles, lenta y oscuramente.

—¿Un árabe enorme? —interrogué, al cabo de unos segundos—. ¿Manos llenas de cicatrices? ¿Ojos amarillos?... ¿Se llama Hasán?

—Así es, exacto. ¿Le conoces?

—Trabajamos juntos en el pasado —reconocí.

Sonreí, aunque mi sangre estaba congelándose, pero no me agrada que la gente sepa lo que estoy pensando.

—Sonríes —dijo ella—. ¿En qué piensas?

Así es Ellen.

—Estoy pensando en George..., y en cómo estará estos días su colección de insectos.

Ellen trató de esbozar una sonrisa.

—Desarrollándose —replicó—. A verdaderos montones. Saltan, se arrastran, y algunos de esos bichos son radiactivos. Yo le he dicho: «George, ¿por qué no andas por ahí con otras mujeres en lugar de dedicar todo tu tiempo a esos escarabajos?» Pero él sólo mueve la cabeza, sin aclarar nada. Luego también le dije: «George, un día cualquiera, uno de esos bichos te va a morder y te convertirá en impotente. ¿Qué harás entonces?» Luego, él explicó que eso nunca sucedería y a continuación me dio una conferencia sobre las toxinas de los insectos. Puede que él mismo sea otro insecto disfrazado. Sospecho que obtiene alguna clase de placer sexual contemplando a esos bichos cuando se mueven en los tanques. De otro modo, no sé cómo explicarme una afición tan desmesurada.

Me volví en aquel momento para mirar hacia el vestíbulo, porque el rostro de Ellen, hablando de su marido, ya no era «su» rostro. Cuando la oí reír un momento después, me volví de nuevo y oprimí uno de sus hombros.

—Está bien, ya sé más de lo que sabía antes. Gracias. Te volveré a ver pronto.

—¿Te espero?

—No, gracias. Buenas noches.

—Buenas noches, Conrad.

Y acto seguido me retiré.

Cruzar una estancia puede ser asunto complicado y llevarle a uno mucho tiempo: sobre todo, si la estancia está llena de gente, si todo el mundo le conoce a uno, si todas las personas presentes sostienen vasos en la mano, y si uno tiene la ligera tendencia a cojear.

Así era, así estaba toda la gente, y así lo hacía yo. De manera que...

Reflexionando sobre cosas de poca importancia, elegí mi camino a lo largo de uno de los muros, justamente en la periferia de aquella masa de humanidad. Logré hacerlo durante unos siete metros, hasta llegar junto a Phil Graber y al grupo de muchachas jóvenes que el viejo célibe tiene siempre a su alrededor. Casi sin mentón, casi sin labios, y comenzando a quedarse calvo, la expresión que en otros tiempos había vivido en la carne que cubría toda su cabeza, hacía tiempo que se había retirado a la oscuridad de sus ojos, y aquella expresión fue la que se reflejó en ellos cuando me miró..., la sonrisa de burla inminente.

—Phil —dije, saludando con un movimiento de cabeza—, todo el mundo puede esbozar una máscara como ésa. He oído decir que es un arte decadente, y ahora acabo de comprobarlo.

—Todavía vives —dijo, con una voz setenta años más joven que el resto de su persona—, y retrasado, como siempre.

—Lo siento terriblemente —dije—, pero me retrasé a causa de la fiesta de cumpleaños de una dama de siete años de edad, en casa de un viejo amigo. (Lo cual era verdad, pero nada tiene que ver con esta historia.)

—Todos tus amigos son viejos amigos, ¿verdad? —preguntó.

Yo sabía muy bien que aquél era un golpe bajo, porque en otro tiempo yo había conocido a sus padres, que él apenas recordaba, y les había llevado por el sur del Eresteum para enseñarles el Porche de las Doncellas y señalar lo que había hecho Lord Elgin con el resto. Mientras tanto, yo cargaba sobre mis hombros con su retoño de brillantes ojos, contándole historias que ya eran viejas cuando aquel lugar se había construido.

—Necesito tu ayuda —dije, ignorando sus palabras, a la vez que me abría paso suavemente, por entre el denso círculo de feminidad—. Me costará toda la noche cruzar este vestíbulo hasta donde Sands charla con el vegano y lo cierto es que no dispongo de toda la noche. ¿Qué te parece? Llévame desde aquí hasta allí en un mínimo de tiempo, adoptando tus cortesanos modales y sosteniendo una conversación que nadie se atreva a interrumpir. ¿De acuerdo? Entonces, vamos allá.

Phil asintió bruscamente.

Comenzamos a atravesar la estancia por entre grupos de gente. En las alturas, las lámparas brillaban estallando en mil satélites de hielo. La telinstra, una ingeniosa arpa eólica, arrojaba a los aires sus fragmentos de canción en forma de piezas de cristal de colores. La gente zumbaba y deambulaba de acá para allá, como algunos de los insectos de Emmet; evitamos sus cuerpos colocando un pie ante el otro, sin pausa, y haciendo ruido. No debimos pisar a nadie, pues nadie chilló.

—Tengo entendido que Dos Santos está aquí —dije.

—Exactamente.

—¿Por qué?

—Ni lo sé ni me importa.

—¡Vaya! ¿Qué es lo que ha ocurrido con tu maravilloso sentido político? El Departamento de Crítica Literaria solía alabarte mucho por él.

—A mi edad, el olor de la muerte llega a ser más y más inestable cada vez que uno se tropieza con ella.

—¿Y Dos Santos huele?

—Tiende a apestar.

—He oído que emplea a uno de nuestros antiguos asociados..., de los tiempos del Caso Madagascar.

Phil inclinó la cabeza hacia un lado y me miró inquisitivamente.

—Te enteras de las cosas muy rápidamente —dijo—. Comprendo..., eres amigo de Ellen. Sí, Hasán está aquí. Está arriba con Don.

—¿A quién piensa aliviar de su carga?

—Como dije antes, realmente no sé ni me importa nada de eso.

Le miré fijamente y después, cuando él se volvió, seguí la mirada de sus ojos hacia los cómodos sillones situados en el rincón nordeste de la sala, separado del resto de la masa de la telinstra, aislaba la habitación. La que tocaba la telinstra era una dama anciana, con ojos soñadores. El director de la Tierra, Lorel Sands, fumaba su pipa...

La pipa es una de las más interesantes facetas de la personalidad de Lorel. Es un verdadero Meerschaum, y ya no quedan muchos en el mundo. En cuanto al resto de su persona, su función es más bien la de un anticomputador: se le alimenta con toda clase de datos cuidadosamente recopilados, cifras y estadísticas, y él las traduce en desperdicios. Tiene unos agudos ojos negros, y una forma de hablar lenta y apagada, mientras su mirada no se separa de uno. Muy rara vez hace gestos, pero cuando recurre a ellos, parece que corta el aire con la boquilla de su pipa; pelo blanco en las sienes y negro en la parte superior del cráneo; de altos pómulos. Posee una tez que hace juego con sus trajes de lana y constantemente lucha por avanzar una pulgada más su mandíbula inferior, gesto que debe ser realmente incómodo.

Está nombrado políticamente por el gobernador de la Tierra y se toma su trabajo muy en serio, hasta el punto de demostrar su dedicación mediante periódicos ataques de úlcera. No es el hombre más inteligente de la Tierra. Es mi jefe. También es uno de los mejores amigos que tengo.

Junto a él se sentaba Cort Myshtigo. Yo casi podía «sentir» cómo le odiaba Phil, desde las plantas azul pálido de sus pies con seis dedos, hasta la faja de cabellos teñida en color rosa que iba de sien a sien.

No le odiaba precisamente por ser él, sino, yo estaba seguro de ello, porque era el pariente más cercano —nieto de Tatram Myshtigo—, que cuarenta años antes había comenzado a demostrar que el más grande escritor vivo en lengua inglesa era un natural de Vega. El anciano todavía vive y no creo que Phil lo haya perdonado.

Por el rabillo del ojo (del azul) vi a Ellen ascendiendo por la amplia y ornada escalera, situada al otro lado del vestíbulo. Y por el rabillo del otro ojo vi cómo Lorel miraba hacia mí.

—Me han localizado —dije— y ahora debo ir a presentar mis respetos a William Seabrook de Taler. ¿Vienes?

—Bien..., muy bien —dijo Phil—. Sufrir es cosa buena para el alma.

Avanzamos hasta la estancia que formaba rincón y permanecimos en pie entre los dos sillones, entre la música y el ruido, allí, en el lugar del poder. Lorel se puso en pie lentamente para estrechar manos. Myshtigo se puso en pie aún más lentamente, pero no estrechó ninguna mano. Nos miró con sus ojos ámbar al ser presentados, sin que en su rostro se reflejara la menor expresión. Su floja camisa color naranja flameaba acompasadamente cuando sus pulmones expulsaban su constante respiración por las ventanillas anteriores de la nariz, situadas en la base de su amplio tórax. Asintió ligeramente con un movimiento de cabeza y repitió mi nombre. Luego se volvió hacia Phil, esbozando una mueca que quería ser una sonrisa y diciéndole:

—¿Le importaría que yo tradujese su máscara al inglés?

Su tono de voz fue muriendo poco a poco hasta pronunciar la última palabra.

Phil giró sobre sus talones y se alejó repentinamente.

Entonces, y durante un segundo, supuse que el de Vega se había puesto enfermo en aquel momento, hasta que recordé que la risa de un vegano suena muy parecida al balar de una cabra. Siempre trato de alejarme de los veganos, evitando sus lugares de recreo.

—Siéntate —dijo Lorel bastante incómodo, detrás de su pipa.

Arrastré una silla y la coloqué frente a los dos.

—Cort va a escribir un libro —añadió Lorel.

—Muy bien.

—Acerca de la Tierra.

Asentí con leve movimiento de cabeza.

—Expresó el deseo que tú seas su guía por ciertas zonas de los Antiguos Lugares...

—Para mí es un honor —murmuré, un tanto rígidamente—. Por otra parte, siento gran curiosidad por saber qué le decidió a elegirme a mí...

—...Y aún más curiosidad respecto a lo que yo pueda saber de usted, ¿no? —interrumpió el vegano.

—Desde luego —respondí—. Siento curiosidad en un doscientos por ciento.

—Comencé examinando, en Estados Vivos, el Registro Terrestre. Al principio, cuando concebí este proyecto..., solamente tenía la idea de establecer datos generales humanos...; más tarde, cuando me encontré con un tema interesante, probé en los Bancos de Personal de la Oficina de la Tierra.

—Bien... —murmuré.

—...Y me sentí mucho más impresionado por lo que no decían de usted, que por lo que allí manifestaban.

Me encogí, silenciosamente, de hombros.

—Según su expediente personal, tiene usted setenta y siete años de edad. Según los Estados Vivos, tiene usted ciento once o ciento treinta años...

—Dejé a un lado la cuestión de mi edad para conseguir el empleo. En aquellos momentos, se sufría una depresión económica.

—...Y así confeccioné un perfil Nomikos, especie de sistema de distintivos y comencé también a buscar en los Estados Vivos un coeficiente de análogos físicos en todos sus Bancos de Personal.

—Algunas personas coleccionan monedas antiguas, otras construyen modelos de cohetes, otras se dedican a buscar datos humanos...

—Averigüé que podría usted haber sido cuatro o cinco otras personas, todas ellas griegas, y especialmente una muy sorprendente. Pero, desde luego, Konstantin Korones, uno de los más viejos, había nacido hacía doscientos treinta y cuatro años. En Navidad. Con un ojo azul y otro castaño. Cojo de la pierna derecha. El mismo tipo de cabello a los veintitrés años. La misma estatura y demás detalles iguales.

—¿Las mismas huellas dactilares? ¿Los mismos modelos retinales?

—Esos factores no estaban incluidos en muchos de los antiguos registros. ¿Quizá eran más torpes en aquellos tiempos? No lo sé. Quizá sí más descuidados en cuanto se refería a quién podía tener acceso a los registros de carácter público...

—Usted sabe muy bien que en este planeta hay ahora unos cuatro millones de personas. Investigando en el pasado, digamos durante tres o cuatro siglos nada más, me atrevería a asegurar que se podrían encontrar «dobles» o incluso «triples» en muchas personas, ¿no?

—Bien..., todo eso sirve para hacer que sea usted un tanto misterioso. Casi como un espíritu del lugar..., y está usted tan curiosamente arruinado como lo está este lugar. Sin duda alguna, yo jamás alcanzaré su edad, sea ésta cual fuere, y sentí curiosidad por la clase de sensibilidades que un humano puede cultivar durante tanto tiempo..., especialmente teniendo en cuenta su cargo de maestro en Arte e Historia de su mundo.

Hubo un silencio y a continuación Cort añadió:

—Ésa es la razón por la que haya solicitado sus servicios.

—Bien..., y ahora que ya me ha conocido usted, arruinado y demás, ¿puedo irme a casa?

—¡Conrad! —exclamó la pipa que tenía al frente.

—No, señor Nomikos, también existen consideraciones de tipo práctico. Éste es un mundo duro y áspero y posee usted un alto potencial de supervivencia. Quiero que esté conmigo porque también deseo sobrevivir.

Me encogí de hombros nuevamente.

—Bien, eso ya está aclarado, ¿qué más?

Cort lanzó un extraño gruñido y comentó:

—Me doy cuenta que no le soy muy simpático.

—¿Qué es lo que le hace pensar de esa manera? Nada más porque ha insultado a un amigo mío, me hace preguntas impertinentes, y solicita mis servicios...

—...Además de explotar a sus paisanos, convertir su mundo en un burdel, y demostrar que el carácter provinciano de la humanidad, de toda la raza humana, comparada con la cultura galáctica...

—No estoy hablando ni de su raza ni de la mía. Estoy hablando en un terreno puramente personal. Y repito que usted insultó a mi amigo, me hizo preguntas impertinentes, y presiona para que me ponga a su servicio.

—¡Catarro de macho cabrío para los tres!... Es un insulto a las sombras de Homero y Dante hacer que ese hombre cante para la raza humana...

—Por el momento, es el mejor que tenemos.

—En cuyo caso, bien podrían ustedes pasarse sin él.

—Se comporta usted como un representante Real en una Colonia de la Corona —decidí, pronunciando casi las letras mayúsculas—, y eso no me agrada. He leído todos sus libros. También leí los de su abuelo..., como por ejemplo: *Lamento de la Prostituta Tierra*..., y usted jamás será lo que fue él. Él posee una cosa que se llama compasión. Usted, no. Cualquier sentimiento que albergue usted hacia Phil, yo lo siento por partida doble hacia usted.

Aquellas frases sobre su abuelo debieron tocar alguna fibra muy sensible, porque Cort dio un respingo cuando mi ojo azul le miró con fijeza.

—De manera que puede usted irse al mismísimo infierno —añadí en vegano.

Sands no habla suficiente vegano para que en aquel momento captase mis palabras, pero lanzó ciertos gruñidos conciliatorios, mirando en derredor para comprobar que nadie nos escuchaba.

—Conrad, por favor, adopta tu postura profesional y deja ya eso... Srin Shtigo, ¿por qué no seguimos con la planificación?

Myshtigo sonrió en azul verde.

—¿Y minimizar nuestras diferencias? Me parece muy bien.

—Entonces, vamos a la biblioteca..., se está más tranquilo..., y podremos usar el mapa pantalla.

—Muy bien.

Me sentí un poco reconfortado cuando nos levantamos para irnos, porque Dos Santos se hallaba allí arriba y odia terriblemente a los veganos y dondequiera que esté Dos Santos, allí está también Diane, la muchacha de la peluca roja, que aborrece a todo el mundo; y sabía que encontraría arriba a George Emmet y también a Ellen, y que George es un pez frío con los extraños (con los amigos también), y quizá Phil entrase allí más tarde; además estaba Hasán... Hasán es hombre que no habla mucho, permanece sentado muy inmóvil fumando sus hierbas con opaca mirada..., y si uno está muy cerca de él, y respira con fuerza un par de veces, entonces a uno llega a importarle tres cominos lo que se pueda decir a los veganos o a otras personas.

Yo esperaba que la memoria o percepción de Hasán estarían entre las nubes en aquellos momentos, pero la ilusión que tal cosa sucediera murió en cuanto entramos en la biblioteca. Estaba sentado rígidamente, sorbiendo limonada.

Con ochenta o noventa años de edad, con el aspecto de tener cuarenta, podía actuar como si tuviera treinta. Los tratamientos Sprug-Samser habían tropezado con un material que respondía maravillosamente bien. Y esto no sucede a menudo. Casi nunca, en realidad. Al parecer, y sin razón alguna, producen en la gente un fuerte *shock* del que no se recuperan ni con una fuerte inyección de adrenalina. Otros, la mayoría, se quedan congelados a los cincuenta o sesenta años. Pero, sin embargo, hay otros, unos pocos, que rejuvenecen maravillosamente cuando se aplican el tratamiento... Quizá el tanto por ciento de los que rejuvenecen llegue a un uno por mil.

Me chocó siempre que en la gran ruleta del destino *aquél* se hubiese beneficiado en tal manera.

Habían transcurrido unos cincuenta años desde el Caso Madagascar, en el que Hasán trabajó con el Radpol en su *vendetta* contra los taleritas. Había figurado en la nómina de pago del gran K. (descanse en paz) en Atenas, quien le envió a destruir la Real Compañía del gobernador de la Tierra. Lo hizo bien. Luego hubo una instantánea renovación urbana. Llamado Hasán *el Asesino* por unos pocos, es el último mercenario que queda sobre la Tierra.

También, además de Phil (que no siempre fue esgrimidor de la espada sin hoja y sin empuñadura), Hasán era uno de los muy pocos que recordaban al viejo Karaghiosis.

Así, con la barbilla alzada, y mostrando mis fungosidades, traté de nublar su mente con mi primera mirada. O bien había en él antiguos y misteriosos poderes, cosa que yo dudaba, o estaba mucho más alto de lo que yo suponía, cosa que era posible, o quizá había olvidado mi rostro..., cosa que también era posible, pero no probable..., o estaba poniendo en práctica una ética profesional o una astucia puramente animal. Pero Hasán no se alteró lo más mínimo cuando nos presentaron.

—Mi guardaespaldas Hasán —dijo Dos Santos, sonriendo brillantemente cuando yo estreché la mano que había hecho temblar al mundo.

La mano todavía era muy fuerte.

—Conrad Nomikos —murmuró Hasán, entornando los ojos como si estuviese leyendo el nombre en la lejanía.

Yo conocía a los demás que se hallaban en la estancia. Tomé asiento en una silla bastante apartada de Hasán y mantuve un segundo vaso de bebida frente a mi rostro la mayor parte del tiempo, sólo por razones de seguridad.

Diane, la de la peluca roja, se hallaba cerca y me dijo:

—Buenos días, señor Nomikos.

Saludé con leve movimiento de cabeza, tras mi vaso.

—Buenos días, Diane —respondí, casi en voz baja.

Alta, esbelta, vestida casi de blanco, se hallaba en pie junto a Dos Santos, como si fuese una vela. Sé que usa peluca porque una vez se le deslizó un tanto hacia atrás, dejando al descubierto parte de una interesante y fea cicatriz, que ella trata siempre de ocultar con su peinado. Muchas veces me pregunto sobre aquella cicatriz, cuando estoy anclado entre constelaciones, o cuando desentierro estatuas dañadas. Diane tiene los labios azules..., tatuados, supongo..., que jamás he visto sonreír; los músculos de sus mandíbulas son siempre sogas en relieve, porque Diane mantiene constantemente los dientes apretados, su frente presenta una línea marcada, como una «v» al revés entre sus ojos, pues frunce constantemente el ceño; y su barbilla es muy breve, la mantiene alta, desafiante... Apenas mueve la boca cuando habla de aquella manera tan tensa y típica en ella. Realmente no podría calcular su edad. Quizá unos treinta años, o un poco más, eso era todo.

Ella y Don formaban una interesante pareja. Él es moreno, locuaz, siempre fumando, incapaz de estarse quieto durante más de dos minutos. Ella es más alta, quizá le pase unas cinco pulgadas, y arde sin mostrar llama. Aún no conozco toda su historia, y sospecho que jamás la conoceré.

Diane se acercó y permaneció inmóvil al lado de mi silla, mientras Lorel presentaba a Cort a Dos Santos.

—¿Dirigirás el viaje?

—Todo el mundo sabe sobre eso más que yo —dije—. ¿Es posible que tú me pongas un poco al tanto sobre el asunto?

—No sé nada todavía —respondió ella—. Pregunta a Don.

—Lo haré —repliqué.

Y así lo hice. Aunque más tarde. Y no me sentí decepcionado, ya que nada esperaba.

Pero al permanecer allí sentado, tratando en lo posible de captar todo cuanto podía, estalló una súbita visión ante mis ojos, algo que en otras muchas ocasiones yo había clasificado como «logro-deseo pseudotelepático». La cosa funciona de la manera siguiente:

Quiero saber lo que sucede en alguna parte. Poseo la suficiente información como para intuir o sospechar algo. Y consigo saberlo. Solamente que la imagen me llega como si la estuviese viendo u oyendo a través de los ojos de una de las partes relacionadas con ello. No es auténtica telepatía, o al menos yo creo que no lo es, porque es susceptible de error. Aun cuando parece totalmente real.

El estremecimiento o la contracción que yo sufría en tales momentos podía decírmelo todo, excepto el porqué.

Podía verme.

Me hallaba en pie en el centro de la estancia...

Mirando a Myshtigo...

Y Dos Santos estaba diciendo:

—...Todo por su protección, no como secretario de Radpol, sino como ciudadano privado.

—Yo no he solicitado su protección —estaba diciendo el vegano—, sin embargo, se lo agradezco. Aceptaré su oferta para evitar mi muerte a manos de sus camaradas.

Sonrió al pronunciar las últimas palabras, y luego añadió:

—Si es que buscan tal cosa durante mis viajes. Dudo que lo hagan, pero sería un loco si me negara a aceptar la protección de Dos Santos.

—Es usted prudente —dijimos, inclinándonos levemente.

—Bien, y ahora, díganme... ¿Quién es?

Señaló hacia Ellen, que acababa de discutir algo con George y se alejaba de él en aquel momento.

—Esa —respondimos— es Ellen Emmet, la esposa de George Emmet, director del Departamento de Conservación de la Vida Primitiva.

—¿Cuál es su precio?

—No creo que recientemente se haya clasificado en un determinado precio.

—Bien, ¿cuál solía ser antes?

—Nunca lo tuvo.

—En la Tierra, todo tiene un precio.

—En ese caso, creo que tendrá usted que averiguarlo por sí mismo.

—Lo haré —respondió.

Las mujeres de la Tierra siempre han tenido un atractivo especial para los de Vega. Un vegano me dijo una vez que las mujeres de la Tierra le hacían sentirse zoofílico, lo que era cosa interesante, ya que en cierta ocasión una muchacha de vida alegre que vivía en un lugar de recreo de la Costa de Oro me dijo riendo entre dientes que los veganos la hacían sentirse zoofílica. Sospecho que aquellos chorros de aire deben hacer cosquillas o algo por el estilo y consiguen excitar a ambas bestias.

—A propósito —dijimos—, ¿ha dejado usted de pegar a su esposa últimamente?

—¿A cuál? —interrogó Myshtigo.

Hubo un súbito nublado ante mis ojos y de nuevo me encontré en mi silla.

—¿Qué opinas de eso? —estaba diciendo George Emmet.

Le miré. Hacía un segundo no estaba allí. Se había presentado súbitamente y se apoyaba en el amplio brazo de mi sillón.

—Repite, por favor, estaba medio dormido.

—Dije que hemos vencido al murciélago araña. ¿Qué opinas de eso?

—Me parece bien —respondí—. Pero, dime, ¿cómo lo hemos logrado?

George estaba riendo. Es uno de esos tipos en los que la risa es cosa imprevisible. Durante días andará de un lado a otro pensativo y taciturno, hasta que alguna cosa, generalmente sin importancia, le hace reír. Cuando ríe parece que tose, como cuando un bebé arranca a llorar, y tal impresión queda reforzada por su rosada flaccidez y sus escasos cabellos. Esperé. Ellen se hallaba lejos insultando a Lorel, y Diane se había vuelto de espaldas contemplando los libros de los estantes.

Finalmente, George dijo:

—He inventado una nueva especie de «slishi».

Sus palabras tenían un tono confidencial.

Yo pregunté en el mismo tono:

—¿Qué son los «slishi»?

—El «slishi» es un parásito bakabiano —explicó—, muy parecido a una garrapata grande. Los míos miden aproximadamente tres octavos de pulgada...

Hubo un silencio y George continuó explicando orgullosamente:

—...Se meten profundamente bajo la carne y luego segregan un producto altamente venenoso.

—¿Fatal?

—Los míos, sí.

—¿Podría prestarme uno? —pregunté.

—¿Para qué?

—Quiero dejarlo caer en la espalda de alguien. Pero pensándolo mejor, necesitaría una docena..., tengo muchos amigos.

—Los míos no molestan a la gente, solamente son para los murciélagos araña. Desprecian a las personas. La gente envenenaría mi «slishi» (dijo «mi slishi» muy posesivamente). El huésped debe tener un metabolismo basado en el cobre y no en el hierro, y los murciélagos araña caen dentro de tal categoría. Ésa es la razón por la que quiero acompañarte en el viaje. El «slishi» se multiplica muy rápidamente bajo las condiciones de la Tierra, si se le proporciona el huésped idóneo, y son extremadamente contagiosos si se les puede «sembrar» en la época más adecuada del año. Me estaba acordando de la última temporada de acoplamiento de murciélagos araña en el sudoeste. El próximo acoplamiento comenzará dentro de seis u ocho semanas en el territorio de California, un Antiguo Lugar..., que ya dejó de ser cálido..., llamado Capistrano. Tengo entendido que tu viaje te llevará por allí aproximadamente en esas fechas. Cuando los murciélagos araña regresen a Capistrano, quiero estar esperándolos con los «slishi». También podría aprovechar para eso mis vacaciones.

—Bien..., ¿has hablado de todo esto con Lorel?

—Sí, y cree que es una buena idea. En realidad, quiere reunirse allí con nosotros y tomar algunas fotografías. Puede que no haya demasiadas oportunidades de verlos..., oscureciendo el cielo con su vuelo, anidando en las ruinas, devorando a los jabalís, y dejando sus defecaciones de color verde en las calles... Es algo hermoso, ¿sabes?

Lorel, en aquel momento, gruñía algunas disculpas. Se hallaba en pie, al lado de la gran mesa de despacho situada en el centro de la estancia, ante la cual estaba descendiendo una ancha pantalla. Esta última era gruesa y muy transparente, de manera que nadie tenía necesidad de moverse de sus asientos para hallar una mejor posición. Lorel oprimió un botón situado en un lado de la mesa y apareció en la pantalla la parte superior de África y la mayor parte de los países mediterráneos.

Se redujeron las luces y Myshtigo se acercó hasta la mesa. Miró al mapa y luego a nadie en particular, mientras hablaba.

—Quiero visitar ciertos lugares que por una u otra razón son importantes en la historia de su mundo —dijo—. Me gustaría comenzar por Egipto, Grecia, y Roma. Luego me agradaría pasar rápidamente por Madrid, París y Londres.

Los mapas se movían al mismo tiempo que él hablaba, pero no a la suficiente velocidad para mantenerse a la altura de sus explicaciones.

—Luego quiero ir a Berlín, Bruselas, visitar San Petersburgo y Moscú, y regresar al Atlántico para detenerme en Boston, Nueva York, y Chicago (Lorel estaba ya sudando en aquellos momentos), para después ir a Yucatán y saltar hacia el territorio de California.

—¿En ese mismo orden? —pregunté.

—Aproximadamente.

—¿Y qué hay de malo con la India, Oriente Medio..., o incluso el este de Estados Unidos? —preguntó una voz que reconocí como la de Phil.

Acababa de entrar cuando las luces habían reducido su intensidad.

—Nada —replicó Myshtigo—, excepto que todas esas zonas son barro, arena, y calor, y nada tienen que ver con lo que busco.

—¿Y qué busca usted?

—Una historia.

—¿Qué clase de historia?

—Le enviaré un ejemplar autografiado.

—Gracias.

—De nada, por supuesto.

—¿Cuándo quiere usted partir? —pregunté yo.

—Pasado mañana.

—Está bien.

—Poseo mapas detallados de los lugares específicos, mapas hechos para usted. Lorel me dice que esta misma tarde los han entregado en su oficina.

—Repito una vez más que está bien. Pero hay algo que quizá usted ignora. Los lugares que acaba de mencionar están casi todos en tierra firme. Actualmente, formamos parte de una cultura insular, y por muy buenas razones. Durante los Tres Días, la Tierra Firme quedó bastante malparada y la mayor parte de esos lugares que usted mencionó aún son excesivamente calientes. Aunque no es ésta la única razón por la que se los considera poco seguros...

—Conozco su historia y estoy al corriente de las precauciones contra la radiación —interrumpió—. También estoy enterado de las mutaciones en las formas de vida que hay en los Antiguos Lugares. Lo sé, pero no me preocupa.

Yo me encogí de hombros en la media luz artificial.

—Por mí, está bien...

Cuando la pantalla desapareció detrás de él, Myshtigo me preguntó:

—¿Es cierto que usted se relaciona con varios «mambos» y «houngans» aquí en Port?

—Sí —contesté—. ¿Por qué?

—Tengo entendido —añadió él, con cierto tono de indiferencia— que el voodoo o vudú ha sobrevivido sin cambios a través de los siglos. Me gustaría mucho asistir a una auténtica ceremonia; si acudiese a ella con alguien que no fuera un extraño para los participantes, quizá entonces podría contemplar algo auténtico.

—¿Por qué desea usted eso? ¿Acaso se trata de una curiosidad morbosa hacia las costumbres bárbaras?

—No, soy estudiante de religiones comparadas.

Estudié la expresión de su rostro, pero nada pude sacar en limpio de mi examen.

Hacía ya tiempo, yo había visitado el «hounfour» con Mama Julie, con Papa Joe y con alguno de los otros. El «hounfour» no se hallaba muy lejos, pero no sabía cómo les sentaría que llegase allí en compañía de un vegano. Por supuesto, nunca habían puesto dificultades cuando me había acompañado alguien.

—Bien... —comencé a decir.

—Solamente quiero ver. Si es preciso, me alejaré y apenas sabrán que estoy allí.

Reflexioné un poco y finalmente accedí. Yo conocía a Mama Julie muy bien y no veía nada malo en aquello.

—Está bien —dije—. Le llevaré allá. Esta misma noche, si usted quiere.

Asintió con un movimiento de cabeza, me dio las gracias y salió, tras beber una «Coca-Cola». George, que no se había apartado del brazo de mi sillón, se inclinó y me dijo en voz baja que sería muy interesante colocar a un vegano sobre una mesa de disección. Estaba de acuerdo con él.

Cuando Myshtigo regresó, Dos Santos venía con él.

—¿Qué es eso de llevarse al señor Myshtigo a una ceremonia pagana? —preguntó, con cierto tono de ira.

—Así es —dije—. Le llevaré.

—Usted no le llevará sin que le acompañe un guardaespaldas.

Volví ambas palmas de las manos hacia arriba y respondí:

—Puedo solucionar yo mismo cualquier emergencia que se presente.

—Hasán y yo le acompañaremos.

Estaba a punto de protestar, cuando se presentó Ellen entre ellos.

—Yo también quiero ir —dijo—. Jamás estuve en un sitio así.

Me encogí de hombros. Si Dos Santos iba, también iría Diane, lo que aumentaba el número de nuestro grupo.

De forma que uno más no importaba, no debía importar. La cosa ya estaba arruinada antes de iniciarse.

El «hounfour» se encontraba en la sección del puerto, posiblemente porque estaba dedicado a Agué Woyo, dios del mar. O más probablemente porque la gente de Mama Julie siempre había sido gente de puerto. Agué Woyo no es un dios celoso, y así, otras numerosas deidades se conmemoran sobre los muros en brillantes colores. Hay más «trabajados hounfouri» hacia el interior, pero tienden a estar algo comercializados.

La nave de fuego de Agué mostraba los colores azul, naranja, verde, amarillo y negro, y parecía poco adecuada para navegar. Damballa Wedo, en rojo, se retorcía y se extendía a lo largo de casi todo el muro opuesto. Papa Joe golpeaba rítmicamente varios tambores «rada» en la parte anterior, al lado de la puerta que acabábamos de cruzar..., la única puerta...

El pequeño altar mostraba numerosas botellas de bebidas alcohólicas y vasos sagrados para los espíritus de la «loa». Amuletos, pipas, banderas, fotografías de personas desconocidas, y, entre otras cosas, un paquete de cigarrillos para Papa Legba.

El ceremonial se encontraba en plena marcha. Un joven «hounsi» llamado Luis nos condujo hasta allí. La estancia medía ocho metros de longitud por cinco de anchura, tenía techo alto y un sucio pavimento. Las bailarinas se movían alrededor del poste central con pasos muy lentos. Su piel era oscura y brillaba bajo las antiguas lámparas de petróleo. Con nuestra llegada, la estancia quedó abarrotada.

Mama Julie me tomó una mano y sonrió. Me condujo hasta un lugar situado junto al altar y dijo:

—¿Erzulie fue amable?

Asentí con un movimiento de cabeza.

—Le gustas, Nomikos. Vives mucho, viajas mucho, y tú siempre regresas.

—Siempre —respondí.

—¿Esas personas...?

Señaló a mis compañeros con una rápida mirada de sus ojos negros.

—Amigos —dije—; no molestarán.

Se echó a reír al escucharme. Yo la imité.

—Si nos permites estar aquí, les apartaré de tu camino. Permaneceremos en las sombras, en los lados de la sala. Si prefieres que me los lleve, lo haré. Veo que ya has bailado mucho y que has vaciado bastantes botellas...

—Quédate —dijo ella—. Y ven a charlar conmigo alguna vez, durante el día.

—Lo haré.

Se fue y le hicieron sitio en el círculo de las bailarinas. Era una mujer muy voluminosa, aunque su voz era débil. Se movía como una gigantesca muñeca de goma, con cierta gracia, trazando los pasos de baile al lento compás del batir de tambores de Papa Joe. Al cabo de un rato, aquel sonido lo llenaba todo..., mi cabeza, la tierra, el aire..., quizá habría latido así el corazón de la ballena al digerir a Jonás. Contemplé a las bailarinas. Y contemplé también a los que contemplaban a las bailarinas.

Bebí una pinta de ron, haciendo un esfuerzo para animarme un poco, pero no pude lograrlo. Myshtigo seguía sorbiendo «Coca-Cola» de una botella que había traído consigo. Nadie se dio cuenta que era azul, pero la verdad es que habíamos llegado allí más bien tarde y la ceremonia estaba ya muy avanzada.

Peluca Roja se hallaba en un rincón, su aspecto denotaba que su temor iba en aumento y fruncía el ceño más que nunca. Tenía una botella a su lado, pero estaba intacta.

Myshtigo sostenía a Ellen y no se movía de su lado.

Dos Santos estaba junto a la puerta, vigilando a todo el mundo..., incluso a mí. Hasán, sentado en cuclillas junto a la pared de la derecha, fumaba una pipa de larga boquilla con cazoleta pequeña; parecía estar en paz con todo el mundo.

Mama Julie, o al menos creí que era ella, comenzó a cantar. Otras voces le hicieron coro inmediatamente:

¡Papa Legba ouvri baye!
¡Papa Legba, Attibon Legba ouvri baye pou nou passe!
Papa Legba...

El ceremonial continuó tiempo y más tiempo. Comencé a sentir sueño. Bebí más ron, sentí mucha más sed y bebí más.

No estoy seguro del tiempo que llevábamos allí cuando sucedió. Las bailarinas estaban besando el poste central, cantando y haciendo sonar unas calabazas; un par de «hounsi» actuaban como poseídos, charlando incoherentemente; la comida que anteriormente había formado unos dibujos en el suelo estaba esparcida por todas partes; en el aire había mucho humo. Yo estaba inclinado contra la pared y creo que hacía un minuto o dos que había cerrado los ojos.

El bramido llegó desde un lugar inesperado.

Hasán gritó.

Era un grito largo, como un profundo lamento que me impulsó a dar un salto hacia delante, luego a perder el equilibrio y a apoyarme de nuevo pesadamente contra la pared.

Los tambores continuaban sonando con el mismo ritmo del principio. Algunas de las bailarinas se habían detenido para ver qué ocurría.

Hasán se había puesto en pie. Mostraba los blancos dientes, sus ojos aparecían totalmente entornados, y su rostro exhibía los valles y montañas del esfuerzo bajo una enorme capa de sudor.

Su barba era como un dardo que apuntara hacia delante.

Su jaique, enganchado en un ornamento del muro, se había convertido en alas negras.

Sus manos, con lento movimiento hipnótico, estaban estrangulando a un ser que no existía.

De su garganta salían sonidos animales.

Continuó estrangulando a nadie.

Finalmente, cloqueó con la garganta y sus manos se abrieron.

Dos Santos se colocó a su lado casi inmediatamente, hablándole, pero en aquel momento habitaban dos mundos diferentes.

Una de las bailarinas comenzó a quejarse suavemente. Otra se unió a la primera..., y hubo más quejas que sonaron lúgubremente.

Mama Julie se apartó del círculo y se acercó a mí..., justamente cuando Hasán comenzaba nuevamente a gesticular, esta vez con ademanes mucho más violentos.

Los tambores continuaron sonando y haciendo temblar la sala de arriba abajo.

Papa Joe ni siquiera había alzado los ojos.

—Mala señal —dijo Mama Julie—. ¿Qué sabes de ese hombre?

—Mucho —respondí, forzando mi mente a través de un terrible esfuerzo de voluntad.

—Angelsou —dijo Mama Julie.

—¿Cómo?

—Angelsou —repitió—. Es un dios oscuro..., un dios al que es preciso temer. Tu amigo está poseído por Angelsou.

—Explica eso, por favor.

—Rara vez viene por nuestro «hounfour». No le queremos aquí. Aquellos a quienes posee se convierten en asesinos.

—Creo que Hasán estuvo probando una nueva mezcla de pipa..., quizá algunas hierbas nuevas o algo así.

—Angelsou —repitió Mama Julie—. Tu amigo se convertirá en asesino, pues Angelsou es un dios de la muerte y solamente hace visitas a los suyos.

—Mama Julie —dije—. Hasán es un asesino. Si tú dispusieras de un pedazo de goma de mascar por cada hombre que ha matado y tuvieras que mascar toda esa goma, tendrías que convertirte en una ardilla. Es un asesino profesional..., dentro de los límites de la ley, usualmente. Desde que el Código Duello rige en Tierra Firme, realiza allí casi todo su trabajo. Se rumorea que de vez en cuando mata ilegalmente, pero eso nunca se ha demostrado.

Dos Santos, entonces, tratando de suspender el espectáculo, asió a Hasán por ambas muñecas. Intentó luego separarle las manos, pero le fue imposible..., hubiese sido igual que intentar doblar dos barras de acero.

Crucé la sala, al igual que varios de los otros. Hasán, finalmente, se había dado cuenta que alguien se hallaba frente a él, y dejó caer ambas manos a lo largo de los costados, desenlazándolas. Entonces, extrajo de debajo de su jaique un largo estilete de impresionante hoja.

Si pensaba usar el arma o no, sobre Don o sobre cualquier otra persona, es cosa que quedó ignorada, ya que en aquel momento Myshtigo asió su botella de «Coca-Cola» por el cuello y golpeó con ella a Hasán detrás de la oreja.

Hasán cayó hacia adelante y Don le tomó en brazos, a la vez que yo le arrebataba el estilete de la mano.

—Interesante ceremonia —observó el vegano—. Jamás hubiese sospechado que este individuo albergara sentimientos religiosos tan fuertes.

—Esto demuestra que jamás se puede estar seguro de nadie, ¿verdad?

Después de disculparme con el «hounfour» y dar las buenas noches, recogí a Hasán. Había perdido el conocimiento, y yo era el único allí lo suficientemente corpulento para cargar con él.

La calle estaba desierta. No había nadie, excepto nosotros.

Hasán se quejó en aquel momento y flexionó sus músculos, a la vez que yo sentía un agudo dolor en el hombro.

Le coloqué en el quicio de una puerta y registré sus ropas. Encontré dos cuchillos arrojadizos, otro estilete, un cuchillo nuevo y muy pesado, un «Bowie» con bordes en forma de sierra, cables para estrangulamiento, y una pequeña caja de metal que contenía varias clases de polvos y frasquitos de líquido que no inspeccioné muy detalladamente. Me gustaba el cuchillo nuevo y pesado, así que me lo quedé. Era un «Coricama», muy útil.

Tarde, al día siguiente —ya casi de noche—, recurrí al viejo Phil, decidido a emplearle como precio de admisión a la *suite* que disfrutaba Dos Santos en el Royal.

El Radpol todavía considera a Phil como una especie de Tom Paine Regresista, aun cuando se declaró inocente de tal cargo hace ya más de medio siglo, cuando adquirió

notable fama de místico y de respetable. Aun cuando su *Llamada de la Tierra* probablemente es el mejor libro que haya escrito, también había redactado los *Artículos del Regreso*, que ayudaron a iniciar la revolución que también yo deseaba. En estos días, posiblemente ha perdido ya mucha de aquella antigua fuerza idealista, pero de vez en cuando gusta de exponer ideas y pronunciar brillantes discursos, siempre ciñéndose al mismo tema; luego lo olvida, y considera lo hecho o lo dicho con gran placer por su parte.

Además de Phil, yo tenía otro pretexto... Deseaba ver cómo se encontraba Hasán, después del lamentable incidente ocurrido en el «hounfour».

Realmente, lo que yo deseaba en aquellos momentos era tener la oportunidad de charlar con Hasán y enterarme de cuanto, si algo había, deseara contarme sobre su último empleo.

Así, Phil y yo partimos hacia allá. No era lejos de la Oficina. El Royal se encontraba aproximadamente a unos siete minutos de paseo.

—¿Cómo es que te preocupa el Radpol otra vez? —preguntó Phil—. Hace ya mucho tiempo que lo abandonaste.

—Lo dejé en el momento más oportuno, y lo único que me preocupa es que la cosa vuelva a cobrar vida de nuevo..., como en los viejos tiempos. Hasán crece porque siempre se encarga de la entrega de algo, pero esta vez quiero saber qué es lo que contiene «el paquete».

—¿Te preocupa quizá que puedan descubrirte?

—No. Podría ser incómodo, pero dudo que eso pudiera anularme.

El Royal se alzaba ya ante nosotros y penetramos en él. Fuimos directamente a la *suite*. Al atravesar el alfombrado vestíbulo, Phil hizo una fina observación:

—Creo que de nuevo estoy estorbando.

—¿Crees eso?

—Bien. Te apuesto diez contra uno a que no sacas nada en limpio.

—No te diría que no. Quizá tengas razón.

Llamé a la puerta de oscura madera.

—Pase..., pase...

Me costó diez minutos llevar la conversación hasta mencionar el lamentable incidente del beduino, ya que allí estaba Peluca Roja, distrayéndome con su presencia.

—Buenos días —dijo ella.

—Buenas tardes —respondí.

—¿Algo nuevo en el campo de las Artes?

—No.

—¿Y en Monumentos?

—Nada.

—¿Archivos?

—No.

—¡Qué trabajo más interesante debe ser el tuyo!

—¡Oh!..., me parece que se ha hecho objeto de una excesiva publicidad por parte de unos cuantos románticos de la Oficina de Información. Realmente nos limitamos a localizar, restaurar y conservar los archivos y artefactos que la humanidad ha dejado sembrados por toda la Tierra.

—¿Una especie de coleccionistas de restos culturales?

—Bien..., quizá sea eso. Sí, supongo que sí.

—Bien, ¿por qué?

—¿Cómo que por qué...?

—¿Por qué lo haces?

—Alguien tiene que hacerlo porque se trata de restos de una cultura. Y eso vale la pena de ser salvado y conservado. Conozco esos restos mejor que nadie en la Tierra.

—Eres tan modesto como dedicado a tu oficio...

—¿Cómo marcha Hasán? La última vez que le vi estaba retirado de la circulación.

—Ya está levantado. Es un tipo fuerte. Cráneo duro. No se ha hecho ningún daño.

—¿Dónde está?

—Arriba en el vestíbulo, a la izquierda. Cuarto de Juegos.

—Creo que debo ir a presentarle mis simpatías. ¿Me perdonas?

—Perdonado —replicó, asintiendo con un movimiento de cabeza.

Y a continuación se alejó, para escuchar la conversación que Dos Santos sostenía con Phil. Phil, por supuesto, recibió bien la adición de Peluca Roja.

Nadie se fijó en mí cuando abandoné la estancia.

El Cuarto de Juegos se hallaba en el otro extremo de un largo pasillo. Cuando me aproximé, oí un sonido seco seguido por un silencio y luego otra vez el mismo sonido seco.

Abrí la puerta y atisbé en el interior.

Hasán era la única persona que se encontraba dentro. Me daba la espalda en aquel momento, pero al oír la puerta, se volvió rápidamente. Vestía una larga túnica azul y equilibraba un cuchillo en su mano derecha. Mostraba en la parte posterior del cráneo un gran parche blanco.

—Buenas tardes, Hasán.

A su lado, tenía una bandeja con cuchillos y había montado un blanco en la pared opuesta. Dos hojas de acero se hallaban clavadas en el blanco..., una en el centro y otra a unas seis pulgadas de distancia, en la posición aproximada de las nueve en punto.

—Buenas tardes —respondió lentamente.

Luego, tras haberlo pensado unos segundos, añadió:

—¿Cómo estás?

—¡Oh, muy bien! Vine a hacerte la misma pregunta. ¿Cómo está tu cabeza?

—El dolor es agudo, pero pasará.

Cerré la puerta a mis espaldas.

—Me parece que la última noche tuviste una buena pesadilla.

—Sí. El señor Dos Santos dice que estuve peleando con fantasmas. Pero yo no recuerdo nada.

—Lo seguro es que no estabas fumando lo que el doctor Emmet llamaría «Cannabis sativa».

—No, Karaghiosis. Fumaba una flor que había bebido sangre humana. La encontré cerca del Antiguo Lugar de Constantinopla y sequé sus hojas cuidadosamente. Una anciana me dijo que me proporcionaría visiones del futuro. Mintió.

—¿Y esa flor incita a la violencia? Bien, ésa es una cosa digna de anotar. Y a propósito, me has llamado Karaghiosis. No me gusta. Me llamo Nomikos. Conrad Nomikos.

—Sí, Karaghiosis. Me sorprendió verte. Creí que habías muerto hacía mucho tiempo, cuando tu embarcación naufragó en la bahía.

—Karaghiosis murió entonces. No has mencionado a nadie que me parezco a él, ¿verdad?

—No, no me gusta charlar de más.

—Esa es una buena costumbre.

Crucé la estancia, seleccioné un cuchillo, lo sopesé y lo lancé, para clavarlo a unas diez pulgadas de distancia, a la derecha del centro del blanco.

—¿Hace mucho tiempo que trabajas para el señor Dos Santos? —pregunté.

—Hace aproximadamente un mes —replicó Hasán.

Arrojó su cuchillo. Se clavó a unas cinco pulgadas del centro.

—Eres su guardaespaldas, ¿eh?

—Así es. También protejo al tipo azul.

—Don dice que la vida de Myshtigo corre peligro. ¿Acaso existe alguna amenaza real o, por el contrario, está seguro?

—Son posibles las dos cosas, Karaghiosis. No lo sé. Solamente se me paga para protegerle.

—Si yo te pagara más, ¿me dirías quién te ha contratado para matar?

—Solamente me han contratado para proteger, pero no te lo diría, si fuese lo que tú dices.

—Sólo fue una simple opinión. Vamos a buscar esos cuchillos.

Cruzamos juntos la estancia y arrancamos los cuchillos del blanco.

—Ahora bien... —añadí—, si se tratase de mí, cosa que es posible..., ¿por qué no arreglamos las cosas ahora mismo? Los dos tenemos un cuchillo en la mano. El que deje esta sala puede decir que el otro le atacó y fue asunto de defensa propia. No hay testigos. A los dos nos han visto borrachos o actuando desordenadamente la pasada noche.

—No, Karaghiosis.

—No..., ¿qué? ¿Acaso no se trata de mí? ¿O es que no deseas hacerlo en esa forma?

—Podría decir que no, que no se trata de ti. Pero tú no sabrías si decía la verdad o no.

—Eso es cierto.

—Podría decir que no deseo hacerlo de esa manera.

—¿Es eso verdad?

—Nada digo. Pero con objeto de concederte la satisfacción de una respuesta, te diré esto: Si deseara matarte, no lo haría con un cuchillo en la mano, ni trataría de luchar o boxear contigo.

—¿Cuál es la razón?

—Porque recuerdo hace muchos años, cuando yo era muchacho, en el lugar de Kerch, sirviendo las mesas de los veganos ricos..., bueno, tú no me conocías entonces. Acababa de llegar desde los lugares de Pamir. Entonces, tú y tu amigo el poeta llegaron a Kerch.

—Sí, ahora lo recuerdo... Sí, los padres de Phil habían muerto aquel año..., eran buenos amigos míos..., y yo llevaba a Phil a la Universidad. Pero había un vegano que le había quitado su primera mujer, llevándosela a Kerch. Sí, el anfitrión..., olvidé su nombre.

—Era Thrilpai Ligo, el boxeador shajadpa, que parecía una montaña al final de una llanura..., alto, inamovible. Boxeaba con la cesta vegana..., las correas de cuero con los diez afilados punzones metálicos que rodean la mano, la mano abierta...

—Sí, lo recuerdo...

—Tú nunca habías boxeado de aquella forma, pero lo hiciste por la muchacha. Había una gran multitud formada por veganos y muchachas de la Tierra y yo me quedé en pie junto a una mesa, para mirar... Al cabo de un minuto, tu cabeza estaba empapada en sangre. Él trató que la sangre te cegara, y tú agitaste la cabeza violentamente. Yo tenía entonces solamente quince años y no había matado más que a tres hombres. Creí que ibas a morir, pues ni siquiera le habías tocado. Entonces, tu mano derecha partió hacia él como un martillo pilón, ¡con terrible rapidez! Le golpeaste en el centro de ese doble hueso que los azules tienen en su pecho (y son más fuertes que nosotros) y lo aplastaste como un huevo. Estoy seguro que yo jamás podría haber hecho algo semejante, por eso temo tus brazos y tus manos. Más tarde, supe que también habías despedazado a un murciélago araña... No, Karaghiosis, yo te mataría a distancia.

—Sucedió hace tanto tiempo... No creí que nadie lo recordase.

—Ganaste a la muchacha.

—Sí. Olvidé su nombre.

—Pero no la devolviste al poeta. La conservaste para ti. Éste es el motivo por el cual, probablemente, él te odia.

—¿Phil? ¿Aquella muchacha? Pero si hasta he olvidado el aspecto que pudo tener ella.

—Él nunca la ha olvidado. Por eso creo que él te odia. Puedo oler el odio, olfatear sus fuentes. Tú te llevaste a su primera mujer. Yo estaba allí.

—Fue idea de ella, no mía.

—Y él envejece, mientras tú permaneces joven. Es triste, Karaghiosis, cuando un amigo tiene razones para odiar a un amigo.

—Sí.

—Y conste que no he respondido a tus preguntas.

—Es posible que fueras contratado para matar al vegano.

—Es posible.

—¿Por qué?

—Dije únicamente que era posible, no que fuera un hecho cierto.

—Entonces, te haré solamente una pregunta más y terminaremos con todo ello... ¿Qué beneficio aportaría la muerte del vegano? Su libro podría ser beneficioso para las relaciones vegano-humanas.

—Yo no sé si de esto saldría algo bueno o algo malo, Karaghiosis. Mira... Lancemos ahora más cuchillos.

Nos dedicamos a arrojar cuchillos. Capté la distancia y el punto de equilibrio y coloqué dos exactamente en el centro de la diana.

A continuación, Hasán hincó dos junto a los míos. El último emitió el agudo grito lastimero del metal cuando vibró su hoja contra una de las mías.

—Voy a decirte una cosa —le dije, mientras arrancábamos los cuchillos—. Yo soy el cabecilla de la gira y el responsable de la seguridad de sus miembros. Yo también me dedicaré a custodiar al vegano.

—Harás muy bien, Karaghiosis. Él necesita protección.

Coloqué los cuchillos de nuevo en la bandeja y me dirigí a la puerta.

—Nos iremos mañana por la mañana, a las nueve, ¿sabes? Tengo que llevar una caravana de «skimmers» al primer campo del conglomerado de oficinas.

—De acuerdo. Buenas noches, Karaghiosis.

—...Y llámame Conrad.

Tenía él un cuchillo preparado para arrojarlo contra la diana. Cerré la puerta y fui avanzando por el pasillo. Mientras caminaba, oí el sonido seco de un cuchillo clavándose en la madera, que resonó mucho más cercano que los primeros, repercutiendo a mi alrededor.

Cuando los seis grandes «skimmers» volaban sobre los océanos hacia Egipto, me puse a pensar en Kos y en Cassandra. Traté, con cierta dificultad, de arrancarme aquellas meditaciones y proyectar mis pensamientos hacia adelante.

Hacia la tierra de arenas, el Nilo, los saurios mutantes, y algunos faraones muertos, a quienes uno de mis proyectos estaba importunando por entonces.

Después pensé en la humanidad, acomodada y puesta en sitio seguro en la estación intermedia de Titán, trabajando en las oficinas de la Tierra, degradándose en Taler y en Bakab, sobreviviendo en Marte, y vegetando hasta cierto punto en Rylpah, Divbah, Litan, y un par de docenas de otros mundos en el complejo de Vega. Entonces medité acerca de los veganos.

Los sujetos de piel azul, con sus nombres raros y sus hoyuelos similares a marcas de viruela, nos dieron refugio cuando tuvimos frío, y nos alimentaron cuando estábamos hambrientos.

Ellos supieron comprender que nuestras colonias marcianas y titanianas habían padecido por cerca de un siglo de una súbita autarquía, después del incidente de los Tres

Días, y antes que fuera puesto a punto un vehículo interestelar que resultase eficiente y manejable.

Al igual que el gorgojo del algodón, según me explicó Emmet, estábamos simplemente buscando un hogar, porque habíamos consumido y desgastado el que poseíamos. ¿Acaso los veganos echaron mano a los insecticidas? No. Por ser una raza más antigua y de mayor sabiduría que la nuestra, nos permitieron instalarnos en sus mundos, nos dejaron vivir y trabajar en sus ciudades. Interiores y litorales.

Porque hasta una cultura tan adelantada como la de los veganos necesitaba en cierto modo la mano de obra. Una buena servidumbre doméstica no puede ser reemplazada por máquinas, ni las máquinas pueden sustituir a instructores, buenos jardineros, pescadores, trabajadores aventurándose en rudas tareas subterráneas y subacuáticas, y animadores étnicos de la variedad alienígena.

De acuerdo en que la presencia de conglomerados humanos rebaja y disminuye el valor de las adyacentes propiedades veganas, pero los humanos compensaban esta mengua con su contribución al mayor bienestar general. Esta meditación llevó mi pensamiento hacia la Tierra.

Los veganos nunca habían visto hasta entonces una civilización completamente devastada, por lo cual están fascinados con nuestro planeta de origen. Lo suficientemente fascinados como para tolerar nuestro gobierno absentista en Taler. Lo bastante atraídos como para comprar pasajes en la Gira Terrestre y contemplar las ruinas. Interesándose hasta el extremo de comprar en la Tierra parcelas y construir urbanizaciones residenciales y centros de vacaciones.

Indudablemente, existe una cierta clase de fascinación hacia un planeta que es administrado como un enorme museo. (Esto me recuerda que James Joyce comentaba algo semejante con referencia a Roma.)

Sea lo que fuere, la extinguida Tierra todavía aporta a sus vivientes nietos una pequeña, pero apreciable renta cada año fiscal vegano. Ésta es la razón que justifica la Oficina, Lorel, George, Phil y todo lo demás.

Abajo, en lontananza, el océano era una alfombra de color gris azulado, que iba siendo enrollada debajo de nosotros. El continente oscuro la sustituyó. Proseguimos nuestra trayectoria hacia Nuevo Cairo.

Tomamos tierra en las afueras de la ciudad. No hay una verdadera pista de aterrizaje. Nos limitamos a posar los seis «skimmers» en un campo desierto, que empleamos a modo de pista, y apostamos a George como centinela.

El antiguo Cairo está todavía entibiado por la radiactividad, pero la gente con la cual se puede llevar a cabo negocios de toda índole reside principalmente en Nuevo Cairo, por lo que las cosas se presentaban propicias para los componentes de la expedición.

Myshtigo se empeñó en contemplar la mezquita de Kait Bey, en la Ciudad de los Muertos, que había sobrevivido a los Tres Días. Estuvo de acuerdo en que yo le llevase en mi «skimmer», y volando en bajos y lentos círculos por aquel desolado paraje, fue tomando fotografías y pudo atisbar algunas cosas interesantes. Por lo que se refiere a monumentos, los que realmente deseaba ver eran las pirámides, Luxor, Karnak, el Valle de los Reyes y el Valle de las Reinas.

Fue un acierto que espiásemos la mezquita desde el aire. Siluetas oscuras se escurrían debajo de nosotros, deteniéndose únicamente para arrojar piedras hacia arriba, hacia nuestra nave.

—¿Quiénes son? —preguntó Myshtigo.

—Los «Incandescentes» —le aclaré—. Una especie de humanos. Varían en tamaño, forma y mal genio.

Después de describir círculos en el aire durante algún tiempo, se dio por satisfecho, y regresamos al campo.

Cuando de nuevo tomamos tierra bajo un sol deslumbrante, afianzamos las naves y desembarcamos para avanzar a través de similares proporciones de arenas y pavimento roto. Dos ayudantes eventuales de la gira, Myshtigo, Dos Santos y Peluca Roja, Ellen, Hasán y yo. En el último instante, Ellen había decidido acompañar a su marido en el viaje.

A ambos lados de la carretera, que era más bien un surco accidentado, se extendían campos de caña de azúcar de altos y brillantes tallos. En poco tiempo los dejamos atrás y pasamos por entre las edificaciones de baja altura de las afueras de la ciudad. La carretera se ensanchó. A trechos, una palmera proporcionaba un charco de sombra.

Dos chiquillos de grandes y pardos ojos alzaron la mirada a nuestro paso. Hasta entonces habían estado contemplando una vaca cansina, de seis patas, que hacía girar una gran rueda, la noria *sakieh*, con la misma estolidez con que las vacas han hecho siempre girar las norias en todas partes, sólo que ésta dejaba más huellas.

Mi supervisor del área, Rameses Smith, nos aguardaba en la posada. Era alto y corpulento, prietamente contenido su dorado semblante en una fina red de arrugas. Y tenía los característicos ojos melancólicos de su raza, pero su constante risotada borraba rápidamente esta impresión de tristeza.

Nos sentamos a beber cerveza en la sala principal de la posada mientras esperábamos a George. Unos guardias locales habían sido destacados para relevarle.

—¿La tarea progresa bien? —me preguntó Rameses.

—Excelente —respondí, en cierto modo complacido porque nadie me hubiera preguntado en qué consistiría la tarea.

Mi intención era sorprenderles.

—¿Qué tal están tu esposa y los niños? —le pregunté.

—Están muy bien.

—¿Y el bebé?

—Ha sobrevivido, sin el menor defecto —anunció orgullosamente—. Envié a mi esposa a Córcega hasta que dio a luz. Aquí está su retrato.

Simulé examinar la foto con atención, produciendo los esperados ruidos apreciativos de aprobación.

A continuación comenté:

—Hablando de fotos, ¿necesitas más instrumental o cualquier otro suministro para las filmaciones?

—No, no es necesario. Estamos bien equipados. Todo marcha bien. ¿Cuándo deseas examinar el trabajo?

—Tan pronto como hayamos comido algo.

—¿Eres musulmán? —intervino Myshtigo.

—Pertenezco a la fe copta —replicó Rameses, sin sonreír.

—¿Ah, sí? Era la herejía monofisita, ¿verdad?

—Nosotros no nos consideramos herejes.

Intervine en el diálogo algo tenso.

—Acerca de tu libro, Srin Shtigo...

El uso que hice de su título honorífico desvió su atención del tema anterior.

—Sí... Dime...

—Mi impresión —comenté— es que no deseas discutirlo bajo ninguno de sus aspectos por ahora. Respeto naturalmente tu tesitura, pero me coloca en una posición algo violenta como director de esta caravana.

Sabíamos ambos perfectamente que yo debía haberle preguntado en privado sobre este asunto, especialmente después de su respuesta a Phil en la recepción, pero yo me sentía

algo quisquilloso y quería que él lo supiese. También deseaba llevar la conversación por otros cauces.

Por consiguiente, dije:

—Tengo curiosidad por saber si será primordialmente una descripción de los sitios que visitemos, o bien si te gustaría cierto asesoramiento que dirigiese tu atención hacia las especiales condiciones locales: materiales, políticas o ambientales.

—En principio me interesa escribir un libro de viajes, descriptivo, pero tendré en cuenta tus comentarios mientras viajemos juntos. Aunque yo creía que este aspecto de la cuestión era de tu única incumbencia. De todos modos, tengo conocimientos generales acerca de las tradiciones de la Tierra y de sus asuntos comunes, y en realidad no me interesan demasiado.

Dos Santos, que estaba paseando y fumando en espera que nos fuese servida la comida, interrumpió su paseo para manifestar:

—Srin Shtigo, ¿cuál es tu opinión sobre el movimiento Retornista? ¿Simpatizas con nuestros objetivos? ¿O los consideras como letra muerta?

—Doy por afirmativa tu última pregunta. Creo que cuando alguien está muerto, su única obligación es satisfacer al consumidor. Respeto tus propósitos, pero no veo cómo puedes tener la menor esperanza de llevarlos a cabo. ¿Por qué tu pueblo debería renunciar a la seguridad que ahora posee para regresar a este sitio? La mayoría de los miembros de la actual generación no han visto jamás la Tierra, excepto en diapositivas. Y debes admitir que no son precisamente documentos muy estimulantes.

—No estoy de acuerdo contigo —dijo Dos Santos—. Y considero que tu actitud es espantosamente patricia.

—Así es como debe ser —replicó Myshtigo.

Mucho sol, escasas sombras, calor... Este era el ambiente. No quería que ningún coche oruga, ni ningún «skimmer» estropease el escenario panorámico, o sea, que di el ejemplo echando a andar. No estaba muy lejos el punto al que me dirigía, y efectué un leve rodeo con la finalidad de perfeccionar el efecto calculado.

Caminamos una larga e intrincada milla, a ratos ascendiendo, a ratos bajando. Le requisé a George su red cazamariposas para evitar así cualquier posible detención enojosa mientras pasábamos a lo largo de varios espacios floridos, que se amontonaban como parches de color.

Caminar hacia atrás a través del tiempo. Eso era lo que estábamos haciendo. Con pájaros de radiantes colores surcando el aire como fogonazos repentinos, y los camellos que de vez en cuando se recortaban en el lejano horizonte.

Ellen trataban de mitigar las transpiraciones abanicándose incesantemente con un gran triángulo de plumas verdes. Peluca Roja caminaba erguida, moteado el labio superior por pequeñas gotitas de sudor, ocultos los ojos tras las negras gafas solares. Por fin, estábamos llegando. Ascendimos la última duna baja.

—Vean —dijo lacónicamente Rameses.

—¡Madre de Dios! —exclamó Dos Santos.

Hasán gruñó algo incomprensible.

Peluca Roja se volvió rápidamente para mirarme y de nuevo giró el rostro. No pude leer su expresión, ya que las gafas solares la enmascaraban.

—Pero, ¿qué están haciendo? —preguntó Myshtigo.

Era la primera vez que le veía verdaderamente sorprendido.

—Resulta evidente —dije yo—. Están desmantelando la gran pirámide de Keops.

Tras una pausa, Peluca Roja hizo la inevitable pregunta:

—¿Por qué?

—Escasean por la zona los materiales de construcción, y como el que podría conseguirse en el Antiguo Cairo es radiactivo..., lo están obteniendo aquí, derribando pieza por pieza esta vieja muestra de geometría solidificada.

Diane exclamó, indignada:

—¡Están profanando un monumento a las glorias pasadas de la raza humana!

—No hay nada más barato que las glorias pasadas —repliqué, amablemente—. Lo que nos concierne y ocupa es el presente, y en la actualidad lo que ellos necesitan es material de construcción.

—¿Qué tiempo llevan dedicados a esta tarea? —preguntó Myshtigo.

Sus palabras se encadenaban una tras otra, atropelladamente.

Fue Rameses el que le contestó:

—Hace ya tres días que empezamos los derribos.

—¿Quién te concedió el derecho para hacer semejante cosa?

—Esta obra fue autorizada por el Departamento Terrícola de Artes, Monumentos y Archivos, Srin.

Myshtigo se volvió hacia mí. Sus ojos ambarinos relucían de modo extraño.

—¡Tú!

Lo admití sin rodeos.

—Sí, yo soy el comisionado y, por consiguiente, responsable de lo que se está haciendo aquí.

—¿Por qué nadie oyó mencionar esta actividad tuya?

—Porque muy poca gente viene por aquí ahora —expliqué—. Lo cual es otra razón muy justificada para proceder al derribo de esta cosa. Hoy en día nadie pierde el tiempo viniendo a ver estas piedras.

—¡Yo he venido aquí desde otro mundo para verlas!

—Entonces, échales un buen vistazo —le recomendé—, porque van a desaparecer rápidamente.

Me contempló, dilatados los ojos.

—Es evidente que no tienes el menor concepto de su valía intrínseca.

—Conozco exactamente cuál es su valor.

—Y estas desgraciadas criaturas que tienes trabajando allá abajo...

Su voz fue elevándose a medida que examinaba con mayor fijeza la escena.

—...Bajo los ardientes rayos de tu espantoso sol..., ¡están trabajando sometidos a las condiciones más primitivas que puedan imaginarse! ¿Es que no has oído hablar nunca de maquinaria para derribos?

—Claro que sí. Resulta cara.

—¡Y tus capataces empuñan látigos! ¿Cómo puedes ser capaz de tratar a tu propio pueblo de este modo? ¡Es perverso!

—Todos estos hombres se presentaron voluntarios para el trabajo, con salarios convenidos y aceptados... Y la Equidad de Actores no nos permite emplear los látigos, pese a que los propios trabajadores argumentaron a favor de su empleo. Todo lo que nos es permitido es hacerlos restallar en el aire cerca de ellos.

—¿Equidad de Actores?

—Es su sindicato unionista. ¿Quieres ver maquinaria? —Y gesticulé al añadir—. Mira arriba de aquella loma.

Lo hizo y en seguida preguntó:

—¿Qué hacen?

—Estamos filmando con cinta grabadora.

—¿Con qué finalidad?

—Cuando terminemos haremos un montaje en edición popular, procediendo a presentar la acción en sentido inverso. Vamos a titularlo: «La Construcción de la Gran Pirámide». Resultará un espectáculo divertido, y financieramente muy productivo. Tus historiadores han estado haciendo conjeturas acerca del modo en que amontonamos con tal exactitud geométrica estas enormes piedras. La visión de esta película les resolverá sus dudas. Decidí que resultaría la más acertada Operación FBIM.

—¿FBIM?

—Fuerza Bruta e Ignorancia Masiva. Fíjate en ellos martilleando con vigor. Fíjate en ellos, ¿quieres? Siguen el movimiento de la cámara, doblándose y levantándose rápidamente cuando la cámara les enfoca. Cuando la película esté terminada, todos ellos sufrirán verdaderos colapsos. Pero hay que tener en cuenta que es la primera película terrícola en muchos años. Trabajan con verdadera excitación.

Myshtigo rió antes de comentar:

—Eres más duro de lo que supuse, Nomikos. Pero no eres indispensable.

—Intenta, a ver si puedes, hacer que despidan a un funcionario gubernamental.

—Puede ser más fácil de lo que te imaginas.

—Lo veremos.

—Es muy posible.

Nos volvimos de nuevo hacia el gran noventa por ciento de la pirámide de Keops-Kufu.

Myshtigo comenzó otra vez a tomar apuntes.

—Prefiero que lo examines desde otro lugar, por el momento —le indiqué—. Nuestra presencia estropeará muchos valiosos metros de cinta. Somos anacronismos. Podremos bajar durante la pausa de descanso en que toman café y pan.

—De acuerdo —aceptó Myshtigo—, y no te quepa duda en que sé identificar un anacronismo cuando se me presenta. Pero aquí ya he visto todo lo que me interesaba ver. Regresemos a la posada. Deseo hablar con los residentes de la localidad.

Meditó unos instantes.

—Me entrevistaré con Sakkara antes de lo planeado. ¿No habrás empezado a desmantelar todos los monumentos de Luxor, Karnak y el Valle de los Reyes?

—No, todavía no.

—Bien, entonces los visitaremos antes de lo previsto.

Mientras regresábamos, Diane me preguntó:

—¿De veras pensabas sinceramente en todo lo que dijiste?

—A mi modo, sí.

—¿Cómo puedes pensar en tales cosas?

—En griego, naturalmente. Luego lo traduzco al inglés. Tengo ya mucha práctica.

—En realidad, ¿quién eres?

—Soy Ozymandias. Contempla mi labor, ¡oh tú, poderosa!, y desespera.

—No soy poderosa.

—No lo creo —repliqué.

Seguimos caminando juntos y la parte de su semblante que yo podía divisar mostraba una enigmática expresión.

Los seis días siguientes estuvieron rebosantes de acontecimientos, y en cierto modo resultaron inolvidables, extremadamente activos, con una especie de fealdad y belleza simultánea. Algo así como pueda ser una flor con sus pétalos completamente intactos y una mancha oscura y sarmentosa en su centro. Las cosas sucedieron así...

Myshtigo interrogó a casi todos los picapedreros y destripaterrones a lo largo de las cuatro millas del camino a Karnak. Los dos, bajo el ardiente fulgor del día o a la tenue luz

de la linterna, caminamos por entre las ruinas importunando murciélagos, ratas, serpientes y toda clase de insectos, escuchando yo las monótonas anotaciones que iba él tomando en su monótono lenguaje vegano.

Por la noche acampábamos en las dunas arenosas, tras instalar un perímetro de doscientos metros de cable eléctrico de alarma y apostar dos centinelas. Temíamos, sobre todo, al boadilo, un raro reptil cuya cabeza es muy semejante a la del cocodrilo, sólo que mayor. Mide aproximadamente unos diez metros de largo. Está capacitado para enrollarse formando una gran bola con dientes. Es tan rápido en tierra como en el agua. Pero el boadilo es animal de sangre fría y las noches eran casi glaciales. Por consiguiente, el peligro que suponía aquel monstruo era relativo.

Grandes fogatas de campamento iluminaban las noches, en torno a las áreas que elegíamos, porque los veganos querían las cosas con aspecto primitivo, supongo que por razones de ambientación.

Nuestros «skimmers» estaban mucho más al sur. Los habíamos trasladado a un lugar que yo conocía, dejándolos a la custodia de personal seguro, y alquilamos las «felucas» para nuestro viaje. De este modo, revivíamos el viaje del Dios Rey, desde Karnak a Luxor. Así lo había querido Myshtigo.

Por las noches, Hasán se dedicaba a practicar con las azagayas que había obtenido de un enorme nubio, o bien desnudándose hasta la cintura, luchaba durante horas con su incansable robot-rolem. El rolem era un adversario realmente digno.

Hasán lo tenía programado al doble del promedio que arrojaban las estadísticas sobre la fuerza del hombre, y había elevado el acondicionamiento de sus reflejos en un cincuenta por ciento. La «memoria» del rolem retenía centenares de presas de lucha, y su regulador prevenía teóricamente la adecuada interrupción para evitar que pudiese matar o mutilar a su oponente. Todo ello a través de una serie de diferentes sistemas análogos a los nerviosos. Unas células electroquímicas permitían calibrar al miligramo la presión necesaria para romper un hueso o rasgar un tendón.

Rolem medía aproximadamente un metro ochenta y pesaba alrededor de los ciento veinte kilos. Manufacturado en Bakab, era bastante caro. Tenía un color carne y estaba moldeado con rasgos caricaturescos. Su cerebro estaba situado bajo el sitio donde debería estar su ombligo, si los robots tuvieran ombligo, para proteger su materia pensante contra cualquier posible impacto de lucha grecorromana. Aun con tantas precauciones pueden ocurrir accidentes. Hay gente que ha muerto luchando con estos artefactos como resultado de algo que falló en el cerebro o en los sistemas aferentes, o simplemente debido a que las propias personas resbalaron o intentaron desprenderse a sacudidas suministrando con ello las necesarias libras extra de peso.

Tuve en cierta ocasión un artefacto de éstos durante casi un año, programado para boxear. Acostumbraba a pasarme unos quince minutos con él, cada tarde. Llegué a pensar en él casi como si fuera una persona. Hasta que un día me propinó un golpe malintencionado y lo estuve aporreando por cerca de una hora y finalmente le hice saltar la cabeza de un soberbio derechazo. El artefacto siguió boxeando.

Desde aquel mismo instante dejé de pensar en él como en un amistoso compañero deportivo. Produce una rarísima sensación boxear con un rolem decapitado. Puedo garantizarlo. Viene a ser como despertar de un agradable sueño y encontrarse con una pesadilla agazapada a los pies de la cama.

El rolem no «ve» en realidad a su oponente con aquellas cosas que tiene por ojos. Todo él está surcado por conexiones minúsculas de radar, y «acecha» desde toda su superficie. Pese a todo, la muerte de una ilusión produce desconcierto. Yo desconecté mi rolem y nunca más volví a conectarlo. Lo vendí a un tratante en camellos por un precio bastante

aceptable. No sé si volvió a recuperar su cabeza. Pero era un turco, o sea, que la cosa carecía de importancia.

Volviendo a lo que importa, lo cierto es que Hasán se enzarzaba en sus luchas con Rolem. Ambos relucían al resplandor de la fogata y todos nosotros contemplábamos el espectáculo sentados en nuestras mantas. Mientras tanto, los murciélagos acudían de forma intermitente en vuelos bajos y rasantes, como enormes y veloces cenizas. Lívidas nubes cubrían de pronto la luna a modo de fugaces velos, para seguir de nuevo su errante curso celeste. Todo esto sucedía la tercera noche, aquella tercera noche, cuando me volví loco.

Lo recuerdo únicamente del mismo modo en que uno recuerda un panorama fugaz, iluminado por un rayo, en el momento culminante de una tormenta nocturna de fin de verano. Como una serie de aisladas imágenes petrificadas, luminosas por un instante.

Estuve hablando con Cassandra durante casi una hora, y concluí la trasmisión con la promesa de emplear un «skimmer» a la tarde siguiente y pasar la siguiente noche con ella en Kos. Recuerdo nuestras últimas palabras:

«—Ten cuidado, Konstantin. Últimamente he tenido malos sueños.

»—Tonterías, Cassandra. Buenas noches.»

Y aunque no soy supersticioso, nadie puede asegurar ni desmentir que sus sueños no fueran el resultado de una oleada temporal sísmica moviéndose hacia la graduación 9,6 de la escala Richter.

Con cierto brillo cruel en sus ojos, Dos Santos aplaudió el espectáculo. Hasán acababa de derribar a Rolem al suelo, produciendo un crujido estruendoso. Aquella sacudida del terreno continuó, sin embargo, mucho después que el robot se hubiera puesto nuevamente en pie, adoptando una postura encorvada, serpenteando los brazos en dirección al árabe. El suelo temblaba.

—¡Qué fuerza! ¡Todavía noto el estampido bajo mis pies! —exclamó Dos Santos.

—Esto es un fenómeno sísmico —comentó George—. Y aunque yo no sea geólogo...

—¡Un terremoto! —chilló su esposa, dejando caer un dátil que estaba ofreciendo a Myshtigo.

No había motivos para echar a correr, ni tampoco sitio hacia donde hacerlo. No había nada a nuestro alrededor que pudiera caernos encima, y el suelo era nivelado y compacto. Por consiguiente, nos limitamos a permanecer sentados. Fuimos algo zarandeados y hasta derribados de lado unas cuantas veces. Las fogatas hacían cosas asombrosas.

El cronometraje de Rolem había cesado y se quedó rígido. Hasán vino a sentarse entre George y yo. Los temblores duraron casi una hora, y volvieron a hacerse sentir más débilmente, en varias ocasiones durante el resto de la noche.

Tras el primer período de fuertes sacudidas, nos pusimos en contacto con Port. Los instrumentos de medición señalaban que el centro del seísmo se hallaba a gran distancia, al norte de donde nos encontrábamos.

A una distancia en verdad alarmante.

En el Mediterráneo.

En el mar Egeo, para ser más concretos.

Sentí cierto malestar y, súbitamente, me encontré mal, realmente indispuesto en forma extraña.

Intenté conectar con Kos.

Nada.

Mi Cassandra, mi encantadora dama, mi princesa..., ¿dónde estaba? Durante dos horas traté de averiguarlo. Hasta que me llamaron desde Port.

Era la voz de Lorel, no la de algún simple operador de servicio.

—Esto... Hola, Conrad, no sé cómo explicarte exactamente lo que ha sucedido.

—Sólo habla —le dije— y para de hablar cuando me lo hayas explicado.

—Un satélite observador pasó por tu comarca hará unos doce minutos. —Y su voz apareció con una resonancia nasal como si la sintonización fallase—. Varias de las islas del Egeo ya no aparecían en la foto que transmitió.

—No —dije.

—Me temo que Kos era una de ellas.

—No —repetí.

—Lo lamento —me dijo—. Pero así es como se ha presentado. No sé qué otra cosa decirte.

—Ya basta —dije—. Esto es todo. Así es. Adiós. Ya hablaremos más tarde. ¡No! Yo creo que... ¡No!

—¡Espera! ¡Conrad!

Enloquecí. Enloquecí de veras.

Murciélagos, desprendiéndose de las tinieblas circundantes, pasaban en roces susurrantes por mis cercanías. Golpeé con mi puño derecho y maté a uno cuando surcó muy cerca el aire. Esperé unos segundos y maté a otro.

Después alcé en vilo una gran roca y estaba a punto de aplastar con ella la radio, cuando George colocó su mano en mi hombro. Dejé caer la piedra, aparté su mano y con el dorso de la mía le crucé la boca. No sé lo que pasó con él, pero cuando me inclinaba para levantar de nuevo la roca, oí rumor de pisadas a mis espaldas.

Me dejé caer sobre una rodilla, recogiendo un puñado de arena para arrojarlo a los ojos de alguien.

Estaban todos allí... Myshtigo, Peluca Roja, Dos Santos, Rameses, Ellen, tres funcionarios civiles locales, y Hasán. Se acercaban en grupo. Alguien gritó: «¡Cuidado!», cuando vieron mi rostro, y se dispersaron.

Entonces se convirtieron en todos y cada uno de los seres que he odiado. Podía sentirlo, notarlo. Vi otros rostros, oí otras voces. Todos aquellos que conocí y odié, que quise aplastar, que aplasté, estaban de nuevo en pie, resucitados, ante el fuego, y sólo se divisaba el blancor de sus dientes. Avanzaban hacia mí, entre las sombras, llevando diversas perdiciones y sentencias en sus manos y suaves y persuasivas palabras en sus labios. O sea, que arrojé la arena al más cercano y embestí.

Mi gancho le tumbó de espaldas y a continuación dos egipcios estaban encima de mí atacándome por los costados.

Me los sacudí de encima, y de soslayo vi abalanzarse a un enorme árabe con algo como una negra cachiporra en su mano. La blandía hacia mi cabeza, pero me dejé caer de lado. Venía en mi dirección llevado de su propio impulso y me las compuse para patearle el estómago con lo cual se quedó sentado repentinamente.

Entonces, los dos que había apartado de mis costados volvieron a caerme encima. Una mujer estaba gritando en algún sitio, en la distancia, pero no podía ver a ninguna mujer.

Usé mi brazo derecho como un mazo contra alguien, y el hombre cayó, pero otro ocupó su sitio inmediatamente. Recto ante mí, un hombre azul arrojó una piedra que vino a golpearme en un hombro con el único resultado de enfurecerme todavía más.

Levanté en el aire un cuerpo que pataleaba y lo arrojé contra otro, para a continuación golpear a alguien con el puño. Me sacudí. Mi túnica estaba rasgada y sucia, acabé de desgarrarla y la arrojé a lo lejos.

Miré alrededor. Habían cesado de acudir a mi encuentro, y esto no era leal. No era leal que se detuvieran cuando ya ansiaba con tanta vehemencia ver cosas rompiéndose. O sea, que levanté al hombre que estaba a mis pies y lo volví a derribar de un bofetón. Volví a levantarlo y alguien empezó a gritar: «¡Eh! ¡Karaghiosis!», y comenzó a insultarme en griego chapurreado. Dejé caer al suelo nuevamente al hombre que me había atacado y me volví.

Allí, delante del fuego, había dos individuos: uno, alto y barbudo, el otro cuadrado, macizo, calvo y moldeado en una mezcla de tierra y masilla de cemento.

—¡Mi amigo dice que va a deslomarte, griego! —anunció el alto barbudo, mientras hurgaba en la espalda del otro.

Avancé hacia ellos dos, y el hombre de cemento y barro saltó hacia mí.

Me derribó al primer choque, pero me levanté rápidamente y agarrándole bajo las axilas, le desequilibré arrojándole a un lado. Pero se puso en pie tan rápidamente como yo lo hice antes, y volvió a la carga agarrándome detrás del cuello con una mano. Hice lo mismo con él, asiéndole también el codo, y nos mantuvimos así por unos instantes, casi juntos. Era realmente fuerte.

Debido a que era fuerte, continué intercambiando llaves, tanteando su fuerza. Era también rápido, acomodando la réplica a cada movimiento que yo hacía, apenas se me ocurría.

Proyecté mis brazos hacia arriba con brusquedad, por entre los suyos, y retrocedí. Libres por un momento, fuimos describiendo una órbita uno en torno del otro, buscando una apertura, un hueco por donde atacar.

Conservaba mis brazos bajos y me inclinaba mucho hacia adelante debido a su corta estatura. Por un instante, mis brazos estuvieron demasiado cerca de mis costados y él se movió con una velocidad que hasta entonces no había conocido en nadie, me atrapó en una presa de cuerpo que exprimió de mis poros todo el sudor y causó un tremendo dolor en mis costillas.

Sus brazos seguían presionando y supe que no tardaría mucho en romperme el espinazo a menos que pudiese desprenderme de su llave.

Doblé mis manos en prietos puños colocándolos contra su vientre y empujando. Su presa se hizo más apretada. Retrocedí los tacones y le empujé con ambos brazos. Mis manos fueron subiendo entre ambos y logré colocar mi puño derecho contra la palma de mi zurda y empecé a empujar puño y mano juntamente elevando con los brazos. Mi cabeza osciló hacia atrás al ir elevándose mis brazos, y mis riñones parecían ser dos placas de fuego.

Entonces tensé todos los músculos dorsales y arqueándome sentí la fuerza bajar tempestuosa por mis brazos y acudir a mis manos. Las alcé bruscamente hacia el cielo y su mentón se hallaba por el camino, pero no las detuvo.

Mis brazos se irguieron proyectados sobre mi cabeza y él cayó de espaldas.

Debería haber roto el cuello de cualquier hombre la fuerza de aquel enorme crujido que se oyó. Mis manos golpearon su barbilla y él pudo mirarse los tacones al doblarse hacia atrás.

Pero saltó en pie inmediatamente. Comprendí entonces que no era un luchador mortal, sino que era una de aquellas criaturas no nacidas de mujer. Supe que a semejanza de Anteo, había sido arrancado del seno de la propia Tierra.

Bajé las manos con furia sobre sus hombros y cayó arrodillado. Entonces le agarré de través la garganta y pasé a su costado derecho para colocarle mi rodilla izquierda en la parte inferior de su espalda. Me incliné hacia adelante, cargando todo mi peso sobre sus hombros, intentando romperle la columna vertebral.

No pude. Se limitó a inclinarse hasta que su cabeza tocó el suelo y ya no podía empujarle más hacia adelante.

Ninguna espalda se inclina de esta forma sin estallar, pero la suya ni siquiera crujió.

Entonces aparté mi rodilla y le solté, y de nuevo estaba él abalanzándose con celeridad.

Intenté estrangularle.

Mis brazos eran mucho más largos que los suyos. Le sujeté de la garganta con ambas manos, presionando mis pulgares contra lo que debería ser su gaznate. Pese a ello,

consiguió deslizar sus brazos a través de los míos por el hueco interior de los codos, y comenzó a empujar a un lado y hacia abajo. Persistí en estrujarle el cuello, esperando ver cómo su rostro se oscurecía y sus ojos se ponían saltones. Mis codos empezaron a doblarse bajo su presión. Luego, sus brazos avanzaron y me tomó por la garganta.

Y permanecimos en pie tratando de asfixiarnos el uno al otro. Sólo que él no se dejaba estrangular.

Sus pulgares eran como dos ganchos hincándose en los músculos de mi cuello. Sentí la congestión encender mi rostro. Mis sienes empezaron a latir.

A lo lejos, oí gritar:

—¡Páralo, Hasán! ¡No puede continuar!

Sonaba como la voz de Peluca Roja. Sea lo que fuera, éste fue el nombre que acudió a mi mente: Peluca Roja. Lo cual significaba que Donald dos Santos estaba también por allí cerca. Y ella había dicho Hasán, un nombre escrito sobre otra foto que se me apareció súbitamente con claridad.

Todo aquello significaba que yo era Conrad y que estaba en Egipto, y que aquella faz sin expresión oscilando delante mío era, por consiguiente, la del robot-luchador Rolem, un artefacto que podía ser graduado hasta conseguir cinco veces la fuerza de un ser humano, y probablemente estaba graduado así. Una máquina a la que podían dar los reflejos de un gato rebosando adrenalina, y que indudablemente tenía sus reflejos a pleno rendimiento.

Sólo que un robot de aquella clase no estaba fabricado para matar, excepto por accidente, y Rolem estaba intentando matarme.

Lo cual significaba que su regulador no funcionaba.

Dejé de apretarle el cuello, ya que no podía dar ningún resultado. Coloqué la palma de mi zurda bajo su codo derecho. Luego me alargué hasta el extremo de sus brazos y agarré su muñeca derecha con mi otra mano. Me incliné todo lo que pude empujando hacia arriba su codo y su muñeca.

Cuando quedó desequilibrado sobre su costado izquierdo y soltó su presa, seguí manteniéndole por la muñeca, retorciéndola de modo que el codo quedó a la vista con su cara interna hacia arriba. Atiesé mi mano izquierda alzándola hasta rozar mi oreja, y la bajé en seco tajo sobre la juntura del codo.

Nada. No hubo el menor crujido. El brazo cedió simplemente arqueado hacia atrás en un ángulo totalmente antinatural.

Le solté la muñeca y cayó sobre una rodilla. Luego volvió a ponerse en pie, y al hacerlo, su brazo se enderezó por sí mismo y se dobló hacia adelante para recuperar la normalidad.

Si no me equivocaba al juzgar la mentalidad de Hasán, el cronometrador de Rolem había sido colocado al máximo de duración. Dos horas. Lo cual, bien considerado, era mucho más tiempo del que humanamente podía yo aguantar.

Pero ahora, por lo menos, ya sabía quién era yo y lo que estaba haciendo. También sabía lo que pasaba en la estructura interior del robot Rolem. Aquél era un robot luchador. Por consiguiente, no podía boxear.

Eché un rápido vistazo por encima del hombro hacia el lugar donde yo estaba cuando todo aquel barullo había comenzado, cerca de la tienda con la radio. Estaba a unos quince pasos.

Ocurrió en aquel instante; un poco más y acaba conmigo. Exactamente durante aquella fracción de segundo mientras dediqué mi atención a retaguardia, Rolem me agarró por detrás del cuello con una mano y colocó la otra bajo mi barbilla.

Me habría roto el cuello si hubiese podido continuar con la presión, pero se presentó en aquel momento otro temblor de tierra intenso, que nos arrojó a ambos al suelo, y, de paso, pude así librarme de su llave.

Segundos después me levanté, y la tierra todavía continuaba estremeciéndose. También Rolem estaba de nuevo en pie enfrentándose a mí.

Éramos como dos marineros borrachos peleando en un barco zarandeado por un temporal.

Rolem vino a mi encuentro y yo retrocedí.

Le alcancé de lleno con un gancho de izquierda, y mientras asestaba un zarpazo hacia mi brazo, le golpeé en el estómago. A continuación salté hacia atrás.

Volvió a avanzar y seguí asestándole puñetazos a la distancia conveniente. El pugilismo era para él lo que la cuarta dimensión es para mí. Ni la menor idea. No podía captarlo. Continuaba avanzando, sacudiéndose a cada puñetazo, y yo seguía retrocediendo hacia la tienda de la radio, y el suelo seguía estremeciéndose, y en algún lugar una mujer estaba gritando, y oí una exclamación de entusiasmo: «¡Bravo!» cuando conecté un derechazo bajo el cinto con la esperanza de averiarle un poco el cerebro.

Para entonces ya estábamos allá y vi lo que quería. La gran piedra que había intentado emplear contra la radio. Hice un amago con la zurda, y entonces le agarré por un hombro y un muslo, alzándole por encima de mi cabeza.

Me incliné hacia atrás, tendí los músculos y lo tiré hacia abajo contra la piedra.

Le chocó de lleno en el estómago.

Comenzó a levantarse de nuevo, pero con más lentitud que hasta entonces. Le golpeé en el estómago tres veces, con mi bota derecha reforzada, y le observé mientras se desplomaba hacia atrás.

Un extraño ruido chirriante se inició en su sección central.

El suelo volvió a sacudirse de nuevo. Rolem se tendió en forma de aspa, y el único indicio de movimiento estaba en los dedos de su mano izquierda. Iban abriéndose y cerrándose. No sé por qué, me recordaban las manos de Hasán aquella noche en el *hounfour*.

Me volví lentamente. Estaban todos allí en pie: Myshtigo y Ellen, Dos Santos con una mejilla hinchada, Peluca Roja, George, Rameses y Hasán, y los tres magullados egipcios. Di un paso hacia ellos y empezaron a retroceder, rebosantes de miedo sus rostros.

Meneé la cabeza negando.

—Ya no... Ahora ya estoy normal, pero déjenme a solas. Me voy al río a bañarme...

Di varios pasos, y entonces alguien debió quitar el obturador, porque emití un gorgoteo, todo se puso a dar vueltas, y el mundo entero se fue cañería abajo.

Los días que siguieron fueron cenizas y las noches hierro. El espíritu que había sido arrancado de mi alma estaba enterrado mucho más hondo que cualquier momia de las que yacían moldeándose bajo aquellas arenas.

Dicen que los muertos olvidan a los muertos en el otro mundo, Cassandra, pero yo tenía la esperanza que no fuese así. Continué realizando la rutina de director de la gira. Lorel sugirió que nombrase a otro para sustituirme y me tomase un permiso de vacaciones y reposo.

No podía.

¿Qué haría entonces? ¿Sentarme a pensar en algún Viejo Lugar, compartiendo bebidas con viajeros inquietos? No. En casos como el mío, cierta clase de actividad es siempre esencial. Sus rutinas generan eventualmente un continente para los interiores vacíos. Por tanto, continué con la gira y dediqué mi atención a los pequeños misterios que contenía.

Desmonté a Rolem y estudié su regulador. Estaba roto. Naturalmente. Lo cual significaba que, o bien yo lo había averiado durante las primeras fases de nuestro combate, o bien Hasán lo había hecho mientras estaba hurgándole en la espalda para que me quitase

todo afán de violencia. Si Hasán lo había hecho, entonces no me quería ver simplemente fuera de combate, sino muerto.

Si tal era el caso, entonces me formulaba la pregunta: ¿Por qué? Cavilé sobre la posibilidad que su patrón supiera que en otros tiempos yo había sido Karaghiosis. Si era así, ¿por qué iba él a desear matar al fundador y primer secretario de su propio partido?

El hombre que había jurado que la Tierra no sería vendida bajo sus propios pies y convertida en un centro deportivo por una manada de alienígenas azules... O por lo menos, no quería verlo sin luchar hasta el fin.

El hombre que había organizado casi por sí sólo una cábala que sistemáticamente rebajaba el valor a cero de todas las propiedades adquiridas por los veganos en la Tierra.

El hombre cuyos ideales él alegaba compartir, aunque los encauzaba corrientemente por canales más apacibles, y modos legales de legítima defensa, ¿por qué iba él a querer su muerte?

En voz alta saqué dos conclusiones:

—En consecuencia, o bien ha traicionado al partido o no sabía quién era yo y tenía en mente algún otro fin cuando ordenó a Hasán que me matase.

Aunque también quedaba la probabilidad que Hasán actuase a las órdenes de otro patrón.

Pero, ¿quién podía ser ese otro? Y de nuevo, ¿por qué? No daba con la solución. Necesitaba una respuesta.

La primera demostración de condolencia procedió de George.

—Lo siento mucho, Conrad —dijo.

Miraba más allá de mi codo, luego abajo a la arena, para después alzar la mirada rápidamente hacia mi rostro.

Decir cosas humanas le acongoja y le hace desear alejarse. Me consta. Es indudable que el capricho pasajero de Ellen conmigo el verano anterior ocupó escasamente la atención de George.

Sus pasiones cesaban apenas salía del laboratorio de biología. Aún recuerdo cómo efectuó la disección del último perro en la Tierra. Después de cuatro años de rascarle las orejas, de cepillarle el pelo para quitarle las pulgas y escuchar sus ladridos, cierto día George llamó cariñosamente a «Rolf». El animal acudió con alegre trotecillo, trayendo consigo el trapo viejo con el cual siempre habían jugado al tira y afloja. George tiró del trapo hasta tener muy cerca al perro, le dio una inyección y lo abrió a lo largo.

Quiso estudiarlo a fondo cuando todavía estaba en la flor de la edad. Conservó el esqueleto bien montado en delicada armazón en su laboratorio.

También quiso criar a sus hijos, Mark, Dorothy y Jim, en Cajas de «Skinner», pero Ellen había opuesto una tenaz resistencia en arrebatos repentinos de maternidad que duraban lo suficiente para echar a perder los estímulos iniciales que George albergaba.

Por estas razones, yo no podía realmente verle en el papel del asesino ansioso de tomarme las medidas para un saco de dormir de madera de los de la especie subterránea. Si él me hubiera deseado muerto, habría elegido un método sutil, rápido y exótico, algo así como el veneno leporino de Divban. Pero no, no era hombre de rencor latente. De eso estaba yo plenamente convencido.

En cuanto a Ellen, si bien es capaz de sentimientos intensos, no deja de ser la clásica muñeca de cuerda defectuosa. Siempre hay algo en su mecanismo que falla antes que pueda consolidar cualquiera de sus sentimientos. Al día siguiente vuelve a experimentar las mismas fuertes emociones, pero sobre algo o alguien diferente.

Sus condolencias se manifestaron más o menos del siguiente modo:

—Conrad, no puedes formarte ni idea de lo mucho que lo siento. De verdad. Aunque nunca la conocí, yo sé cómo debes sentirte ahora.

Su voz recorrió todas las gamas de la escala, y me di cuenta que ella creía sinceramente en lo que estaba diciendo, y por ello se lo agradecí.

Hasán apareció de pronto a mi lado mientras yo estaba absorto contemplando el Nilo, súbitamente hinchado y fangoso. Permanecimos en silencio hasta que, finalmente, dijo:

—Tu mujer se ha ido y tu corazón sufre. Las palabras no aligerarán el fardo de tu pesar, y lo que está escrito, escrito queda. Pero dejemos también expuesto que yo sufro contigo.

Seguimos allí un rato más, y después nos alejamos de la ribera.

No me planteé interrogantes acerca de él. Era la única persona que podía ser descartada, aun cuando su mano colocó en funcionamiento la máquina. Nunca alentaba resentimientos, no mataba gratuitamente, ni tenía ningún motivo personal para hacerlo conmigo. Estaba seguro que sus condolencias eran sinceras. Matarme a mí, no tendría nada que ver con la veracidad de sus sentimientos. Un profesional concienzudo debe respetar cierta barrera entre el propio yo y su trabajo.

Myshtigo no hizo la menor manifestación verbal de simpatía. Hubiera sido algo totalmente ajeno a su naturaleza. Entre los veganos, la muerte es una ocasión de regocijo y festejos. Al nivel espiritual significa la *sagl*, la fragmentación de la psiquis en pequeños alfilerazos de sensaciones placenteras que se esparcen por todos los ámbitos para participar en el gran orgasmo universal.

Y en el plano material, la muerte está representada por la *ansakundabad*, que consiste en la contabilización ceremoniosa de la mayoría de los objetos de pertenencia personal del difunto, la lectura de su deseo de distribución y la división de sus bienes, todo ello acompañado por muchos festejos, canciones y bebidas.

Dos Santos me dijo:

—Es algo muy triste lo que te ha sucedido, amigo mío. Cuando se pierde a la mujer que uno quiere, es como si perdiésemos la sangre de nuestras propias venas. Tu aflicción es grande y no puede ser consolada. Es como un fuego latente que nunca se extinguirá. Es algo terrible y triste.

Sus ojos estaban húmedos. Añadió:

—La muerte es cruel y tenebrosa.

Después vino Peluca Roja a decirme:

—Espantoso... Lo siento. Nada más puedo decir, ni hacer, salvo sentirlo.

Asentí.

—Gracias.

—Y hay algo que debo preguntarte. Aunque no ahora. Más tarde.

—De acuerdo —aprobé.

Y volví hacia la ribera para contemplar el río. Me puse a pensar en estos dos últimos. Sus frases me habían sonado tan lastimeras como las de los demás, pero me parecía que tenían que estar mezclados de alguna manera en el asunto del rolem.

Sin embargo, estaba seguro que había sido Diane la que había gritado mientras Rolem estaba estrangulándome, pidiendo a Hasán que lo detuviera. Sólo quedaba Don, y por entonces había llegado yo a sustentar fundadas dudas del hecho que él hiciese cualquier cosa sin antes consultarla a ella.

En consecuencia, no quedaba nadie sospechoso.

Y no existía un verdadero móvil aparente.

Y pudo ser sencillamente un accidente.

Pero...

Pero yo seguía teniendo aquella sensación, en la indefinible zona inferior en torno al estómago donde brotan estas sensaciones; la sensación que alguien anhelaba matarme.

Sabía que Hasán era hombre que no vacilaría en aceptar dos trabajos al mismo tiempo, y para diferentes patrones, si en ello no existía un conflicto de intereses.

Y esta sensación me producía cierto raro contento.

Me daba una meta, una finalidad, algo que hacer.

No existe realmente nada tan estimulante como que alguien desee matarle a uno para sentirse impulsado a seguir viviendo. Encontraría al presunto asesino, averiguaría el porqué, y le impediría llevar a cabo su propósito.

La segunda pasada de la muerte fue casi inmediata, y por más que me hubiese gustado poder achacarla a un agente humano, me resultó imposible. Fue simplemente una de esas piruetas del destino que a veces aparecen como visitantes no invitados a la hora de cenar. Su desenlace final, no obstante, me dejó bastante perplejo y me proporcionó algunas confusas meditaciones con las que entretener mi pensamiento.

Sucedió del modo siguiente...

Río abajo, en la orilla de este gran flujo fertilizante, borrador de todos los límites y padre de la geometría plana, estaba sentado el vegano Myshtigo dibujando bosquejos de la orilla opuesta. Supongo que si hubiese estado en la otra ribera se dedicaría a sacar apuntes de la orilla en la que se sentaba, pero esto era pura conjetura.

Lo que me preocupaba era el hecho que se había alejado a solas, bajando hasta aquel lugar cálido y pantanoso, sin decirle a nadie a dónde iba, y sin llevar consigo ningún objeto protector, a no ser su inofensivo lápiz.

Y ocurrió.

Un viejo y veteado tronco que hasta entonces había ido a la deriva cerca de tierra cesó súbitamente de ser un viejo tronco veteado. Un largo y serpentino lomo fustigó hacia el cielo, y un barril lleno de dientes apareció al otro extremo, y montones de patas cortas pisaron tierra sólida y comenzaron a moverse como ruedas.

Lancé un grito de aviso llevándome la diestra al cinto.

Myshtigo dejó caer su libreta de dibujo y saltó de repente.

Pero el animal ya estaba atacándole y no pude disparar.

Arremetí precipitadamente, pero cuando llegué allá, ya tenía él dos espirales en torno al cuerpo y su torso azul ostentaba dos matices más de azul oscuro, y aquellos colmillos estaban próximos a cerrarse sobre él.

Ahora bien, solamente existe un medio para lograr que cualquier clase de reptil constrictor afloje su enroscamiento, al menos durante un rato.

Me las arreglé para agarrar su enorme cabezota, cuyo avance se había aminorado un poco al dedicarse a contemplar su almuerzo. Conseguí afianzar mis dedos bajo las aristas escamosas a los lados de aquella cabeza.

Hinqué mis pulgares en sus ojos con toda la fuerza que pude.

Entonces, un gigante espasmódico me golpeó con un látigo gris verdoso.

Cuando logré ponerme en pie me hallaba a unos tres metros del sitio donde estaba antes. Myshtigo había sido arrojado más arriba de la ribera. Estaba poniéndose en pie precisamente cuando la bestia atacaba de nuevo.

Sobresalía enhiesta unos dos metros del suelo y se encorvaba hacia mí. Me arrojé a un lado y aquella enorme y plana cabeza me falló por centímetros, rociándome su impacto con tierra y gravilla.

Rodé un poco más y comencé a levantarme, pero la cola restalló arrojándome nuevamente al suelo. Entonces retrocedí a gatas, pero demasiado tardíamente para poder esquivar la espiral que me laceó. Me atrapó por debajo de las caderas y volví a caer.

Entonces aparecieron un par de brazos azules enlazándose en torno al cuerpo por encima de la espiral, pero no pudieron mantenerse más que unos segundos. Acto seguido estábamos ambos amarrados por una serie de nudos.

Luché en forcejeo desesperado. Pero, ¿cómo se puede luchar contra un grueso y viscoso cable blindado con profusión de pequeñas patas que persisten en arañar y rasgar? Mi brazo derecho estaba apretado contra mi flanco, y no podía alcanzar lo bastante lejos con mi mano izquierda para oponer una resistencia efectiva. Las espirales se enroscaban con mayor opresión. La cabeza se movió hacia mí y arañé el cuerpo, golpeé y seguí arañando hasta que finalmente me las arreglé para dejar en libertad mi brazo derecho, abandonando algo de piel en la maniobra.

Hice un bloqueo con mi mano derecha cuando bajó la cabeza. Mi palma subió bajo su maxilar inferior, empujó y se mantuvo allí manteniendo la cabeza hacia atrás. El gran lazo en espiral enroscado en torno a mi cintura se apretó más, resultando de mayor potencia que el propio abrazo del robot Rolem. Luego sacudió su cabeza a un lado, lejos de mi mano, y la cabeza bajó de nuevo, ampliamente abiertas las fauces.

Myshtigo, con sus forcejeos, debió irritar a la bestia distrayéndola un poco, dándome así tiempo para mi última llave defensiva.

Proyecté mis manos hacia arriba, dentro de su boca, y mantuve separadas sus quijadas.

El paladar de su boca era viscoso y mi palma empezó a resbalar a lo largo, lentamente. Presioné hacia abajo con mayor energía en la mandíbula inferior, tan reciamente como me fue posible. La boca se abrió como cosa de medio palmo más y pareció quedarse encajada en aquel punto.

La bestia intentó entonces echar atrás su cabeza, para obligarme a soltarle los maxilares, pero sus espirales nos unían demasiado apretadamente para conseguir la necesaria distancia.

Se desenroscó un poco, irguiéndose algo, y echando atrás su cabeza. Conseguí entonces apoyarme en tierra con una rodilla. Myshtigo estaba acuclillado en comba a un metro y medio aproximadamente de donde me hallaba yo.

Mi mano derecha resbaló algo más, casi hasta el punto en que iba a perder todo apoyo.

Entonces oí un alarido.

El estremecimiento se presentó casi simultáneamente. Abrí de golpe mis brazos liberándolos al sentir que la fuerza del monstruo cedía por un segundo. Hubo un horrendo castañeteo de dientes y un apretón final. Por un momento no vi nada, casi perdida la noción.

Poco después estaba yo pugnando por soltarme, quitándome las espirales, liberándome de ellas. La lanza de lisa madera que había atravesado al boadilo estaba quitándole la vida, y sus movimientos se convirtieron súbitamente en espasmódicos más que en agresivos.

Por dos veces fui derribado a causa de todo aquel latigueo agónico, pero pude liberar a Myshtigo de los repulsivos nudos. Nos alejamos unos cincuenta pasos y observamos cómo moría aquel reptil. Una muerte que duró un largo rato.

Hasán permanecía erguido, inexpresivo. La pequeña lanza con la cual había empleado tanto tiempo practicando había resultado muy útil.

Cuando más tarde George disecó al boadilo, supimos que la punta de la lanza se había alojado a dos pulgadas de su corazón seccionando la gran arteria. El animal tenía dos docenas de patas.

Dos Santos se hallaba a un lado de Hasán y Diane estaba junto a Dos Santos. Todos los demás del campamento estaban allí.

—Una gran exhibición —dije—, y un tiro estupendo. Gracias.

—De nada —replicó Hasán.

No fue nada, había dicho. Nada, salvo un golpe de muerte a mi teoría acerca que él descompuso el rolem. Si Hasán intentó matarme en aquella ocasión, ¿por qué entonces me había salvado del boadilo?

De no ser que lo que había dicho en Port fuera la estricta verdad: que le habían contratado para proteger al vegano. Si éste era su trabajo principal, y matarme a mí sólo el secundario, entonces se había visto obligado a salvarme para poder mantener con vida a Myshtigo.

A menos que yo fuese un sujeto receloso y desconfiado, y Rolem hubiese sido averiado de algún otro modo.

Pero estos robots están construidos a toda prueba. Ya están diseñados de modo que puedan resistir toda clase de golpes.

Pero entonces...

¡Bah, al diablo! Olvídalo.

Arrojé una piedra lo más lejos que pude, y luego otra. Nuestros «skimmers» elevarían el vuelo para posarse en nuestro campamento al día siguiente y despegaríamos rumbo a Atenas, deteniéndose únicamente para depositar a Rameses y a los otros tres en Nuevo Cairo. Me alegraba abandonar Egipto con su moho, su légamo y sus muertas deidades mitad animales. Ya estaba harto del lugar.

En aquel momento, Rameses avisó desde la tienda de radio que Phil me llamaba desde Port-au-Prince.

—¿Sí? ¿Quién? —hablé por el micro.

—Conrad, aquí Phil. Voy a volar esta tarde hacia Atenas. Me agradaría unirme con ustedes en esta parte de vuestro recorrido, si es que no tienes inconveniente.

—Ninguno. De todos modos, ¿puedo preguntarte por qué has tomado esta decisión?

—He decidido contemplar Grecia, una vez más. Puesto que vas allá, podríamos coincidir y recordar viejos tiempos. Sea por lo que fuere, de todos modos quiero ver Grecia otra vez y presiento que ésta será la última ocasión que se me presente.

—Tengo la convicción que te equivocas, pero allá tú. Cenaremos todos en el Jardín Altar mañana por la noche, alrededor de las ocho.

—Estupendo. Nos veremos allá.

—De acuerdo.

—Hasta la vista, Conrad.

—Hasta pronto.

Aquella noche, a una hora ya avanzada, me armé y salí en busca de un poco de aire fresco.

Oí rumores de conversación a medida que me aproximaba al extremo oriental del perímetro de alarma. Me senté en la oscuridad, reclinándome contra una ancha roca y traté de escuchar. Había reconocido las vibraciones agudas de la voz de Myshtigo y quería oír lo que estaba diciendo.

Pero me fue imposible.

Se hallaban algo lejos y la acústica del desierto no es ni mucho menos la mejor del mundo. Permanecí allí sentado con aquella parte mía que escucha, tensa, y volvió a suceder lo que algunas veces me ocurre.

Estaba yo sentado en una manta junto a Ellen y mi brazo rodeaba sus hombros. Mi brazo azul...

La visión se esfumó al rechazar yo inmediatamente la idea de ser un vegano, aunque fuese en el colmo de un deseo seudotelepático, y de nuevo regresé a la realidad, reclinado contra la roca y escuchando.

De todos modos me sentía solitario y Ellen me había parecido más suave que la roca. Mi curiosidad seguía en aumento. Y al fin, pude escuchar...

—...No podemos verla desde aquí, pero Vega es una estrella de primera magnitud, situada en el conjunto que tu pueblo llama la constelación de Lira.

—¿Cómo es Taler? —preguntó Ellen.

Hubo una larga pausa.

—Las cosas más plenas de significado son frecuentemente las más difíciles de describir. Aunque algunas veces el problema radica en comunicar algo para lo cual no existe el correspondiente elemento de referencia en la persona a quien uno está hablando. Taler no es como este sitio. No hay desiertos. Todo aquel mundo es frondoso. Pero... Voy a ver si me entiendes... Permíteme tomar esta flor de tu cabello. Eso es. Mírala... ¿Qué es lo que ves?

—Una hermosa flor blanca. Esa es la razón por la cual la tomé y la puse en mi pelo.

—Pero no es una hermosa flor blanca. Por lo menos, no lo es para mí. Tus ojos perciben la luz a una longitud de onda aproximada de oscilación entre las cuatro mil y las siete mil doscientas unidades angstrom. Los ojos de un vegano, por ejemplo, penetran más hondo en los ultravioleta, alrededor de las tres mil unidades. Somos ciegos para lo que ustedes llaman rojo, pero, en cambio, en esta flor, para ti blanca, yo veo dos colores para cuya descripción no existen palabras en tu lenguaje. Mi cuerpo está cubierto de moldeamientos que tú no puedes ver, pero que son lo suficientemente similares a aquellos de los demás de mi familia, de tal manera que otro vegano, familiarizado con los *shtigo-gens*, está capacitado para reconocer mi familia y provincia en nuestro primer encuentro.

»Algunas de nuestras pinturas aparecen como deslumbradoramente lisas para los ojos de los terrícolas, y hasta parecen ser todas de un solo color, generalmente azul, debido a que los matices resultan invisibles para ellos. La mayor parte de nuestra música te parecería fragmentada por grandes intervalos de silencio, intervalos que, no obstante, están realmente repletos de melodía. Nuestras ciudades son limpias y están lógicamente diseñadas. Captan la luz del día y la retienen durante largo tiempo por la noche. Hay lugares donde los desplazamientos y toda la actividad se efectúan a ritmo lento, y los sonidos son tamizados suave y agradablemente. Todo esto tiene para mí un gran significado, pero no sé como describirlo a un ser... humano.

—Pero la gente..., la gente de la Tierra, quiero decir..., vive en vuestros mundos.

—Pero ellos, en realidad, no los ven, ni oyen, ni sienten del mismo modo que nosotros. Existe una brecha, una especie de vacío que podemos apreciar y comprender, pero que realmente no podemos cruzar. Esta es la razón por la que no puedo explicarte cómo es Taler. Sería para ti un mundo distinto al mundo que es para mí.

—De todos modos, me gustaría verlo. Mucho. Hasta creo que me gustaría vivir allí.

—Me parece que allá no serías feliz.

—¿Por qué no?

—Porque los inmigrantes no veganos son eso..., inmigrantes de otra raza. Aquí, en cambio, ustedes no son de una casta inferior. Ya sé que ustedes no emplean este calificativo, pero en definitiva esto es lo que vienen a ser allá. En este planeta, vuestro personal burocrático y sus familias forman la casta más elevada. Siguen en categoría los ricos que no son burócratas, y a continuación aquellos que trabajan para los ricos, seguidos en la escala de valores por los que se ganan la vida cultivando la tierra. Por fin, en la escala más inferior se hallan aquellos desgraciados que habitan los Viejos Lugares. Ustedes aquí ocupan el lugar más alto. En Taler serían la casta más inferior.

—¿Por qué debe ser así? —preguntó ella.

—Porque tú ves en una flor blanca sólo una flor blanca.

Con su enigmática respuesta, le devolvió la flor.

Siguió un largo silencio y una fría brisa.

—Sea como fuere, me complace que hayas venido aquí —dijo ella.

—Es un sitio interesante.

—Celebro que te guste.

—Me interesa, pero no me entusiasma.

—De eso ya me he dado cuenta.

—¿El hombre llamado Conrad fue realmente tu amante?

La brusquedad de la pregunta me sobresaltó.

—Eso a ti no te importa —dijo ella—. Pero la respuesta es sí.

—Puedo comprender el motivo —dijo él.

Me sentí incómodo y quizá algo parecido a un *voyeur*, como decían los franceses, aunque más bien, rizando el rizo, era un mirón espiando a otro mirón.

—¿Qué motivo? —inquirió ella.

—Tú buscas lo raro, lo potente, lo exótico, porque nunca eres feliz estando donde estás y siendo lo que eres.

—Esto no es cierto. Pero... Sí, tal vez sí. Sí, él me dijo una vez algo parecido. Quizá sea verdad.

Me sentí muy violento por ella en aquel momento. Entonces, sin darme cuenta de ello, como quería consolarla de alguna manera, alargué el brazo con mi pensamiento y le tomé la mano.

Sólo que fue la mano de Myshtigo la que se movió, y él no había querido hacerlo. Yo sí.

Hubo una gran sensación similar a la de la embriaguez, a la de una habitación dando vueltas, mientras yo notaba cómo él se sentía «ocupado», como si hubiese percibido otra presencia dentro de su mente.

Quise retirarme apresuradamente, y estaba de nuevo allá contra mi roca, pero no antes que ella dejase caer la flor y la oyese decir:

—¡Abrázame!

¡Vaya con los deseos seudotelepáticos! Algún día dejaré de creer que son solamente eso.

Yo *había visto* dos colores en aquella flor, colores para cuya descripción carecía de palabras.

Regresé caminando lentamente hacia el campamento. Pasé a través del campamento y seguí caminando, y al llegar al otro extremo del perímetro de alarma, me senté en el suelo y encendí un cigarrillo. La noche era fresca y oscura.

Dos cigarrillos después, oí una voz a mis espaldas, pero no me volví.

La voz decía:

—En la Gran Casa y en la Casa de Fuego, en aquel Gran Día, cuando todos los días y años son numerados, oh, deja que mi nombre me sea devuelto.

—Muy bien —dije, quedamente—, es una cita apropiada. He conocido el *Libro de los Muertos* y lo identifico apenas oigo citar vanamente sus pasajes.

—No lo he citado en vano, sino como tú mismo has dicho, en forma apropiada.

—Muy bien. Te felicito.

—En aquel Gran Día, cuando todos los días y años son numerados, si te devuelven tu nombre, ¿qué nombre será?

—No será así. Planeo retrasarme lo más posible. De todos modos, ¿qué hay en un nombre?

—Depende del nombre. Intenta, por ejemplo, Karaghiosis.

—¿Por qué no te sientas en un sitio donde pueda verte? No me gusta tener gente de pie a mis espaldas.

—Bien, de acuerdo. ¿Y ahora qué?

—¿Qué?

—Intenta evocar el nombre de Karaghiosis.

—¿Por qué tendría que hacerlo?

—Porque significa algo. Por lo menos significó algo en determinado tiempo.

—Karaghiosis fue un personaje de los antiguos espectáculos griegos de sombras, una especie de títere en las comedias europeas. Era un payaso, un bufón.

—Era griego, y, por lo tanto, era sutil.

—Tonterías. Era medio cobarde y mantecoso.

—También fue medio héroe. Astuto. Un poco rústico. Con sentido del humor. Él hubiese echado abajo una pirámide. También era fuerte cuando quería serlo.

—¿Dónde está ahora?

—Eso me gustaría saber.

—¿Por qué me lo preguntas a mí?

—Porque con ese nombre te llamó Hasán la noche que peleaste con el rolem.

—Ah, ya veo... Bueno, se trataba tan sólo de una expresión, un término genérico, un sinónimo para necio, un apodo..., como si yo te llamase, por ejemplo, rojo. Por cierto, ahora que pienso en ello, ¿qué aspecto tienes tú para Myshtigo? Los veganos son ciegos para el color de tu pelo, ¿sabes?

—En verdad me tiene sin cuidado el aspecto que tenga yo ante los veganos. Será mejor que te preguntes lo que les pareces tú a ellos. Tengo entendido que Myshtigo posee una ficha tuya bastante nutrida. En ella hay algo referente a que tienes varios siglos de edad.

—Indiscutiblemente, es una exageración. Pero pareces estar muy enterada sobre estos detalles. Tu ficha sobre Myshtigo, ¿también es copiosa?

—No lo es mucho, por ahora.

—Al parecer, le odias a él más de lo que odias a cualquier otra persona. ¿Es cierto?

—Sí.

—¿Por qué?

—Es un vegano.

—No. Hay algo más.

—Si tú lo dices...

—De acuerdo, lo digo yo. Pero es cierto, ¿no es así?

—Es cierto. Eres muy fuerte, ¿sabes?

—Lo sé.

—De hecho, eres el ser humano más fuerte que jamás haya conocido. Lo bastante fuerte como para romperle el cuello a un murciélago araña, luego caer en la bahía de Pireo, nadar hasta tierra y desayunarte.

—Has elegido un extraño ejemplo.

—No tanto, no creas. ¿Lo hiciste?

—Lo siento.

—Sentirlo no basta. Habla más.

—Ya lo dije todo.

—No. Nosotros necesitamos a Karaghiosis.

—¿Quiénes son esos «nosotros»?

—El Radpol. Yo.

—¿Por qué?

—Hasán es casi tan viejo como el tiempo. Karaghiosis es aún más viejo. Hasán le conocía, le recordaba, y te llamó Karaghiosis. Tú eres Karaghiosis, el asesino, el defensor de la Tierra..., y ahora te necesitamos. Te necesitamos mucho. El Armagedón ha llegado, no con estrépitos, sino con un talonario de cheques. El vegano debe morir. No hay otra alternativa. Ayúdanos a impedir sus propósitos.

—¿Qué quieren de mí?

—Que dejes que Hasán lo destruya.

—No.

—¿Por qué no? ¿Qué es él para ti?

—Nada. De hecho, me disgusta sobremanera. Pero, ¿qué es él para ustedes?

—Nuestro destructor.

—Entonces dime por qué y cómo, y quizá yo te dé una respuesta mejor.

—No puedo.

—¿Por qué no?

—Porque no lo sé.

—Entonces, buenas noches. Hemos terminado.

—¡Aguarda! De veras que no lo sé... Pero la orden ha llegado desde Taler, por medio del enlace Radpol que tenemos allá. Debe morir. Su libro no es un libro. Su yo no es un ser, sino muchos; no sé lo que esto significa, pero nuestros agentes nunca nos han mentido. Tú has vivido en Taler, en Bakab y en una docena de otros mundos. Tú eres Karaghiosis. Tú sabes que nuestros agentes no mienten, porque tú mismo estableciste la red de espionaje. Ahora oyes sus informes y no les prestas atención. Ellos dicen que debe morir. Sostienen que es un investigador al que no se debe permitir fisgonear. Él representa el final de todo aquello por lo cual hemos luchado. Ya conoces la clave. Dinero contra Tierra. Más explotación vegana. Los agentes no pudieron dar más datos concretos.

—No voy a aprobar su destrucción sin una causa justa y específica. Hasta ahora no me has expuesto nada concreto.

—Te he dicho cuanto sé.

—Entonces, buenas noches.

—Aguarda, por favor.

—Hasán intentó matarme.

—Sí —dijo ella—. Él debió pensar que resultaba más fácil matarte que intentar mantenerte fuera de su camino. Después de todo, él sabe más acerca de ti que nosotros.

—Entonces, ¿por qué me salvó hoy del boadilo a la vez que a Myshtigo?

—Preferiría no tener que decirlo.

—Entonces, olvídalo.

—No, te lo diré. La lanza corta era la única arma que tenía al alcance. Todavía no está muy entrenado con ella. No pretendía herir al boadilo.

—Ah...

—Pero tampoco estaba apuntándote a ti. La bestia se retorcía en exceso. Él quería matar al vegano, y hubiese explicado simplemente que había intentado salvarlos a los dos, mediante la única arma que tenía a mano y que lo ocurrido había sido un terrible accidente. Por desgracia, no hubo tal terrible accidente. Falló su diana.

—¿Por qué no se limitó sencillamente a dejar que el boadilo le matase?

—Porque tú ya habías agarrado con tus manos a la bestia. Él temía que pudieras salvarle. Teme tus manos.

—Es bueno saberlo. ¿Persistirá en continuar intentando, aunque me niegue a cooperar?

—Me temo que sí.

—Esto es muy lamentable, querida, porque no voy a permitirlo.

—Tú no se lo impedirás. Ni tampoco nosotros le ordenaremos que abandone. Aun cuando eres Karaghiosis, y estés ofendido, y mi pena por ti rebose los horizontes, Hasán no será detenido por ti ni por mí. Es Hasán *el Asesino*. Nunca ha fallado.

—Tampoco yo.

—Sí, tú sí. Exactamente has fallado a Radpol y a la Tierra, y a todo cuanto significa algo y todo.

—Yo me guío por mi propio consejo, muchacha. Sigue tu camino.

—Soy lo bastante vieja para ser la abuela de cualquier hombre, menos de ti. Por consiguiente, no me llames muchacha. ¿Sabes que mi cabellera es una peluca?

—Sí.

—¿Sabes que en cierta ocasión contraje una enfermedad vegana y ésta es la razón por la que debo llevar peluca?

—No. Lo siento mucho.

—Cuando yo era joven, hace ya mucho tiempo, trabajé en un local de diversión vegano. Yo era carne de placer. Nunca he podido olvidar el jadeo de sus horrendos pulmones contra mi cuerpo, ni el contacto de sus carnes color cadáver. Les odio, Karaghiosis, de tal modo que solamente uno como tú puede comprenderlo, tú que has experimentado todos los grandes odios.

—Lo siento, Diane. Siento mucho que aún te duela aquella experiencia, Pero todavía no estoy dispuesto a tomar una decisión. No me atosigues.

—¿Eres Karaghiosis?

—Sí.

—Entonces, en cierto modo, ya me doy por satisfecha.

—Pero el vegano seguirá viviendo.

—Ya lo veremos.

—Sí, ya lo veremos. Buenas noches.

—Buenas noches, Conrad.

Me levanté, dejándola allí, y yendo hacia mi tienda. Más tarde, en la noche, ella vino.

Hubo un susurro en el cobertor de mi tienda y en las ropas de mi cama, y ella estaba allí. Cuando olvide todo acerca de ella..., la rojez de su peluca, la pequeña «uve» invertida entre sus ojos, la crispación de sus mandíbulas, su modo incoherente de charlar y su cuerpo cálido como el corazón de una estrella, siempre recordaré una cosa...

Que ella vino cerca cuando la necesité, que era tibia, suave, tierna..., que acudió a mi lado...

Tras desayunar a la mañana siguiente me dispuse a buscar a Myshtigo, pero él me encontró primero. Estaba yo abajo, a la orilla del río, hablando con los hombres que debían hacerse cargo de las felucas.

Dijo él, afablemente:

—Conrad, ¿puedo hablar contigo?

Asintiendo, señalé hacia una honda zanja.

—Caminemos hasta aquel sitio. Aquí ya terminé.

Anduvimos en silencio.

Al cabo de unos minutos, dijo:

—Tú sabes que en mi mundo existen varios sistemas de funcionamiento mental, sistemas que circunstancialmente producen percepciones extrasensoriales...

—Eso he oído.

—La mayoría de los veganos, tarde o temprano, se hallan expuestos a estas percepciones. Algunos tienen una gran aptitud para ello. Muchos, no. Pero casi todos nosotros poseemos un sentido especial para ello, una identificación de sus operaciones...

—¿Y...?

—Yo no soy telepático, pero he comprobado que tú posees esta capacidad, ya que anoche la usaste conmigo. Lo pude sentir. Es algo totalmente desacostumbrado entre los de tu raza, por este motivo no pude preverlo y, por tanto, no tomé ninguna precaución para evitarlo. Además, ejerciste este poder sobre mí en el momento perfecto. El resultado fue

que mi mente quedó totalmente abierta para ti. Tengo que saber cuántas cosas llegaste a averiguar.

O sea, que aparentemente había algo extrasensorial relacionado con aquellas oscuras visiones. Habitualmente, todo cuanto contenían era lo que parecían ser las percepciones inmediatas del sujeto, además de un vislumbre de los pensamientos y sentimientos que acompañaban a las palabras que pronunciaba. Y a veces hasta me engañaba a mí mismo.

La pregunta de Myshtigo indicaba que no sabía hasta qué punto llegaba mi penetración, y yo había oído decir que algunos profesionales veganos del fisgoneo en la psique lograban abrirse paso en el inconsciente. O sea, que decidí fanfarronear.

Dije sentenciosamente:

—Concluí que no estás escribiendo un simple libro de viajes.

Él no dijo nada.

—Por desgracia, yo no soy el único que tiene conocimiento de este detalle —proseguí—, lo cual te coloca en una posición algo peligrosa.

—¿Por qué?

—Quizá lo interpreten equivocadamente —aventuré.

Meneó la cabeza meditativo, al preguntarme:

—¿Quiénes son ellos?

—Lo siento. Lo lamento. Nada más.

—Pero yo necesito saberlo.

—De nuevo te repito que lo lamento. Si quieres abandonar tus propósitos, puedo hacer que regreses hoy mismo a Port.

—No, no puedo hacer eso. Debo seguir adelante. ¿Qué puedo hacer?

—Cuéntame un poco más sobre ello, y así quizá esté en condiciones de hacerte algunas sugerencias.

—No, ya sabes demasiado...

Y de pronto, añadió precipitadamente:

—Entonces, éste debe ser el verdadero motivo por el cual Dos Santos está aquí. Es un moderado. La rama activista del Radpol debe haber averiguado algo sobre mis planes, y, como dices, los han interpretado equivocadamente. Él debe saber lo referente al peligro. Tal vez debería ir a hablarle.

—No, yo no creo que debas hacerlo. En realidad, no cambiaría nada. De todos modos, ¿qué le dirías?

Una pausa. Y murmuró:

—Ya veo lo que intentas decirme. También se me ha ocurrido la idea que él no sea tan moderado como pensé... Si éste es el caso, entonces...

—Exacto. ¿Quieres volver a tu punto de origen?

—No puedo.

—Bien, de acuerdo, hombre azul... Entonces vas a tener que confiar en mí. Puedes empezar contándome más cosas acerca de tu investigación...

—¡No! No sé cuánto conoces ni cuánto no sabes. Es evidente que estás intentando sonsacarme más información, y, por consiguiente, no creo que sepas mucho. Lo que estoy haciendo sigue siendo todavía confidencial.

—Yo estoy tratando de protegerte, y, en consecuencia, quiero toda la información posible.

—Entonces, protege mi cuerpo y deja que me preocupe yo por mis motivos y pensamientos. Mi mente estará cerrada para ti en el futuro. No es preciso que pierdas tu tiempo intentando sondearla.

Le tendí una automática.

—Sugiero que lleves esta arma mientras dure el viaje. Para proteger tus motivos.

—Muy bien. Así lo haré.

—Ahora vete a preparar tus cosas. Nos iremos de aquí muy pronto.

Mientras regresaba al campamento por otro camino, analicé mis propios motivos. Un libro, sólo un libro, no podía lograr anular la Tierra, ni el Radpol, ni el Retornismo.

Ni siquiera *La Llamada de la Tierra*, de Phil, lo había logrado, ni mucho menos. Pero este asunto de Myshtigo tenía que ser algo más que un simple libro. ¿Una investigación? ¿Acerca de qué? ¿Un movimiento? ¿En qué dirección...?

No lo sabía, y tenía que saberlo. Porque Myshtigo no podía seguir con vida si pretendía destruirnos, y, sin embargo, no podía yo permitir su destrucción si lo que estaba haciendo podía resultarnos de alguna ayuda. Y pudiera serlo.

Por consiguiente, alguien debía vigilar que no se precipitasen los acontecimientos hasta que pudiéramos estar del todo seguros.

Cuando estuvimos a la sombra de su «skimmer», le dije:

—Diane, tú afirmas que significo algo para ti, como quien soy, como Karaghiosis.

—Lo reafirmo.

—Entonces, escúchame... Creo que puedes estar equivocada sobre el vegano. No estoy seguro, pero si tú estás equivocada, sería un gran error matarle. Por esta razón, no puedo permitirlo. Aplaza cualquier cosa que hayas planeado hasta que lleguemos a Atenas. Y solicita aclaraciones del mensaje a Radpol.

Me miró fijamente, y por fin dijo:

—De acuerdo.

—¿Y qué pasa con Hasán?

—Aguarda.

—Es dueño de su propia elección del momento y lugar, ¿no es así? Aguarda solamente la ocasión más oportuna de golpear.

—Sí.

—Entonces debe ser advertido a fin que suspenda cualquier acción hasta que estemos seguro a qué atenernos.

—Muy bien.

—¿Se lo dirás?

—Le será comunicado.

—Excelente.

Di media vuelta disponiéndome a alejarme.

Dijo ella:

—Y cuando venga el mensaje de respuesta, si dijese lo mismo que antes, ¿qué pasaría entonces?

—Ya veremos.

La dejé junto a su «skimmer» y regresé al mío.

Cuando el mensaje de respuesta llegase, diciendo lo que pensaba yo que diría, sabía que tendría que enfrentarme con más problemas. Y todo porque yo había tomado ya mi decisión.

A lo lejos, hacia el sudeste, las tierras de Madagascar seguían ensordeciendo los registradores con lastimeros lamentos radiactivos. Un tributo a la habilidad de uno de nosotros.

Estaba yo seguro que Hasán podía aún afrontar cualquier barrera sin que pestañearan sus amarillos ojos inundados de sol, acostumbrados a la muerte.

Probablemente resultaría difícil contenerlo.

Allá abajo, muerte, ardor, marcas de franjas fangosas, nuevos litorales...
Vulcanismo en Kos, Samos, Ikaria, Naxos...
Halicarnassos reducido, empequeñecido a grandes mordiscos...
El extremo occidental de Kos nuevamente visible, pero, ¿y qué?
...Muerte, ardor, mareas de franjas fangosas. Nuevos litorales...

Había conducido a mi convoy dando un gran rodeo fuera de su periplo, para poder comprobar lo que había sucedido en aquella zona del mar Egeo.

Myshtigo tomaba notas.

Lorel había dicho:

—Continúa adelante con el viaje. Los daños físicos no han sido demasiado graves, debido a que el Mediterráneo estaba ya lleno de basuras. Las lesiones personales o bien fueron fatales o ya están siendo atendidas adecuadamente.

Pasé en vuelos casi rasantes sobre lo que quedaba de Kos, el extremo occidental de la isla. Era una comarca salvaje, volcánica. Había ahora nuevos cráteres humeantes. Surcos recientes y brillantes de agua marina formaban líneas cruzando aquella porción de tierra.

La antigua capital de Austipalaia estuvo allí en tiempos remotos. Tucídides nos relata que fue destruida por un poderoso terremoto. Debería haber visto éste, para formarse una idea de lo que puede llegar a ser una conmoción terráquea.

Mi norteña ciudad de Kos había contenido habitantes desde trescientos sesenta y seis años antes de Cristo. Ahora todos habían desaparecido, y sólo quedaba lo líquido y lo ardiente. No había supervivientes.

Y el sicómoro de Hipócrates y la mezquita de la Logia y el castillo de los Caballeros de Rodas, y las fuentes, y mi casa, y mi esposa..., todo había sido barrido por gigantescas olas o hundido en abismos marinos. Se habían ido lejos, para siempre. Lejos... Cassandra debía ser inmortal en algún sitio, pero estaba muerta para mí.

Más al este, algunos picachos de aquella alta cordillera montañosa que había interceptado la llanura costera del norte seguían todavía asomándose fuera del agua. Allí estaba el elevado picacho de Dhikaios, o Cristo el Justo, que dominó los poblados de las laderas norteñas. Nadie había logrado coronar su cima y ahora no era más que una diminuta isleta.

—Vivías allí —comentó Myshtigo.

Afirmé en silencio.

—Aunque habías nacido en la aldea de Markrynitsa, en las colinas de Tesalia, ¿no es así?

—Así fue.

—Pero, ¿construiste allí tu hogar?

—Por algún tiempo.

—«Hogar» es un concepto universal —dijo el vegano—. Puedo comprender todo su significado.

—Gracias.

Continué mirando hacia abajo, sintiéndome mal, triste, mareado. Luego, ya no sentí nada.

Después de las ausencias, Atenas vuelve a mí con una súbita familiaridad que siempre refresca, frecuentemente se renueva y a veces incita.

Phil me leyó en cierta ocasión algunas líneas de uno de los últimos grandes poetas griegos, George Seferis, que se refería a «mi» Grecia al decir:

«...Una comarca que ya no es nuestro propio país, ni tampoco el vuestro.»

Y apoyando su tesis afirmaba que era una alusión a los veganos. Cuando le expuse que no había veganos en la panorámica griega durante la época en que vivió Seferis, Phil arguyó que la poesía existe con independencia del tiempo y del espacio y que significa lo que necesite en aquel momento el lector. Pero tenía otras razones para no necesitar aquel párrafo como testimonio inapelable.

Grecia es nuestro país y siempre lo será. Los godos, los hunos, los búlgaros, los serbios, los francos, los turcos y últimamente los veganos, no lograron jamás quitarnos nuestro hondo regionalismo. Yo he sobrevivido a los griegos. Atenas y yo hemos cambiado un poco, los dos juntos. Sin embargo, la Grecia de tierra firme, el continente griego, es esencialmente Grecia y no cambia para mí. Intenten arrebatármela, sean quienes fuesen ustedes, y mis dioses bajarán majestuosamente de las colinas como antiguos vengadores del pasado.

Todos ustedes se extinguirán, pero las colinas de Grecia permanecerán, seguirán idénticas. Seguirá el aroma de carne de cabra asándose con mixtura de sangre y vino, el sabor de almendras endulzadas, un viento frío por la noche, y cielos de un radiante azul como los ojos de un dios durante el día.

Ésa es la razón por la que me siento vivificado cada vez que regreso, porque ahora que soy un hombre con muchos años a mis espaldas, mi pasión por Grecia la extiendo a la Tierra entera. Ésa es la razón por la que he luchado, he matado y bombardeado, y he hecho uso de todos los recursos, legales o no. He tratado de impedir que los veganos comprasen la Tierra, pedazo a pedazo, al gobierno ausente instalado allá en Taler.

Por esta razón me fui creando una posición bajo otro nombre, en la enorme máquina del servicio civil administrativo que rige este planeta, situándome en particular en el departamento de Artes, Monumentos y Archivos. En esta posición puedo luchar para preservar lo que aún queda, mientras aguardo el próximo acontecimiento.

El afán vengativo del Radpol había aterrorizado por igual a los expatriados y a los veganos. No llegaron a comprender que los descendientes de aquellos que habían sobrevivido a los Tres Días no iban a ceder voluntariamente sus mejores áreas de litoral para lugares de vacaciones veganas, ni forzar a sus hijos e hijas a trabajar en aquellos lugares, ni tampoco servir de guías a los veganos a través de las ruinas de sus ciudades, señalándoles los sitios de interés para su entretenimiento. Ésa es la razón por la que la Oficina esté compuesta, en su mayoría, por personal extranjero.

Habíamos enviado una llamada a aquellos descendientes terrícolas de las colonias marcianas y titanianas pidiéndoles el regreso, y no hubo regreso. Allá habían crecido diferentes, en medio de una cultura mucho más avanzada que la nuestra. Habían perdido su identidad original. Nos abandonaron.

No obstante, ellos componían el Gobierno de la Tierra, *de jure*, legalmente elegido por la mayoría ausente..., y quizá, también *de facto*, si profundizábamos en la cuestión, y era preciso llegar a este extremo, aunque yo esperaba que los sucesos no exigiesen tal alternativa.

Durante más de medio siglo las cosas estuvieron estancadas, como en un callejón sin salida. Nada de nuevos centros veganos, nada de violencias por parte del Radpol. Ningún Retorno. Pero pronto iban a ocurrir nuevos acontecimientos. Se presentía en el ambiente... Sin duda, Myshtigo estaba inspeccionando, y lo del libro era una simple excusa.

Regresé a mi Atenas en un día sombrío, frío y lluvioso, una Atenas recién sacudida y recompuesta por los últimos cataclismos de la Tierra. En mi cerebro había un interrogante y en mi cuerpo magulladuras, pero de todos modos me sentía vivificado.

El Museo Nacional seguía aún allí, entre Tositsa y Vasileos Iracles. La Acrópolis estaba todavía más ruinosa de lo que la recordaba. La Posada del Jardín Altar, antiguamente el viejo Royal Palace en la esquina nordeste de los Jardines Nacionales, al otro lado de la Plaza Syndagma, ostentaba grietas y resquebrajaduras, pero a pesar de ello, estaba en pie y abierta para la clientela.

Entramos y nos inscribimos.

En mi calidad de comisionado de Artes, Monumentos y Archivos (aunque comprendí que se debía principalmente a que era el único griego del grupo), fui objeto de una consideración especial.

Me concedieron la *suite* número 19.

No estaba como la había dejado ni mucho menos. Ahora relucía de orden y limpieza.

Una placa de metal en la puerta decía: «Estas habitaciones fueron el cuartel general de Konstantino Karaghiosis durante la fundación del Radpol y gran parte de la Rebelión Retornista.»

En el interior, otra placa sobre la cabecera de la cama indicaba: «Konstantino Karaghiosis durmió en esta cama.»

En la larga y estrecha antesala localicé otro rótulo en la pared del fondo. Decía: «Las manchas de esta pared fueron producidas por una botella de brebaje, arrojada a través de la sala por Konstantino Karaghiosis, durante la celebración del bombardeo de Madagascar.»

Lo crean o no, así era.

Otra placa insistía: «Konstantino Karaghiosis se sentó en este sillón.»

Sentí algo muy parecido al miedo cuando entré en el cuarto de baño.

Aquella noche salí a pasear por los húmedos pavimentos de piedra tosca de mi casi desierta ciudad. Mis antiguos recuerdos y mis pensamientos actuales eran como dos ríos confluyendo tumultuosamente.

Había dejado a los demás roncando en sus cuartos, y al bajar la amplia escalinata desde la Posada, me detuve a leer una de las inscripciones de la oración fúnebre de Pericles: «La Tierra entera es la tumba de grandes hombres.»

Estaba en un lateral del monumento al Soldado Desconocido. Contemplé por unos instantes los enormes y carcomidos miembros de aquel arcaico guerrero, tendido con todas sus armas en su lecho funerario, todo mármol y bajorrelieves pétreos, en cierto modo casi cálidos, porque la noche le sienta bien a Atenas. Después, salí fuera, pasando de largo ante Leóforos Amalias.

La cena había sido espléndida: cordero lechal, macedonia de legumbres y frutas, miel de arrope, yogur especial y abundante café. Phil pasó todo el rato discutiendo con George acerca de la evolución.

—¿Acaso no ves una convergencia de vida y mito, aquí, durante los últimos días de este planeta?

—Concretamente, ¿qué pretendes decir? —preguntó George, apurando el resto de sus natillas de naranja y ajustándose los lentes, que le habían resbalado durante la comilona.

—Quiero decir que al surgir la humanidad de las tinieblas trajo consigo leyendas, mitos y evocaciones de criaturas fabulosas. Ahora estamos descendiendo nuevamente al interior de aquellas mismas tinieblas. La Fuerza Vital va siendo cada vez más inestable y débil. Hay un resurgimiento de aquellas formas primarias que durante tanto tiempo solamente han existido como tenues recuerdos raciales...

—Absurdo, Phil. ¿Fuerza Vital? ¿En qué siglo te has instalado? Hablas como si todo lo referente a la vida fuera una simple y consciente entidad.

—Lo es.

—Demuéstralo, por favor.

—En tu museo tienes los esqueletos de tres sátiros y fotografías de otros con vida. Viven en las colinas de este país. También han sido vistos por aquí centauros, y hay flores-vampiro, y caballos con alas. Hay serpientes de mar en cada mar. Murciélagos araña surcan nuestros cielos. Hasta poseemos declaraciones juradas de personas que han visto la Bestia Negra de Tesalia, devoradora de hombres, huesos incluidos, lo cual es bastante mítico; toda clase de leyendas están brotando de nuevo a la vida.

George suspiró.

—Cuanto llevas dicho hasta ahora, sólo demuestra que en la grandiosidad de un infinito todo es posible. Cualquier forma de vida puede aparecer si se dan los factores apropiados de precipitación y un ambiente de continuidad congénita. Las cosas que has mencionado como nativas de la Tierra son mutaciones, criaturas originándose cerca de diversos Sitios Ardientes esparcidos por el mundo, donde han encontrado los factores y el ambiente precisos. Un sitio como éstos se halla en lo alto de las colinas de Tesalia. Si la Bestia Negra irrumpiese en este momento a través de aquella puerta, con un sátiro montado en su espalda, ello no alteraría mi opinión ni demostraría la tuya.

En aquel momento miré hacia la puerta, no con la esperanza de ver a la Bestia Negra, sino a algún inofensivo viejo que pudiera entrar con andar renqueante, o algún camarero llevándole a Diane una bebida no encargada por ella, con un mensaje doblado en el interior de una servilleta.

Pero no sucedió ninguna de las tres cosas.

Al pasar de largo ante Leóforos Amalias, por la Puerta de Adriano, y más allá del Olímpeo, todavía no sabía yo cuál iba a ser el mensaje. Diane había establecido contacto con el Radpol, pero todavía no había llegado respuesta alguna. Dentro de unas treinta y seis horas estaríamos surcando el cielo desde Atenas a Lamia. Después atravesaríamos a pie áreas de extraños y nuevos árboles con largas hojas pálidas y rojas venas, parras trepadoras, y otros ejemplares de flora que forman tupidas enramadas en lo alto, con una enormidad de retoños germinando entre sus raíces semidescubiertas. Luego seguiríamos adelante a través de planicies bañadas por el sol, por entre lugares elevados y rocosos, y descenderíamos por hondos barrancos, pasando delante de ruinosos monasterios.

Era una excursión bastante demencial, pero, como siempre, Myshtigo lo había querido. Sólo porque yo había nacido allí, él pensaba que estaría a salvo. Intenté contarle lo referente a los animales salvajes, a los caníbales kouretes, una tribu que vagabundeaba por allá. Pero él quería ser como Pausanio y verlo todo a pie, a nivel del suelo. Entonces decidí que muy bien, de acuerdo, si el Radpol no acababa con él, la fauna lo lograría.

Pero, para poner a salvo mi responsabilidad, fui a la Oficina de Correos del Gobierno Terrícola más cercana, obtuve un permiso de duelo y pagué mis impuestos de muerte. Decidí que, dado el caso, valía más estar en regla en estos aspectos, sobre todo siendo yo el comisionado responsable.

Si Hasán tenía que ser eliminado, lo mataría legalmente.

La calle estaba desierta, casi a oscuras del todo. Di la vuelta para penetrar por el Aerópago de Leóforos Dioniso y seguí avanzando hasta alcanzar la empalizada que corre a lo largo de la ladera sur de la Acrópolis.

Oí unas pisadas, bastante detrás de mí, en la esquina. Permanecí atento cosa de medio minuto, pero solamente había silencio y una noche muy negra. Encogiéndome de hombros, atravesé la gran entrada y me dirigí al templete de Dioniso Eleuterio. Del templete no queda nada, salvo los cimientos. Seguí adelante, encaminándome hacia el Teatro.

Pasé al proscenio. La labor de escultura en relieve empezaba en los peldaños narrando anécdotas de la vida de Dioniso. Todo guía de turistas y cada miembro de una gira debe, de acuerdo con una norma promulgada por mí (Número 237-1, por si les interesa), «...llevar no menos de tres luminarias de magnesio consigo, mientras efectúe un recorrido». Quité la horquilla de una de ellas y la dejé caer al suelo. El resplandor no sería visible desde más abajo debido al ángulo de la ladera de la colina y a la mampostería, que formaba una especie de parapeto.

No miré hacia la brillante llamarada, sino arriba, a las figuras pintadas de plata. Allí estaba Hermes, presentando el dios infante a Zeus, mientras las corifantas trenzaban las fantasías pírricas a cada lado del trono. Aparecía Ícaro, a quien Dioniso había enseñado a cultivar la vid, disponiéndose a sacrificar un macho cabrío, mientras su hija ofrecía pasteles a los dioses (éstos permanecían a un lado con un sátiro, elogiando los dones físicos de la hija). Se hallaba también Sileno, intentando sostener en alto el cielo, al igual que Atlas, sólo que no lo hacía con tanta maestría. Y estaban allí todos los otros dioses de las ciudades, rindiendo visita a este Teatro, y localicé a Hestia, Teseo, y Ceres con un cuerno de la abundancia...

—Debes quemar una ofrenda a los dioses —dijo una voz cercana.

No me volví. Procedía directamente de detrás de mi hombro derecho; no necesitaba verle, porque conocía aquella voz.

—Quizá lo haga —repliqué.

—Ha transcurrido largo tiempo desde que pisaste esta tierra, esta Grecia.

—Es verdad.

—Esto es debido sin duda a que nunca existió una inmortal Penélope, paciente como las montañas, confiada en el retorno de su guerrero errante.

—¿Eres tú, en estos días, el narrador pueblerino de cuentos y leyendas?

La voz rió.

—Me cuido de las ovejas de muchas patas en los llanos elevados, donde los dedos de Aurora son los primeros en pintar el cielo con rosas.

—Sí, en efecto, eres el narrador de historias. ¿Por qué no estás ahora en los llanos altos, corrompiendo a la juventud con tus canciones?

—Por culpa de los sueños.

—¿Sueños?

—Sí.

Me volví y contemplé el vetusto rostro. Sus arrugas, a la luz de la llama agonizante, tan negras como redes de pescador perdidas en el seno del mar. La barba tan blanca como la nieve que, en copos voladores, baja desde las montañas. Los ojos parecidos al azul del turbante anudado en torno a sus sienes. Ya no se respaldaba en ninguna guardia personal, del mismo modo que ya ningún guerrero se apoya en su espada. Yo sabía que sobrepasaba el centenar de años.

—Soñé que aquí, ante mí, yacía Atenas —me contó—. Este lugar, este Teatro, tú..., y allá sentadas las ancianas. La que va midiendo la hebra de la vida estaba enfurruñada porque había prendido la hebra de tu vida en el horizonte y ningún extremo del hilo estaba a la vista. Pero la que teje la hebra la había dividido en dos hilachas muy delgadas. Uno de los ramales corría hasta surcar los mares y volvía a perderse nuevamente de vista. El otro ascendía muy arriba en las colinas. En la primera colina se hallaba el Hombre Muerto, que sostenía tu hilo en sus pálidas manos, extraordinariamente blancas. Más allá de él, en la

siguiente colina, el hilo yacía a través de una roca ardiente. Tras esta roca se hallaba la Bestia Negra sacudiendo tu hilo con sus colmillos. Y a lo largo del hilo andaba majestuosamente un gran guerrero extranjero, sus ojos eran amarillos, blandía desnuda la hoja de acero en sus manos y varias veces alzó la hoja en gesto de amenaza.

Suspiró el narrador.

—Por eso bajé a Atenas, para encontrarme contigo aquí. Para decirte que regreses de nuevo por donde viniste, a través de los mares. Para avisarte que no vayas arriba a las colinas, donde te espera la muerte. Porque supe que aquellos sueños no eran míos, sino que aparecieron destinados a ti, oh, padre mío, y que yo debía encontrarte aquí y avisarte. Vete lejos ahora, cuando aún estás a tiempo de hacerlo. Vete, por favor.

Le tomé del hombro.

—Jason, hijo mío, yo no retrocedo nunca. Acepto la plena responsabilidad de mis propios actos, sean justos o equivocados, incluyendo mi propia muerte, si es necesario. Debo ir a las colinas esta vez, ahora, allá arriba, cerca del Sitio Quemante. Te doy las gracias por tu advertencia. Nuestra familia ha tenido siempre esta predisposición a los sueños, y con frecuencia inducen a error. Yo también tengo sueños... Sueños en los cuales veo a través de los ojos de otras personas, algunas veces claramente, otras no tan claro. Te agradezco tu aviso y lamento no poder seguir tu consejo.

—Entonces, regresaré a mi rebaño.

—Ven conmigo a la Posada. Mañana te llevaré en vuelo hasta Lamia.

—No. Ni duermo en grandes edificios, ni vuelo.

—Entonces, ya va siendo hora que empieces, pero no me queda más remedio que aceptar tus propias decisiones. Podemos acampar aquí esta noche. Soy el comisionado de este monumento.

—Ya oí decir que volvías a ser alguien importante en el Gran Gobierno. ¿Habrá más matanzas?

—Espero que no.

Hallamos un sitio protegido y liso. Nos recostamos sobre su capa.

—¿Cómo interpretas los sueños? —le pregunté.

—Tus regalos nos llegan puntualmente en las fechas señaladas, cada año, pero, ¿cuándo fue la última vez que nos visitaste en persona?

—Hará, aproximadamente, unos diecinueve años.

—Entonces, ¿no sabes nada referente al Hombre Muerto?

—No.

—Es más grande que la mayoría de los hombres, más alto, más fornido, con la carne color vientre de pez, y dientes de animal. Se empezó a hablar de él hace aproximadamente unos quince años. Aparece únicamente por la noche. Bebe sangre. Ríe con la aguda risita de un niño, mientras recorre los campos en busca de sangre, sangre de personas, de animales, simplemente sangre. Entrada la noche, sonríe a través de las ventanas de las alcobas. Incendia los templos. Cuaja las leches. Produce abortos por el terror. Se dice que de día duerme en un ataúd, custodiado por miembros de la tribu kourete.

Comenté:

—Cosas extrañas surgen de los Sitios Ardientes. Ya lo sabemos.

—«...Donde Prometeo desparramó en exceso el fuego de la creación.»

—No. Donde algún bastardo hizo estallar una bomba de cobalto y los muchachos y chicas de ojos relucientes y codiciosos vitorearon el estallido con entusiasmo... ¿Y qué hay acerca de la Bestia Negra?

—Tiene el tamaño de un elefante y es muy rápida. Dicen que es caníbal. Aterroriza las planicies. Tal vez algún día se encuentre con el Hombre Muerto y se destruyan mutuamente.

—Por lo general, no suele suceder así, pero no deja de ser una idea agradable. ¿Eso es todo cuanto sabes de la Bestia Negra?

—Sí. No sé de nadie que haya podido verla más que fugazmente.

—Bien, yo procuraré verla todavía menos.

—Y ahora debo hablarte de «Bortan».

—¿«Bortan»? Este nombre me resulta familiar.

—Tu perro. Yo acostumbraba a cabalgarlo cuando era niño y golpeaba con mis piernas sus grandes flancos acorazados. Él gruñía y protestaba y me agarraba el pie, cariñosamente.

—Mi «Bortan» ha estado muerto por tanto tiempo, que ni siquiera podría roer sus propios huesos, si es que acaso excavase para sacarlos al aire en una fantástica reencarnación.

—También yo pensaba así. Pero dos días después que te fuiste tras tu última visita, «Bortan» irrumpió ruidosamente en la choza. Aparentemente, había seguido tu rastro a través de media Grecia.

—¿Estás seguro que era «Bortan»?

—¿Acaso hubo otro perro del tamaño de un caballo pequeño, con placas óseas en sus costados, y mandíbulas como cepos para oso?

—No, no lo creo. Ésa es probablemente la razón por la que la especie se haya extinguido. Los perros necesitan estar acorazados para alternar con sus congéneres actuales. Deberían desarrollarse muchísimo más, ser más veloces, y terriblemente agresivos. Si «Bortan» está todavía vivo, es posiblemente el último perro sobre la Tierra. Él y yo fuimos cachorros al mismo tiempo, ¿sabes?, y de ello hace ya tanto tiempo, que duele pensarlo. Aquel día, cuando desapareció mientras estábamos cazando, pensé que había sufrido un accidente. Lo busqué con ahínco hasta llegar a la conclusión que había muerto. Por entonces, ya era increíblemente viejo.

—Quizá estaba herido y anduvo errante durante años. Pero cuando le vimos por última vez, iba siguiendo tu rastro y no queda duda que era «Bortan». Cuando comprobó que te habías ido, se puso a aullar lastimeramente y reemprendió de nuevo tu búsqueda. Desde entonces, no lo hemos vuelto a ver. Sin embargo, algunas veces, entrada la noche, oigo sus ladridos de caza por las colinas...

—Ese maldito perro testarudo y necio debería saber que no vale la pena preocuparse tanto por nada.

—Los perros eran seres raros.

—Sí, ciertamente, lo eran.

Y entonces, el viento de la noche, enfriado a través de los arcos de los años, acudió buscándome como un sabueso. Lamió mis ojos. Cansados, se cerraron.

Grecia está podrida de leyendas, preñada de amenazas. Muchas áreas de tierra firme cercanas a los Sitios Ardientes son históricamente peligrosas. Se debe esto a que, si bien en teoría la Oficina gobierna la Tierra, en realidad solamente se ocupa de las islas. El personal burocrático de gran parte de tierra firme viene a ser algo así como los Inspectores de Impuestos del siglo veinte en determinadas áreas de las colinas. En cualquier temporada, son caza fácil.

Las islas sufrieron menos daños que el resto del mundo durante los Tres Días, y en consecuencia fueron las lógicas avanzadillas para las oficinas de distrito mundiales cuando los taleritas decidieron que no nos vendría mal un poco de administración. Los continentales siempre estuvieron opuestos a esta clase de idea. Además, en las regiones en torno a los Sitios Ardientes, los nativos no siempre son completamente humanos. Todo

esto forma un conglomerado de histórica antipatía con pautas de comportamiento anormal. Esta es la razón por la cual Grecia es tan difícil de regentar.

Pudimos haber navegado costa arriba hasta Volos. Pudimos haber volado hasta Volos. Pero Myshtigo quería darse una caminata desde Lamia, para pasear y disfrutar el vigorizante efecto de un escenario extraño, rebosante de leyenda. Este es el motivo por el que dejamos los «skimmers» en Lamia. Y es la razón por la cual caminamos hacia Volos.

Y ésta fue la causa por la que topáramos con la leyenda.

Me despedí de Jason en Atenas. Se disponía a remontar la costa en un barco de vela. Muy sensato.

Phil había insistido en soportar la caminata, en lugar de volar. Prefirió tomarnos delantera y reunirse con nosotros más arriba del trayecto. Fue también una decisión bastante acertada, quizá, y en cierto modo, según se mire...

La ruta hacia Volos se extravía por entre la espesura. Pasa por entre altos peñascales, alguna que otra aglomeración de cabañas y campos de amapolas. Cruza pequeños arroyos, penetra por laderas de colinas, a veces surca por encima de montes. Se ensancha y se estrecha sin causa visible.

Era todavía temprano aquella mañana. El cielo tenía algo de espejo azul, ya que la luz solar parecía descender desde todas partes. En los sitios sombreados, una ligera humedad seguía destilando del césped y de las hojas inferiores de los árboles.

Fue en un interesante claro a lo largo del camino a Volos donde encontré a un medio tocayo.

Aquel lugar había sido tiempo atrás una especie de sagrario sepulcral, allá por los verdaderos Viejos Tiempos. Acudía allí con bastante frecuencia en mi juventud porque me gustaba cierta cualidad en su ambiente, algo especial que supongo es eso llamado «paz». Algunas veces encontré allí la medio-gente o los no existentes, o soñé excelentes sueños, o bien encontré cacharros de antigua alfarería, o cabezas de estatuas, y otras cosas por el estilo, las cuales podía vender en Lamia o en Atenas.

Ningún sendero conduce a este lugar. Es preciso saber dónde se halla. No les habría conducido hasta allí, a no ser por que Phil venía con nosotros y yo sabía que le encanta cualquier cosa que huela a recinto sagrado, a significado oculto, a cortinas que se deslizan para desvelar oscuros sucesos del pasado, etcétera.

Hay una corta y pronunciada senda que baja hacia un claro con forma ovoide, de unos cincuenta metros de largo y unos veinte de ancho. Uno de los extremos se une a una planicie producida por la erosión de la roca. Una honda caverna, habitualmente vacía, se abre al final. Algunas piedras medio hundidas, casi cuadradas, se esparcen de un modo aparentemente casual. Parras silvestres crecen en torno al perímetro del lugar y en el centro se eleva un enorme y antiguo árbol, cuyas ramas forman un enrejado sobre toda el área, manteniéndola sombreada el día entero. Por esta causa, es difícil ver con claridad una vez dentro del calvero.

Pero pudimos ver a un sátiro en el centro, mondándose la nariz.

Vi la mano de George bajando hacia su pistola. Le tomé del hombro, capté su mirada y sacudí la cabeza en negativa. Encogiéndose de hombros, asintió, apartando la mano de la culata.

Extraje de mi cinto la flauta de pastor que le pedí a Jason. Hice señales a los demás para que se agazapasen, permaneciendo donde estaban. Avancé unos pasos más y alcé la flauta de Pan hacia mis labios.

Mis primeras notas fueron un tanteo melódico. Había transcurrido demasiado tiempo desde que toqué la flauta por última vez.

Las orejas del sátiro se aguzaron hacia adelante y miró por todo su alrededor. Hizo rápidos amagos en tres distintas direcciones. Como una ardilla sobresaltada que no supiese a qué árbol brincar.

Después permaneció quieto, estremeciéndose, al oír una vieja tonadilla que yo lanzaba al aire.

Proseguí interpretando, recordando..., recordando las zampoñas, las melodías, y las cosas amargas, dulces y embriagadoras que realmente siempre he conocido. Todo ello volvió a mí mientras estaba tocando para el pequeño sujeto de patas semejantes a bombachos peludos: la digitación y el control del viento soplado, los arpegios suaves, las escalas agudas, las espinas de sonido, las cosas que solamente la flauta puede expresar con exactitud. No puedo tocarla en las ciudades, pero súbitamente volvía a ser yo, y vi rostros por entre las hojas y oí el rumor de pezuñas. Avancé algo más.

Como en un sueño, me vi de pie, mi espalda contra el árbol y todos a mi alrededor. Se bamboleaban oscilando de pezuña en pezuña, no permaneciendo nunca quietos. Toqué para ellos como lo había hecho tan frecuentemente años antes, sin saber si eran los mismos que me oyeron entonces, y, en verdad, sin importarme tampoco que fuera así o no.

Hacían cabriolas en mi alrededor. Reían mostrando blanquísimas dentaduras y sus ojos bailaban. Trenzaban círculos, embistiendo el aire con sus cuernos, perneando en alto con sus patas cabrías, arqueándose muy hacia adelante, botando en el aire, pateando la tierra.

Cesé de tocar bajando la flauta.

No era una inteligencia humana la que me examinaba desde aquellos salvajes y oscuros ojos, al petrificarse todos como estatuas, simplemente inmovilizados, contemplándome.

Levanté la flauta una vez más, lentamente. Esta vez toqué la última canción que alguna vez compuse. La recordaba perfectamente. Era algo así como una endecha, como un canto fúnebre. La interpreté una noche cuando decidí que Karaghiosis debía morir.

Había presentido ya la falacia del Retorno. Ellos no regresarían, nunca volverían. La Tierra moriría. Yo había bajado por los Jardines y toqué aquella última melodía que aprendí del viento y quizá también de las estrellas. Cuando la terminé, no volví a tocarla. Al día siguiente, el gran barco resplandeciente de Karaghiosis se desmenuzó en la bahía de Pireo.

Los sátiros se sentaron pausadamente en el césped. De vez en cuando, uno se frotaba los ojos con gesto lastimero. Todos estaban a mi alrededor, escuchando atentamente.

Ignoro cuánto tiempo estuve tocando. Cuando terminé, bajé la flauta y me senté. Pasaron unos instantes y uno de ellos alargó el brazo, tocó la flauta y retiró la mano rápidamente. Alzando la vista, me miró.

—Márchense —dije, pero no parecían comprenderme.

Por consiguiente, alcé la flauta de Pan y toqué de nuevo los últimos compases.

«La Tierra está muriéndose, agonizando. Pronto estará muerta... Vuelvan a vuestros hogares, la reunión ha terminado. Es tarde, es tarde, tan tarde...»

El mayor de ellos sacudió su cabeza.

«Márchense, márchense ahora. Estimen el silencio. ¿Qué esperan los dioses ganar? Nada. Todo fue un juego. Márchense, márchense ahora. Es tarde, es tarde, tan tarde...»

Pero ellos todavía permanecían sentados allí. Me puse en pie, entrechoqué mis palmas y grité:

—¡Váyanse!

Me alejé rápidamente.

Reuniéndome con mis compañeros, les precedí, dirigiéndome hacia la carretera.

Hay aproximadamente unos sesenta y cinco kilómetros desde Lamia a Volos, incluyendo el rodeo en torno al Sitio Ardiente. Cubrimos quizá una quinta parte de aquella distancia el primer día. Aquella noche, instalamos nuestro campamento en un claro a un lado de la carretera, y Diane vino junto a mí.

Dijo escuetamente:

—¿Y bien?

—¿Y bien, qué?

—Acabo de comunicarme con Atenas. Nada. El Radpol sigue en silencio. Quiero saber ahora tu decisión.

—Estás tú muy decidida. ¿Por qué no podemos esperar un poco más?

—Ya hemos esperado demasiado. Supongamos que decida terminar este viaje antes del tiempo convenido... Este paraje campestre es perfecto. Aquí pueden sobrevenir tan fácilmente los accidentes... Además, tú ya sabes lo que el Radpol diría. Lo mismo que antes, y significaría lo mismo que antes: matar.

—Mi respuesta es también la misma que antes: no.

Pestañeó rápidamente, bajando la cabeza.

—Vuelve a pensarlo, por favor.

—No.

—Pero, ¿hablas completamente en serio acerca de proteger a Myshtigo?

—Sí.

—Entonces puedes hacer algo fácil —especificó ella—. Olvídalo. Todo el asunto. Lávate las manos en este caso. Acepta la oferta de Lorel y consíguenos un nuevo guía. Puedes emprender el vuelo lejos de aquí por la mañana.

—No.

—¿Persistes entonces en proteger a Myshtigo?

—Sí.

—No quiero que resultes herido o algo peor.

—Tampoco a mí me agrada particularmente esa posibilidad. O sea, que puedes ahorrarnos a ambos un montón de molestias con abandonar el proyecto.

—No puedo hacerlo.

—Dos Santos hará lo que tú le digas.

—El problema no es de orden administrativo. ¡Maldita sea! ¡Ojalá nunca te hubiera conocido!

—Lo siento.

—La Tierra está en juego y tú te colocas del lado equivocado.

—Creo que eres tú la equivocada.

—¿Qué piensas hacer?

—Como no puedo convencerte, impediré simplemente que logres tu propósito.

—No puedes anular al secretario del Radpol y a su consorte sin motivo evidente. Políticamente, somos quisquillosos.

—Lo sé.

—Por lo tanto, no podrías perjudicar a Don, y no creo que pretendas hacerme daño a mí.

—Tienes razón.

—Entonces, solamente queda Hasán.

—De nuevo tienes razón.

—Y Hasán es... Hasán. ¿Qué harás?

—¿Por qué no le entregas ahora mismo su licencia para que se vaya y me ahorras alguna molestia?

—No lo haré.

—Ni pensé que lo harías.

Diane alzó el semblante. Sus ojos estaban húmedos, pero su rostro y su voz seguían sin variación.

—Si acaso resultase que tú tenías razón y nosotros estábamos equivocados —afirmó ella—, lo siento ya desde ahora.

—Yo también. Mucho, mucho más de lo que te puedas imaginar.

Aquella noche dormité dentro de la posible trayectoria a tiro de cuchillo de Myshtigo, pero no ocurrió nada ni hubo ningún intento. La mañana siguiente transcurrió sin acontecimientos, lo mismo que la mayor parte de la tarde.

En un momento que nos detuvimos para tomar fotografías de una ladera, dije:

—Myshtigo, ¿por qué no vuelves a tu hogar? ¿O bien regresas a Taler? ¿O te vas a cualquier sitio? ¿O escribes cualquier otra clase de libro? Cuanto más nos alejemos de la civilización, tanto menor será mí poder para protegerte.

—Me diste una automática, ¿no recuerdas?

Amagó el gesto de disparar con su diestra.

Hubiese dado cualquier cosa para que no fuese tan introvertido, tan ausente, tan despreocupado sobre su propio bienestar. Empezaba a odiarle. No podía comprenderle. No había manera que hablase como no fuera para solicitar alguna información o contestando brevemente a una pregunta. Y siempre que contestaba lo hacía de modo altivo, insultante, hermético. Era un vanidoso, consentido, insoportable y además azul. Realmente me hacía dudar de la tradicional filosofía, filantropía y sentido periodístico superior atribuido a los «shtigo-gens». Definitivamente no me era nada simpático.

Pero aquella noche le hablé a Hasán, después de haberle tenido constantemente vigilado con un ojo (el azul) durante todo el día.

Estaba él sentado junto al fuego, con el aspecto de un bosquejo de Delacroix. Ellen y Dos Santos descansaban cerca, bebiendo café. Desempolvé mi árabe y me acerqué a Hasán.

—La paz sea contigo.

—Y contigo.

—No intentaste matarle hoy.

—No.

—¿Tal vez mañana?

Se encogió de hombros.

—Hasán..., mírame.

Lo hizo.

—Fuiste contratado para matar al azul.

Volvió a encoger los hombros.

—No es preciso que lo niegues, ni lo admitas. Lo sé. No puedo permitirte que lo hagas. Devuelve el dinero que Dos Santos te haya pagado y sigue tu camino. Puedo proporcionarte un «skimmer» por la mañana. Te llevará a cualquier parte del mundo, donde desees ir...

—Pero es que yo soy feliz aquí, Karaghiosis.

—Dejarás de ser feliz muy pronto si le ocurre cualquier cosa al azul.

—Soy un escolta, Karaghiosis.

—No, Hasán. Tú eres un hijo de camello dispéptico.

—¿Qué es dispéptico, Karaghiosis?

—No conozco la palabra equivalente en árabe, y tú no comprenderías la griega. Espera, que ya encontraré otro insulto mejor... Eres un cobarde y un comedor de carroña y un acechador de callejones, porque eres mitad chacal y mitad simio.

—Puede que tengas razón, Karaghiosis, mi padre decía que yo había nacido para ser desollado vivo y descuartizado en gran cantidad.

—Hasán, resulta dificultoso insultarte adecuadamente, pero quiero advertirte que el azul no debe sufrir daño alguno.

—No soy sino un humilde escolta.

—No me hagas reír. Posees la astucia y el veneno de una serpiente. Eres astuto y traicionero. También eres maligno.

—No, Karaghiosis. Te doy las gracias, pero no es verdad. Tengo siempre el orgullo de cumplir mis compromisos. Eso es todo. Esta es la ley por la que vivo. Tampoco puedes insultarme de modo que yo te rete a duelo, permitiéndote elegir a manos desnudas, a daga o a sable. No. Yo no me ofendo.

—Entonces, anda con tiento. Tu primer movimiento agresivo hacia el vegano será el último que harás.

—Si así está escrito, Karaghiosis...

—Y llámame Conrad.

Me aparté, alejándome inundado de malos pensamientos.

Al día siguiente recorrimos más de una docena de kilómetros, lo cual era ir bastante aprisa. Y fue aquella misma noche cuando sucedió.

Nos recostamos en torno a un fuego. Era un fuego precioso, que ondeaba su brillante ala contra la noche, que nos calentaba, y olía a madera, impulsando un arabesco de humo en el aire. Precioso.

Hasán estaba sentado, limpiando su escopeta de cañón de aluminio. Tenía la cámara y la culata de plástico y era realmente ligera y manejable.

Mientras la estaba pulimentando, el cañón se puso horizontal, se movió lentamente en arco y apuntó directamente a Myshtigo.

Lo hizo de un modo completamente casual, limpiamente, y debo reconocerlo así. Aquella maniobra duró cerca de media hora, y había adelantado el cañón con movimientos casi imperceptibles.

De todos modos, gruñí cuando aquella posición de tiro se grabó en mi cerebelo, y en tres zancadas estuve a su lado.

Le arrebaté el arma de sus manos.

Fue a golpear contra algunas piedras pequeñas, a unos dos metros de distancia. La mano me quedó hormigueando del bofetón que asesté a la escopeta.

Hasán estaba ya en pie, sus dientes moviéndose a uno y otro lado dentro de su barba, chasqueando juntos, como pedernal y acero. Casi podía ver las chispas.

—¡Dilo! —le incité—. Vamos, ¡di algo! ¡Cualquier cosa! ¡Sabes condenadamente bien lo que estabas haciendo!

Sus manos se engarfiaron.

—¡Vamos, golpéame! —le azucé—. Bastará con que me toques. Entonces lo que te haga, será legítima defensa. Ni el propio George será capaz de recomponerte.

—Yo estaba simplemente limpiando mi escopeta. La has estropeado.

—Tú no eres de los que encañonan armas por accidente. Te disponías a matar a Myshtigo.

—Estás equivocado.

—Vamos, golpéame. ¿O acaso eres un cobarde?

—No tengo ningún motivo de disputa contigo.

—Eres un cobarde.

—No, no lo soy.

Tras unos pocos segundos de silencio, sonrió.

—¿Temes desafiarme? —preguntó.

Y allí empezó la cosa. Era la única manera.

El primer movimiento tenía que hacerlo yo. Hubiese preferido que no fuese así. Había esperado que pudiese encolerizarle o avergonzarle o provocarle para que me golpease o me retase.

Supe entonces que no podría.

Lo cual era mala cosa, muy mala.

Estaba yo bien seguro que podía vencerle con cualquier arma que se me ocurriera nombrar. Pero si iba a ser a su manera, las cosas podían resultar distintas. Todo el mundo sabe que hay algunas personas con aptitud para la música. Pueden oír una composición una sola vez y sentarse a interpretarla en el piano a continuación. Pueden tomar un instrumento desconocido y en pocas horas lo hacen sonar como si lo hubiesen pulsado durante años. Son hábiles, muy hábiles en este arte, tienen esa clase de talento. Una capacidad de coordinar una íntima percepción con una serie de nuevas acciones.

Hasán era así, pero con las armas. Tal vez otras personas tengan también esta cualidad, pero no van por el mundo llevándola a la práctica, por lo menos no durante décadas y décadas. Tenía habilidad con cualquier arma, desde el rudimentario boomerang hasta el bazooka. El código de duelo proporcionaría a Hasán la elección de arma, y era el asesino más refinadamente experto que jamás conocí.

Tenía que ponerlo en su sitio, y comprendí que aquél era el único medio de hacerlo, a menos de asesinarle por la espalda. Debía jugar en su propio terreno.

—Conforme —dije—. Te desafío a duelo.

Su sonrisa se hizo más amplia.

—De acuerdo, y aceptamos ambos ante testigos. Nombra tu segundo.

—Phil Graber. Nombra el tuyo.

—El señor Dos Santos.

—Muy bien. Da la casualidad que tengo en mi maletín un permiso de duelo, los impresos adecuados y he pagado el impuesto de muerte para una persona. O sea, que no hay necesidad de demorarlo mucho. ¿Cuándo, dónde, y cómo quieres que se haga?

—Aproximadamente a un kilómetro de aquí, pasamos ante un buen claro despejado.

—Sí, lo recuerdo.

—Nos podemos encontrar allí mañana al amanecer.

—Hecho. ¿Y en cuanto a armas...?

Fue a recoger su mochila, abriéndola. De su interior brotaron las armas más dispares: objetos afilados, ovoides incendiarios, tiras retorcidas de metal y cuero...

Extrajo dos objetos y cerró la mochila.

Noté que mi corazón se aceleraba en repentina taquicardia.

—La honda de David —anunció Hasán.

Las inspeccioné.

—¿A qué distancia?

—Cincuenta metros.

—Has hecho una excelente elección —le dije, ya que no he usado una honda desde hace más de un siglo—. Me gustaría que me prestases una esta noche, para practicar. Si no quieres prestármela, puedo confeccionarme una.

—Puedes llevarte la que prefieras, y practicar toda la noche con ella.

—Gracias.

Seleccioné una y la colgué de mi cinto. Fui después a recoger una de nuestras tres linternas eléctricas.

—Si alguien me necesita, estaré en el claro que hemos mencionado —dije— y no olviden colocar centinelas esta noche. Es una zona peligrosa.

—¿Quieres que vaya contigo? —preguntó Phil.

—No. Gracias, de todos modos. Iré solo. Ya nos veremos.

—Entonces, buenas noches.

Eché a caminar desandando un trecho de carretera hasta llegar al claro. Instalé la linterna a un extremo del lugar, de modo que reflejase sobre un grupo de arbustos, y me desplacé al otro extremo.

Fui recogiendo algunas piedras y volteando la honda, tiré una hacia un árbol. Fallé.

Lancé una docena de piedras, dando en el blanco con cuatro de ellas.

Seguí practicando. Al cabo de una hora más o menos, ya daba en el blanco con algo más de regularidad. Pero así y todo, no podría competir con Hasán a cincuenta metros.

La noche fue transcurriendo y yo seguí volteando la honda. Después de cierto tiempo, alcancé lo que parecía ser mi puesta a punto máxima en cuanto a puntería. Unos seis tiros de cada once daban atinadamente donde yo deseaba.

Pero comprobé que tenía algo a mi favor, mientras imprimía el giro a la honda y enviaba otra piedra a restallar contra un árbol. Lanzaba mis tiros con una fuerza tremenda. Eligiese lo que fuera como diana, había mucha potencia tras el golpe. Había hecho ya añicos varios de los árboles más pequeños, y estaba seguro que Hasán no podía hacer lo mismo ni con el doble de golpes. Si podía atinarle a él, estupendo. Pero toda la fuerza del mundo carecía de eficacia si no podía aplicarla contra él.

Y en cambio, tenía la certeza que él sí que podía acertar. Me pregunté hasta qué límite podría yo aguantar el ataque en granizada y seguir actuando después de encajarlo.

Dependería, lógicamente, del lugar anatómico donde él me golpease.

Dejé caer la honda y saqué la automática de mi cinto cuando oí quebrarse una rama, a lo lejos, a mi izquierda. Hasán apareció en el claro.

—¿Qué quieres? —le pregunté.

—Vine a ver cómo iban tus prácticas —dijo, observando los árboles destrozados.

Encogiéndome de hombros, enfundé mi automática y recogí la honda.

—Apenas asome el sol, ya te enterarás.

Caminamos a través del calvero y descolgué la linterna. Hasán estudió un arbusto que momentos antes se había convertido en astillas. No dijo nada.

Regresamos al campamento. Todo el mundo, menos Dos Santos, se había amparado en sus tiendas. Don era nuestro centinela. Paseaba por el perímetro de alarma, llevando un rifle automático. Agitamos la mano en su dirección y entramos en el campamento.

Hasán plantaba siempre una *Gauzy*, una tienda de capa unimolecular, opaca, liviana como una pluma, y muy recia, casi impenetrable. Pero de todos modos, nunca dormía en su interior. La empleaba simplemente para guardar sus pertenencias.

Me senté sobre un tronco ante la fogata y Hasán se agachó para entrar en su tienda. Reapareció un instante después, con su pipa y un trozo de materia endurecida de aspecto resinoso, que procedió a desmenuzar y moler entre sus dedos. Lo mezcló con un poco de hilachas melosas y rellenó la cazoleta de su pipa.

Cuando logró encender la mezcla con una astilla del fuego, se sentó a fumar a mi lado.

—No quiero matarte, Karaghiosis —dijo.

—Comparto este sentimiento. No deseo en modo alguno ser liquidado.

—Pero vamos a pelear al amanecer.

—Sí.

—Podrías retirar tu desafío.

—Podrías irte en un «skimmer».

—No lo haré.

—Tampoco yo retiraré mi reto.

Al cabo de un rato, comentó:

—Es penoso, muy penoso, que dos de nuestra categoría deban pelear por culpa del azul. No vale ni tu vida ni la mía.

—Es verdad, pero está implicado mucho más que su vida solamente. El futuro de este planeta se halla relacionado de alguna manera con lo que él está haciendo.

—De estas cosas no entiendo, Karaghiosis. Yo peleo por dinero. No tengo otra profesión.

—Lo sé.

La fogata iba extinguiéndose. La alimenté con más madera.

Hasán preguntó:

—¿Recuerdas aquella vez que bombardeamos la Costa de Oro, en Francia?

—Lo recuerdo.

—Además de los azules, matamos a mucha gente.

—Sí.

—El futuro del planeta no se alteró por aquella matanza, Karaghiosis. Aquí estamos, muchos años después de aquello, y nada ha cambiado.

—Lo sé.

—¿Y recuerdas los días cuando nos agazapábamos en un hoyo de una ladera dominando la bahía de Pireo? Tú me suministrabas las cintas de munición y yo ametrallaba los barcos cañoneros, y cuando empezaba a cansarme, tú manipulabas la ametralladora. Disponíamos de mucha munición. La Guardia de la Oficina no aterrizó aquel día ni el siguiente. No ocuparon Atenas ni lograron abrir brecha en el Radpol. Y nosotros charlábamos allí sentados, aquellas noches, esperando que llegase el rayo luminoso... En aquella ocasión, me hablaste de los Poderes en el Cielo.

—Lo he olvidado...

—Pero yo, no. Me contaste que había hombres como nosotros que vivían arriba en el aire, por las estrellas. Y también, que estaban por allá los azules. Algunos de los hombres, dijiste, buscaban congraciarse con los azules y para ello tratarían de venderles la Tierra, para que la convirtiesen en un museo. Otros, añadiste, no querían que esto sucediese, deseaban que las cosas permaneciesen como están ahora, siendo la Tierra propiedad de ellos y gobernada por la Oficina. Los azules estaban divididos en dos bandos sobre esta cuestión, porque había un problema ético y legal.

»Existía un compromiso y les fueron vendidas a los azules algunas áreas limpias, que ellos emplearon como lugares turísticos, y desde las cuales viajaban en giras por el resto de la Tierra.

»Pero tú querías que la Tierra perteneciese solamente a los de la Tierra. Dijiste que si les dábamos a los azules solamente un palmo, luego querrían la Tierra entera. Tú deseabas que los hombres que ahora viven por las estrellas volvieran para reconstruir las ciudades, enterrar los Sitios Quemantes y matar a las bestias que ahora predominan sobre los hombres.

Hasán exhaló una densa y aromática humareda de su pipa, antes de proseguir su evocación:

—Mientras estábamos sentados esperando el rayo luminoso, la bola de fuego, dijiste que estábamos en guerra, no a causa de nada que pudiéramos ver, oír, sentir o probar, sino a causa de los Poderes en el Cielo, quienes nunca nos habían visto, y a quienes nunca veríamos. Los Poderes en el Cielo habían hecho aquello, y debido a ello los hombres tenían que morir aquí en la Tierra. Dijiste que mediante la muerte de hombres y de azules los Poderes podrían retornar a la Tierra. Aunque nunca lo hicieron. Quedó únicamente la muerte.

Volvió a aplicar un tizón a su pipa, que se apagaba.

—Y fueron los Poderes en el Cielo los que al final nos salvaron, porque debían ser consultados antes que la bola luminosa pudiera ser quemada sobre Atenas. Le recordaron a la Oficina una ley antigua, promulgada después de los Tres Días, especificando que la bola luminosa en forma de seta no debería nunca más estallar en los cielos de la Tierra. Tú pensaste que de todos modos la harían estallar, pero no lo hicieron. Esa fue la causa por la que los detuvimos en Pireo. Pero los Poderes nunca regresaron a la Tierra. Y cuando la gente gana mucho dinero se va lejos de aquí..., y nunca regresan del cielo. Nada de lo que hicimos en aquellos días ha originado el menor cambio.

—Sin embargo, gracias a nuestros esfuerzos, las cosas han permanecido como estaban, sin empeorar —le dije.

—¿Qué sucederá si este azul muere?

—No lo sé. Quizá entonces las cosas se pongan peor. Si él está inspeccionando las áreas por las que estamos pasando, como posibles terrenos aptos para ser comprados por veganos, entonces se vuelve a repetir lo de antaño.

—¿Y el Radpol volverá a combatirles, volverá a bombardearles?

—Eso creo.

—Entonces vayamos a matarle ahora mismo, antes que vaya más lejos y vea más sitios.

—No es así de sencillo..., ellos se limitarían a enviar otro. Habría también repercusiones..., quizá detenciones en masa de miembros del Radpol. El Radpol ya no vive en constante estado de alerta, como en aquellos días. La gente no está preparada. Necesitarían tiempo para organizarse otra vez. Este azul, por lo menos, lo tengo al alcance. Puedo vigilarle, averiguar algo de sus planes. Y si se hace necesario, puedo destruirle yo mismo.

Aspiró su pipa. Volví a olfatear. Era algo como madera de sándalo.

—¿Qué estás fumando?

—Procede de un lugar cercano a mi casa. Fui allá recientemente de visita. Es una de las nuevas plantas que nunca hasta ahora habían crecido por allí. Pruébala.

Aspiré varias bocanadas que llegaron a mis pulmones. Al principio no ocurrió nada. Continué aspirando, y al cabo de unos instantes experimenté una gradual sensación de frescor y tranquilidad que se extendió a través de todos mis miembros. El sabor era amargo, pero tranquilizaba. Le devolví la pipa. La sensación continuó, se hizo más fuerte. Era muy agradable. No había sentido aquella sedación, aquel relajamiento, desde hacía muchas semanas.

El fuego, las sombras y el suelo en torno a nosotros se volvieron súbitamente más reales. El aire nocturno, la lejana luna, el rumor de los pasos de Dos Santos resultaban de algún modo más claros que la propia vida. Persistir en aquella lucha me parecía ahora ridículo. La perderíamos al final. Estaba escrito que la humanidad debería ser en adelante como perros, gatos, o chimpancés domesticados a disposición de los dominadores, los veganos..., y en cierto modo no era tan mala idea.

Quizá necesitábamos gente más sensata que nosotros, para vigilarnos, cuidar de nosotros y dirigir nuestras existencias. Habíamos convertido en un degolladero nuestro propio mundo durante los Tres Días, y los veganos nunca habían sufrido una guerra nuclear.

Los veganos tenían en funcionamiento un eficiente gobierno interestelar, con una inteligente elasticidad, que abarcaba docenas de planetas. Cualquier cosa que hacían resultaba estéticamente placentera. Sus propias vidas estaban bien reglamentadas. Eran felices. ¿Por qué no dejarles disponer plenamente de la Tierra? Probablemente conseguirían efectuar una tarea mucho más compleja que la que nosotros alguna vez hicimos. Y a fin de cuentas, ¿por qué no ser sus peones laborales? No sería una mala vida.

En el fondo, sería mejor regalarles la vieja bola de barro, llena de llagas radiactivas, poblada por tullidos y mutilados.

¿Por qué no?

Acepté la pipa otra vez, para inhalar más paz. Resultaba tan placentero poder olvidar ya todas esas cosas... No pensar en nada que, al fin y al cabo, uno no podía resolver. Simplemente estar allí sentado, respirar en la noche, formar un solo elemento con el fuego y el viento ya era suficiente. El universo estaba cantando su himno único. ¿Para qué abrir el saco de caos y estropearlo todo?

Pero yo había perdido a mi Cassandra, mi morena embrujadora de Kos, víctima de los necios e insensatos poderes que mueven la Tierra y las aguas. Nada podía anular mi sentimiento de gran pérdida. Era una tristeza lejana, como aislada tras cristales, pero seguía allí. Todas las pipas del Oriente no podían mitigar aquella sensación. Yo no quería conocer la paz. Necesitaba odiar. Necesitaba golpear a todas las máscaras del universo —tierra, agua, cielo, Taler, Gobierno de la Tierra y Oficina— de modo que tras una de ellas pudiera encontrar aquel poder que me la había arrebatado, y hacerle conocer también lo que era el sufrimiento. No quería conocer la paz. No quería estar a las buenas con ninguno de los elementos que habían dañado irreparablemente lo que era mío, por sangre y por amor. Durante un rato, quise ser de nuevo Karaghiosis, acechándolo todo a través del retículo de un teleobjetivo y pulsando un gatillo.

«Oh, Zeus, de los rayos rojos ardientes, concédeme que yo pueda quebrantar los Poderes en el Cielo.»

Devolví nuevamente la pipa.

—Gracias, Hasán, pero no estoy en forma para disfrutar del nihilismo del nirvana.

Me puse en pie, dirigiéndome hacia el lugar donde había amontonado mi equipaje.

A mis espaldas, oí la voz de Hasán:

—Lamento tener que matarte al llegar la mañana.

El mundo que nos rodeaba era radiante, claro y limpio, lleno del canto de los pájaros. Pero en el campamento, aquella mañana, cada semblante había perdido su expresión.

Prohibí el uso de la radio hasta después del duelo. Phil llevaba encima algunas piezas esenciales del aparato, para asegurarse que nadie lo haría funcionar.

Lorel no sabría nada. Tampoco el Radpol. Nadie lo sabría, hasta que todo hubiese acabado.

Ultimamos los preliminares, se midió la distancia.

Ocupamos nuestros sitios en los extremos opuestos del claro. El sol naciente estaba a mi izquierda.

Dos Santos interpeló:

—¿Preparados, caballeros?

—Sí.

—Lo estoy.

—Hago un intento final para disuadir a ambos de esta clase de acción. ¿Alguno de los dos desea volver a considerar su decisión?

—No.

—No.

—Cada uno de ustedes dispone de diez piedras de similar tamaño y peso. El primer lanzamiento es concedido, lógicamente, al que fue retado. Hasán.

Ambos asentimos.

—Pueden empezar.

Phil retrocedió y ya no quedó más que cincuenta metros de aire separándonos. Ambos nos habíamos colocado de perfil, a fin de presentar el menor blanco posible. Hasán encajó su primera piedra en la honda.

Le aceché mientras volteaba rápidamente el aire a un lado, y repentinamente su brazo avanzó.

Hubo un ruido crujiente a mis espaldas.

No sucedió nada más.

Había fallado.

Coloqué una piedra en mi propia honda y fustigué el aire hacia atrás y en torno. El aire suspiró agudamente mientras iba yo cortándolo.

Lancé el proyectil con toda la fuerza de mi brazo derecho.

Arañó su hombro izquierdo, tocándolo apenas. Fue principalmente piel lo que surcó.

La piedra rebotó de árbol en árbol detrás suyo, antes de desaparecer.

Entonces, todo quedó muy quieto. Los pájaros habían abandonado su concierto matutino.

Dos Santos interpeló:

—¡Señores! Cada uno ha tenido una oportunidad de liquidar su discordia. Puede decirse que se han enfrentado uno al otro con honor, desfogando vuestra cólera, y ahora están ustedes satisfechos. ¿Desean parar el duelo?

—No —dije.

Hasán se frotaba el hombro y denegó con la cabeza.

Colocó la segunda piedra en su honda, la hizo girar en poderoso molinillo y me la lanzó.

Me dio de lleno entre la cadera y las costillas.

Caí al suelo y todo se volvió negro.

Un segundo después, las luces volvieron a brillar, pero estaba yo doblado y algo con un millar de dientes me tenía agarrado por el costado y no quería soltarme.

Los testigos estaban corriendo hacia mí, pero Phil con ademanes imperiosos les hizo retroceder.

Hasán seguía en su sitio.

Dos Santos se acercó.

—¿Cómo vas? —me preguntó Phil afablemente—. ¿Puedes levantarte?

—Claro que sí. Necesito un minuto para normalizar el resuello y que aminore este ardor, pero me levantaré.

—¿Cuál es la situación? —preguntó Dos Santos.

Phil le explicó cómo iban las cosas.

Oprimí mi herida con la mano y de nuevo estuve en pie, aunque lo conseguí lentamente.

Un par de centímetros más arriba o más abajo y algo óseo hubiera podido romperse. Tal como era, sólo dolía infernalmente.

Froté el impacto, moví mi brazo derecho en varios círculos para comprobar el juego de músculos de aquel costado.

Luego recogí la honda y encajé una piedra en ella.

Esta vez acertaría. Tenía la corazonada que así iba a ser.

La giré repetidamente y salió veloz.

Hasán se desplomó, aferrándose el muslo izquierdo.

Dos Santos acudió a su lado. Hablaron.

La túnica de Hasán había amortiguado el golpe, haciéndolo deslizarse en parte. La pierna no estaba rota. Continuaría apenas pudiera sostenerse en pie.

Empleó cinco minutos en darse masaje, y de nuevo se puso en pie. Durante aquel intervalo, mi dolor había sido sustituido por un latido pulsante.

Hasán seleccionó su tercera piedra.

La encajó lentamente, cuidadosamente...

Me tomó las medidas. Y entonces empezó a azotar el aire con la honda...

Y en todo aquel breve tiempo tuve la sensación, que fue creciendo, que debería inclinarme un poco más hacia mi derecha. Así lo hice.

Hasán lanzó su piedra.

Rascó mi mejilla y rasgó mi oreja izquierda.

Repentinamente, toda mi mejilla izquierda estuvo húmeda.

Ellen gritó, brevemente.

Si llego a estar un poco más a la derecha, no la hubiese oído.

Era mi turno, otra vez.

Lisa, gris, la piedra tenía el tacto de la muerte en torno a ella...

«Yo seré la decisiva», parecía decirme.

Era como uno de aquellos pequeños tirones que noto a veces en mi manga, llenos de premonición. Son unos avisos muy personales, por los cuales siento un gran respeto.

Me enjugué la sangre de la mejilla. Encajé la piedra.

La muerte cabalgaba en mi brazo derecho al alzarlo. Hasán debió notarlo también porque vaciló en leve retroceso. Pude darme cuenta a través del descampado.

Y la voz dijo:

—Todos van a permanecer exactamente donde están y dejen caer sus armas.

La voz habló en griego, o sea, que nadie salvo Phil, Hasán y yo lo comprendimos. Quizá Dos Santos o Peluca Roja también. Todavía no lo sé.

Pero todos nosotros comprendimos perfectamente el sentido del rifle automático que llevaba el hombre, y las espadas, mazos, y cuchillos de las tres docenas más o menos de hombres y semihombres que estaban tras él.

Eran kouretes.

Los kouretes son malos.

Siempre consiguen su ración de carne. Humana o no.

Habitualmente la comen asada.

El que hablaba parecía ser el único que llevase arma de fuego...

Y yo tenía un puñado de muertes dando giros muy arriba de mi hombre. Decidí obsequiarle con la piedra.

Mi piedra le estalló en la cabeza.

—¡Mátenles! —grité.

Y todos empezamos a hacerlo así.

George y Diane fueron los primeros en abrir fuego. Luego, Phil encontró una pistola. Dos Santos corrió hacia su equipaje. También Ellen fue allá, muy velozmente.

Hasán no había necesitado mi orden para empezar la matanza. Las únicas armas que él y yo llevábamos eran las hondas. Los kouretes estaban, no obstante, a menos de cincuenta metros de nosotros, y su formación era compacta, de masa. Hasán tumbó a dos con piedras bien colocadas, antes que empezaran su embestida. Yo tumbé a un tercero.

En seguida, estuvieron a medio camino a través del claro, saltando por encima de sus muertos y caídos, aullando y gritando hacia nosotros.

Como dije, no todos ellos eran humanos; había uno alto y flaco, con alas de tres palmos llenas de pústulas, un par de microcéfalos, con tanto cabello, que parecían no tener cabeza, un tipo que probablemente llevaba adherido a su mellizo y tres enormes y macizos brutos, que seguían avanzando, pese a los orificios de balazos en sus pechos y vientres. Uno de estos últimos tenía unas manos que debían medir aproximadamente tres palmos de largo por dos de ancho y el otro parecía estar aquejado por algo similar a elefantiasis. De los restantes, algunos eran algo más normales en su apariencia, pero todos, en conjunto, tenían

un aspecto maligno y feroz, y o bien llevaban jirones de trapos o ningún jirón de trapo. Todos sin afeitar y además olían muy mal.

Lancé otra pedrada y no tuve oportunidad de ver dónde atinó, porque por entonces ya estaban encima de mí.

Comencé a aporrear con los pies, los puños, los codos; no era cuestión de andarse con miramientos. Los disparos fueron decreciendo, y cesaron. El dolor de mi costado resultaba bastante insoportable. De todos modos, conseguí derribar a tres de ellos, antes que algo grande y romo me acertara a un lado de la cabeza y cayera como cae un hombre muerto.

Empezar a ver en un caluroso lugar sofocante...

Empezar a respirar en un caluroso lugar sofocante, que huele como un establo...

Empezar a tener sensaciones en un tenebroso, sofocante y caluroso lugar que huele como una pocilga...

Todo esto no conduce realmente a la tranquilidad mental, al sosiego estomacal, o la reanudación de las actividades sensoriales sobre su engranaje seguro y normal.

Apestaba allí dentro y el calor era infernal, yo, en verdad, no deseaba inspeccionar el puerco suelo desde demasiado cerca, sólo que estaba en una posición muy propicia para hacerlo así.

Gimiendo, me palpé todos los huesos, y con esfuerzo logré sentarme.

El techo era bajo y declinaba aún más antes de juntarse con la pared del fondo. La única ventana al exterior era pequeña y enrejada.

Nos hallábamos en la parte posterior de una cabaña de madera. Había otra ventana con rejas en la pared opuesta, pero daba al interior. Más allá, había una estancia más amplia, y George y Dos Santos estaban hablando a través de ella con alguien que se hallaba en aquel otro lado. Hasán yacía inconsciente o muerto a unos cuatro pasos de donde estaba yo; había sangre reseca en su cabeza. Phil, Myshtigo y las mujeres estaban hablando en voz baja en la esquina más alejada.

Me frotaba la sien mientras todo esto iba registrándose en mi mente. Mi costado izquierdo dolía con firme constancia, y varias otras porciones de mi anatomía habían decidido unirse al juego. Si cada una de ellas hubiese relucido con un color distinto, yo hubiese parecido un arco iris sicodélico.

—Ya despertó —dijo Myshtigo.

—Hola todo el mundo, aquí estoy de nuevo —les dije.

Acudieron hacia mí y asumí una posición erecta. Era una pura bravata, pero me las arreglé para sostenerla.

—Nos han hecho prisioneros —dijo Myshtigo.

—Vaya... ¿De veras? No lo habría adivinado.

—Cosas como éstas no ocurren en Taler —manifestó—, ni en ninguno de los mundos del complejo vegano.

—Pues, es una lástima que no te quejases allá —le dije—. No olvides la cantidad de veces que te pedí regresases a tus patrios lares.

—Esto no nos habría ocurrido a no ser por tu duelo.

Entonces fue cuando le abofeteé. Tuve el suficiente dominio de mí mismo para no matarle. Era sencillamente un tipo demasiado patético. Le golpeé con el dorso de mi mano, proyectándolo contra la pared.

—¿Tratas de decirme que no sabes la razón por la que estuve allí como un poste de tiro al blanco esta mañana?

—Debido a tu disputa personal con mi guardaespaldas —declaró, frotándose la mejilla.

—Una disputa acerca de si él iba o no a matarte.

—¿A mí? ¿Matarme...?

—Olvídalo.

—Vamos a morir aquí, ¿no es cierto? —quiso saber.

—Esa es la costumbre de la comarca.

Me volví, alejándome y contemplé al hombre que estaba estudiándome desde el otro lado de los barrotes. Hasán se había reclinado por entonces contra la pared del fondo, agarrándose la cabeza. No me había dado cuenta que se había levantado.

—Buenas tardes —dijo el hombre tras las rejas, y lo dijo en inglés.

—¿Estamos en la tarde? —le pregunté.

—Por completo —replicó.

—¿Por qué no estamos muertos? —le pregunté.

—Porque les quería con vida —especificó—. Oh, no precisamente a ti solo, Conrad Nomikos, comisionado de Artes, Monumentos y Archivos; también a tus distinguidos amigos, incluyendo al poeta laureado. Yo quise que todo prisionero que ellos capturasen fuera traído aquí con vida. Vuestras identidades son, para así decirlo, condimentos.

—¿Con quién tengo el placer de hablar? —pregunté.

—Es el doctor Moreby —aclaró George.

—Es su médico-brujo —dijo Dos Santos.

Moreby corrigió sonriente:

—Prefiero «chamán» o «jefe exorcista».

Me acerqué al enrejado y vi que era un hombre delgado, curtido, bien afeitado, y que tenía todo su cabello tejido en una enorme trenza negra, enroscada como una cobra en torno a su cabeza. Tenía los ojos oscuros, bastante juntos al caballete de la nariz, una frente muy despejada, y una gran papada maxilar, que llegaba más abajo de su nuez. Llevaba sandalias de rafia, un *sari* de límpido color verde, y un collar de huesos de dedos humanos. En sus orejas, lucía grandes aretes de plata, en forma de serpiente.

—Tu inglés es bastante perfecto —comenté— y Moreby no es un apellido griego.

—¡Cielo santo! —gesticuló graciosamente, remedando una burlona sorpresa—. No soy indígena. ¿Cómo pudiste ni por asomo confundirme con un nativo?

—Lo siento. Ahora me doy cuenta que vas demasiado bien vestido.

Emitió una risita falsa.

—Oh, te refieres a estos trapos viejos. Acabo de ponérmelos. No, no soy nativo. Soy de Taler. Leí cierta literatura maravillosamente excitante sobre el tema del Retornismo, y decidí regresar y ayudar a reconstruir la Tierra.

—Ah... ¿Y qué sucedió entonces?

—La Oficina, en aquella época, no contrataba a nadie, y experimenté alguna dificultad en encontrar un empleo local. Por consiguiente, decidí entregarme a trabajos de investigación. Este sitio está lleno de oportunidades para dicha tarea.

—¿Qué clase de investigación?

—Poseo dos diplomas de graduado en antropología cultural, de Nueva Harvard. Decidí estudiar a fondo una tribu de los Sitios Ardientes..., y después de algunos halagos conseguí que ésta me aceptase. Me dediqué entonces a educarles. Bastante pronto fueron acatándome por todo este ámbito. Maravilloso para mis planes. Después de algún tiempo, mis estudios, mi trabajo social, pasaron a segundo plano. Había cosas más sugestivas. Bien, yo supongo que ha leído usted *El Fondo de las Tinieblas*..., ya sabe lo que quiero decir. Las prácticas locales son..., digamos, básicas. Encontré mucho más estimulante participar en ellas que observarlas. En consecuencia, me tomé la responsabilidad de volver a modelar algunas de sus prácticas más toscas, para hacerlas más estéticas. Así, después de todo, procedí a educarles verdaderamente. Desde que he llegado a este sitio, ellos hacen cosas con mucho más estilo.

—¿*Cosas?* ¿Qué cosas...?

—Bien, en primer lugar, antes eran simples caníbales. Muy simples. No sabían usar cierta sofisticación con sus cautivos antes de matarlos. Cosas como éstas son muy importantes. Si son efectuadas adecuadamente le dan a uno categoría, ¿comprendes lo que quiero decir? Encontré aquí, con toda seguridad, una gran riqueza de costumbres, y supersticiones y tabúes procedentes de muchas culturas y eras milenarias. ¡Y lo tenía todo al alcance de mis dedos!

Volvió a gesticular.

—El hombre, y hasta el semihombre y el hombre de los Sitios Ardientes, es un ser amante de los ritos, y yo conocía una buena cantidad de prácticas y ceremonias similares. En consecuencia, puse todo ello en orden para su empleo adecuado y ahora ocupo una posición de elevado honor.

—¿Qué piensas hacer con nosotros?

—Las cosas se iban poniendo últimamente bastante aburridas y los nativos estaban ablandándose en inquietudes. Decidí que ya era tiempo de efectuar otra ceremonia. Hablé con Procrustes, el jefe guerrero, y sugerí que nos proporcionase algunos prisioneros. Creo que es en la página 577 de la edición abreviada de *El Ramillete Dorado* donde se especifica: «Los tolaki, notorios cazadores de cabezas de las islas Célebres Centrales, beben la sangre y comen los sesos de sus víctimas para adquirir así mayor bravura. Los italones de las islas Filipinas beben la sangre de sus enemigos muertos, y comen parte del sector posterior de sus cabezas y de sus entrañas, crudas, para adquirir el valor de sus enemigos». Bien, ahora disponemos de la lengua de un poeta, la sangre de dos formidables luchadores, los sesos de un científico muy distinguido, el hígado bilioso de un fogoso político, y la interesante coloración carnal de un vegano... Todo reunido en esta única sala. Todo un botín, diría yo.

—Has logrado expresarte en forma suficientemente clara —hice notar—. ¿Y qué pasará con las mujeres?

—Oh, para ellas elaboraremos un extenso rito de fertilidad que culminará en un prolongado sacrificio.

—Comprendo.

—Bien, pero hay otra posibilidad: tal vez permitamos que todos ustedes continúen vuestro viaje, sin ser molestados.

—¿Ah, sí?

—Sí. Procrustes tiene predilección por dar a sus cautivos una oportunidad de medir sus facultades, de ser probados, y eventualmente redimirse ellos mismos. En este aspecto es muy cristiano.

—Haciendo honor a su nombre, supongo.

Hasán acudió y permaneció a mi lado, acechando a Moreby a través del enrejado.

—Oh, excelente, excelente —dijo Moreby—. De veras que me gustaría tenerte aquí algún tiempo, ¿sabes? Tienes sentido del humor. La mayoría de los kouretes carecen de esta cualidad, aun cuando tienen grandes condiciones. Seguramente simpatizarían contigo...

—No te molestes. Prefiero que me digas algo sobre el medio de redención.

—Bien. Somos los custodios del Hombre Muerto. Es mi creación culminante. Estoy seguro que uno de ustedes dos lo comprobará durante su breve relación con él.

Miró alternativamente a Hasán y a mí.

—He oído hablar de él —dije—. Dime qué hay que hacer.

—Eres requerido a elegir un campeón para pelear con él, esta noche, cuando resucite de nuevo de entre los muertos.

—¿Qué es?

—Un vampiro.

—Tonterías. ¿Qué es realmente?

—Es un vampiro legítimo. Ya verás...

—De acuerdo, como quieras. Es un vampiro y uno de nosotros debe presentarle pelea. ¿Cómo?

—Lucha libre, manos desnudas, y él no es muy difícil de agarrar. Se limitará a quedarse quieto y esperar el ataque. Estará muy sediento, y también hambriento, el pobre.

—Y si es vencido, ¿tus prisioneros quedarán libres?

—Esa es la norma, tal como originalmente la bosquejé hará unos dieciséis o diecisiete años. Naturalmente, esta contingencia nunca se dio...

—Comprendo. Tratas de decirme que es duro.

—Oh, es invencible. Esa es la gracia del asunto. No resultaría una buena ceremonia si pudiese terminar de cualquier otra manera. Yo relato la historia completa de la lucha antes que tenga lugar, y entonces mi gente la presencia. Esto reafirma su fe en el destino y mi íntima asociación con sus designios.

Bostezó, cubriéndose la boca con una varilla emplumada.

—Ahora debo ir a la zona de los asados para supervisar el entarimado de la sala y las ramas sagradas. Decide esta tarde sobre tu campeón, y los veré a todos esta noche. Buenas tardes.

—Tropieza y rómpete el cuello.

Sonrió y abandonó la barraca.

Convoqué a los presentes para una reunión de urgencia.

—Ya sabemos —comencé explicándoles— que tienen un fabuloso fenómeno producido por la radiactividad y que además de ser llamado el Hombre Muerto es considerado muy duro. Voy a pelear con él esta noche. Si puedo vencerle, se da por supuesto que podremos irnos libremente, pero para mí la palabra de Moreby no tiene ningún valor. Por consiguiente, debemos planear una fuga, o de lo contrario, seremos servidos en un plato de estofado. Phil, ¿recuerdas la ruta hacia Volos?

—Creo que sí. Aunque hace ya tiempo que la recorrí. Pero ahora, ¿dónde estamos exactamente?

—Si puedo servir para algo —intervino Myshtigo desde un lado de la ventana—, veo un resplandor. No es de ningún color para el cual exista una palabra descriptiva en vuestro lenguaje, pero se halla en aquella dirección.

Señaló hacia fuera.

—Es un color que normalmente yo veo en la vecindad de materiales radiactivos si la atmósfera es bastante densa a su alrededor. Se extiende por un área bastante amplia.

Me fui a la ventana y miré en aquella dirección.

—Eso puede ser el Sitio Ardiente —dije— y si es así, entonces nos han trasladado más cerca de la costa, lo cual es favorable. ¿Alguno de ustedes estaba consciente cuando fuimos traídos aquí?

Nadie contestó.

—Entonces actuaremos bajo la suposición que aquello es el Sitio Ardiente y que estamos muy cerca. Por consiguiente, el camino hacia Volos debe hallarse hacia allá.

Señalé en la dirección opuesta.

—Puesto que el sol luce a este lado de la barraca y es de tarde, dirijan vuestros pasos en la otra dirección apenas lleguen al camino. Dejando a vuestras espaldas la puesta de sol. No deben haber más allá de veinticinco kilómetros.

—Nos seguirán el rastro —dijo Dos Santos.

—Hay caballos —dijo Hasán.

—¿Qué?

—Calle arriba, en un parque. Hace poco había tres cerca de aquella barra. Ahora están detrás del edificio. Puede que haya más. Si bien no parecían caballos muy fuertes...

—¿Todos ustedes saben montar? —pregunté.

—Nunca he montado un caballo —dijo Myshtigo—, pero el *thrid* es algo similar. He montado *thrid*.

Todos los demás habían cabalgado.

—Entonces esta noche van a montar —dije— y si es preciso, dos por caballo. Si sobran caballos, suelten los sobrantes, y provoquen una estampida, que se alejen. Mientras estén distraídos presenciando mi combate con el Hombre Muerto, se acercan disimuladamente hacia el parque. Si es preciso, agarren todas las clases de armas que puedan y luchen para abrirse paso hasta los caballos. Phil, consigue llevarlos a lo alto de Makrynitsa y menciona por todas partes el nombre de Korones. les darán acogida y protección.

—Lo lamento —dijo Dos Santos—, pero tu plan no es factible.

—Si sabes de alguno mejor, oigámoslo —le dije.

—Ante todo —dijo— no podemos realmente confiar en el señor Graben. Mientras tú estabas todavía inconsciente, experimentaba grandes dolores y se le veía muy débil. George cree que sufrió un ataque cardíaco durante nuestra pelea con los kouretes. Si algo le sucede, estamos perdidos. Te necesitamos a ti para que nos conduzcas fuera de este lugar, suponiendo que tengamos éxito en nuestro intento de fuga. No podemos contar con Phil Graber.

Hablaba con firmeza casi dogmática.

—En segundo lugar, no eres el único capaz de luchar contra una amenaza exótica. Hasán también puede derrotar al Hombre Muerto.

—No le puedo pedir que haga esto —dije— porque aunque gane, estará probablemente por entonces separado de nosotros, y ellos se le echarán encima sin la menor duda, lo cual significaría más que probablemente la pérdida de su vida. Tú le contrataste para matar por tu cuenta, no para morir.

—Yo lucharé contra el Hombre Muerto, Karaghiosis —anunció Hasán.

—No tienes por qué hacerlo.

—Yo mataré al Hombre Muerto —afirmó Hasán— y les seguiré. Conozco los medios de ocultarme de cualquier persecución. Seguiré vuestro rastro.

—Esta pelea es asunto mío —persistí.

—Entonces, ya que no podemos llegar a un acuerdo, dejemos la decisión a los hados —dijo Hasán— y echemos una moneda al aire.

—De acuerdo. ¿Nos quitaron nuestro dinero, al igual que nuestras armas?

—Tengo algunas monedas —dijo Ellen.

—Echa una al aire.

Lo hizo.

—Cara —dije yo, cuando la moneda caía hacia el suelo.

—Cruz —replicó ella.

—¡No la toques! —exigí.

En efecto. Salió cruz. Y en el otro lado de la moneda estaba la cara, como comprobé, por si acaso.

—Conformes, Hasán, tipo afortunado —comenté—. Acabas de ganarte una panoplia de héroe «hágalo-usted-mismo», con monstruo incluido. Buena suerte.

Encogió los hombros, impasible.

—Estaba escrito.

Entonces se sentó adosado contra la pared, extrajo un diminuto cuchillo de la suela de su sandalia izquierda, y comenzó a limpiarse las uñas. Había sido siempre un asesino muy atildado.

Cuando el sol fue hundiéndose lentamente por el oeste, Moreby vino a vernos de nuevo, acompañado por un nutrido contingente de cuchilleros kouretes.

—Ha llegado el momento —declaró—. ¿Ha decidido quién va a ser vuestro campeón?

—Hasán luchará contra tu representante —dije.

—Muy bien. Entonces, van a venir conmigo. Por favor, no intenten nada insensato. Me repugnaría entregar mercancía averiada para el festival.

Caminando dentro de un círculo de hojas aceradas, abandonamos la barraca y subimos calle arriba, la única del poblado, pasando delante del parque. Ocho caballos, cabezas gachas, estaban en su interior. Hasta en la luz decreciente pude ver que no eran muy buenos caballos. Sus costados estaban cubiertos de llagas y eran bastante flacos. Todos miramos al pasar junto a ellos.

El poblado consistía en unas treinta chozas, semejantes a la que nos había servido de alojamiento forzoso, íbamos caminando por una sucia senda llena de surcos y basura. La totalidad del lugar olía a sudores, orina, fruta podrida y humo.

Recorrimos aproximadamente unos ochenta metros y giramos a la izquierda. Era el término de la senda. Proseguimos a lo largo de una vereda hasta entrar en una gran explanada cercada y sin maleza. Una mujer gorda y calva, con enormes pechos y una cara que era un campo de lava con carcinoma, estaba atendiendo un fuego lento y terriblemente sugestivo, en la base de un gran utensilio de barbacoa. Al pasar nosotros, ella sonrió y chasqueó sus labios con húmedo ruido.

Cerca de ella yacían en el suelo grandes estacas afiladas...

Más adelante, se extendía un sector nivelado de tierra compacta. Un enorme árbol de tipo tropical, infestado de enredaderas, que se había adaptado a nuestro clima, se erguía en un extremo de aquel campo. Por todo el contorno podían verse hileras de antorchas de unos dos metros, en cuyos extremos oscilaban grandes lenguas de fuego como penachos. Al otro extremo se levantaba la cabaña más elaborada de todas ellas. Tenía aproximadamente unos cinco metros de alto y unos diez de fachada. Estaba pintada de un rojo brillante y cubierta en toda su superficie por signos de brujería pensilvana. La total sección del centro de la pared frontal era una alta puerta corredera. Dos kouretes armados montaban guardia ante aquella puerta.

El sol era un diminuto gajo de naranja en el confín occidental. Moreby nos encaminó a lo largo del campo hacia el árbol.

De ochenta a cien espectadores estaban sentados en el suelo al otro lado de las antorchas y a cada lado del campo.

Moreby gesticuló señalando la cabaña roja.

—¿Qué les parece mi hogar? —preguntó.

—Encantador —dije.

—Tengo un compañero de cuarto, pero duerme durante el día. Están ya a punto de conocerle.

Llegamos a la base del gran árbol. Moreby nos dejó allí, rodeados por sus guardianes. Se dirigió al centro del campo y comenzó a echarles a los kouretes un discurso en griego.

Nosotros habíamos convenido que esperaríamos hasta que la pelea llegase cerca de su final, fuera a favor de quien fuese, y estuvieran los de la tribu excitados y concentrándose en el resultado inminente, antes de intentar la fuga. Habíamos empujado a las mujeres al centro de nuestro grupo, y me las arreglé para colocarme al lado izquierdo de un indígena

con espada, al que me proponía matar rápidamente. La mala suerte quiso que estuviéramos al extremo más alejado del campo. Para llegar hasta los caballos tendríamos que abrirnos paso a través del área de la barbacoa.

—...Y entonces, en aquella noche —estaba diciendo Moreby— resucitó el Hombre Muerto, aplastando a golpes y derribando a este poderoso guerrero, Hasán, rompiéndole sus huesos y esparciendo sus miembros por este lugar de festín. Finalmente, bebió la sangre de su enemigo de su garganta y comió parte de su hígado, crudo y aún humeante en el aire de la noche. Estas cosas hizo él en esta noche. Grande es su poder.

—¡Grande, el más grande! —gritó la muchedumbre, y alguien empezó a golpear un tambor.

—Ahora le haremos regresar nuevamente a la vida...

La muchedumbre vitoreó.

—¡Nuevamente a la vida!

—¡Salve!

—¡Salve!

—Agudos dientes blancos...

—¡Agudos dientes blancos!

—Blanca, blanca piel...

—¡Blanca, blanca piel!

—Manos que rompen...

—¡Manos que rompen!

—Boca que bebe...

—¡Boca que bebe!

—¡La sangre de la vida!

—¡La sangre de la vida!

—¡Grande es nuestra tribu!

—¡Grande es nuestra tribu!

—¡Grande es el Hombre Muerto!

—¡Grande es el Hombre Muerto!

Al final lo vociferaban. Gargantas humanas, semihumanas, inhumanas, exhalaban la breve letanía como una ola de pleamar a través del campo. Nuestros guardias también la estaban vociferando. Myshtigo estaba tapándose sus sensitivos oídos y en su faz había una expresión de agonía. También mi cabeza tintineaba. Dos Santos se persignó y uno de los guardianes le hizo una señal negativa con la cabeza. Don se encogió de hombros y volvió de nuevo la cara hacia el campo.

Moreby se dirigió a la barraca y golpeó por tres veces sobre la puerta corredera, con su varilla.

Uno de los guardianes la empujó hasta abrirla.

En su interior, un inmenso catafalco rodeado de cráneos de hombres y animales, ostentaba un color negro deslustrado. Soportaba un inmenso ataúd elaborado con madera oscura y decorado con brillantes líneas retorcidas.

A la señal de Moreby, los guardianes alzaron la tapa.

Durante los siguientes veinte minutos, Moreby aplicó inyecciones hipodérmicas a algo dentro del ataúd. Efectuaba sus manipulaciones con gestos lentos y rituales. Uno de los guardianes reclinó su acero a un lado y le ayudó. Los tamborileros mantenían una lenta y constante cadencia. La muchedumbre estaba muy silenciosa, muy quieta.

Por fin, Moreby se volvió.

—Ahora el Hombre Muerto resucita —anunció.

—...Resucita —respondió la muchedumbre.

—Ahora aparece para aceptar el sacrificio.

—Ahora aparece...

—Aparece, Hombre Muerto —interpeló Moreby, volviéndose hacia el catafalco.

Y apareció.

En todo su inmenso largo.

Porque era grande.

Ancho, obeso.

Verdaderamente, era grande el Hombre Muerto.

Quizá pesaría unos ciento ochenta kilos.

Se sentó en el féretro y miró a su alrededor. Se frotó el pecho, los sobacos, el cuello y las ingles. Saltó fuera de la enorme caja y al quedar en pie junto al catafalco, empequeñeció a Moreby hasta convertirlo en enano.

Llevaba únicamente un taparrabos y anchas sandalias de piel de cabra.

Su piel era blanca, con blancura de muerto, de vientre de pez, de luna... Un blancor de cadáver.

—Un albino —dijo George, y su voz llegó a todo el campo porque fue el único sonido en la noche.

Moreby lanzó una ojeada en nuestra dirección y sonrió. Tomó la mano de gruesos dedos del Hombre Muerto y lo condujo fuera de la barraca, al interior del campo. El Hombre Muerto soslayaba el resplandor de las antorchas. Mientras avanzaba estudié la expresión de su rostro.

—No hay la menor inteligencia en ese rostro —dijo Peluca Roja.

—¿Puedes verle los ojos? —preguntó George, entornando los suyos.

Sus lentes se habían roto durante la escaramuza.

—Sí. Son de matiz sonrosado.

—¿Tiene las comisuras de los ojos sesgadas?

—Oh, déjame ver... Sí.

—De acuerdo... Es un mongoloide. Casi aseguraría que es un pobre idiota. Por esto le resulta tan fácil a Moreby hacer con él lo que ha hecho. ¡Mira sus dientes! Parecen limados.

Miré. Estaba sonriendo, porque acababa de ver el remate colorado de la cabeza de Peluca Roja. Pudimos observar muchos dientes blancos, agudos, afilados...

—Su albinismo es lo que justifica los hábitos nocturnos que Moreby le ha impuesto. ¡Fíjate! Hasta se encoge bajo la luz de las antorchas. Es ultrasensible a cualquier clase de actínicos.

—¿Y qué pasa con sus hábitos dietéticos?

—Adquiridos, a través de la imposición. Numerosos pueblos primitivos sangran su ganado. Los kazaki lo hicieron hasta el siglo XX, y también los todasi. Ya viste las llagas de los caballos cuando pasamos ante el pasto. La sangre es alimenticia, ¿sabes?, si puedes aprender a conservarla dentro. Y estoy seguro que Moreby ha regulado la dieta del idiota desde que era un niño. Lógicamente, es un vampiro lo que ha ido creciendo.

—El Hombre Muerto ha resucitado —dijo Moreby.

—El Hombre Muerto ha resucitado —aprobó la muchedumbre.

—¡Grande es el Hombre Muerto!

—¡Grande es el Hombre Muerto!

Moreby dejó caer la mano de cadavérica blancura y vino hacia nosotros. El único vampiro legítimo que conocíamos permaneció sonriente en medio del campo.

—Grande es el Hombre Muerto —dijo Moreby, con un rictus mientras se aproximaba—. Resulta algo magnífico, ¿no es verdad?

—¿Qué le has hecho a esa pobre criatura? —preguntó Peluca Roja.

—Muy poca cosa —replicó Moreby—, puesto que ya nació con buena disposición.

—¿De qué eran las inyecciones que le administraste? —inquirió George.

—Le inyecto novocaína antes de combates como el que se avecina. La ausencia de dolor ante los golpes complementa la imagen de su invencibilidad. También le di una inyección de hormonas. Recientemente, ha estado engordando y se ha hecho un poco pesado. Así compenso este defecto.

—Hablas de él y lo tratas como si fuera un juguete mecánico —dijo Diane.

—Lo es. Un juguete invencible. También un juguete muy valioso. Tú, Hasán, ¿estás ya preparado?

—Lo estoy —replicó Hasán, quitándose la capa y el burnús, tendiendo ambas prendas a Ellen.

Los recios músculos de sus hombros se abultaron mientras flexionaba rápidamente los dedos, y avanzó saliendo del círculo de aceros. Mostraba una roncha en su hombro izquierdo y varias otras contusiones en su espalda. El resplandor de las antorchas se reflejó en su barba tornasolándola con tonos sangrientos. Nc pude evitar el recuerdo de aquella noche en el «honfour» cuando simuló un estrangulamiento y Mama Julie había dicho: «Tu amigo está poseído por Angelsou.» Para aclarar a continuación: «Angelsou es un dios de la muerte, y solamente visita a los de su misma índole».

Alejándose de nosotros, Moreby iba anunciando:

—Grande es el guerrero Hasán.

—Grande es el guerrero Hasán —replicó la multitud.

—Su fuerza es la de muchos hombres.

—Su fuerza es la de muchos hombres —replicó el gentío.

—Todavía más grande es el Hombre Muerto.

—Todavía más grande es el Hombre Muerto.

—Él romperá sus huesos y lo aplastará en este lugar de festejos.

—Él romperá sus huesos...

—Él comerá su hígado.

—Él comerá su hígado.

—Beberá la sangre de su garganta.

—Beberá la sangre de su garganta.

—Grande es su poder.

—Grande es su poder.

—¡Grande es el Hombre Muerto!

—¡Grande es el Hombre Muerto!

—Esta noche —dijo Hasán, quedamente— se convertirá de verdad en un hombre muerto.

—¡Hombre Muerto! —gritó Moreby al avanzar Hasán y enfrentarse con su rival—. ¡Te doy a este hombre, Hasán, en holocausto!

A continuación, Moreby se apartó de la trayectoria y con sus gestos ordenó a los guardianes que nos apartasen a un lado.

El idiota esbozó una sonrisa todavía más anchurosa y avanzó lentamente hacia Hasán.

—*Inch Allah* —dijo Hasán, simulando volverse para rehuirle, inclinándose a la vez hacia un lado.

Tomó impulso su puño desde el suelo hacia arriba, en un giro lateral duro y veloz, como un latigazo. Un golpe bestial con el canto de la mano que restalló en la mandíbula izquierda del Hombre Muerto.

La cabeza blanquísima se movió tan sólo unos centímetros.

Y continuó sonriente.

Luego, sus brazos cortos y voluminosos se proyectaron para tomar a Hasán por debajo de los sobacos. Hasán se agarró a sus hombros, trazando finos surcos rojos y exprimió gotas rojas de los sitios donde sus dedos se hincaban en los músculos níveos.

La turba gritó a la vista de la sangre del Hombre Muerto. Quizá el olor de su sangre excitó al propio idiota. Esto, o el griterío.

Porque alzó a Hasán dos palmos del suelo y corrió lacia adelante llevándolo en vilo.

El gran árbol estaba en el camino y la cabeza de Hasán se abatió al chocar.

Entonces, el Hombre Muerto chocó contra él, retrocedió lentamente, se sacudió y empezó a golpearle.

Fue una verdadera paliza. Le azotaba con sus gruesos brazos, grotescamente cortos.

Hasán alzó las manos frente a su rostro y mantuvo los codos pegados al estómago.

No obstante, el Hombre Muerto continuaba golpeándole en los costados y en la cabeza. Sus brazos subían y bajaban.

Y ni por un instante dejaba de sonreír.

Finalmente, las manos de Hasán cayeron y las cruzó ante su estómago.

Y de las comisuras de su boca manaba la sangre.

El juguete invencible continuaba en su juego.

Y entonces, lejos, muy lejos, al otro lado de la noche, tan lejos que únicamente yo pude oírlo, sonó un rugido que reconocí al instante.

Era el gran alarido de caza de mi sabueso «Bortan».

En algún lugar debió dar con mi rastro, y estaba acudiendo, corriendo a través de la noche, saltando como un macho cabrío, volando como un caballo, reluciente en su abigarrado colorido, sus ojos brasas ardientes y sus colmillos dientes de sierra. ¡Ah, mi perro, mi magnífico perro de caza...!

Mi «Bortan» nunca se cansaba de correr.

Perros de su clase han nacido sin miedo, propensos a la cacería, y llevando la marca de la muerte.

Mi sabueso iba viniendo, y nada podía detenerle en su carrera.

Pero estaba lejos, muy lejos, al otro lado de la noche...

La muchedumbre estaba gritando. Hasán ya no podía encajar mucho más aquel castigo. Nadie podría.

Con el rabillo de mi ojo —el pardo— percibí un leve gesto de Ellen.

Era como si hubiese arrojado algo con su diestra.

Dos segundos después sucedió.

Aparté la vista rápidamente de aquel punto de brillo que brotó, chisporroteante, a un lado del idiota.

El Hombre Muerto gimió, perdida la sonrisa.

La Norma 237.1 promulgada por mí, era excelente:

«Cada guía y cada miembro de una gira debe llevar no menos de tres luminarias de magnesio consigo, durante el viaje.»

Lo cual significaba que a Ellen le quedaban sólo dos.

El idiota había cesado de golpear a Hasán.

Intentó patear la luminaria alejándola. Chilló. Se cubrió los ojos con las manos. Rodó por el suelo.

Hasán le acechaba, sangrando, jadeante...

La llamarada creció. El Hombre Muerto chilló más agudamente...

Finalmente, Hasán se movió.

Alzando un brazo tocó una de las gruesas parras que colgaban del árbol. Tiró de ello. Se resistía. Tiró más fuerte.

Se desprendió.

Sus movimientos se hicieron más firmes mientras retorcía un extremo en torno a cada mano.

La llamarada escupió, haciéndose de nuevo brillante.

Hasán cayó arrodillado junto al Hombre Muerto, y con un movimiento veloz enlazó la parra en torno a su garganta.

La luminaria volvió a escupir.

Hasán enrolló prietamente.

El Hombre Muerto pugnó por levantarse.

Hasán enlazó más estrechamente el sarmiento.

El idiota le agarró por la cintura.

Los recios músculos en las espaldas de Hasán se transformaron en bultos nudosos. El sudor se mezclaba con la sangre en su rostro.

El Hombre Muerto se puso en pie, levantando consigo al árabe.

Hasán estrujó con mayor fuerza.

El idiota, cuya faz ya no era blanca sino moteada de rojo y con las venas sobresaliendo como cuerdas en su frente y cuello, lo levantó en vilo. Igual que yo levanté al rolem-robot, alzó el Hombre Muerto a Hasán, hincándose aún más profundamente en su cuello el sarmiento al tensarse sus músculos con toda su fuerza inhumana.

La muchedumbre gemía, se levantaba y cantaba incoherentemente. El redoble de tambores, que había alcanzado un latido frenético, continuaba en su período culminante, sin descanso ni mengua. En aquel momento volví a oír el rugido de «Bortan», todavía muy lejano.

La luminaria empezó a agonizar.

El Hombre Muerto se tambaleaba.

De pronto, al estremecerle un enorme espasmo, arrojó lejos de sí a Hasán.

El grueso sarmiento se aflojó en torno a su garganta al quedar libre de las manos de Hasán.

Hasán volteó por el suelo en acrobacia *ukemi* de kárate y quedó arrodillado. Permaneció así.

El Hombre Muerto avanzó hacia él.

Súbitamente, su zancada falló.

Empezó a estremecerse de arriba abajo. Hizo un gorgoteo y se agarró la garganta. Su rostro se hizo aún más rojizo, casi púrpura. Tambaleante llegó hasta el árbol y adelantó una mano. Se apoyó contra el tronco, resollando. Pronto se puso a boquear ruidosamente. Su mano resbaló a lo largo del tronco y cayó al suelo. Se incorporó de nuevo, pero manteniéndose encorvado.

Hasán se levantó.

Recogió el sarmiento.

Avanzó hacia el idiota.

Esta vez su presa era irrompible.

El Hombre Muerto cayó y no volvió a levantarse.

Era como desconectar el volumen de una radio que hubiese estado sonando al máximo.

Clic...

Un gran silencio repentino. Todo había ocurrido rápidamente. Y la noche era benévola. Alargué las manos a través de ella y fracturé el cuello al indígena de la espada. Se la quité. Giré entonces a mi izquierda y con ella le abrí el cráneo al otro más cercano.

Entonces, de nuevo como un clic, pero esta vez a pleno volumen. La noche fue rasgada en su centro.

Myshtigo derribó a su guardián con un alevoso golpe de conejo, entrelazadas sus manos, y pateó a otro en la espinilla. George consiguió conectar un veloz rodillazo en el bajo vientre del individuo más cercano.

Dos Santos, no tan rápido o quizá simplemente desafortunado, recibió dos profundos tajos, en pecho y hombro.

La muchedumbre se levantó de donde había estado esparcida por el suelo, como en una película acelerada del crecimiento de semillas de vegetal.

Avanzaba contra nosotros.

Ellen arrojó el burnús de Hasán sobre la cabeza del cuchillero que estaba a punto de destripar a su marido. El laureado poeta terrícola pudo entonces abatir una piedra con fuerza en la cima del burnús.

Por entonces, Hasán se había unido a nuestro pequeño grupo, empleando su mano para esquivar un tajo de espada que le dedicaban con muy malas intenciones. Empleó una antigua maniobra de samurai que le salvó la vida y le proporcionó una espada. Y también era muy eficiente en su uso, como en el de todas las armas.

Matamos o mutilamos a todos nuestros guardianes antes que la multitud estuviera a medio camino hacia nosotros, y Diane, buena discípula de Ellen, arrojó sus tres luminarias de magnesio, a través del campo, sobre la chusma.

Entonces echamos a correr, Ellen y Peluca Roja sosteniendo a Dos Santos.

Pero los kouretes nos habían cortado el camino y estábamos corriendo hacia el norte, en tangente, alejándonos de nuestra meta.

—No podremos lograrlo, Karaghiosis —me gritó Hasán.

—Me doy cuenta.

—A menos que tú y yo los entretengamos mientras los otros toman delantera.

—De acuerdo. ¿Dónde?

—En el hoyo de barbacoa más alejado, donde los árboles se espesan por el sendero. Es una especie de gollete de botella. No podrán atacarnos en grupo.

—¡Conformes! ¿Oyeron ustedes? ¡Corran hacia los caballos! ¡Phil los guiará! Hasán y yo los vamos a contener todo el tiempo que podamos.

Peluca Roja giró la cabeza empezando a decir algo.

—¡No discutas! ¡Vete! ¿Quieres vivir, no?

Querían vivir. Siguieron corriendo.

Hasán y yo dimos media vuelta, yendo a un lado del hoyo de barbacoa y esperamos. Los otros dieron media vuelta también atajando a través del bosque, dirigiéndose hacia el poblado y el parque de pasto. La chusma continuó acudiendo en línea recta hacia Hasán y hacia mí.

La primera oleada nos embistió y empezamos la matanza. Estábamos en el espacio en forma de V donde el sendero desembocaba del bosque hacia el llano. A nuestra izquierda había un hoyo con brasas; a nuestra derecha un espeso macizo de arbustos. Un sitio ideal para matar. Varios se amontonaron muertos, otros chorreaban sangre y caían hacia atrás; los demás se detuvieron y luego intentaron flanquearnos.

Nos situamos espalda contra espalda asestándoles tajos al irse aproximando.

—Si uno tan sólo de ellos tiene un arma de fuego, somos hombres muertos de verdad, Karaghiosis.

—Me doy cuenta.

Otro semihombre cayó bajo mi acero. Hasán envió a uno, chillando, dentro del hoyo ardiente.

Por entonces ya estaban todos en torno nuestro. Una hoja se deslizó, esquivando mi guardia y me rasgó al hombro.

Alguien gritó:

—¡Retrocedan, manada de necios! ¡Les digo que se retiren, rebaño de fenómenos!

Lo hicieron, obedientes, retrocediendo fuera del alcance de estocada y mandoble.

El hombre que había hablado medía aproximadamente un metro veinte. Su mandíbula inferior se movía como la de una marioneta, como si funcionara por bisagras, y sus dientes semejaban una hilera de fichas de dominó, todos manchados de negro y castañeteando al abrirse y cerrarse.

—Sí, Procrustes —oí decir a uno.

—¡Vayan en busca de redes! ¡Atrápenles vivos! ¡No luchen a corta distancia con ellos! ¡Ya nos han costado demasiadas bajas!

Moreby estaba a su lado, y gimoteaba:

—...Yo no sabía, mi señor.

—¡Silencio, tú, destilador de brebajes de mal sabor! ¡Tú nos has costado un dios y muchos hombres!

—¿Atacamos? —me preguntó Hasán.

—No, pero prepárate a cortar las redes cuando las traigan.

—No me agrada nada que nos quieran vivos —comentó.

—Hemos enviado muchos al infierno, para allanarnos el camino —le dije—, y estamos todavía en pie y empuñando aceros. ¿Qué más quieres?

—Si los perseguimos podemos llevarnos con nosotros dos o quizá cuatro más. Si esperamos, nos echarán la red y moriremos sin haber matado a más.

—¿Qué importa, una vez estés muerto? Esperemos... Mientras estemos vivos existen muchas probabilidades que pueden presentarse de un momento a otro.

—Como tú digas.

Encontraron redes y nos las arrojaron. Tajamos tres de ellas antes que nos enzarzasen en la cuarta. Las juntaron apretadamente y avanzaron.

Noté cómo me arrancaban la espada de la mano, y alguien me propinó un puntapié. Era Moreby.

—Ahora van a morir como muy pocos han muerto —dijo.

—¿Los demás escaparon?

—Sólo por el momento. Seguiremos su pista, los encontraremos y los traeremos de nuevo aquí.

Reí complacido.

—Perdiste —le dije—. Consiguieron escapar.

Volvió a atizarme una patada.

—¿Así es cómo cumples tus promesas? —pregunté—. Hasán venció al Hombre Muerto.

—Hubo trampa. La mujer arrojó una luz de bengala.

Mientras nos amarraban dentro de las redes Procrustes acudió junto a Moreby.

—¿Y nuestros muertos? —preguntó.

—Los llevaremos al Valle del Sueño —dijo Moreby—, y allí emplearé mis poderes para preservarlos contra futuras comilonas.

—Está bien —dijo Procrustes—. Sí, así debe ser.

Hasán debió estar manipulando con su brazo izquierdo durante aquel intervalo a través de la red, porque lo proyectó fuera y sus uñas surcaron la pierna de Procrustes.

Procrustes le dio varias patadas y de paso se desfogó dándome a mí una. Se frotó los arañazos de la pantorrilla.

—¿Por qué hiciste eso, Hasán? —pregunté después que Procrustes se alejó, ordenando que nos atasen a estacas de barbacoa para ser transportados.

—Tal vez quede todavía algo de metacianuro en mis uñas —me explicó Hasán.

—¿Cómo te fue a parar allí?

—De las balas de mi cinto que no me quitaron, Karaghiosis. Impregné mis uñas después de haberlas afilado hoy.

—Ah... Tú arañaste al Hombre Muerto al principio de vuestro combate...

—Sí, Karaghiosis. Después ya fue simplemente cuestión de intentar sobrevivir hasta que él cayese.

—Eres un asesino ejemplar, Hasán.

—Gracias, Karaghiosis.

Envueltos todavía en las redes, fuimos atados a las estacas. Cuatro hombres, a la orden de Procrustes, nos izaron.

Con Procrustes y Moreby encabezando la comitiva, fuimos transportados a través de la noche.

Mientras nos desplazábamos por un sendero desigual, el mundo fue cambiando gradualmente. Siempre ocurre lo mismo cuando uno se acerca a un Lugar Ardiente. Es como caminar hacia atrás, a través de las eras geológicas.

Mientras avanzábamos, los árboles iban siendo más pequeños y los espacios entre ellos más anchos. Pero no eran árboles como los que habíamos dejado atrás en el poblado. Eran formas retorcidas (y retorciéndose aún) con remolinos de algas marinas por ramas, troncos nudosos y raíces descubiertas que reptaban lentamente por la superficie del suelo. Diminutas cosas invisibles hacían ruidos raspantes al escapar escurridizas de la luz de la linterna de Moreby.

A lo lejos, podía detectar un tenue resplandor palpitante, exactamente al borde del horizonte. Frente a nosotros.

Una profusión de negras enredaderas aparecían bajo los pies. Se contorsionaban siempre que uno de nuestros portadores las pisaba.

Los arbustos se convirtieron en simples helechos. Luego hasta los helechos desaparecieron. Fueron reemplazados por grandes cantidades de líquenes peludos, de color sanguinolento, que crecían por encima de todas las rocas. Débilmente luminosos.

Ya no había más ruidos animales. No había ruido alguno salvo el jadear de nuestros cuatro portadores, las pisadas, y el ocasional cliqueteo sofocado del rifle automático de Procrustes cuando chocaba con una roca afelpada.

Nuestros portadores llevaban espadas en sus cintos. Moreby transportaba varios aceros y una pistola pequeña.

El sendero giró bruscamente hacia arriba. Uno de nuestros portadores imprecó. Muy en alto, lentamente, chapoteando en el aire como un pez diabólico surcando aguas estancadas, la negra forma de un murciélago araña cruzó sobre la faz de la luna.

Procrustes cayó.

Moreby le ayudó a levantarse, pero Procrustes, tambaleándose, se apoyó en él.

—¿Qué te aqueja, señor?

—Un vértigo repentino, entumecimiento en mis miembros. Toma mi rifle. Se hace cada vez más pesado.

Hasán rió quedamente.

Procrustes se volvió hacia Hasán, colgándole abierta su mandíbula inferior de marioneta.

Luego volvió a caer.

Moreby acababa de sujetarle el rifle y sus manos estaban ocupadas. Los guardianes nos posaron en el suelo, con cierta rudeza, y corrieron al lado de Procrustes.

—Denme un poco de agua —dijo. Y cerró los ojos.

No los volvió a abrir.

Moreby aplicó el oído a su pecho, y mantuvo la parte emplumada de su varilla bajo sus fosas nasales.

—Está muerto —anunció finalmente.

—¿Muerto?

El portador que estaba cubierto de escamas empezó a sollozar.

—Era bueno —gimoteaba—. Era un gran jefe guerrero. ¿Qué haremos ahora?

—Está muerto —repitió Moreby—, y yo soy vuestro cabecilla hasta que sea proclamado un nuevo jefe guerrero. Envuélvanle en vuestras capas. Déjenle en aquella roca plana allá arriba. Ningún animal llega por aquí, y, por lo tanto, no será importunado. Lo recogeremos en nuestro camino de regreso. Ahora debemos saciar nuestra venganza en estos dos.

Gesticuló con su varilla a modo de batuta.

—El Valle del Sueño está cerca. ¿Han tomado las píldoras que les di?

—Sí.

—Sí.

—Sí.

—Muy bien. Ahora tomen vuestras capas y envuélvanlo.

Lo hicieron así, y pronto fuimos nuevamente alzados y llevados a la cima de una colina desde la cual un sendero bajaba hacia un foso fluorescente que parecía picado de viruela. Las rocas del lugar parecían estar incendiadas.

Le dije a Hasán:

—Esto me fue descrito por mi hijo como el lugar donde el enredo de mi vida yace sobre una piedra ardiente. Me vio en sueños, amenazado por el Hombre Muerto, pero los hados del destino trasladaron esta amenaza sobre ti. Antaño, cuando yo no era sino un sueño en los planes de la muerte, este sitio estaba señalado como un posible lugar para mi fin.

—La caída desde el paraíso pasa por la parrilla —dijo Hasán.

Nos llevaron abajo, a la grieta, dejándonos caer sobre las rocas.

—Suelten al griego y átenle en aquella columna —ordenó Moreby, quitando el seguro del rifle y retrocediendo.

Gesticulaba señalando con el arma.

Le obedecieron atando mis manos y mis tobillos sólidamente. La roca era cilíndrica, lisa y húmeda.

Hicieron lo mismo con Hasán a unos dos metros aproximadamente a mi derecha.

Moreby había dejado en el suelo la linterna de modo que arrojaba un semicírculo amarillo en torno a nosotros. Los cuatro kouretes parecían estatuas demoníacas a su lado.

Sonrió, reclinando el rifle contra la pared rocosa de su espalda.

—Éste es el Valle del Sueño —manifestó—. Aquellos que duermen aquí, ya no despiertan. Sin embargo, conservan la carne en buen estado, almacenándose para los años flacos. De todos modos, antes de abandonarlos...

Sus ojos se posaron en mí.

—¿Ves dónde he dejado mi rifle?

No le contesté.

—Creo que tus entrañas llegarían hasta allí, comisionado. En todo caso, pretendo averiguarlo.

Extrajo una daga de su cinto y avanzó hacia mí. Los cuatro semihombres le acompañaron.

—¿Quién crees que tiene más tripas? —preguntó—. ¿Tú o el árabe?

Ninguno de los dos replicó.

—Ambos lo van a ver por ustedes mismos —dijo a través de sus dientes—. ¡Primero, tú!

Tiró de mi camisa hasta sacar los faldones y la cortó de arriba abajo.

Imprimió al acero una rotación en lento círculo significativo a unos dos centímetros de mi estómago, estudiando mientras mi cara.

—Estás asustado —dijo—. Tu rostro todavía no lo demuestra, pero lo hará.

Añadió, imperativo:

—¡Mírame! Voy a hincarte la hoja muy poco a poco. Algún día cenaré tu carne. ¿Qué te parece?

Me reí. De pronto, valía la pena reírse.

Su semblante se crispó hasta tensarse en una momentánea expresión de asombro.

—¿El miedo te ha enloquecido, comisionado?

—¿Pluma o pelo? —le pregunté.

Él sabía lo que quería yo decirle. Aunque a mí me tuviera sin cuidado su homosexualidad. Iba él a decir algo cuando oyó un guijarro chasquear a unos tres metros. Giró su cabeza repentinamente en aquella dirección.

Consumió el último segundo de su vida chillando, mientras la fuerza del salto de «Bortan» le convertía en pulpa contra el suelo, antes que su cabeza fuera extirpada de sus hombros.

Mi sabueso había llegado.

Los kouretes gritaron aterrorizados ante mi perro porque sus ojos son como brasas ardientes, y sus colmillos, dientes de sierra. Su cabeza se mantiene tan lejos del suelo como la de un hombre alto. Aunque agarraron sus espadas para asestarle tajos, no les sirvió de nada, sus flancos son como los costados de un armadillo. Mi «Bortan» es todo un señor perro de un cuarto de tonelada.

Estuvo en plena actividad durante un largo minuto y cuando hubo terminado estaban todos hechos pedazos.

—¿Qué es eso? —quiso saber Hasán.

—Un cachorro que encontré en un saco, abandonado por la resaca en la playa, demasiado duro para ahogarse. Es mi perro «Bortan».

Había una pequeña brecha en la parte más blanda de su hombro. No se la había producido en la reciente reyerta.

—Nos buscó primero en el poblado —expuse— y trataron de detenerle. Muchos kouretes han muerto en el día de hoy.

Acudió al trote y me lamió el rostro. Meneó el rabo, hizo ruidos perrunos, contoneándose como un cachorrillo, y corrió en pequeños círculos. De nuevo saltó hacia mí para volver a lamerme el rostro. Luego se dedicó, una vez más, a mover las mandíbulas, escupiendo pedazos de kourete.

—Es bueno para un hombre tener un perro —dijo Hasán—. Siempre me han gustado los perros.

«Bortan» le estaba olfateando mientras hablaba.

—Por fin has regresado, viejo sabueso —le dije—. ¿No te has enterado que la raza canina se ha extinguido?

Meneó el rabo, se me acercó de nuevo y lamió mi mano.

—Lamento no poder rascarte las orejas. Y te consta que me gustaría mucho hacerlo, ¿verdad?

Agitó la cola.

Abrí y cerré mi mano derecha dentro de sus ligaduras. Mientras lo hacía giré la cabeza en esta dirección. «Bortan» observaba, estremecido su húmedo hocico.

—Manos, «Bortan». Necesito manos para libertarme. Manos para soltar mis ataduras. Debes conseguirlas, «Bortan», y traerlas aquí.

Fue a recoger un brazo que yacía en el suelo y vino a depositarlo ante mis pies. Entonces alzó la vista y meneó su cola.

—No, «Bortan». Manos vivas. Manos amistosas. Manos para desatarme. Me comprendes, ¿verdad?

Lamió mi mano.

—Vete y encuentra manos para libertarme. Que estén intactas y vivas. Las manos de unos amigos... ¡Ahora, rápidamente! ¡Vete!

Volviéndose se alejó, se detuvo para mirar una vez más atrás, y luego ascendió por el sendero.

—¿Acaso te comprende? —preguntó Hasán.

—Eso creo. El suyo no es un cerebro ordinario de perro, y ha dispuesto de muchos, muchos más años de los que vive un hombre para aprender a comprender.

—Entonces esperemos que encuentre a alguien pronto, antes que nos durmamos.

—Sí.

Estábamos suspendidos, y la noche era fría.

Esperamos durante un largo tiempo. Finalmente, perdimos la noción del tiempo.

Nuestros músculos estaban agarrotados y doloridos. Nos hallábamos recubiertos con la sangre reseca de incontables pequeñas heridas. Las magulladuras nos formaban como una segunda piel. Estábamos amodorrados de fatiga, de falta de sueño.

Colgábamos hacia adelante, las cuerdas hincándose en nosotros.

—¿Crees que llegarán a tu pueblo?

—Les dimos una buena ventaja. Creo que tienen una probabilidad bastante grande.

—Siempre es complicado trabajar contigo, Karaghiosis.

—Sí. Lo he comprobado yo mismo.

—Como aquel verano en que nos mustiamos en las mazmorras de Córcega.

—Vaya que sí.

—O nuestra marcha hacia la Estación Chicago, después de perder todo nuestro equipaje en Ohio.

—Sí, aquel fue un mal año.

—Tú siempre andas metido en problemas, Karaghiosis. «Nacido para hacerle un nudo a la cola del tigre», éste es el aforismo para la gente de tu índole. Resulta difícil convivir con ustedes. Yo, personalmente, amo la quietud y la sombra, un libro de poemas, mi pipa...

—¡Eh! ¡Oigo algo!

Hubo un repique de cascos.

Un sátiro apareció más allá del haz luminoso de la linterna. Avanzaba nerviosamente, sus pupilas iban de mí a Hasán, y a mí de nuevo, y arriba, abajo, en torno, y más allá de nosotros.

—Ayúdanos, pequeño encornado —dije en griego.

Se acercó cautelosamente. Vio la sangre, los destrozados kouretes.

Dio media vuelta, como disponiéndose a escapar.

—¡Vuelve! ¡Te necesito! Soy yo, el tocador de flauta.

Se detuvo volviendo a darnos frente, estremecidas sus fosas nasales, resollando. Sus agudas orejas vibraban.

Regresó con una expresión apenada en su faz casi humana, al atravesar el sitio de la matanza.

—El acero. A mis pies —dije, señalando con mis ojos—. Recógelo.

No le parecía gustar la idea de tocar nada hecho por el hombre, especialmente un arma.

Silbé las últimas líneas de mi copla.

«Es tarde, es ya tarde, tan tarde...»

Sus ojos se humedecieron. Los secó con el dorso de sus peludas muñecas.

—Recoge la hoja y corta mis ligaduras. Recógela. No, así no, o vas a cortarte tú mismo. Por el otro extremo. Eso es.

Recogió apropiadamente el acero y me miró. Moví todo lo que me fue posible mi mano derecha.

—Las cuerdas. Córtalas.

Lo hizo. Empleó quince minutos y me dejó luciendo un brazalete de sangre. Tuve que mover constantemente mi mano para impedirle que me cortase una arteria. Pero la liberó.

—Ahora dame el cuchillo y yo me ocuparé del resto.

Colocó el acero en mi palma extendida.

Lo tomé. Segundos después, quedé completamente libre, y solté a Hasán.

Cuando me volví, el sátiro había desaparecido. Oí el rumor del frenético galopar de sus cascos en la distancia.

Debo decir que si nuestro grupo hubiese seguido el camino más largo desde Lamia a Volos por la ruta costera, las cosas hubiesen podido ser muy distintas y Phil estaría vivo. Pero realmente no puedo juzgar cuanto ocurrió en este caso. Aún ahora mirando hacia atrás, no sería capaz de decir cómo hubiese recompuesto y modificado los acontecimientos si todo tuviera que repetirse de nuevo.

Llegamos a Volos a la tarde siguiente, y ascendimos el Monte Pelión hacia Portaria. Al otro lado de un hondo barranco estaba Makrynitsa.

Atravesamos la hondonada y encontramos a los demás.

Phil les había conducido a Makrynitsa, pidió una botella de vino y su ejemplar del *Prometeo Encadenado* y había permanecido sentado con ambas cosas hasta bien avanzada la noche.

Por la mañana, Diane le encontró sonriente y yerto.

Le construí una pira entre los cedros cerca del ruinoso Episcopio, porque él no hubiese querido estar enterrado. Amontoné incienso, hierbas aromáticas, y la pira resultó dos veces más alta que un hombre en pie. Aquella misma noche ardería y yo le diría adiós a otro amigo. Parece ser, mirando atrás, que mi vida se ha compuesto principalmente de una serie de llegadas y partidas. Digo hola. Digo adiós. Sólo la Tierra permanece...

Aquella tarde caminé con el grupo hacia Pagasae, el puerto de la antigua Iolkos, encajado en el promontorio opuesto a Volos. Permanecimos a la sombra de los almendros de la colina. Bello paisaje. La colina, los almendros, la rocosa ladera, el litoral...

Sin hablar con nadie en particular, comenté:

—Desde aquí los argonautas izaron velas en su búsqueda del vellocino de oro.

—¿Quiénes fueron? —preguntó Ellen—. Leí el relato en la escuela, pero ya lo he olvidado.

—Estaban Heraclio, Teseo, Orfeo el cantante, Asclepio, los hijos del Viento Norte, Jason, el capitán y Caronte, cuya cueva está allí arriba cerca de la cuna del Monte Pelión.

—¿De veras?

—Te la enseñaré alguna vez.

—De acuerdo.

—Los dioses y los titanes batallaron también cerca de aquí —dijo Diane, apareciendo a mi otro costado—. ¿Los titanes no arrancaron el Monte Pelión apilándolo sobre Ossa en un intento de escalar el Olimpo?

—Eso dice la narración. Pero los dioses fueron amables y restauraron el paisaje después de la sangrienta batalla.

—Una vela de barco —anunció Hasán, gesticulando con una naranja medio mondada en su mano.

Oteé las aguas en la lejanía y, en efecto, pude observar un diminuto aleteo en el horizonte.

—Sí, todavía se usa este lugar como puerto.

—Quizá sea un cargamento de héroes —dijo Ellen— regresando con algunos vellocinos más. Y por cierto, ¿qué hacían con tanto vellocino de oro?

—No es el vellocino lo que importa —dijo Peluca Roja—, sino el conseguirlo. Cualquier buen narrador sabía que esto era lo importante.

—Allí, al otro lado —expliqué—, se conserva una iglesia bizantina en ruinas, el Episcopio. Tengo programado restaurarla en unos dos años.

—¿Cuánto tiempo vamos a estar aquí? —preguntó Ellen.

—Me agradaría pasar un par de días más en Makrynitsa —dije—, y luego proseguir hacia el norte. Podríamos estar aproximadamente una semana más en Grecia, y después ir a Roma.

—No —dijo Myshtigo, que había estado sentado en una roca contemplando el mar—. No, porque el viaje ha terminado. Ésta es la última etapa.

—¿Y por qué?

—Me doy por satisfecho ya y ahora regreso a mi casa.

—¿Y tu libro?

—Ya conseguí mi relato.

—¿Qué clase de relato?

—Ya te enviaré un ejemplar autografiado cuando esté acabado. Mi tiempo es muy valioso, y ahora ya dispongo de todo el material que quiero. Por lo menos, de todo el que necesito. Comuniqué con Port-au-Prince esta mañana y me van a enviar un «skimmer» esta noche. Ustedes sigan adelante y hagan lo que quieran, pero yo he acabado.

—¿Pasa algo malo?

—No. Todo va bien, pero es hora que me vaya. Tengo mucho que hacer.

Levantándose, se desperezó.

—Debo empaquetar algunas cosas. Si ustedes me perdonan, voy a hacerlo ahora mismo. Pese a todo, tu país es hermoso, Conrad. Te veré a la hora de cenar.

Se alejó ladera abajo.

Caminé unos pasos en su dirección, siguiéndole.

—¿Qué será lo que precipitó su decisión? —me pregunté en voz alta.

Oí una pisada.

—Está agonizando —dijo George, suavemente.

Mi hijo Jason, que nos había precedido en varios días, se había ido de Makrynitsa. Unos vecinos me contaron su extraña partida, la noche anterior. El patriarca había sido

transportado a lomos de un enorme perro de ojos incandescentes que derribó la puerta de su alojamiento y se lo había llevado a través de la noche. Todos mis parientes deseaban que fuese a cenar con ellos. Dos Santos seguía descansando. George había curado sus heridas y no creía necesario embarcarle hacia el hospital de Atenas.

Es siempre grato regresar adonde uno nació.

Bajé hasta la plaza y pasé la tarde charlando con mis descendientes. Llevé unas flores al cementerio, permanecí un rato allá, y fui a la casa de Jason para reparar su puerta con algunas herramientas que encontré en el establo. Después encontré un frasco de su vino y me lo bebí todo. Y me fumé un cigarro. También me preparé un jarro de café. Acabé el jarro.

A pesar de ello, todavía me sentía deprimido.

George me dijo que el vegano mostraba síntomas inequívocos de un desorden neurológico. Una variedad cuya etiología era desconocida. Incurable. Invariablemente fatal.

George lo sabía desde el principio del viaje, porque Phil le había pedido que observase al vegano, pues sospechaba en él los indicios de una enfermedad fatal.

Todo ello me creaba un nuevo problema.

O Myshtigo había terminado su tarea o no le quedaba tiempo suficiente para hacerlo. El dijo que la había terminado. Si no era así, yo había estado protegiendo todo el tiempo a un hombre muerto, sin finalidad alguna. Si había terminado su obra, entonces yo necesitaba conocer los resultados.

La cena no aportó ninguna ayuda. Myshtigo había dicho todo lo que le importaba decir, y ahora ignoraba o soslayaba nuestras preguntas. O sea, que tan pronto nos tomamos el café, Peluca Roja y yo salimos fuera a fumar un pitillo.

—¿Qué ha ocurrido? —me preguntó ella.

—No lo sé. Creí que tal vez tú lo sabrías.

—No. ¿Y ahora, qué?

—Dímelo tú.

—¿Matarle?

—Tal vez sí. Pero, ¿por qué?

—Ya lo acabó.

—¿El qué? ¿Qué es concretamente lo que acabó?

—¿Cómo voy yo a saberlo?

—¡Maldita sea! ¡Es que yo tengo que saberlo! Me gusta saber por qué mato a alguien.

—Es evidente, ¿no? Los veganos quieren volver a comprar en la Tierra. Él regresa para darles un informe sobre los lugares en que están interesados.

—Entonces, ¿por qué no los visitó todos? ¿Por qué interrumpir su viaje después de Egipto y Grecia? Arena, rocas, junglas y un surtido de monstruos. Esto es todo cuanto vio. No es material para una apreciación estimulante.

—Entonces es que está asustado y quiere vivir un poco más. Pudo haber sido devorado por un boadilo o un kourete. Huye.

—Excelente. Dejémosle huir. Dejémosle entregar un informe desastroso.

—No puede. Si ellos quieren comprar, no van a adquirir nada tan desastroso. Se limitarán a enviar a otro, alguien más resistente, para terminar el informe. Si matamos a Myshtigo, sabrán que seguimos protestando, que seguimos siendo resistentes nosotros mismos.

—Él no teme por su vida.

—¿No? Entonces, ¿a qué le teme?

—No lo sé. Pero tendré que averiguarlo.

—¿Cómo?

—Creo que se lo preguntaré.
—Eres un lunático.
Dio media vuelta.
—Debe ser a mi estilo, o nada —dije.
—Cualquier estilo, entonces. Ya no importa. Ya hemos perdido.
La tomé por los hombros, besándole el cuello.
—Todavía no hemos perdido. Ya verás.
Permanecía erguida.
—Vete a dormir —dijo ella—, es tarde. Es demasiado tarde.

Regresé al gran caserón de Iakov Korones donde Myshtigo y yo estábamos alojados y donde Phil estuvo en su última jornada. Su *Prometeo Encadenado* seguía en la mesa de escribir, junto a un frasco vacío. Había aludido a sus propios achaques cuando me visitó en Egipto y sufrió un ataque, sobreviviendo a varios. Parecía normal que hubiese dejado un mensaje para un viejo amigo, en un caso así.

O sea, que abrí el libro y lo hojeé. Estaba escrito en las páginas en blanco al final del libro, en griego. Aunque no en griego moderno, sino clásico.

> Querido amigo, aunque aborrezco escribir algo que no pueda retocar, presiento que es preferible que me dedique a hacerlo con celeridad. No me encuentro bien. George quiere que vaya a Atenas. Lo haré, por la mañana. Pero primero, con respecto al tema que nos importa...
>
> Saca al vegano fuera de la Tierra, vivo, a cualquier precio.
>
> Es importante.
>
> Es la cosa más importante en el mundo.
>
> Temía decírtelo antes porque pensé que Myshtigo podía ser un telépata. Esto es por lo que no formé parte del viaje entero, aunque me hubiese gustado mucho hacerlo así. Por ello fingí odiarle, para poder permanecer lejos de él lo más posible. Solamente después de confirmar el hecho que no era telepático decidí unirme a vuestro grupo.
>
> Sospechaba yo, presentes Dos Santos, Diane y Hasán, que el Radpol debía estar anhelando suprimirle. Si él era un telépata, imaginé que lo averiguaría rápidamente y haría lo que fuese necesario para asegurar su vida. Si no era un telépata, tuve una gran fe en tu habilidad para defenderle contra casi todo, incluyendo a Hasán. Pero no quise que él se enterase de lo que yo sabía. Aunque intenté avisarte, si lo recuerdas.
>
> Tatram Myshtigo, su abuelo, es uno de los seres más nobles y agradables que he conocido. Es un filósofo, un gran escritor, un administrador altruista de los servicios públicos. Me relacioné con él durante mi estancia en Taler, hace ya unos treinta años y más tarde nos convertimos en íntimos amigos. Desde entonces hemos estado en comunicación casi constante, y fui advertido por él de los planes del complejo vegano con referencia a la disposición de la Tierra. También me exigió juramento de mantenerlo en secreto. Nadie debe saber que estoy enterado. El anciano sufriría en todos los sentidos, si esto llegase a saberse.
>
> Los veganos se encuentran en una posición muy embarazosa. Se dieron cuenta y muy claramente, durante los días de la Rebelión Radpol, de la existencia de una población indígena con una fuerte organización propia y deseosa de la restauración de nuestro planeta. Los veganos no quieren la Tierra. ¿Para qué? Si quieren explotar a los terrícolas tienen más de ellos en Taler que nosotros en la propia Tierra, y no lo hacen en modo alguno, masiva ni

maliciosamente. Nuestra ex población ha elegido cualquier labor de explotación antes que regresar. ¿Qué nos indica esto? El Retornismo es un movimiento ya muerto. Nadie va a regresar. Por eso abandoné el movimiento. Y me parece que tú hiciste lo mismo. Los veganos desearían quitarse de encima el problema de la Tierra. Indudablemente quieren visitarla. Es instructivo, moderador, y absolutamente terrorífico para ellos venir aquí y ver lo que puede hacerse con un mundo.

Lo que ellos necesitaban era encontrar un medio de llegar a un acuerdo con nuestra ex población y su gobierno en Taler. Los taleritas no estaban muy dispuestos a renunciar a su única justificación para los impuestos y su existencia: la Oficina.

Pero después de muchas negociaciones y mucha persuasión económica, incluyendo la oferta de la plena ciudadanía vegana a nuestra ex población, parece ser que fue hallado un medio. La puesta en ejecución del plan se dejó en manos de los «shtigo», especialmente Tatram.

Finalmente, él halló el medio, según creía, de devolver apropiadamente la Tierra a una posición autónoma y preservar su integridad cultural. Es por lo que envió a su nieto, Cort, a efectuar su «inspección». Cort es un ser extraño. Su verdadero talento es representar teatralmente (todos los «shtigo» están muy dotados) y le encanta simular. Creo que quería representar el papel de un alienígena hostil, y estoy seguro que lo hizo con arte y eficiencia. (Tatram me advirtió también que sería el *último* papel de Cort. Está muriéndose de *drinfan*, que es incurable; creo también que ésta es la razón por la que fue elegido.)

Créeme, Konstantin Karaghiosis Korones Nomikos Conrad (y demás nombres que no conozco) cuando digo que él no estaba inspeccionando con fines perjudiciales.

Deploro el hecho que nunca podré acabar tu elegía,

Phil.

Muy bien, decidí entonces. Vida, y no muerte, para el vegano. Phil había hablado y no dudé de sus palabras.

Regresé a la mesa de la cena y permanecí con Myshtigo hasta que estuvo dispuesto para irse. Le acompañó a la casa de Iakov Korones y le hice compañía mientras empaquetaba varios objetos y prendas. Durante aquel lapso, intercambiamos quizá seis palabras.

Llevamos sus pertenencias al lugar donde tomaría tierra el «skimmer», frente a la casa. Antes que los demás (incluyendo Hasán) acudieran a despedirle, me dijo:

—Conrad, explícame por qué estás echando abajo la pirámide.

—Para fastidiar a Vega. Para hacerte saber que si quieren este sitio y se las arreglan para quitárnoslo, lo van a obtener en peor estado de lo que estaba después de los Tres Días. No quedará nada para contemplar. Quemaríamos el resto de nuestra historia. No quedaría ni siquiera un fragmento para ustedes.

El aire escapando de sus pulmones salió con un agudo plañido. El equivalente vegano a un suspiro.

—Supongo que es loable —dijo—, pero, ¿crees que podrás alguna vez volverlo a colocar todo en su sitio? ¿Pronto, a lo mejor?

—¿Tú qué crees?

—Observé que tus trabajadores marcaban la mayoría de las piezas.

Me encogí de hombros.

—Me queda por hacerte una pregunta muy seria, entonces —declaró—, acerca de tu propensión a la destrucción. ¿Es esto realmente arte?

—Vete al infierno.

Entonces llegaron los demás. Sacudí lentamente la cabeza en negativa hacia Diane y agarré la muñeca de Hasán lo suficiente para que dejase caer una diminuta aguja que había adherido a la palma de su mano. Entonces le dejé que también estrechase la diestra del vegano, brevemente.

El «skimmer» zumbó bajando del cielo. Acompañé a bordo a Myshtigo, colocando personalmente su equipaje, y cerrando yo mismo la puerta.

El aparato despegó sin el menor incidente y desapareció en cuestión de segundos.

Aquél era el término de la excursión.

Ahora me tocaba incinerar a un amigo.

Erguido en la noche, mi entarimado de troncos soportaba lo que quedaba del poeta, mi amigo. Apagando la linterna, encendí una antorcha. Hasán estaba a mi lado. Me había ayudado a transportar el cadáver al carromato y se ocupó de las riendas.

Dos Santos, que no aprobaba la cremación, decidió no asistir a ella, alegando que sus heridas le importunaban. Diane eligió permanecer con él en Makrynitsa.

Ellen y George estaban sentados en el lecho del carro que se hallaba apartado tras un amplio ciprés, y se tomaban de las manos. Eran los únicos testigos, además de Hasán.

Apliqué la antorcha a una esquina de la pira. La llama mordió lentamente y empezó a invadir la madera. Hasán encendió otra antorcha, hincándola en tierra, retrocedió y fue observando.

Mientras las llamas fulminaban su paso hacia arriba, desparramé vino por el suelo. Arrojé más hierbas aromáticas en la fogata. Y entonces, también retrocedí.

La música de las llamas me parecía ser el mejor de los funerales para un gran poeta.

Sus rojos penachos alcanzaban casi la cúspide.

Entonces vi a Jason, en pie junto al carro, y a «Bortan» sentado a su lado. Retrocedí más. «Bortan» acudió a sentarse a mi derecha. Lamió mi mano.

—Gran cazador, nos perdimos el uno al otro —le dije.

Meneó afirmativamente su cabezota.

Las llamas alcanzaron la cúspide de la pira y empezaron a mordisquear la noche. El aire se pobló de dulces aromas y del sonido del fuego.

Jason se aproximó.

—Padre, él me condujo al sitio de las rocas quemantes, pero ya habías escapado.

—Un no-hombre amigo nos liberó. Antes, este hombre, Hasán, destruyó al Hombre Muerto. O sea, que tus sueños resultaron ser, a la vez, ciertos y equivocados.

—Él es el guerrero de ojos amarillos de mi visión.

—Lo sé, pero esta parte también quedó rebasada.

—¿Y de la Bestia Negra?

—Ni un bufido ni una pisada.

Contemplamos la pira durante mucho, mucho tiempo, mientras la noche avanzaba... En varios momentos, las orejas de «Bortan» se tendieron hacia adelante y se dilataron sus fosas nasales. George y Ellen no se habían movido. Hasán era un espectador silencioso, inexpresivo.

—¿Qué harás ahora, Hasán? —le pregunté.

—Volver de nuevo al Monte Sindjar por una temporada.

—¿Y después?

Encogió los hombros.

—Lo que deba ser, escrito está —replicó.

Y entonces un espantoso ruido se nos vino encima, como los gruñidos de un gigante idiota, y lo acompañaba el crujido de árboles descuajados.

«Bortan» saltó en pie y gruñó. Los asnos jóvenes que habían arrastrado el carromato se removieron inquietos. Uno de ellos emitió un breve rebuzno.

Jason sujetó con fuerza el palo agudizado que había recogido del montón de leña, y se envaró.

Entonces irrumpió aquello en el descampado. Enorme y horrendo, digno de cuantos nombres le eran aplicados:

El Devorador de Hombres...

El Sacudidor de la Tierra...

El Poderoso, el Abominable...

La Bestia Negra de Tesalia.

Por fin, alguien podría decir cómo era realmente. Si lograba escapar con vida para contarlo.

Debió ser atraída por el olor de la carne incinerada.

Y era enorme. Por lo menos, del tamaño de un elefante.

Un enorme jabalí... Con lomo de navaja de afeitar, provisto de colmillos largos como un brazo de hombre... Ojillos porcinos, negros, girando locamente, enrojecidos por el resplandor de la fogata...

Derribó tres árboles al llegar...

No obstante, berreó cuando Hasán, sacando un tizón quemante de la hoguera, lo hincó en su hocico para saltar atrás rápidamente.

La bestia se desvió, lo cual me dio tiempo para arrancarle a Jason el largo garrote.

Corrí asestándole un punterazo en el ojo izquierdo.

La bestia volvió a desviarse a un lado y berreó como una caldera con una grieta de escape de vapor.

Y «Bortan» ya estaba encima de ella, mordiéndole el lomo.

Ninguno de mis dos estoconazos en su garganta le hicieron más que heridas superficiales. Luchaba contra las fauces y, finalmente, se sacudió, libre de la dentellada de «Bortan».

Hasán se colocó a mi lado, esgrimiendo otro tizón.

La bestia nos embistió.

Desde algún sitio, George vació una pistola ametralladora contra la Bestia Negra. Hasán hincó el tizón. «Bortan» saltó de nuevo, esta vez atacándole por el lado ciego.

Y estos hostigamientos hicieron que volviera a desviarse en su embestida, chocando contra el carro ya vacío y matando a ambos asnos.

Corrí entonces hacia el animal, clavándole el garrote afilado hacia arriba, bajo su sobaco izquierdo.

El palo se rompió en pedazos.

«Bortan» seguía mordiendo, y su gruñido era como un trueno prolongado. Cada vez que los colmillos asestaban un tajo, soltaba «Bortan» su presa, brincaba apartándose, y volvía al ataque.

Hasán y yo la rodeamos con las estacas más agudas que pudimos hallar en el montón de leños. Persistíamos en pinchar a la bestia, girando en torno. «Bortan» persistía en intentar morderle la garganta, pero la gran cabeza hocicuda permanecía gacha, y los colmillos tajaban el aire como espadas. Sus pezuñas hendidas abrían grandes hoyos en el suelo al ir girando en sus intentos de destriparnos al resplandor flamígero anaranjado y oscilante.

Finalmente, se detuvo y viró, súbitamente con gran velocidad para algo tan enorme, y su brazo golpeó a «Bortan» en el flanco lanzándole a unos tres metros lejos. Hasán le golpeó a través del lomo con su madero y yo lancé un estacazo hacia su otro ojo, pero fallé.

Entonces se dirigió hacia «Bortan» que estaba levantándose. Gacha la cabeza, relucientes los colmillos...

Arrojé mi estaca y me abalancé hacia la bestia que atacaba a mi perro. Ya había bajado al máximo la cabeza para asestar su golpe de muerte.

Agarré ambos colmillos cuando la cabeza casi rozaba el suelo. Nada podía contener aquel tajo doble y feroz. Me di cuenta mientras empujaba hacia el suelo con todas mis fuerzas.

Pero lo intenté, y en cierto modo lo conseguí por espacio de un segundo...

Por lo menos, mientras fui arrojado por el aire, rasgadas y sangrantes las manos, vi que «Bortan» había logrado zafarse apartándose de la mortal acometida.

Me mareó la caída porque fui arrojado lejos y alto. Oí un gran berrido similar al de un cerdo furioso. Hasán gritó y «Bortan» emitió, una vez más, su hondo rugido batallador.

...Y el ardiente rayo rojo de Zeus descendió por dos veces de los cielos.

...Y todo quedó en silencio.

Lentamente, pude ponerme en pie.

Hasán estaba en pie junto a la pira llameante, con un tizón al rojo vivo todavía alzado en posición de lanzamiento de jabalina.

«Bortan» estaba olfateando la montaña de carne estremeciéndose.

Cassandra se hallaba en pie junto al ciprés con su espalda contra el tronco. Llevaba pantalones de cuero, una camisa de lana azul y mi escopeta para elefantes aún humeando. Ostentaba una tenue sonrisa.

—Eh... Hola, Cassandra. ¿Dónde estuviste?

Dejó caer la escopeta lentamente, estaba muy pálida. La tuve abrazada antes que el arma cayera al suelo.

—Luego te preguntaré —dije—, ahora no. Ahora nada. Sólo sentarnos aquí bajo este magnífico árbol y contemplar el fuego.

Eso hicimos.

Un mes después, Dos Santos fue despedido del Radpol. Él y Diane parecieron haber desaparecido desde entonces. El rumor pregona que renunciaron al Retornismo, se trasladaron a Taler y viven allí ahora. Nunca conocí la historia completa de Peluca Roja, y supongo que nunca la sabré. Ni creo tampoco que vuelva a verla nunca.

Poco después de la reorganización del Radpol, Hasán regresó del Monte Sindjar, permaneció algún tiempo en Port-au-Prince, luego compró un barco pequeño y zarpó una mañana sin despedirse de nadie ni dar la menor indicación sobre su punto de destino. Se supuso que había encontrado un nuevo empleo en algún lugar. Varios días después hubo un huracán y oí rumores en Trinidad referentes a que la resaca lo depositó en la costa del Brasil y halló la muerte a manos de los fieros miembros de una tribu que rondaban por allá. Intenté comprobar la veracidad de este rumor, pero me fue imposible.

Dos meses más tarde, Ricardo Bonaventura, presidente de la Alianza Contra el Progreso, un grupo disidente del Radpol que había incurrido en la desaprobación de Atenas, murió de apoplejía durante una reunión del partido. Hubo algunos chismorreos acerca del veneno Divban en las anchoas de un aperitivo (una combinación sucesivamente letal, me aseguró George), y al día siguiente el nuevo capitán de la Guardia de Palacio se esfumó misteriosamente, con un «skimmer» y las actas de las tres últimas sesiones secretas del ACP (sin mencionar el contenido de una pequeña caja fuerte que también se esfumó). Le han descrito como un hombretón de ojos amarillos, bronceado, barbudo, con un toque levemente arábigo en sus rasgos faciales...

Jason sigue pastoreando por las alturas donde los dedos de Aurora son los primeros en pintar el cielo con rosas, y sin duda alguna corrompe a la juventud con sus canciones.

Ellen está nuevamente embarazada, toda delicadeza pese a su cintura hinchada, y no quiere hablar con nadie excepto con George. George quiere intentar una caprichosa cirugía embrionaria, para convertir a su próximo retoño en un respirador de agua a la vez que respirador de aire, lo cual le permitiría cruzar esa gran frontera virgen bajo el océano y él sería padre de una nueva raza y escribiría un interesante libro sobre la materia. Pero Ellen no está muy entusiasmada con la idea, o sea, que tengo el presentimiento que el océano permanecerá virgen algún tiempo más.

He decidido seguir en la Oficina. Fundaré una especie de Parlamento después que haya elaborado un partido de oposición al Radpol. Quizá el Rec In, o algo similar, para designar algo así como los Reconstruidores Independientes.

Y Cassandra, mi princesa, mi ángel, mi encantadora dama, sigue adorándome. Y yo a ella.

Ella era «el cargamento de héroes» que Hasán había oteado en el mar aquel día en Pagasae. Aquel barco de vela. Aunque no transportaba vellones de oro, sino simplemente mi armero personal. Sí. Era mi *Vanidad Dorada* aquel velero. Ella estaba navegando en mi barco cuando los cimientos de Kos se hundieron. Después, hizo proa a Volos porque sabía que Makrynitsa rebosaba de parientes míos. Fue algo maravilloso que tuviera ella la sensación que había peligro y transportase a tierra mis armas pesadas. (También fue algo maravilloso que supiera cómo usarlas. Sobre todo, la de matar elefantes.) Tendré que aprender a tomar sus premoniciones más en serio.

He comprado una casa en un sitio muy tranquilo al extremo de Haití opuesto a Port-au-Prince. Tiene una gran playa y abundante jungla en torno. Necesito poseer un distanciamiento, como toda la isla, entre la civilización y yo, porque tengo, bueno, un problema de caza. El otro día cuando vinieron unos abogados no prestaron mucha atención al cartelito: «CUIDADO CON EL PERRO». Ahora, sí. El que está bastante averiado en la clínica renunció a presentar una demanda por daños, y George lo pondrá nuevo en poco tiempo. Los otros no resultaron tan gravemente perjudicados.

Por suerte, yo andaba cerca.

Todo el planeta Tierra fue comprado por el Gobierno Talerita, adquirido por los generosos, abundantes y ricos «shtigo». Ahora todo el mundo es vegano. Y pocos son los terrícolas que desean regresar.

El sabio viejo Tatram procuró de todos modos que los «shtigo» no fueran propietarios de la Tierra. La compra fue hecha en nombre de su nieto, el difunto Cort Myshtigo.

Y Myshtigo dejó escrita su voluntad de reparto, su última voluntad y testamento, al estilo vegano. Me citaba.

Pues sí... He heredado el planeta.

La Tierra, para concretar más.

Diablos, yo no la quiero. Quiero decir que si bien de momento estoy comprometido en el asunto, ya veré cómo salirme del apuro.

El viejo Tatram empleó diversas artimañas legales. Pero esencialmente quería a alguien que conociese bastante la Tierra para poder ser su administrador, y que no quisiera apropiarse de ella para su uso personal y codicioso.

Cort llegó a escribir su libro.

En realidad deseaba comprobar si yo era bueno, honrado, noble, puro, leal, fiel, fidedigno, altruista, amable, alegre, y «sin ambiciones personales».

Lo cual significa que era un extravagante lunático, porque dijo:

—Sí, es todo eso.

Desde luego, le engañé sin proponérmelo.

Tal vez tuviera razón acerca de mi falta de ambiciones personales, aunque supongo que se debe a que soy condenadamente perezoso, y no tengo el menor deseo de contraer constantes jaquecas y migrañas de las que abundaban en la atormentada Tierra.

Me basta y sobra con tomarme en ella unas vacaciones.

De momento la Tierra es salvaje e inhabitable. Es, un lugar pedregroso e inhóspito. La basura deberá ser limpiada, sección por sección. Lo cual significa mucho trabajo. Me propongo poner a George al frente de un programa de Sanidad Pública.

Saldremos adelante. Ya estoy cansado de ser un sepulturero y un tipo nacido con propensión para los alborotos.

Cassandra y yo disfrutamos de esta casa en la Isla Mágica. A ella le gusta. A mí también. Ya no le importa mi edad indeterminada. Lo cual es estupendo.

Precisamente esta misma mañana a hora temprana, cuando estábamos tendidos en la playa contemplando al sol poniendo en fuga a las estrellas, me volví hacia ella para comentar que la tarea que me aguardaba iba a ser de las que dan úlceras, dolores de cabeza y demás.

—No, no lo será —replicó ella.

—Eres demasiado optimista, Cassandra.

—No. En aquella ocasión, te dije que estabas encaminándote hacia grandes peligros, y fue así, aunque entonces no me creíste. Esta vez tengo la sensación que las cosas irán bien. Eso es todo.

—Dando por buena tu profecía en el pasado, sigo opinando que subestimas lo que nos espera...

Levantándose, dio ella un leve talonazo en el suelo.

—¡Nunca me crees!

—Claro que sí te creo. Lo único que pasa es que ahora estás equivocada, querida...

Entonces fue a zambullirse. Mi preciosa sirena nadó, alejándose en las oscuras aguas. Tras cierto tiempo, regresó.

Sonriente, sacudiéndose el agua del cabello, dijo:

—De acuerdo. Tienes razón.

La tomé por el tobillo, atrayéndola sobre la arena a mi lado, y empecé a cosquillearla.

—¡No sigas!

—Eh, pero si te creo siempre, Cassandra. De veras. Seguro que tienes razón.

—Tú lo que eres es un engreído petulante..., ¡ay!

Estaba encantadora allí en la playa; la enlacé, y permanecimos hasta que el día nos rodeó por doquier.

Y el sitio es precioso. Ideal para terminar mi relato.

ALUCINOGENIA

DEAN R. KOENTZ

La persecución de los mutantes por parte del orden establecido es un tema ya clásico en la SF, una de cuyas primeras y más conocidas muestras es la célebre novela Slan*, de A. E. van Vogt.*

Psychedelic Children *une al viejo tema del mutante dotado de poderes paranormales uno de rabiosa actualidad: el de las drogas alucinógenas y sus discutidos efectos sobre el organismo y la psique.*

El resultado es una narración poética y sorprendente.

* * *

Se despertó antes que ella y continuó tumbado, escuchando su áspera respiración; parecía el sonido del mar contra las rocas. Empeoraría antes de despertar. Se inclinó hacia la mesilla, tomó un cigarrillo del paquete casi vacío, lo encendió y se sentó en la cama. Trató de no pensar en las fuerzas que envolverían su cabeza, en los siniestros y dolorosos poderes que estarían rugiendo allí. En la oscuridad, intentó pensar en otra cosa.

La vista que se observaba desde la ventana era magnífica. Había estado nevando toda la noche y el campo quedó completamente cubierto; las nubes se entreabrían de vez en cuando permitiendo ver la luna, que iluminaba el blanco manto. Tras la vieja encina, se extendía la carretera, que semejaba un tajo negro sobre la blanqueada tierra. Indudablemente, los calefactores de la carretera se habían estropeado de nuevo, ya que algunas capas de hielo iban avanzando desde el margen. Anticuadas palas quitanieves trataban de despejarla.

Sueños cenicientos esparciéndose en copos
descienden flotando pacíficamente;
mientras monstruos relampagueantes, armados con espadas
golpean cruelmente el cerebro
y extienden sus uñas, sobre el hielo...

No estaba seguro de si el poema tenía sentido o no. Posiblemente era el efecto de su estado de ánimo. Lo repitió en voz baja. Tendría que recordarlo, pulirlo y, quién sabe, quizá lo incluyese en su próximo libro.

Al cabo de un rato volvió a mirar a Laurie. Tenía la cara pálida, y los ojos cerrados y rodeados de pequeñas arrugas. Le pasó la mano por el suave pelo negro que se extendía sobre la almohada. Ella lanzó un gemido y oyó cómo se precipitaba el aire fuera de su pecho.

Respiraba cada vez con más dificultad. Él, decidido a empezar esta vez sin titubeos, se levantó y se puso los pantalones y la camisa.

—¡Frank! —dijo ella.

—Lo sé.

Abandonó la cama y se puso la bata que tanto le gustaba a él.

—Sacaré el coche del garaje —dijo Frank.

—¿Y la nieve?

—Parecen tenerla bajo su control. No te preocupes; te recogeré en la puerta, dentro de cinco minutos.

—Te quiero —exclamó Laurie, mientras él desaparecía en la sala.

Su voz y su cara siempre le producían escalofríos, en momentos como aquél. Tomó una linterna y el revólver, que estaban en el cajón de las herramientas. Al salir de la casa, se guardó el arma en el bolsillo y aspiró el aire frío; parecía cortarle los pulmones, pero lo acabó de despejar. La senda que conducía desde la casa al garaje estaba sin limpiar y la nieve alcanzaba allí de treinta a treinta y cinco centímetros de espesor. La cruzó; escuchaba los ligeros silbidos del viento y el lejano gemido de las máquinas que batallaban contra las fuerzas de la naturaleza. La puerta del garaje se abrió al influjo de su huella digital sobre la cerradura. Se metió en el coche, lo puso en marcha y empezó a salir, en tanto empujaba la

nieve con el parachoques trasero. Luego hizo funcionar los calefactores de ambos parachoques. Con el problema de Laurie, tenía que estar a punto para salir en cualquier momento, sin importarle el tiempo ni la temperatura, y aunque los calefactores para derretir la nieve fueran un suplemento caro, eran necesarios.

Cuando apareció, frente a la puerta de la casa, ella ya estaba esperándole. Subió y se acurrucó junto a él.

—¿Adónde?

—A cualquier sitio deshabitado —murmuró su vocecita—. Date prisa, por favor. Esta vez, el ataque va a ser realmente malo.

Se derretía la nieve a medida que avanzaban; cuando llegaron a la autopista el coche tomó el desvío que salía de la ciudad. Entonces él dejó el control del auto al piloto automático, mientras besaba y acariciaba las mejillas de Laurie.

Diez minutos más tarde, mientras el coche bajaba una rampa, una de las luces del piloto empezó a bizquear para avisarle que debía tomar el control manual. En algún lugar del coche, comenzó a sonar un zumbador por la misma razón. Dobló a la izquierda, por una carretera secundaria bastante menos despejada de nieve que la superautopista. El hielo avanzaba sobre sus bordes y la dejaba reducida, en muchos sitios, a la mitad de su anchura. Mantuvo el acelerador a fondo, casi peligrosamente.

Ella estaba quejándose...

Tenía mal aspecto; estaba llegando rápidamente al punto crítico, al momento en que los poderes psíquicos alcanzaban el punto máximo de tolerancia y luego estallaban violentamente. Laurie era una *esper*; pero esto era todo lo contrario que una ventaja, pues no podía gobernar su propia energía psíquica. No podía liberarla hasta llegar al punto crítico; y una vez alcanzado éste, tenía pocos segundos para desprenderse de ella.

Se alegraba de haber instalado en el coche los descongeladores. Algún día, pensó, todo el mundo los tendría. Entonces, las máquinas quitanieves y los calefactores de las carreteras serían innecesarios; los descongeladores evaporaban los cristales de nieve e iban dejando tras de sí una estela de vapor que el frío viento de la noche reconvertía rápidamente en hielo.

—Nos alejaremos un poco más —dijo él.

Laurie murmuró algo...

Se arriesgó a desviar la vista de la carretera y dirigirla hacia ella. Quedó asustado, como siempre, por el tono blanco verdoso que iba adquiriendo su atractivo rostro. Le recordaba a los muertos. Le hacía sentir escalofríos.

—Aguanta un poco más —dijo Frank.

De pronto, el coche empezó a patinar. Sujetó desesperadamente el volante. Quedaron atascados en un montón de nieve y los descongeladores tardaron unos minutos en poderles liberar. Continuó unos dos kilómetros más, sin ver ninguna casa; así que giró y se metió en lo que parecía ser un campo de trigo, liso ahora y cubierto de nieve. Los descongeladores estaban funcionando a toda potencia. Avanzó, con lentitud, por el camino que éstos le abrían hacia el borde del bosque que empezaba en uno de los extremos del campo y se perdía en la distancia. Cuando llegaron al bosque, frenó y apagó las luces. No se les podía ver desde la carretera, a causa del fondo oscuro que ofrecían los árboles.

Se sentó con ella sobre la nieve, junto a un árbol. Ella había alcanzado el punto crítico.

—De acuerdo —exclamó—; no hay nadie aquí.

Ella gimió otra vez... Su respiración se convirtió en un angustioso jadeo. La nieve empezó a derretirse a su alrededor y a los dos minutos, ya había desaparecido en un círculo de más de dos metros de diámetro. La tierra se convirtió en barro hirviente...

Recuerdo salas empapeladas

y con un gran reloj de pared
que tocaba las horas
como una voz que dijese:
«Te daré un dólar por diez centavos.»
Recuerdo cocinas soleadas
al empezar la tarde;
cien mil fragancias
del cucharón de mi madre...

Desconectó el magnetófono y quitó la cinta para devolverla a su estuche. Era la emisión del sábado, que sería retransmitida por ciento dos emisoras de frecuencia modulada. Quince minutos de poesía, crítica y música. Se sentía un poco amargado por la emisión y se preguntaba cuántos la escuchaban con atención y cuántos reían. Pensaba que muchas de las artes no estaban hechas para los medios de comunicación de masas.

—¡Frank! —Laurie entró en la habitación esparciendo un suave perfume y con un vestido estampado de vivos colores; llevaba recogido su pelo oscuro con una cinta roja—. ¿Has visto el periódico de esta mañana?

Sí, había visto los titulares: «Un alucinógeno en la vecindad». Y debajo: «La policía comienza la búsqueda». Hablaba del campo Crockerton, donde se había evaporado la nieve; la tierra aparecía revuelta, como si hubiese hervido, y los árboles rotos y quemados. También decía que sólo una cosa podía haber provocado todo aquello y que se estaba buscando a una persona alucinógena.

—No te preocupes —contestó él.

—Pero dicen que la policía está investigando en un radio de veinte kilómetros.

La sentó sobre sus rodillas y la besó.

—¿Y qué pueden encontrar? Soy un poeta contribuyente al partido; el partido es *antiesper*. Hacemos vida normal. Nunca hemos manifestado desaprobación ante el castigo de personas alucinógenas.

—Es igual —dijo ella—. Yo estaría preocupada.

También lo estaba Frank.

Fue al mediodía cuando llegó la policía. La estuvieron observando por la mirilla de la puerta principal, mientras se aproximaba a la casa.

—Será sólo para preguntar cosas de rutina, alguna inspección sin importancia —comentó él.

No importaba. Ella estaba temblando y se retiró a la cocina. Pero él esperó, aunque dejó que llamasen dos veces antes de abrir la puerta. No quería aparecer preocupado y necesitaba esos pocos segundos para conseguir simular una sonrisa.

—¿Quién es?

—Inspector de policía Jameson; y su asistente, androide «T» —dijo el detective, señalando aquella parodia de hombre que tenía junto a él.

—¡Oh!, es a propósito de la persona alucinógena de la que se habla en los periódicos, ¿verdad? Entre usted, inspector..., y también su autómata...

Les condujo a la sala. El inspector y él se sentaron, pero el robot «T» permaneció de pie. Los copos de nieve que habían caído sobre su piel metálica estaban derritiéndose y mojaban la alfombra, tras dejar una marca húmeda hasta la altura de la barbilla.

—Tiene usted un bonita casa, señor Cauvell.

—Gracias.

—¿Es aquí donde escribe sus poemas?

Frank miró la mesa, afirmando. Allí solía escribirlos.

—Soy un gran admirador suyo. Aunque debo confesarle que no siempre me gustan sus composiciones en verso libre.

Respiró con más facilidad. Ciertamente, aquél no era un policía duro, brutal. En realidad, parecía más bien tímido. «Ni siquiera puede mirarme directamente a los ojos», pensó Cauvell.

—¿Está su esposa en casa?

Su corazón pegó un salto, pero no dudó ni un momento sobre lo que tenía que hacer.

—Sí, está aquí. ¡Laurie! —gritó, quizá demasiado fuerte.

Ella vino de la cocina y se quedó de pie, junto a la silla donde él estaba sentado, mirando desconfiadamente al androide. ¿Se estaría dando cuenta «T» de sus sospechas?

—Siéntese, por favor, señora Cauvell —dijo Jameson.

Entonces se dirigió a los dos.

—Estamos realizando una investigación en la vecindad y nos gustaría hacerles unas cuantas preguntas.

Ambos asintieron.

—«T» —dijo Jameson.

La garganta del androide pareció vibrar por un momento y se escuchó una profunda voz, emitida por un pequeño altavoz que se encontraba escondido en su duro cuello.

—«Esta entrevista está siendo grabada. ¿Son ustedes conscientes de ello, señor y señora Cauvell?»

—Sí —respondieron los dos.

—«Toda la información que aquí se grabe puede ser usada ante un tribunal. ¿Son ustedes conscientes de ello, señor y señora Cauvell?»

—Sí.

—«Habla el androide «T», de la división de la policía ciudadana, cooperando con el inspector Harold Jameson. Señor Cauvell, un alucinógeno es una persona nacida de padres cuyos genes fueron alterados por el uso de la LSD 25. Estas personas se deforman física o mentalmente. ¿Comprende usted el término *persona alucinógena*?»

—Sí.

—«¿Y usted, señora Cauvell?»

—Sí.

—«Las personas deformadas físicamente son cuidadas por el Estado. Las personas alucinógenas que nacieron con el defecto congénito de sensibilidad ESP,[1] son un peligro para el Estado y no pueden ser ciudadanos con plenitud de derechos. A causa de la naturaleza de su poder, que puede ser estudiado tan sólo en su punto crítico, y en el cual dicho estudio es demasiado peligroso para ser llevado a cabo, muchos de estos mutantes deben ser dados al sueño humanamente. ¿Entienden esto, señor y señora Cauvell?»

Ellos dijeron que lo entendían. Las formalidades se habían acabado.

—«Tenemos razones para creer en la existencia de una persona alucinógena en esta zona. ¿Tiene alguno de ustedes conocimiento de dicha persona?»

Dijeron que no.

—«¿Alguno de ustedes abandonó su casa la pasada noche?»

—No.

—«¿Cómo es que la entrada a su garaje y la salida a la autopista se encuentran limpias de nieve?»

—Vimos al venir —dijo Jameson— que la entrada de su garaje aparecía como limpiada por descongeladores de nieve.

—Salí esta mañana a realizar unas compras —contestó Cauvell, quizá con demasiada rapidez.

—¿Hace usted sus propias compras? —preguntó Jameson, levantando las cejas.

—Sí.

Cauvell se sintió súbitamente contento de no haberse convertido nunca en una persona completamente moderna. Menos de la quinta parte de la población compraba personalmente sus propios comestibles. Las secciones de empleados-robots, que tomaban los encargos por teléfono, habían deshumanizado las compras casi por completo. A Cauvell, sin embargo, siempre le había gustado ver la carne antes de comprarla. Quizá por su paladar exigente.

—«El padre de la señora Cauvell era un catedrático de Universidad —dijo «T» con voz chirriante—. Los profesores universitarios de los años setenta eran a menudo bastante liberales y tan ansiosos como sus alumnos por experimentar nuevos productos. Señora Cauvell, ¿tomó su padre LSD 25?»

Se habían preparado, hacía ya mucho tiempo, ante la posibilidad de preguntas de este tipo. Habían convenido que decir una verdad parcial era mejor que una mentira completa.

—Creo que la probó dos veces, ambas con malas experiencias —dijo Laurie.

Cauvell empezó a tranquilizarse ante las respuestas firmes y serenas de su esposa.

—«¿Era un consumidor habitual de la droga?»

—No.

—¿Cómo puede usted tener esa seguridad? —preguntó amablemente Jameson.

Cauvell se dio cuenta que Jameson podía ser cualquier cosa, pero no tonto, ni tímido. Él era el jefe de «T», y algunas veces sus preguntas tocaban muy cerca de la diana.

—Mi madre me habló de ello —respondió Laurie—. Mi padre murió cuando yo tenía siete años y mi madre se pasó el resto de su vida contándome todas las cosas que él solía hacer. Escuché todas esas historias miles de veces. No pude olvidarlas. Él tomó LSD en dos ocasiones y tuvo desagradables experiencias en los «viajes» respectivos.

—«¿A qué partido pertenecen?» —preguntó «T».

—Al que ha permanecido en el Gobierno los últimos trece años, al Partido Constitucional Moderado.

Cauvell trató de aparentar orgullo, mientras tragaba su angustia.

—«¿Y por qué se unieron al partido?»

—Porque temíamos a los países comunistas y nos dimos cuenta que las tendencias subversivas en nuestro país debían hacerse abortar.

—«¿Y ustedes no han visto ni tenido noticias de la existencia de alguna persona alucinógena?»

—No, ninguna.

—«¿Fue grabada esta entrevista con su consentimiento, señor y señora Cauvell?»

Contestaron que lo había sido. La voz del androide desapareció tras hacer su cuello un murmullo extraño y, por fin, quedó absolutamente silencioso. El inspector Jameson se levantó.

—Siento haberles molestado. Muchas gracias por su cooperación; han sido ustedes muy amables.

—Ha sido un placer —contestó Frank.

—Espero que encuentre al mutante —dijo Laurie.

Estuvieron observando por la mirilla cómo el inspector y el androide se metían en el coche de policía, que salió a la carretera y se fue haciendo más y más pequeño, hasta que desapareció a lo lejos.

El aspecto del cielo indicaba que pronto comenzaría a nevar de nuevo.

En algún sitio se escondió un joven mutante, temblando.
No pudo aguantar más, perdió los nervios; corrió.

Corrió hacia los brazos del androide. Los ojos del hombre de metal eran joyas, mientras las lágrimas de los suyos se le helaban en las mejillas. Dio la vuelta, pero encontró a otros detrás de él. No había sitio por donde escapar. Desató sus fuerzas psíquicas contra ellos. Los vio elevarse en llamas, vio derretirse sus caras y humear sus entrañas.

Pero aún quedaban más. Y no esperaron. Aparecieron cañones en sus caderas. Surgió el fuego; las llamas lo envolvieron, lo tragaron, lo digirieron.

Todo mientras caía la nieve..., pequeñas balas blancas...

—Han atrapado a un pobre diablo —dijo Laurie y le mostró el diario.

Frank lo miró: «Un alucinógeno lucha con la policía». No «lucha con robots», pues eso sería demasiado crudo. Haría parecer la noticia como a favor de los mutantes. Cauvell estaba seguro que ni un solo policía de carne y hueso había estado a menos de cien metros del muchacho.

—Fue por mi culpa —dijo Laurie.

—Es absurdo que digas eso. ¿Cómo ha podido ser por tu culpa?

—No nos ocultamos lo suficiente. Dejamos una enormidad de pistas que les facilitó empezar la búsqueda.

—Pero era una emergencia. Nos habrías matado a todos si hubieses tratado de aguantar un momento más esa fuerza.

—Es igual; es posible que ellos no hubiesen atrapado al perseguido si nosotros...

—Olvídate de eso. ¿Qué hay para cenar? —preguntó él con naturalidad.

—*Spaghetti*...

A la noche siguiente hubo lomo de cerdo, y a la otra cenaron carne asada. Pero a la tercera noche, Frank despertó al oír la áspera respiración de ella.

—Laurie...

Estaba despierta y contestó:

—Sí...

—¿Por qué no me has despertado? —Se levantó de la cama y empezó a vestirse.

—¿Frank?

—¿Qué? Date prisa y vístete.

—Frank, quizá fuese mucho mejor si dejaras que esto acabara conmigo.

Paró de abrocharse la camisa y se volvió para quedar frente a ella. Sólo podía ver el vago perfil de su pequeña, pero femenina figura, realzada por las sábanas. Su cabellera extendida como hilos de seda destacaba sobre la almohada. Avanzó hacia ella y le tomó la cara.

—¿Qué quieres decir con eso?

Entonces ella empezó a llorar.

—¿Acaso no me amas? —preguntó él.

Laurie trató de contestar, pero sus palabras eran sólo suspiros.

—Ten calma y vístete de una vez —dijo él cariñosamente.

Frank salió. Ya en la cocina, tomó el revólver del cajón. Fuera, el cielo estaba claro y el viento, fuerte, azotaba la nieve. Cuando acercó el coche a la puerta, ella ya estaba esperando.

—¿Adónde iremos? —preguntó Laurie.

—Más lejos que la otra vez, pero ésta nos cubriremos bien.

La Navidad se acercaba. Pensaba en ella mientras conducía: en las fiestas y en las velas que se encenderían en altares y ventanas. Pensó también en Cristo, descendiendo de su

cruz, y en lo que hubiese podido escribir Ferlinghetti de haber estado casado con una persona alucinógena.

Ya hacía bastante rato que habían salido de la ciudad y luego ingresaron por un camino para avanzar unos cuantos kilómetros más. Salió de él, cruzando un arroyo seco que se introducía entre los árboles y llegaron a un claro en el centro del bosque. Se encontraban a unos cinco kilómetros de la carretera y ocultos a la vista por todos lados, excepto por la parte de arriba. Cuando salieron del coche, oyeron el motor de un helicóptero, que trepidaba en algún lugar del cielo, sobre sus cabezas.

De pronto, pareció hacerse de día: el helicóptero, con sus luces como los ojos de un insecto monstruoso, aterrizó en el claro.

—¡Frank!

La empujó hacia el coche y se puso al volante.

—«Por favor, no traten de escapar...» —Era la voz de «T».

Sólo tenían dos posibilidades: dar marcha atrás —que sería desastroso en un terreno tan desigual— o bien pasar por en medio de ellos. Jameson, «T» y otro androide que llevaba pintadas las letras JJK estaban cruzando el campo con la nieve a la altura de las rodillas y las armas dispuestas a disparar.

Frank bajó la ventanilla.

—¿Qué quieren? —les preguntó.

—Si usted fue de compras esa mañana, ¿cómo es que ningún tendero, en varios kilómetros a la redonda, tenía factura de su compra?

«T» se encontraba a veinte metros, justo frente al coche.

Apretó a fondo el acelerador, puso las barras descongeladoras al máximo y percibió el golpe en el momento en que «T» caía bajo las ruedas; cuando atropelló al segundo androide, pudo comprobar de un vistazo que el atropello le había arrancado un brazo. No podía escapar rápidamente, a través de la nieve, puesto que las barras descongeladoras no serían capaces de trabajar con la velocidad suficiente. Giró en redondo y aceleró hacia el sendero que las barras habían abierto a su llegada. Pasó velozmente junto a Jameson, quien tuvo que saltar para evitar al vehículo. Los dos androides yacían, averiados, en el suelo.

—¡Somos libres! —exclamó Frank.

En aquel momento el vibro-láser disparado por Jameson dibujó un limpio orificio en la ventanilla trasera y golpeó a Laurie en la sien. Cayó sobre Frank, mientras su oído comenzaba a sangrar.

Frank podía personificar poéticamente a la luna: *La luna se esparcía majestuosamente*; podía convertir a una chica en rosa: *Ella era una rosa, gentil y dulce*. Podía hacer metáforas, conseguir sonrisas, planear tantas aliteraciones para tantas líneas, pero no podía conseguir que el oído de Laurie dejase de sangrar. Podía, sí, elevarse en la mañana como un dragón que surgiera del mar, pero impedir que la sangre de Laurie siguiera fluyendo estaba más allá de sus poderes. Ella estaba estirada en el asiento de atrás, boca arriba, pálida y fantasmal, bajo los rayos de la luna que se filtraban a través de la ventanilla. Cauvell se apretó más el cinturón de seguridad y tomó el volante con furia. ¿Adónde? ¿Cuánto tiempo pasaría antes que todas las carreteras estuviesen bloqueadas? Se encontraban ya a más de veinte kilómetros del bosque, pero el mundo se había reducido muchísimo en pocos años y esa distancia no era nada. La solución consistía en encontrar un pueblo pequeño; con el revólver obligaría a cualquier doctor a cuidarla, y escondería el coche en su garaje. Salió de la carretera principal y se introdujo en otra, estrecha y zigzagueante, en la que las ruedas volvieron a morder la nieve.

La sangre seguía goteando de un oído de Laurie.

Caldwell, cuarenta y siete kilómetros...

Caldwell, solamente treinta y cuatro...

Estaban a dieciocho kilómetros de Caldwell, cuando el helicóptero volvió a aparecer sobre las copas de los árboles, que cubrían gran parte de la carretera. Inmediatamente el coche quedó bañado por una luz amarilla. Dobló a la derecha y luego a la izquierda, tratando de desprenderse del foco, pero aumentaron su ángulo y éste abarcaba ahora ambos lados de la carretera; las balas empezaron a marcarse en el asfalto, frente al coche. Una de ellas rebotó en el techo; unos cuantos disparos de vibro-láser hicieron hervir trozos de asfalto alrededor del vehículo fugitivo. Entonces, cesó la luz súbitamente y no se oyó el batir de los rotores del helicóptero.

Quitó el pie del acelerador, bajó el cristal y escuchó. No se volvía a oír el «blap-blap» de las palas del helicóptero batiendo el aire. Se había ido; sí, había desaparecido por completo. Sin embargo, no parecía como si simplemente se hubiese alejado. «Quizá se habrá estrellado», pensó Frank, si bien no había habido explosión ni ningún sonido que indicase un golpe contra el suelo. Subió el cristal y siguió avanzando. La policía ya lo tenía localizado cerca de Caldwell y ahora ya no podría parar en el pueblo. A unos setenta kilómetros más lejos, se encontraba Steepleton.

Miró hacia atrás y su estómago se encogió al ver el estado de Laurie, agonizante, y el rostro de un color amarillo oscuro. Apretó a fondo el acelerador.

Steepleton, cincuenta y siete kilómetros...

Steepleton, ahora solamente cuarenta y tres...

En los arrabales de esa ciudad había un bloqueo de carretera. Siete hombres, siete androides. Y ellos comprendían perfectamente de quién era el coche que se acercaba y tenían las armas dispuestas.

La muerte no es nadie, envuelta en vestiduras negras, baboseante. La muerte no puede verse...

¡No se puede!

Y sin embargo, su mundo era un cementerio. La luna se desliza en lo alto, sobre nubes como mortajas rasgadas que baten fieramente al son de los vientos de los árboles muertos. Llegó a la cumbre de la montaña, donde el aire frío y la nieve lo obligaron a bizquear.

—Buenas noches —le saludó el director de pompas fúnebres.

Dio las buenas noches...

—Polvo al polvo —dijo el embalsamador, sentado en una aguja de iglesia.

—Cenizas sobre cenizas —dijo el sepulturero.

Él pasó sin hacerles caso. Continuó adelante, hacia la cumbre, donde se encontraba el sepulturero mordiendo el cielo como si fuese un diente roto. En algún sitio sonaba un tambor, en otro una campanilla que pasaba...

Empujó la pesada puerta con el hombro; las oxidadas bisagras se estremecieron, las oyó rechinar y las ratas corrieron en el interior.

Pisó la entrada, iluminada por la luna, y avanzó hacia el sarcófago. La habían enterrado en un ataúd de piedra caliza, para facilitar la descomposición del cadáver.

Esto le llenó de rabia. Abrió el inmenso cerrojo y vio su cara pálida. Tiernamente, la sacó y la colocó sobre la tabla de mármol que se encontraba a su lado.

En algún sitio sonaron las campanadas, al revés; en algún sitio se cantaba, al revés.

Y él cantaría un responso que haría de panegírico...

«*Porque la luna nunca alumbra*
sin traerme ensueños
de la hermosa Annabel Lee.
Y las estrellas nunca aparecen

excepto en los ojos
de la bella Annabel Lee.
Y así por siempre descanso
al lado de mi amada,
de mi amada, mi vida y mi esposa,
en su sepulcro allí junto al mar.
En su tumba allí junto...»

Steepleton había quedado atrás y continuaba sin haber huellas de una persecución de la policía...

Apartó el coche de la carretera. ¿Acaso estaba perdiendo la razón? Había policías en la carretera, ¿no? ¿Dónde se hallaba en realidad, en la policía o en el cementerio? En la policía, sin duda alguna; él no era Edgar Allan Poe, que dormía con su amante muerta. Además, su mujer no estaba muerta. Se volvió a mirarla. Su cara estaba contraída, como si estuviera sufriendo. La llamó. Por unos segundos, le pareció que había contestado, pero ella no había movido los labios. Miró de nuevo hacia adelante. Quedaban dieciocho kilómetros hasta Kingsmir. ¿Qué sucedería allí? ¿Volvería de nuevo la pesadilla del cementerio? ¿Habría más cosas extrañas? De pronto, se acordó de la desaparición del helicóptero y se estremeció. Volvió a entrar en la carretera.

...Despertó y la besó en el cuello.

El negro pelo se deslizaba sobre sus desnudos hombros y senos y se rizaba en sus orejas rosadas...

Ella le devolvió el beso...

Yacía en un ataúd..., a veces templada y viva, otras fría y putrefacta.

...Se volvió a oír el sonido de un helicóptero... De pronto, desapareció en un mundo donde los hombres jamás habían aprendido a volar...

Entonces, volvió persiguiendo una cantera desaparecida cuando el mundo había sido diferente durante unos minutos...

Tumbas...

¡Clic!

Una cama caliente y cuerpos templados...

¡Clic!

¡Clic! ¡Clic!

Frank despertó a la realidad, unos dos kilómetros más cerca de Kingsmir. ¡De pronto, comprendió! Estacionó el coche en la cuneta y pasó por entre los asientos delanteros hasta donde ella estaba tumbada. Le pasó una mano por la cara; y luego la colocó bajo la barbilla y le tomó el pulso. ¡Laurie estaba cambiando la realidad! En el estado de coma en que se encontraba, sus poderes psíquicos se estaban disipando gradualmente, en lugar de estallar con violencia. ¡Estaba bajo control! Y no eran simples poderes de teleportación y lectura del pensamiento; eran poderes que podían variar las más esenciales bases de la vida. Un rato antes había creído que imaginaba escucharla; ahora sabía que le había contestado. ¡No tenía necesidad para ello de usar los labios!

—Laurie, ¿puedes oírme?

Hubo una respuesta lejana y tuvo que concentrarse para comprenderla.

—Laurie, tú escuchaste el helicóptero y sentiste la presencia de los guardias en el bosque y en la carretera, así es que cambiaste la realidad de las cosas durante un rato, hasta que el coche, moviéndose independientemente de ambos mundos, pasó de largo. ¿Es esto lo que hiciste, verdad?

Oyó un «sí» lejano.

—Escucha, Laurie; el cementerio es un sueño disparatado. Muy poético, pero disparatado. El otro. Ese en el que estamos en la cama, Laurie.

Le acarició la barbilla y le rogó que se concentrase. Oyó sirenas en la carretera y empezó a hablar más de prisa...

Le habló de un mundo en el que jamás habían existido mutantes alucinógenos. Sí, de un mundo en el que todos eran normales.

Despertó antes que ella lo hiciese y continuó tumbado, escuchando su áspera respiración; parecía el sonido del mar contra las rocas. Empeoraría antes de despertar.

La vista que se observaba desde la ventana era magnífica. Había estado nevando toda la noche y el campo quedó completamente cubierto; las nubes se entreabrían de vez en cuando permitiendo ver la luna, que iluminaba el blanco manto. Tras la vieja encina, se extendía la carretera que semejaba un tajo negro sobre la blanqueada tierra. Indudablemente los calefactores de la carretera se habían estropeado de nuevo, ya que algunas capas de hielo iban avanzando desde el margen. Anticuadas palas quitanieves, trataban de despejarla.

Por alguna razón, le parecía revivir esta escena. Era como si todo fuese un eco extendido.

Sueños cenicientos esparciéndose en copos
descienden flotando pacíficamente,
mientras monstruos relampagueantes, armados con espadas
golpean cruelmente el cerebro
y extienden sus uñas
sobre el hielo...

No estaba seguro de si el poema tenía sentido o no. Incluso, éste le sonaba vagamente familiar. Lo repitió suavemente.

—¡Frank! —dijo ella.

—Lo sé.

Abandonó la cama y se puso la bata que tanto le gustaba a él.

—Sacaré el coche del garaje —dijo Frank.

—¿Y la nieve?

—Parecen tenerla bajo su control —dijo, y parecía como si esto también se repitiese.

—Te quiero —exclamó Laurie, mientras él desaparecía de la sala.

Su voz y su cara siempre le producían escalofríos, en momentos como éste. Sin embargo, esta vez se prolongó y subiendo por la espina dorsal hasta llegarle a la cabeza, pareció esparcirse por cada uno de sus nervios.

¿De qué estaba asustado? ¿A qué se debía este sentimiento de familiaridad? Temía por Laurie más de lo corriente. Después de todo, estar encinta era una cosa normal. Deseaba con toda su alma que fuese una niña. Entonces, mientras iba en busca del coche, dejó de sentir los escalofríos. Se encontraba bien; el mundo era estupendo y había desaparecido ese sentido de familiaridad. De pronto, todo se había hecho diferente y las cosas parecían como nuevas...

[1] ESP: Extra Sensorial Powers. La sigla ESP (o su castellanización PES: Poderes Extra Sensoriales) designa de modo genérico a las facultades psíquicas extranormales, como la telepatía, telequinesis, premonición, etc. (Nota del Antologista.)

CASA PROPIA

ANN MACLEOD

Casa Propia *entra más en la línea de Kafka o Ionesco que en la SF propiamente dicha. El señor Bates —el anodino protagonista de este extraño relato, que va desapareciendo poco a poco ante la indiferencia de sus allegados— es un pariente lejano del Gregorio de la* Metamorfosis.

La insignificancia, la incapacidad de asombro y la incomunicación del individuo atrofiado por la rutina están reflejados en Settle*, con el distanciamiento característico del teatro del absurdo.*

* * *

El señor Bates y su esposa Milly (diminutivo de *millstone*,[1] se decía él a menudo) compraron una casa en el mes de agosto. Sudaba el matrimonio Bates, sudaban los entonces propietarios y hasta la propia casa se cuarteaba bajo los implacables rayos del sol. El único que permanecía frío era el agente de ventas, un tipo vigoroso y apuesto, «un cantante antes de retirarse a la tranquila vida campestre», según dijo modestamente.

Después de llevarlos a visitar la casa, a propósito de la cual todos estuvieron de acuerdo en que no le vendría mal una pequeña restauración, el agente de ventas condujo al señor Bates y a su esposa Milly hasta un arroyo que discurría por detrás del inmueble, bordeado en su otra orilla por una tenue nube de mosquitos y en su lado inmediato por un rodal cubierto de desperdicios donde se veía un triciclo volcado.

—Es una buena ocasión —les dijo—. Realmente, no deben dejarla escapar.

Compraron la casa y se mudaron a ella el 9 de septiembre. Una semana más tarde, al volver de la ciudad procedente de su trabajo, a eso de las siete, el señor Bates se quedó mirándola desde el camino y sintió pánico al pensar que era suya. Daba la impresión que iba a caérsele encima. Las ventanas, pintadas de un intenso color rojo, parecían a punto de fundirse y la puerta se le antojaba un ser vivo con manos de alambre.

Permaneció allí parado hasta que vino su esposa de detrás de la casa.

—Henry, no oí el coche. Acabo de estar junto al arroyo y pienso que realmente podríamos... Henry, ¿tienes otra vez el hígado revuelto? Ven, te prepararé un buen vaso de leche.

En la cocina, invadida por un fuerte olor a pintura que salía de algunos tarros medio llenos, el señor Bates se bebió la leche tibia, ya que el frigorífico todavía no había llegado. Mientras tragaba el líquido, con cierta aversión, notó un extraño hormigueo en el dedo meñique del pie izquierdo. Lo golpeó contra la pata de la mesa.

—Se me ha dormido el dedo meñique del pie.

Su mujer estaba abriendo una lata de conservas.

—Ha avisado el hombre de la cocina. Si terminamos esta noche con la pintura, dice que podrán traerla.

El señor Bates se quitó el zapato y cruzó su enjuta pierna sobre la rodilla.

—Me duele un poco. Tal vez me haya...

—Y he pensado que si pudiéramos quitar...

—¡Milly!

—¿Qué pasa? ¿Está agria la leche?

Se quitó el calcetín.

—¡Me falta el dedo!

Los dos se quedaron mirando aquel pie blanco; el segundo dedo era más largo que el primero y el meñique había sido remplazado por una ampolla arrugada. La casa crujía y se doblaba en torno a ellos dos, pese a que no soplaba el viento. Un perro ladró en el patio del vecino.

El señor Bates no podía dormir aquella noche, palpándose el lugar donde le faltaba el dedo, con la leve esperanza de volver a encontrarlo allí. Pasada la sorpresa inicial, Milly no le prestó demasiada importancia.

—Andas siempre tan atolondrado... Te lo tengo dicho... —dijo ella y siguió roncando junto a él con la boca medio abierta.

—No me acuerdo de nada.

—Probablemente bebiste demasiado. ¿Te acuerdas de lo que pasó el viernes, después de firmar los documentos? No volviste a casa hasta muy tarde. Debió suceder entonces y ni siquiera te diste cuenta. Apuesto a que te dieron a beber algo que te borró los sentidos... Si pudiéramos terminar esta noche de pintar la cocina...

Al día siguiente, la señora Bates despertó a su marido temprano para que se encargara de adecentar la casa. El señor Bates se puso manos a la obra con ojos mortecinos, echándose por encima la manta de su coche y bebiendo abundante café de la cafetera eléctrica para ahuyentar el frío. Más tarde, encorvado y parpadeando para no dormirse, tomó el coche y se dirigió al trabajo con las manos fuertemente aferradas al volante. Sentía el hormigueo por todo el pie, y su contacto sobre el pedal del acelerador le resultaba torpe. Parecía como si tuviera el zapato doblado por la mitad.

Ya en el trabajo, cruzó el salón de café, fue hasta los lavabos de hombres y se metió en un reservado, donde pudo descalzarse. Le había desaparecido el pie. De su tobillo colgaba un muñón, que se asemejaba al llamador de una puerta hecho de carne lisa. El señor Bates sintió miedo. Dejó aviso a su secretaria que estaría fuera aquel día por razones médicas y se fue cojeando por la avenida, cinco manzanas más abajo, hasta la consulta del médico.

Después de reconocerle, el doctor le recomendó visitar a un colega suyo, el doctor Forbes, y el señor Bates le dio las gracias, tomó el Metro y se dirigió a la parte alta de la ciudad, notando el pie increíblemente torpe.

—¿En qué piso está el doctor Forbes? —preguntó con ansiedad a un portero de uniforme.

—¿El reductor de cabezas? En el treinta y dos.

El señor Bates salió renqueando de aquel edificio y se metió en un bar cercano. Pidió un martini doble, cosa que no había bebido nunca y que sólo conocía a través de las películas.

El camarero le trajo además un plato con queso y cebollas. El señor Bates, al principio, no hizo caso del plato, pero después de tomarse unos cuantos sorbos de martini, comenzó a engullir precipitadamente su contenido.

—¿Sabe usted que acabo de perder medio pie? —le dijo al camarero con voz insegura.

El señor Bates se emborrachaba de vez en cuando, pero siempre lo hacía con un grupo de amigos y nunca por la mañana.

—No me diga.

—Llegué al trabajo y ya no lo tenía. Mire —trató de elevar el pie sobre el mostrador, pero resultaba imposible. Se apoyó en la pata trasera del taburete para mantener el equilibrio—. No es fácil...

—Basta con eso, amigo. Le creo. ¿Y si nos fuéramos ya a casa?

—Sí, a casa —el señor Bates se acordó del apartamento—. Sepa que ahora tenemos casa propia.

Abandonó el mostrador y salió trabajosamente del bar, tropezando con las sillas y mirando fijamente a su pie medio comido.

Regresó temprano, a eso de las dos, y por el camino se salió de la línea blanca y arrolló un arbusto. Milly estaba durmiendo arriba. Vagó por toda la casa, al tiempo que pateaba sobre el suelo feo y viscoso y contemplaba las costrosas ventanas. La casa estaba en silencio. Una avispa zumbó en un agujero de la pared, salió a través de una grieta, y revoloteó alrededor de su nueva madriguera. El señor Bates la observó durante un rato, moviendo en círculo sus pequeños ojos oblicuos, y luego se fue cansado hacia la ventana y comenzó a quitar los clavos del madero lateral. Transcurrida una hora había terminado de colocar la ventana y ésta ajustaba perfectamente. La avispa había desaparecido. Cruzó el vestíbulo con la intención de despertar a su esposa, y de repente, le cedió el zapato bajo su peso y cayó al suelo como un fardo. Al incorporarse, vio separados de su cuerpo, sobre el pavimento, el zapato y el calcetín, como si fueran los ropajes de una muñeca vacía, y al tratar de levantarse notó que no existía más que una protuberancia al extremo de su tobillo.

Apareció su mujer, pesada y con ojos soñolientos.

—¿De qué te ríes?

—No es nada. Me ha desaparecido el pie.

Permaneció ante la puerta, bostezando y mirando fijamente el muñón de su marido.

—No es nada —repitió él, todavía riendo, y al cabo de un instante, la señora Bates bajó junto a él.

—Henry, debemos llamar al médico.

—Ya he ido al médico.

—¿Te gustaría tomar un poco de sopa caliente? Han traído la cocina y el frigorífico. Si pudieras conectarlos... Henry, ¿qué ha sucedido? —abrazó a su esposo e inmediatamente se apartó de él—. ¡Has bebido!

—Sólo como medicina —y se metió detrás de la cocina. De allí salía un tubo en forma de acordeón, que se le ocurrió enroscarse en torno a su pierna. Un cable le cosquilleaba en la nariz. Se volvió, en cuclillas, hacia la pared y ésta se mostraba blanca y sonriente—. Creo que tendré que hacer algunas conexiones.

—Henry, ¿qué ha sucedido?

Miró a su mujer por encima de la parte trasera de la cocina.

—Una infección. Tuvieron que amputar.

—Entonces, deberías estar en la cama —repuso ella, mirando a su alrededor—. ¿Por qué tuvo que suceder ahora, cuando hay tanto por hacer, antes que traigan las alfombras?

—No me produce ningún dolor —dijo él, mirando el tubo de gas con forma de acordeón—. Basta con que me encuentres algo que sirva de muleta.

Tuvieron bistec para cenar, pero quemado.

—Es que no estoy acostumbrada a la nueva cocina —dijo Milly—. Pero por dentro, no está mal y las patatas han quedado muy bien, ¿verdad?

Henry asintió con la cabeza.

—He preguntado en la vecindad por un muchacho para cortar el césped, pero me piden un dineral. Si pudiéramos comprar uno de esos cortadores mecánicos, creo que valdría la pena. —Milly se tragó un bocado de cereales—. ¿Qué clase de infección tuviste?

—Nada importante —Henry mezcló un pedazo de lechuga con la patata e hizo girar su silla de forma que pudiera ver la pared de la casa. Parecía como si se estuviera desmoronando. De pronto, miró al techo, que se hundía—. Necesito un poco de aire.

Salió al exterior y se fue a sentar sobre la hierba. Tras él, la casa reventaba por todas partes y estaba seguro que si volvía a ella, acabaría desmoronándose y arrancándole la carne de las costillas.

A la mañana siguiente, le costó mucho trabajo levantarse de la cama. En primer lugar porque le faltaba toda la pierna, y en segundo lugar porque estaba histérico. Milly le calmó con una toalla fría, cuando ella hubo terminado con sus propias angustias mañaneras.

—Oye, he preparado un poco de tocino de la manera que a ti te gusta.

El señor Bates permaneció en cama, dejando caer trozos de tocino en su boca desde gran altura y manchando la almohada de salpicaduras de grasa.

—He llamado a tu oficina y he dicho que estabas enfermo. ¿Cómo te sientes, querido? No comas de esa forma; es repugnante.

—Me encuentro bien —dijo el señor Bates, con un marcado tono de risa.

—Puesto que tienes el día libre, querido, ¿crees que podrías plantar hierba junto al arroyo? No tendrías que hacer más que sentarte allí e ir arrastrándote sobre tus posaderas, al tiempo que rascas en el suelo con el rastrillo del jardín para echar después la simiente.

Era por entonces el mes de octubre y lloviznaba, pero Milly preparó un paraguas de color rojo pálido, que Bates mantuvo sobre su cabeza, mientras reptaba sobre el barro sembrando briznas de hierba.

—Va a ser un lugar delicioso —dijo Milly, mientras cenaban—. Pero resulta muy lamentable lo que te ha sucedido en la pierna. Henry, no ocultes así la mano dentro de la manga. No es nada divertido ni me hace gracia.

Henry se fue adaptando a la casa, por la que sentía un extraño afecto aquella noche.

—Debes saber que me gusta este sitio, a pesar que se ha comido mi mano y mi pierna.

—Será preciosa, querido, cuando la hayamos restaurado un poco. Es nuestra primera casa propia —ella se adelantó para estrecharle lo que quedaba de su mano—. Sin embargo, me gustaría derribar este tabique y hacer una cocina realmente espaciosa. Adoro esas cocinas antiguas con la chimenea a un extremo y sus paredes llenas de relucientes cacharros. ¿Crees que podrías hacerlo, Henry?

—Bueno —repuso Henry, examinando el muñón de su brazo izquierdo—, eso supondría mucho trabajo.

Se imaginó a sí mismo con un garfio enganchado a su muñeca y pensó filosóficamente que lo estaba empleando en derribar la pared y en colocar retorcidos listones de madera y linóleo.

Permaneció una semana sin acudir al trabajo, y cuando volvió a la oficina se había convertido en un tronco viviente; lo ayudaban en sus movimientos dos muchachos que Milly había contratado temporalmente en un establecimiento local destinado a tal efecto. Le resultaba difícil permanecer sentado sobre el sillón giratorio, detrás de su mesa escritorio metálica de color gris, pero los dos muchachos lo sujetaron a su asiento con abundantes correas, para evitar que se deslizara fuera de él, e incluso atendían al teléfono cuando sonaba y proporcionaban a su amo tazas de café.

El señor Bates se esforzaba por cumplir con su trabajo lo mejor posible, pese a sus dificultades, ya que tenía que pagar la casa y los treinta dólares que le exigían sus dos jóvenes ayudantes.

Por la noche se ocupaba en alisar y pulir los suelos, sujetando con los dientes la pulidora eléctrica y parpadeando muy de prisa, al compás de las vibraciones. Sus sentimientos respecto a la casa se habían inhibido por completo; pensaba poco y comía con apetito, metiendo la cabeza en el mismo plato. Esto le molestaba mucho a Milly.

—¿Cómo quieres que tengamos invitados con tus modales? Con lo que a mí me gustaría dar una fiesta para inaugurar la casa.

Henry levantó la cabeza del plato con la barbilla cubierta de salsa y grasa.

—En tal caso podría yo comer primero, aparte.

—Pero tu aspecto es horrible.

—No es éste mi mejor momento —contestó él, riendo—. Mejores días he conocido.

—Has cambiado, Henry. Eso me disgusta mucho.

Ella retiró el plato de debajo del rostro de su esposo, a cuya nariz quedaron pegados algunos guisantes. El señor Bates apoyó la cabeza sobre la mesa de plástico y se quedó mirando a la pared. Una larga grieta se dibujaba en ella y el agua comenzaba a filtrarse a través de la pintura.

—Henry, mira eso. Debes repararlo inmediatamente.

Trabajaba lo mejor que podía. Sus dientes habían adquirido inusitada destreza, hasta el punto que podía manejar con ellos algunas herramientas. Para alisar el yeso se valía incluso de la mejilla. Terminó a las cuatro de la madrugada y se quedó tendido en el suelo de la cocina. Milly lo encontró allí al día siguiente y sufrió un sobresalto.

—¡Henry, si no tienes más que cabeza! ¿Cómo me las voy a arreglar ahora? Contesta.

Él abrió la boca para responder, pero le faltó la voz.

—No creas que puedes eludir tus obligaciones de esta forma. ¡Henry, respóndeme!

Al ver que no respondía, ella recogió la cabeza y la llevó a la alcoba.

—Si tus ojos fueran azules en vez de pardos... ¿Tienes hambre?

Él dijo que no con un movimiento de la boca.

—Henry, he pensado dar la fiesta dentro de una semana. Para ese día, debes haber terminado con la casa. Yo te ayudaré en lo que pueda. Henry, ¿me estás escuchando?

Respondió afirmativamente con un ademán.

A la semana siguiente trabajó mucho, tanto en la oficina como en la casa. Los dos muchachos le llevaban a la ciudad dentro de una bolsa azul de viaje, y se sentaba apuntalado con una pila de libros. Por la noche empapelaba las paredes y se encaramaba a la escalera de mano, valiéndose de los dientes; luego descendía rodando con los ojos cerrados. Trabajó con frenesí y terminó a su debido tiempo.

A mediados del invierno se jubiló, al amparo de las leyes de incapacidad física y pasó los pocos meses siguientes dando retoques adicionales a la casa. Al llegar la primavera no era más que un conjunto de dientes y una masa de cerebro, y Milly le ponía diariamente a cortar el césped. Su faena consistía en ir mordiendo la hierba hasta llenarse la boca y escupirla hacia un lado, como un perfecto aventador. Luego se arrastraba una pulgada más adelante y repetía la operación. En los días soleados encontraba su trabajo muy agradable.

Pero sucedió que una mañana, una gran sombra, la de su hijo, se cernió sobre él, y acto seguido, quedó aplastado por la infantil rodilla. Milly le lloró durante tres días y luego lo arrojó a la basura.

Hizo un poco de ruido, pero nada más.

[1] *millstone*: Juego de palabras, pues *millstone*, en inglés, significa *piedra de molino*. (N. Del T.)

EL CONFLICTO

ILYA VARSHAVSKY

Ilya Varshavsky, escritor satírico y humorista soviético, ha publicado más de sesenta relatos de SF, y es relativamente conocido por los aficionados hispanoparlantes a través de su libro El Café Molecular*, colección de relatos publicada en Moscú en lengua castellana.*

Su breve relato El Conflicto *plantea una vez más el problema —ya clásico en la SF mundial— del enfrentamiento hombre-máquina, esta vez en el plano mismo de la intimidad familiar*.

* * *

—¡Vaya!... Parece que hemos estado llorando, ¿qué ha pasado?

Martha apartó la mano que su esposo acababa de colocar bajo su barbilla y, todavía con la cabeza baja, contestó:

—Nada..., no ha ocurrido nada, simplemente me sentía un poco deprimida.

—¿Tiene eso algo que ver con Eric?

—¡Oh, no! Es un niño ideal. Producto muy valioso de una educación mecánica. Con una niñera como la que tiene, Eric jamás presentará a sus padres ningún problema.

—¿Está dormido?

—Ya se le relató el habitual cuento antes de acostarse.. Hace unos diez minutos entró en su habitación. Estaba sentado en el lecho, rojo de excitación, mirando con gesto de adoración a su muy amada Cybella. Al principio ni siquiera se dio cuenta que yo estaba allí. Pero cuando me acerqué para darle un beso, me apartó con sus dos manitos, como si tratara de decirme que esperase hasta que el cuento acabara. Por supuesto, una madre no es una máquina electrónica; puede esperar.

—¿Qué hizo Cybella?

—Bien, Cybella se portó como siempre, encantadora, inteligente, con la cabeza bien firme. Dijo: «Eric, da a tu madre, con la que estás unido por lazos de sangre, el beso de la noche. ¿No recuerdas lo que te conté acerca de la división de cromosomas?»

—¿Por qué odias tanto a Cybella?

Los ojos de Martha se llenaron de lágrimas.

—¡Ya no puedo soportarlo más, Luff! —exclamó—. ¡Por favor, compréndelo! ¡A cada paso que doy, siento siempre sobre mí la superioridad de esa máquina racional! Apenas transcurre un día sin que ella haga alguna cosa que resalte mi inferioridad. ¡Por favor, haz algo! ¿Por qué tienen que ser tan inteligentes esas horribles máquinas? ¿Acaso no pueden realizar todas sus tareas sin esa inteligencia? ¿Quién necesita eso?

—Es algo que nosotros no podemos cambiar. Las leyes de la autoorganización son las responsables. No podemos hacer nada en lo que se refiere a sus tendencias individuales y, ni siquiera, por muy lamentable que sea, en lo que concierne a su genio. ¿Quieres que solicite otro robot?

—Desgraciadamente no se puede ni soñar con eso, porque Eric simplemente la ama. Si pudiésemos hacer algo para que esa máquina fuese más estúpida, creo que entonces las cosas serían más fáciles para mí.

—¡Pero eso sería un crimen! ¡Ya sabes que la ley ha convertido a los robots pensantes en iguales al hombre!

—Entonces, háblale tú. Hoy me ha dicho una cosa tan terrible que ni siquiera supe cómo responder. Me sentí como perdida. No, ¡ya no puedo soportar por más tiempo esta humillación!

—¡Silencio! Ahí viene... Procura reponerte.

—¡Hola, patrón!

—¿Qué es eso, Cybella? Seguramente sabrás que una máquina A-1 no emplea ese vocablo.

—Bien, ¿sabe usted? Creí que a Martha le gustaría. Ella siempre está haciendo hincapié sobre la diferencia que existe entre el Señor de la creación y una máquina fabricada por el hombre.

Martha se llevó un pañuelo a los ojos y salió corriendo de la habitación.

—¿Eso es todo? —preguntó Cybella.

—Sí, puedes irte.

Unos diez minutos más tarde, Luff entró en la cocina.

—¿Qué haces ahora, Cybella?

Con movimientos mesurados, Cybella extrajo un carrete de microfilme desde un receptáculo que se abría en su sien.

—Estaba estudiando pintura flamenca. Mañana es mi día libre y me gustaría ver a mi descendiente. Sus profesores dicen que tiene talento para pintar. Pero me temo que en el pensionado donde estudia arte no le enseñarán lo suficiente. Quiero compensar eso en mis días libres.

—¿Qué sucedió hoy entre Martha y tú?

—Nada especial. Estaba yo limpiando la mesa por la mañana cuando, por pura casualidad, vi una de las páginas de su tesis y me di cuenta que habían dos errores en la fórmula del ácido nucleico. Hubiese sido estúpido por mi parte no decírselo a Martha. Simplemente, quise ayudarla.

—Y después, ¿qué sucedió?

—Comenzó a llorar y dijo que ella era un ser humano y no un robot, y que tener al lado a una máquina sermoneándola todo el tiempo era una cosa tan desagradable como besar a una nevera.

—Y tú, por supuesto, contestarías algo, ¿no?

—Sí, dije que si ella pudiese satisfacer sus instintos de procreación mediante la ayuda de una nevera, quizá no resultara tan desagradable besar a tal aparato.

—Comprendo. Pero no fue muy amable por tu parte mencionar eso de los instintos.

—No quise herir sus sentimientos. Sencillamente, traté de hacerle ver que todo es relativo.

—Por favor, ten un poco más de tacto con Martha. Se siente muy ofendida.

—Sí, patrón.

Luff frunció el ceño al oír la palabra «patrón». Abandonó la estancia y se dirigió al dormitorio.

Martha estaba dormida, con el rostro oculto en la almohada. De vez en cuando suspiraba profundamente.

No deseando despertarla, Luff se aproximó de puntillas hasta un diván cercano y allí se tendió.

Se sentía profundamente disgustado.

Mientras tanto, en la cocina, Cybella estaba pensando, y no por vez primera, que aquel permanente contacto con los seres humanos estaba haciéndose cada vez más insoportable.

Que nadie podía esperar que las máquinas, ya mucho más inteligentes que el hombre, estuviesen siempre expresándose en términos de eterna gratitud hacia sus creadores.

Por supuesto, Cybella también pensaba que, de no ser por el afecto maternal que sentía hacia el pequeño descendiente, que sólo la tenía a ella en el mundo, gustosamente se habría arrojado por la ventana de aquel vigésimo piso.

USTED LO RECORDARÁ PERFECTAMENTE

PHILIP K. DICK

P. K. Dick es una de las personalidades más curiosas de la SF norteamericana. El alambicado barroquismo de muchas de sus narraciones contrasta con su condición de budista Zen, y sus brillantes ideas se le escapan a menudo de las manos para perderse en la maraña de sus laberínticas tramas.

Dick es un inspirado constructor de pesadillas, emparentado en cierto modo con los escritores pánicos. Su especialidad es rizar el rizo..., y dejarse cabos sueltos, que suelen irritar al lector riguroso.

Usted Lo Recordará Perfectamente*, sin embargo, no adolece de la incoherencia característica de otras narraciones de Dick, sin que por ello resulte menos original y sorprendente.*

Philip K. Dick obtuvo en 1963 el premio Hugo (especie de Oscar de la SF) por su novela The Man in the Hight Castle*, interesante ucronía en la que se describe el mundo tal como el autor supone que sería si los nazis hubieran ganado la Segunda Guerra Mundial.*

* * *

Despertó..., y deseó Marte.

Pensó en los valles. ¿Qué se sentiría al caminar por ellos? Creciendo incesantemente, el sueño fue en aumento a medida que recuperaba sus sentidos: el sueño y el ansia. Casi llegaba a sentir la abrumadora presencia del otro mundo, que solamente habían visto los agentes del Gobierno y los altos funcionarios. ¿Y un empleado como él? No, no era probable.

—¿Te levantas o no? —preguntó su esposa Kirsten, con tono soñoliento y con su nota habitual de malhumor—. Si estás ya levantado, oprime el botón del café caliente en el maldito horno.

—Está bien —respondió Douglas Quail.

Descalzo, se dirigió desde el dormitorio a la cocina. Allí, tras haber hecho presión, obedientemente, sobre el botón del café caliente, tomó asiento ante la mesa, extrajo un recipiente pequeño, de color amarillo, de buen Dean Swift. Inhaló profundamente y la mezcla Beau Nash le produjo picor en la nariz y al mismo tiempo le quemó el paladar. Pero continuó inhalando; el producto le despertó y permitió que sus sueños, sus nocturnos deseos, sus ansias esporádicas se condensaran en algo parecido a la racionalidad.

«Iré —se dijo a sí mismo—. Antes de morir, veré Marte.»

Por supuesto, era imposible, y aun soñando, esto lo sabía muy bien. Pero la luz del día, el ruido habitual que hacía su esposa al cepillarse el cabello ante el espejo del tocador..., todas las cosas conspiraron repentinamente para recordarle lo que él era.

«Un miserable empleado asalariado», se dijo con amargura. Kirsten le recordaba tal circunstancia por lo menos una vez al día, y él no la culpaba por ello; era una labor de esposa lograr que el marido asentara los pies firmemente sobre la tierra. En la Tierra, pensó, y se echó a reír. La frase le hacía gracia.

—¿En qué estás pensando? —preguntó la esposa, cuando entró en la cocina arrastrando por el suelo un extremo de su larga bata color rosa—. Apuesto a que estás soñando de nuevo. Estarás en las nubes, como siempre. Tienes la cabeza llena de pájaros.

—Sí —respondió él, mirando por la ventana de la cocina hacia los taxis aéreos y demás artilugios volantes, así como a la gente que se apresuraba para acudir a su trabajo. Al cabo de un rato, también él estaría entre todas aquellas personas. Como siempre.

—Apuesto a que tus sueños tienen algo que ver con alguna mujer —dijo Kirsten, sonrojándose.

—No —contestó—. Con un dios. Con el Dios de la Guerra. Tiene maravillosos cráteres y en sus profundidades crece toda clase de vida vegetal.

—Escucha —dijo Kirsten, agachándose a su lado y hablando calurosamente, a la vez que abandonaba por unos instantes el tono normal y áspero de su voz—. El fondo del océano..., *nuestro* océano, es infinitamente más bello. Lo sabes bien; todo el mundo lo sabe. Alquila para los dos un equipo de branquias artificiales, pide una semana de permiso en el trabajo y podremos sumergirnos y vivir en uno de esos maravillosos lugares de recreo acuáticos que están abiertos todo el año. Y además...

La mujer se detuvo y añadió tras una breve pausa:

—No me escuchas. Deberías hacerlo. Eso es mucho mejor que tu obsesión por Marte. ¡Ni siquiera me escuchas! ¡Cielo santo! ¡Estás condenado, Doug! ¿Qué va a ser de ti?

—Me voy a trabajar —dijo él, poniéndose en pie y olvidándose del desayuno—. Eso es lo que va a ser de mí.

La esposa lo miró con expresión dubitativa y dijo:

—Cada día estás peor, más y más fantástico. ¿Adónde te va a llevar todo esto?

—A Marte —contestó, abriendo la puerta del armario para tomar una camisa limpia.

Tras haber descendido del taxi, Douglas Quail caminó lentamente a través de tres abarrotadas calzadas especiales para peatones, dirigiéndose hacia aquel umbral moderno y atractivo. Allí se detuvo contemplando el tráfico de media mañana y con suma calma leyó el rótulo de neón. Ya en el pasado lo había leído muchas veces, pero nunca desde tan cerca. Esto era diferente. Lo que hacía ahora era algo más. Algo que más pronto o más tarde tenía que suceder.

REKAL, INCORPORATED

¿Era ésta la respuesta? Después de todo, sólo era una ilusión, quizá muy convincente, pero no dejaba por ello de serlo. Al menos objetivamente. Pero subjetivamente..., todo lo contrario.

Y, de todas maneras, en los siguientes cinco minutos tenía una cita.

Respirando profundamente cierta cantidad del aire medio envenenado de Chicago, atravesó a continuación el policromo umbral y se acercó hasta el mostrador de la recepcionista.

La rubia y bella muchacha del mostrador, de atractivos senos desnudos e impecablemente ataviada, le saludó con suma simpatía:

—Buenos días, señor Quail.

—Sí —replicó él—. Estoy aquí para tratar acerca de un tratamiento Rekal, como usted sabe.

—Por supuesto —dijo la recepcionista, tomando un pequeño auricular que había a su lado.

Luego anunció:

—El señor Douglas está aquí, señor McClane. ¿Puede entrar ahora, o es demasiado pronto?

Surgieron del auricular unos extraños sonidos.

—Sí, señor Quail —dijo la joven—. Puede usted entrar; el señor McClane le está esperando.

Al avanzar el señor Quail con ciertas dudas, la muchacha le advirtió:

—Habitación D, señor Quail. A su derecha.

Durante unos instantes creyó haberse perdido, pero pronto encontró la habitación indicada. Se abrió la puerta automáticamente. Tras una enorme mesa de despacho, se hallaba un hombre de mediana edad, de aspecto afable y ataviado con un traje gris marciano de piel de rana; solamente aquel atavío hubiese sido suficiente para indicar a Quail que acababa de acudir a visitar a la persona más adecuada.

—Siéntese, Douglas —dijo McClane, señalando con una mano regordeta hacia una silla que había frente a su mesa de despacho—. ¿De manera que desearía ir a Marte? Muy bien.

Quail tomó asiento, sintiéndose muy nervioso.

—No estoy muy seguro que esto valga la pena —dijo—. Cuesta mucho y realmente tengo la impresión que no conseguiré nada.

«Cuesta tanto como ir allá», pensó.

—Usted tendrá la prueba tangible de su viaje —aseguró enfáticamente el señor McClane—. Todas las pruebas que necesite. Vea usted esto.

El hombre revolvió en un cajón de su impresionante mesa, y del interior de un gran sobre color marrón, extrajo una pequeña cartulina impresa en relieve.

—Se trata de un billete de viaje. Demuestra que usted ha hecho el viaje de ida y vuelta. Postales...

Sobre la mesa extendió cuatro fotografías tridimensionales a todo color, para que Quail las viese. Luego añadió:

—Película. Fotografías que usted tomó de algunos lugares típicos de Marte con una cámara de cine alquilada...

Mostró las fotos a Quail y continuó:

—...Más los nombres de las personas que ha conocido usted, objetos de recuerdo que llegarán de Marte en el mes próximo, y pasaporte, certificados de las vacunas que se le hayan puesto, y algunos detalles más.

El hombre guardó silencio y miró agudamente a Quail. Luego, añadió:

—Sabrá usted que ha viajado, que ha ido allá. No nos recordará a nosotros, ni a mí, ni siquiera el haber estado aquí. Será en su mente un verdadero viaje, le garantizamos eso. Dos semanas completas de recuerdos hasta su más mínimo detalle. Y no olvide esto: si alguna vez duda usted de realmente haber hecho el viaje a Marte, puede volver aquí y se le devolverá la cantidad cobrada, íntegramente. ¿Se da cuenta?

—Pero no habré ido —dijo Quail—. No habré ido, por muchas pruebas que ustedes me den de tal cosa.

Quail lanzó un profundo suspiro y añadió tras una breve pausa:

—Y jamás habré sido un agente secreto de la Interplan.

Le parecía imposible que el fabuloso recuerdo que inyectaba Rekal pudiese desarrollar aquella labor..., a pesar de lo que había oído decir a la gente.

—Señor Quail —dijo pacientemente McClane—. Como usted mismo nos explicó en su carta, no tiene oportunidad, ni la más ligera posibilidad de ir alguna vez a Marte; no puede usted permitírselo, y lo que es mucho más importante, nunca podrá usted llegar a ser un agente secreto para Interplan ni para nadie. No puede serlo ni lo será jamás. Esta es la única forma de alcanzar..., bien, el sueño de su vida, ¿no tengo razón, señor?

McClane cloqueó con la garganta y añadió:

—Pero puede *haberlo sido* y *haberlo hecho*. Nos preocuparemos a fin que así sea. Y nuestros honorarios son muy razonables.

Tras pronunciar sus últimas palabras, McClane sonrió animadamente.

—¿Es tan convincente ese recuerdo inyectable? —preguntó Quail.

—Mucho más que la realidad, señor. Si de verdad hubiese usted ido a Marte como agente de la Interplan, ahora habría olvidado muchas cosas; nuestro análisis sobre los sistemas de la verdadera memoria (auténticos recuerdos de principales acontecimientos de la vida de una persona) demuestran que siempre se pierden muchos detalles, detalles que se olvidan y que jamás vuelven a recordarse. Parte de lo que le ofrecemos es que todo cuanto *plantemos* en su memoria jamás lo olvidará. La serie de imágenes e ideas que se le inyectarán cuando esté usted en estado de inconsciencia es la creación de grandes expertos, hombres que han pasado años en Marte. En cada caso verificamos los detalles en forma realmente exhaustiva. Aparte que ha elegido usted un sistema muy fácil para nosotros; si hubiese usted deseado ser Emperador de la Alianza de Planetas Interiores o hubiera elegido Plutón para su viaje, hubiésemos tenido muchas más dificultades..., y, por supuesto, los honorarios habrían sido también muy superiores.

Llevándose una mano al bolsillo interior de su chaqueta para extraer la cartera, Quail dijo:

—Está bien. Ha sido la ambición de toda mi vida, y sé que realmente nunca la conseguiré. De manera que imagino que tendré que aceptar esto.

—No piense de esa forma —dijo McClane, severamente—. No está usted aceptando lo que podríamos llamar un segundo plato. El recuerdo real con todas sus vaguedades, omisiones, por no citar también sus distorsiones, sí que es en realidad un segundo plato.

McClane aceptó el dinero y oprimió un botón que había sobre su mesa. Luego, cuando se abrió la puerta para dar paso a dos hombres fornidos, añadió:

—Está bien, señor Quail. Irá usted a Marte como agente secreto.

McClane se levantó, estrechó la mano de Quail, húmeda a causa de los nervios, y concluyó:

—O mejor dicho, ya está usted en camino. Esta tarde a las cuatro y media regresará a la Tierra; un taxi le llevará hasta su vivienda, y como ya le he dicho, nunca recordará haberme visto o haber venido aquí; en realidad, ni siquiera sabrá algo de nuestra existencia.

Con la boca reseca por el nerviosismo, Quail siguió a los dos técnicos; lo que sucediese a continuación dependería de ellos.

«¿Llegaré a creer que realmente estuve en Marte? —se preguntó—. ¿Llegaré a estar seguro de haber logrado al fin la ambición de toda mi vida?»

Quail intuía que algo, sin saber por qué, saldría mal. Pero ignoraba de qué podía tratarse.

Tendría que esperar para saberlo.

El aparato de comunicación interior de McClane, que le conectaba con el área de trabajo de la firma, sonó, y dijo una voz:

—El señor Quail está en este momento bajo los efectos sedantes, señor. ¿Quiere usted supervisar esta operación, o seguimos adelante?

—Es de rutina —observó McClane—. Puede usted continuar, Lowe; no creo que tenga usted ninguna dificultad.

La programación del recuerdo artificial de un viaje a otro planeta —con o sin la adición de ser agente secreto— se realizaba en la firma con monótona regularidad. En un solo mes, McClane calculaba que probablemente se llevarían a cabo unas veinte veces; los viajes interplanetarios artificiales se habían convertido en pan diario.

—Lo que usted diga, señor McClane —respondió la voz de Lowe.

El aparato de comunicación interior guardó silencio.

Acercándose hasta la sección abovedada de la cámara situada detrás de su despacho, McClane buscó un paquete Tres y otro Sesenta y dos: *Viaje a Marte; espía secreto-interplanetario*. Luego regresó con ambos paquetes a su mesa de despacho, tomó asiento cómodamente, y extrajo todo el contenido..., objetos y documentos que se depositarían en la vivienda de Quail mientras los técnicos del laboratorio se ocupaban en fabricar el falso recuerdo.

Un localizador de ideas, y McClane pensó que aunque aquél era el objeto de mayor tamaño, también era el que les producía mayores beneficios económicos. Un transmisor tan diminuto que el agente podría tragárselo si le capturaban. Libro de claves que se parecía asombrosamente a uno auténtico..., los modelos de la firma eran extraordinariamente seguros: basados, siempre que era posible, sobre las verdaderas claves de los Estados Unidos. Diversos objetos que no parecían tener aplicación alguna, pero que formarían, al unirse en la memoria de Quail, base sólida sobre su imaginario viaje: media moneda, ya antigua, de plata, y con un valor de cincuenta centavos, varias anotaciones de los sermones de John Donne escritas incorrectamente, cada una de ellas en un trozo de papel fino y transparente, varios sobrecitos de cerillas de bares de Marte, una cuchara de acero inoxidable en la que se leían grabadas las siguientes palabras: «PROPIEDAD DEL KIBUTSIM NACIONAL DE MARTE», un diminuto rollo de alambre que...

Sonó, una vez más, el aparato de comunicación interior.

—Señor McClane, siento mucho molestarle, pero sucede algo raro. Quizá fuese mejor que viniese usted un momento. Quail está ahora bajo efectos sedantes; reaccionó bien bajo la narquidrina; está completamente inconsciente, pero...

—Voy ahora mismo.

Intuyendo alguna dificultad seria, McClane abandonó su despacho. Un momento después aparecía en la zona de trabajo.

Sobre una cama higiénica yacía Douglas Quail, respirando lenta y regularmente, con los ojos cerrados; parecía enterarse muy débilmente —sólo débilmente— de la presencia de los dos técnicos y del propio McClane.

—¿No hay espacio para insertar falsos modelos de memoria? —interrogó McClane, con irritación—. Será suficiente recurrir a dos semanas de trabajo; está empleado en la oficina de Emigración de la Costa Occidental, que es una agencia del Gobierno, y debido a ello, indudablemente durante el año pasado habrá disfrutado de dos semanas de vacaciones. Repito que con eso será suficiente.

Los detalles menudos siempre molestaban a McClane.

—Nuestro problema —dijo Lowe— es algo muy diferente. —Se inclinó sobre la cama y dijo a Quail—: Repítale al señor McClane lo que acaba de contarnos.

Los ojos grises del hombre que yacía boca arriba sobre la cama miraron al rostro de McClane. Éste los observó con atención. La expresión se había endurecido y tenían un aspecto inorgánico, pulido, como piedras semipreciosas. McClane no estaba muy seguro que le gustase lo que estaba viendo. Aquel brillo de los ojos era demasiado frío.

—¿Qué desea usted ahora? —preguntó Quail, ásperamente—. Salgan de aquí antes que los destroce a todos.

Estudió detenidamente a McClane y añadió:

—Especialmente usted. Sí, está usted a cargo de esta operación de contraespionaje.

Lowe dijo:

—¿Cuánto tiempo ha estado usted en Marte?

—Un mes —respondió Quail, con el mismo tono.

—¿Y cuál fue su propósito al ir allí? —exigió Lowe.

Los delgados labios de Quail se retorcieron un tanto, pero no habló. Finalmente, arrastrando las palabras hasta lograr que sonaran con evidente acento de hostilidad, dijo:

—Agente de Interplan. Ya se lo he dicho. ¿No graba usted todo cuanto se habla? Ponga en marcha esa cinta grabada para que la escuche su jefe y déjeme tranquilo.

Cerró los ojos. La dureza de las pupilas se esfumó.

McClane se sintió inmediatamente aliviado.

Lowe dijo calmosamente:

—Éste es un hombre duro, señor McClane.

—No lo será —respondió McClane—. No lo será cuando de nuevo dispongamos que pierda su eslabón de memoria. Se mostrará tan dócil como antes.

Luego añadió, dirigiéndose a Quail:

—¿De manera que *ésa* era la razón por la que tanto ansiaba ir a Marte?

Sin abrir los ojos, Quail respondió:

—Nunca quise ir a Marte. Me destinaron y no tuve más remedio que ir. Confieso que sentía curiosidad por ir. ¿Quién no la hubiese sentido?

De nuevo abrió los ojos y miró a los tres hombres, en particular a McClane. Luego, murmuró:

—Buen suero de la verdad éste que usted tiene aquí. Me ha hecho recordar cosas que había olvidado completamente.

Hubo un silencio y luego murmuró, como si hablara para sí:

—¿Y Kirsten? ¿Estaría complicada en todo esto? Un contacto de Interplan vigilándome..., para tener la seguridad que yo no recuperase la memoria..., ¿podría ser? No me extraña que se burlara tanto de mis deseos de ir allá.

Muy débilmente, Quail sonrió. La sonrisa más bien de comprensión, se desvaneció casi inmediatamente.

McClane dijo:

—Por favor, créame, señor Quail; hemos tropezado con esto completamente por accidente. En el trabajo que realizamos...

—Le creo —respondió Quail.

Este último parecía cansado. La droga continuaba profundizando más y más en él.

—¿Dónde dije que había estado? —interrogó—. ¿Marte? Es difícil recordar. Sé que me gustaría haberlo visto; y creo que también le gustaría a todo el mundo. Pero yo...

Su voz se debilitó extraordinariamente, y musitó:

—...Yo, un simple empleado, un empleado que no sirve para nada...

Incorporándose, Lowe dijo a su superior:

—Desea un falso recuerdo que corresponde a un viaje que realmente ha hecho. Y una razón falsa que es la verdadera razón. Está diciendo la verdad; está muy sumido en la narquidrina. El viaje aparece muy vívido en su mente, al menos bajo el efecto de los

sedantes. Pero aparentemente no puede recordarlo en estado de vigilia. Alguien, probablemente en los laboratorios de ciencias militares del Gobierno, borró sus recuerdos conscientes; todo cuanto sabía era que ir a Marte significaba para él algo especial, lo mismo que ser agente secreto. Eso no pudieron borrarlo; no es un recuerdo sino un deseo, indudablemente el mismo que le impulsó a presentarse voluntario para tal destino.

El otro técnico, Keeler, dijo a McClane:

—¿Qué hacemos? ¿Injertar un modelo de falso recuerdo sobre el verdadero? No se puede predecir cuáles serán los resultados. Podría recordar parte del verdadero viaje, y la confusión producir un intervalo psicopático. Se vería obligado a retener dos sujetos opuestos en su mente y hacerlo simultáneamente: que fue a Marte y que no fue. Que es un auténtico agente de Interplan y que no lo es... Creo que debemos despertarlo sin realizar ninguna implantación de falso recuerdo y sacarlo de aquí. Esto es un hierro candente.

—De acuerdo —respondió McClane.

Al asentir a la propuesta de Keeler se le ocurrió otra idea y preguntó:

—¿Pueden ustedes predecir qué es lo que recordará cuando salga del estado de estupor?

—Imposible de predecir —respondió Lowe—. Probablemente albergue, a partir de ahora, algún débil recuerdo de su verdadero viaje, y también es muy probable que tenga serias dudas sobre su veracidad. Quizá decida que en nuestra programación hubo un fallo. También podría recordar haber venido aquí; esto podría borrarse si usted lo desea.

—Cuanto menos nos relacionemos con este hombre, mejor —dijo McClane—. No debemos jugar con esto. Ya hemos sido lo suficientemente estúpidos, o infortunados, como para descubrir a un auténtico espía de Interplan, tan perfectamente camuflado que ni siquiera él mismo sabía quién era..., o, más bien, quién es.

Cuanto antes se desembarazasen de aquel individuo que se hacía llamar Douglas Quail, sería mejor.

—¿Piensa usted instalar los paquetes Tres y Sesenta y dos en su alojamiento? —preguntó Lowe.

—No —dijo McClane—. Y vamos a devolverle la mitad de los honorarios cobrados.

—¡La mitad! ¿Por qué la mitad?

McClane respondió débilmente:

—Opino que es un buen arreglo.

Cuando el coche llegó a su residencia, situada en un extremo de Chicago, Douglas Quail se dijo a sí mismo que, sin duda alguna, era una buena cosa haber regresado a la Tierra.

El largo período de estancia de un mes en Marte ya había comenzado a difuminarse en su memoria; sólo le quedaba una vaga imagen de los profundos cráteres, la omnipresente erosión de las colinas, de la vitalidad, del movimiento mismo. Un mundo de polvo donde pocas cosas ocurrían, un mundo en el que buena parte del día era preciso pasarlo comprobando una y otra vez las reservas de oxígeno. También recordaba las formas de vida, los modestos cactus color gris marrón y los gusanos.

De hecho había traído de Marte varios ejemplares moribundos de la fauna de aquel planeta; los había pasado de contrabando por las aduanas. Después de todo, no constituían ninguna amenaza; no podían sobrevivir en la densa atmósfera de la Tierra.

Introdujo una mano en el bolsillo en busca del pequeño estuche que contenía los gusanos, pero en su lugar extrajo un sobre.

Al abrirlo descubrió, perplejo, que contenía quinientas setenta cartulinas de crédito en forma de billetes de bajo valor.

«¿De dónde ha salido esto? —se preguntó a sí mismo—. ¿Acaso no gasté en el viaje hasta la última moneda que poseía?»

Junto con el dinero había una hoja de papel marcada con las palabras: *Retenida la mitad de los honorarios* y firmaba *McClane*. La fecha era la del día.

—Recuerda —dijo Quail, en voz alta.

—¿Recordar qué, señor o señora? —inquirió respetuosamente el conductor-robot del taxi.

—¿Tiene una guía telefónica? —preguntó Quail.

—Desde luego que sí, señor o señora.

Se abrió un pequeño compartimiento, y de su interior se deslizó una diminuta guía telefónica de Cook County.

—La redacción de esta guía es extraña —comentó Quail, al hojearla en sus páginas amarillas.

Sintió cierto temor. Hizo un esfuerzo para disimularlo, y luego dijo:

—Aquí está. Lléveme a Rekal, Incorporated. He cambiado de idea, ya no quiero ir a casa.

—Sí, señor o señora —respondió el robot.

Un momento después, el taxi se lanzaba en dirección opuesta.

—¿Puedo usar su teléfono? —preguntó Quail.

—Con sumo placer —dijo el robot, presentándole un lujoso teléfono con tridivisión en color, completamente nuevo.

Quail marcó el número de su vivienda. Y tras una breve pausa, vio la imagen en miniatura, pero muy auténtica, de Kirsten en la pequeña pantalla del aparato.

—Estuve en Marte —le dijo.

—Estás borracho, o algo peor —replicó ella, retorciendo los labios irónicamente.

—Te estoy diciendo la verdad.

—¿Cuándo? —preguntó Kirsten.

—No lo sé —dijo Quail, realmente confuso—. Creo que fue un viaje simulado. Por medio de un sistema de memorias extrarreales o como diablos se llame. Pero no tuvo resultado.

Kirsten dijo de nuevo:

—Estás borracho.

E inmediatamente colgó.

Quail lo hizo a continuación, sintiendo que se sonrojaba. «Siempre el mismo tono», se dijo a sí mismo éneo erizado. Siempre las mismas recriminaciones como si ella lo supiese todo y él nada. «¡Qué matrimonio!», pensó amargado.

Un momento más tarde, el taxi se detuvo junto a la acera de un edificio color rosa, pequeño, y muy atractivo. Un rótulo policromo de neón decía: Rekal, Incorporated.

La elegante recepcionista se sorprendió al principio pero acto seguido se dominó para saludar:

—¡Hola, señor Quail! ¿Cómo está usted? ¿Olvidó alguna cosa?

—El resto de los honorarios que aboné.

Más compuesta ya, la recepcionista dijo:

—¿Honorarios? Creo que se equivoca, señor Quail. Estuvo usted aquí discutiendo la posibilidad de la realización de un viaje, pero...

La muchacha se encogió de hombros y añadió, tras breve pausa:

—Tal y como tengo entendido, ese viaje no tuvo lugar.

Quail respondió:

—Lo recuerdo todo muy bien, señorita. Mi carta a Rekal, que inició todo este asunto. Recuerdo mi llegada aquí y mi visita al señor McClane. Y recuerdo, asimismo, cómo los dos técnicos de laboratorio me llevaron del despacho para administrarme una droga.

No tenía nada de extraño que la firma le hubiese devuelto la mitad de la cantidad desembolsada. No había dado resultado el falso recuerdo de su viaje a Marte, al menos no completamente, como se lo habían asegurado.

—Señor Quail —dijo la muchacha—, aunque sea usted un empleado de poca importancia es usted un hombre de buen ver, y cuando se indigna estropea sus facciones. Si se sintiera usted mejor, yo podría..., bien, podría permitirle que me llevara a algún sitio.

Quail se puso furioso.

—La recuerdo a usted muy bien —dijo con tono de indignación—. Y recuerdo que el señor McClane me prometió que si recordaba mi visita a Rekal, Incorporated me devolverían mi dinero en su totalidad. ¿Dónde está el señor McClane?

Tras una demora, probablemente tan larga como pudieron lograr, el señor Quail se encontró nuevamente sentado ante la impresionante mesa de despacho, exactamente como lo había estado una hora antes aquel mismo día.

—Poseen ustedes una maravillosa técnica —dijo Quail, sardónicamente con enorme resentimiento—. Mis llamados *recuerdos* de un viaje a Marte como agente secreto de Interplan son vagos y confusos, aparte de estar llenos de contradicciones. Y recuerdo claramente el trato que hice aquí con ustedes. Debería llevar este caso a la Oficina de Mejores Negocios.

En aquellos momentos, Quail ardía de indignación. La sensación de haber sido engañado le abrumaba y había vencido su acostumbrada aversión a discutir abiertamente.

Con gran cautela, McClane dijo:

—Capitulamos, Quail. Le devolveremos el resto de sus honorarios. Admito que no hemos hecho nada en absoluto por usted.

El tono de las últimas palabras de McClane era de resignación.

Quail dijo, con tono acusador:

—Ni siquiera me han proporcionado los diversos objetos que, según ustedes, demostrarían mi estancia en Marte. Toda esa comedia que me contaron no llegó a materializarse en nada. Ni siquiera un billete de viaje. Ninguna postal. Ni pasaporte. Ningún certificado de vacuna, nada...

—Escuche, Quail —dijo McClane—. Supongamos que le digo...

McClane se detuvo repentinamente y añadió, al cabo de un breve silencio:

—Bien, dejémoslo así.

Hizo presión sobre el botón de la comunicación interior y añadió:

—Shirley, por favor, ¿quiere usted preparar un cheque por valor de quinientos setenta para el señor Quail? Gracias.

Luego miró nuevamente a Quail.

Inmediatamente llegó el cheque; la recepcionista lo dejó ante McClane y, una vez más, desapareció, dejando solos a los dos hombres que continuaban mirándose fijamente desde ambos lados de la impresionante mesa de despacho.

—Permítame advertirle algo —dijo McClane, al firmar el cheque y entregárselo—. No hable con nadie sobre su..., bien..., sobre su reciente viaje a Marte.

—¿Qué viaje?

—Bien, me refiero al viaje que ha hecho usted parcialmente. Actúe como si no lo recordara. Simule que jamás tuvo lugar. No me pregunte por qué, pero acepte mi consejo; será mejor para todos nosotros.

McClane había comenzado a sudar abundantemente. Hubo otra pausa de silencio, y añadió:

—Y ahora, señor Quail, tengo que trabajar con otros clientes, ¿comprende?

Se puso en pie y acompañó a Quail hasta la puerta.

Quail dijo al abrirla:

—Una firma que trabaja tan deficientemente no debería tener ningún cliente.

Acto seguido cerró la puerta a su espalda.

De camino hacia casa en el taxi, Quail reflexionó sobre la redacción de la carta que dirigiría a la Oficina de Mejores Negocios, División de la Tierra. Tan pronto como tomase asiento ante su máquina de escribir lo haría; era su deber advertir a otras personas para que se alejaran de Rekal, Incorporated.

Cuando llegó a su alojamiento, se sentó ante su máquina de escribir portátil, abrió los cajones y comenzó a buscar papel carbón, hasta que se dio cuenta de la presencia de una caja familiar. Una caja que él había llenado cuidadosamente en Marte con fauna marciana, y más tarde la había pasado de contrabando por las aduanas.

Al abrir la caja vio, sin acabar de creerlo, seis gusanos muertos y ciertas variedades de vida unicelular con las que se alimentaban los gusanos marcianos. Los protozoos estaban secos, casi hechos polvo, pero los reconoció inmediatamente; le había costado un día de trabajo recogerlos entre las grandes rocas de color oscuro. Recordaba que había sido un maravilloso viaje de descubrimientos.

«Pero yo no he ido a Marte», se dijo a sí mismo.

Sin embargo, por otra parte...

Se presentó Kirsten en la puerta de la habitación cargada con una cierta cantidad de verduras.

—¿Cómo es que estás en casa a estas horas?

La voz de la esposa, con su eterno y monótono tono de acusación.

—*¿Fui yo a Marte?* —preguntó Quail—. Tú debes saberlo.

—No, por supuesto que no has ido a Marte y también *tú* deberías saberlo. ¿Acaso no estás siempre diciendo que deseas ir?

Quail dijo:

—Te aseguro que creo que he ido ya.

Hubo un silencio, y Quail añadió luego:

—Y a la vez, creo que no fui.

—Decídete entre una cosa u otra.

—¿Cómo puedo hacerlo? —interrogó Quail, con una extraña mueca—. Los dos recuerdos están firmemente grabados en mi mente; uno es real y el otro no, pero no puedo diferenciar cuál es el auténtico y cuál es el falso. ¿Por qué no puedo confiar en ti? Tú les importas muy poco.

Su esposa podía hacer, al menos, aquello por él..., aunque en lo sucesivo no volviese a hacer ya nada en su beneficio.

Kirsten dijo con voz monótona y controlada:

—Doug, si no vuelves a ser una persona normal, hemos terminado. Voy a dejarte.

—Estoy en apuros —replicó Quail, con voz un tanto ronca—. Probablemente me encamino hacia un estado psicopático. Espero que no, pero puede que así sea. De todas maneras, eso lo explicaría todo.

Depositando en el suelo la cesta de las verduras, Kirsten caminó hacia el armario.

—No estaba bromeando —dijo con suma calma.

Sacó del armario un abrigo, se lo puso, y regresó hasta la puerta para añadir:

—Te telefonearé uno de estos días. Ésta es mi despedida, Doug. Espero que salgas pronto de todo esto. Realmente, lo deseo por tu bien.

—¡Espera! —exclamó desesperadamente Quail—. Solamente dímelo para estar seguro. Dime si fui o no..., dime cuál de mis dos recuerdos es el verdadero, el real...

Al pronunciar estas últimas palabras, se dio cuenta que también podían haber alterado los canales de su memoria.

La puerta se cerró. ¡Finalmente, su esposa se había ido!

Una voz dijo a sus espaldas:

—Bien, todo ha terminado. Ahora levante las manos, Quail. Y por favor, dé media vuelta para mirar hacia aquí.

Quail se volvió instintivamente sin alzar las manos.

El hombre que se hallaba frente a él vestía el uniforme color ciruela de la agencia policíaca Interplan, y su pistola parecía ser un modelo de las Naciones Unidas. Por alguna razón, aquel rostro era familiar a Quail; familiar en una forma borrosa que no acababa de localizar. Sin embargo, nerviosamente, alzó ambas manos.

—Usted recuerda su viaje a Marte —dijo el policía—. Conocemos todos sus actos de hoy y todos sus pensamientos..., en particular sus importantes pensamientos en el recorrido que hizo desde su casa hasta Rekal, Incorporated. Tenemos un teletransmisor en el interior de su cerebro que nos mantiene constantemente informados.

Un transmisor telepático, aplicación del plasma vivo que se había descubierto en la Luna. Quail sintió un estremecimiento de aversión. Aquella cosa vivía dentro de él, en el interior de su propio cerebro, alimentándose, escuchando, alimentándose... Pero la policía Interplan usaba aquel procedimiento. Por lo tanto, era probablemente cierto, por muy deprimente que resultara.

—¿Por qué a mí? —interrogó Quail, roncamente. ¿Qué era lo que él había hecho..., o pensado? ¿Y qué tenía que ver todo aquello con Rekal, Incorporated?

—Fundamentalmente —dijo el policía de Interplan—, esto nada tiene que ver con Rekal; es más bien un asunto entre usted y nosotros.

El policía señaló hacia uno de sus oídos y añadió:

—Todavía estoy recogiendo sus procesos mentales mediante su transmisor telepático.

Quail se fijó en que el hombre llevaba en uno de sus oídos una especie de enchufe blanco de plástico. El policía continuó:

—De manera que debo advertirle que cualquier cosa que piense podrá emplearse contra usted.

El hombre sonrió. Hubo una larga pausa de silencio. Luego, siguió hablando:

—No es que ahora importen mucho ciertas cosas. Lo que sí es molesto es que, bajo los efectos de la narquidrina, en Rekal, Incorporated usted relató ante los técnicos y el propietario, el señor McClane, detalles de su viaje, adónde fue usted, para quién, y algunas de las cosas que hizo. Los dos técnicos y el señor McClane estaban muy atemorizados. Deseaban no haberle visto jamás...

Nueva pausa de silencio, y el policía concluyó:

—Y tienen razón.

Quail dijo:

—Yo no hice jamás ningún viaje. Se trata solamente de un falso recuerdo implantado en mí por los técnicos de McClane.

Pero inmediatamente pensó en la caja de su mesa de despacho que contenía formas de vida marcianas. Y recordó las dificultades y molestias sufridas para recogerlas. El recuerdo parecía real. Y la caja con aquellas formas de vida sin duda alguna era auténtica. A menos que McClane la hubiese instalado allí. Quizá aquella era una de las *pruebas* que había mencionado McClane tan alegremente.

«El recuerdo de mi viaje a Marte —pensó— no me convence. Pero desgraciadamente ha convencido a la Agencia de Policía Interplan. Creen que realmente fui a Marte y suponen que al menos lo hice parcialmente.»

—No solamente sabemos que ha ido usted a Marte —añadió el policía, en respuesta a sus pensamientos—, sino también que usted recuerda bastantes cosas como para constituir un peligro para nosotros. Y no vale la pena suprimir su recuerdo de todas cosas, porque usted simplemente acudiría a Rekal, Incorporated otra vez y reanudaría el experimento. Y tampoco podemos hacer nada contra McClane y su sistema porque no tenemos jurisdicción sobre nadie, excepto sobre nuestra propia gente. De todas maneras, McClane no ha cometido ningún delito.

El policía hizo otra de sus habituales pausas y añadió, tras mirar fijamente a Quail:

—Ni técnicamente, usted tampoco. Usted acudió a Rekal, Incorporated con la idea de recuperar la memoria. Usted fue allí, y así lo consideramos, por las mismas razones que acude el resto de la gente..., gentes con vidas monótonas y oscuras: el ansia de aventura. Pero desgraciadamente, la vida de usted no ha sido ni monótona ni oscura, y ya ha disfrutado demasiadas emociones; la última cosa que necesitaba usted en este mundo era un tratamiento de Rekal, Incorporated. Nada hubiese podido ser más fatídico para usted o para nosotros. Y en realidad, también para McClane.

Quail preguntó:

—¿Por qué es peligroso para ustedes que yo recuerde mi viaje..., mi supuesto viaje, lo que yo hice allí?

—Porque lo que usted hizo —respondió el policía de Interplan— no está de acuerdo con nuestra intachable imagen pública paternal y protectora. Usted hizo, por nosotros, lo que nosotros jamás hacemos. Como usted recordará, gracias a la narquidrina. Esa caja de gusanos muertos y algas está en su mesa de despacho desde hace seis meses, desde que usted regresó. Y en ningún momento mostró usted la menor curiosidad hacia ella. Ni siquiera sabíamos que la tenía hasta que usted la recordó cuando se dirigía a casa desde Rekal; entonces vinimos aquí a buscarla... Vinimos dos por ella.

Otro silencio y el policía añadió innecesariamente:

—Sin suerte; no había tiempo suficiente.

Un segundo policía de Interplan se unió al primero; los dos conferenciaron brevemente. Mientras tanto, Quail pensó rápidamente. En aquel instante recordaba más cosas. El policía tenía razón acerca de la narquidrina. Ellos, Interplan, probablemente también la usaban. ¿Probablemente? Estaba seguro que sí lo hacían. Había visto cómo se la administraban a un detenido. ¿Dónde había ocurrido tal cosa? ¿En algún lugar de la Tierra? Decidió que más probablemente en la Luna, al percibir la imagen que se perfilaba en su defectuosa memoria.

Y recordaba algo más. Las razones de *ellos* para enviarle a Marte; el trabajo que había hecho.

No tenía nada de extraño que hubiesen purgado su memoria.

—¡Oh, cielos! —exclamó el primero de los dos policías, interrumpiendo la conversación que sostenía con su compañero.

Evidentemente, acababa de captar los pensamientos de Quail.

—Bien, ahora el problema es mucho peor, mucho peor de lo que hubiésemos pensado.

Avanzó hacia Quail apuntándole con la pistola.

—Tenemos que matarle —dijo—. Y ahora mismo.

Nerviosamente, su compañero dijo:

—¿Por qué ahora mismo? ¿Acaso no podemos enviarle a Interplan de Nueva York y dejar que allí...?

—*Él* ya sabe perfectamente por qué tiene que ser ahora mismo —dijo el primer policía.

El hombre también parecía sentirse muy nervioso, pero Quail se daba cuenta que se debía a una razón muy diferente. Su memoria había vuelto a él casi repentinamente. Y por tal razón, entendía el nerviosismo del policía.

—En Marte maté a un hombre —dijo Quail—. Tras haberme desembarazado de quince guardaespaldas. Algunos de ellos armados con pistolas especiales, como lo están ustedes.

Quail había sido entrenado durante un período de cinco años por Interplan para convertirse en un asesino. Un asesino profesional. Conocía varias formas de desembarazarse de cualquier adversario armado..., como aquellos dos agentes de la policía, y el que mostraba el diminuto audífono también lo sabía.

Si se movía con suficiente rapidez...

La pistola disparó. Pero Quail ya se había movido hacia un lado, décimas de segundo antes, y al mismo tiempo había derribado al agente mediante un golpe de kárate aplicado a la garganta con la velocidad del relámpago. En un instante se apoderó de su pistola y apuntó al otro agente, que se mostraba enormemente sorprendido.

—Captó mis pensamientos —dijo Quail, jadeando con vehemencia—. Sabía lo que yo estaba a punto de hacer, pero aun así, lo hice.

Medio tendido en el suelo, el agente golpeado murmuró:

—No usará esa pistola contra ti, Sam; acabo de captar ese pensamiento suyo. Sabe que está acabado y no ignora que nosotros lo sabemos. Vamos, Quail...

Trabajosamente, lanzando algunos gruñidos de dolor, el agente se puso en pie. Luego, extendió una mano.

—La pistola —dijo a Quail—. No puede usted usarla, y si me la entrega, prometo no matarle; será usted juzgado ante un tribunal, y alguien que ocupe un alto puesto en Interplan decidirá. Así, no lo haré yo... Puede que borren su memoria una vez más. No lo sé. Pero ya sabe usted por qué iba a matarle; no podía evitar que usted recordara cosas. De manera que, en cierto modo, mis razones para matarle ya son cosa del pasado.

Quail, sin soltar el arma, salió corriendo de la habitación, dirigiéndose al ascensor. «Si ustedes me siguen —pensó—, los mataré.» Los agentes no lo hicieron. Oprimió el botón del ascensor y se abrieron las puertas.

Inmediatamente se dio cuenta que los policías no le habían seguido. Evidentemente, habían captado sus pensamientos y decidían no correr riesgos.

El ascensor, al sentir su peso, descendió. Había escapado..., por el momento. Pero, ¿qué sucedería a continuación? ¿Dónde podría ir?

El ascensor llegó a la planta baja; un momento más tarde, Quail se unía a la multitud de peatones que caminaban apresuradamente por los canales especiales de las calzadas. Le dolía la cabeza y se sentía enfermo. Pero al menos había evitado la muerte; casi le habían asesinado en su propia casa.

Pensó que, probablemente, lo intentarían de nuevo. «Cuando me encuentren», pensó. Y con aquel transmisor en su cerebro no tardarían en descubrir su paradero.

Irónicamente, había logrado lo que pidiera a Rekal, Incorporated. Aventura, peligro, policía de Interplan actuando, un viaje secreto y peligroso a Marte, en el que él se jugaba la vida. Todo cuanto había ansiado como falso recuerdo.

Ahora podían apreciarse las ventajas del hecho que aquello fuera un recuerdo, pero nada más.

A solas, en un banco del parque, reflexionó mientras contemplaba los rebaños de peatones alegres y desenfadados, unos seres semipájaros importados de las dos lunas de Marte, capaces de emprender el vuelo aun en contra de la fuerte gravedad de la Tierra.

«Puede que aún pueda regresar a Marte», pensó.

Pero, y después, ¿qué? Las cosas serían mucho peor en Marte. La organización política cuyo líder había asesinado le localizaría en el mismo momento en que descendiera de la nave; allí le perseguirían en el acto tanto *ellos* como Interplan.

«¿Pueden ustedes escuchar mis pensamientos?», se preguntó. Fácil camino hacia la paranoia; solo allí, sentado, sintió cómo le controlaban, cómo grababan sus pensamientos, cómo discutían entre ellos...

Sintió un estremecimiento, se puso en pie, y caminó sin rumbo, con ambas manos metidas en los bolsillos. Se daba cuenta que no tenía la menor importancia el lugar adonde pudiese ir. «Siempre estarán conmigo —pensó— mientras tenga dentro de mi cabeza este dispositivo.»

«Haré un trato con ustedes —pensó para sí y para ellos—. ¿No pueden implantar un falso recuerdo en mí otra vez, como lo hicieron antes, para vivir una vida rutinaria olvidando que alguna vez estuve en Marte? ¿Algo que asimismo me haga olvidar totalmente haber visto un uniforme de Interplan y haber sostenido en la mano una pistola?»

Una voz dentro de su cerebro respondió: «Como ya se le ha explicado cuidadosamente a usted, eso no sería suficiente».

Asombrado, Quail se detuvo.

«Nos comunicamos antiguamente con usted en esta forma —continuó diciendo la voz— cuando estaba usted operando en el campo, en Marte. Han pasado meses desde que lo hicimos por última vez; pensábamos, de hecho, que jamás tendríamos que volver a hacerlo. ¿Dónde está usted?»

«Paseando —respondió Quail—. Caminando hacia mi muerte.»

Y pensó para sí: «Provocado por las pistolas de vuestros agentes.»

Luego, preguntó:

«¿Cómo pueden asegurar que no sería suficiente? ¿Acaso no tienen resultado las técnicas de Rekal?»

«Como ya hemos dicho —respondió la voz—, si se le proporcionan a usted un conjunto de recuerdos normalizados, usted se sentiría... intranquilo. Inevitablemente acudiría de nuevo a Rekal o quizá a cualquier otra firma competidora. No podemos pasar por eso dos veces.»

«Supongamos —dijo Quail— que una vez que se cancelen mis auténticos recuerdos, se implante en mí algo más completo que un recuerdo normalizado. Algo que pudiese satisfacer mis ansias. Eso ya se ha demostrado; y probablemente ésa es la razón por la que ustedes me han contratado. Pero pueden inventar algo más, algo que sea igual. Fui el hombre más rico de la Tierra, pero finalmente doné todo mi dinero a fundaciones educativas. O fui, quizá, un famoso explorador espacial. Cualquier cosa por el estilo, ¿no valdría cualquier cosa de éstas?»

Hubo un largo silencio.

«Hagan la prueba —dijo Quail, desesperadamente—. Pongan a trabajar a sus famosos psiquiatras militares; exploren mi mente. Averigüen cuál es mi sueño más ansiado.»

Quail trató de pensar.

«Mujeres —murmuró a continuación—, miles de ellas, como las tuvo don Juan. *Playboy* interplanetario... Una amante en cada ciudad de la Tierra, Luna y Marte. Y luego abandoné todo eso a causa del agotamiento. Por favor, hagan la prueba.»

«Entonces, ¿se entregaría usted voluntariamente? —preguntó la voz en el interior de su cabeza—. Si convenimos, y *es* posible, en tal solución, se entregaría?»

Tras un breve intervalo de duda, Quail respondió:

«Sí, correré el riesgo..., con la condición que ustedes no me maten.»

«Haga usted el primer movimiento —dijo la voz inmediatamente—, entréguese a nosotros e investigaremos esa línea de posibilidad. Sin embargo, si no lo podemos hacer, si sus recuerdos comienzan a surgir nuevamente como ha sucedido esta vez, entonces...»

Hubo otro silencio, y a continuación la voz concluyó:

«...Tendremos que destruirle. Esto debe usted comprenderlo. Bien, Quail, ¿todavía quiere usted probar?»

«Sí», respondió.

De lo contrario, la única alternativa en aquellos momentos era la muerte, una muerte segura. Por lo menos aceptando la prueba le quedaba una posibilidad de sobrevivir por muy débil que fuese.

«Preséntese en nuestro cuartel general de Nueva York —resumió la voz del agente de Interplan—. En el 580 de la Quinta Avenida, planta doce. Una vez que se haya entregado nuestros psiquiatras comenzarán a trabajar sobre usted. Haremos diversas clases de pruebas. Trataremos de determinar su último deseo por muy fantástico que sea, y entonces le llevaremos a Rekal y procuraremos que tal deseo se haga realidad en su mente. Y..., buena suerte. Es evidente que le debemos algo. Actuó usted muy bien para nosotros.»

El tono de voz carecía de malicia; si algo expresaba, ellos —la organización— sentían simpatía hacia él.

«Gracias», dijo Quail.

Y acto seguido comenzó a buscar un taxi-robot.

—Señor Quail —dijo el psiquiatra de Interplan, hombre de edad madura y facciones graves—, posee usted unos sueños de fantasía realmente interesantes. Probablemente son algo que ni siquiera usted mismo supone. Espero que no le molestará mucho conocerlos.

El oficial de alta graduación de Interplan que se hallaba presente dijo bruscamente:

—Será mejor que no se moleste mucho al escuchar esto, si no desea recibir un balazo.

El psiquiatra continuó:

—A diferencia de la fantasía de desear ser un agente secreto de Interplan, que, hablando relativamente, no es más que un producto de madurez, y que poseía cierto carácter factible, esta producción es un sueño grotesco de su infancia; no tiene nada de particular que usted no lo recuerde. Su fantasía es la siguiente: tiene usted nueve años de edad, y camina a solas por un sendero del campo. Una variedad, poco familiar, de nave espacial, procedente de otro sistema estelar aterriza directamente frente a usted. Nadie en la Tierra, excepto usted, la ve. Las criaturas que hay en su interior son muy pequeñas e indefensas, algo parecidas a los ratones de campo, aun cuando están intentando invadir la Tierra. Docenas de miles de otras naves semejantes están a punto de ponerse en camino, cuando esta nave de exploración dé la señal.

—Y se supone que yo debo detenerlos —dijo Quail, experimentando una sensación mezcla de diversión y disgusto—. Simplemente de un manotazo o aplastándolos con el pie.

—No —replicó el psiquiatra, pacientemente—. Usted detiene la invasión, pero no destruyendo a esos seres. En su lugar, usted muestra hacia ellos amabilidad o piedad, aunque sea por telepatía (su medio de comunicación), porque ya sabe usted a lo que han venido. Ellos nunca han recibido semejante trato por parte de un organismo vivo, y para demostrar su aprecio, pactan con usted.

Quail dijo:

—No invadirán la Tierra mientras yo viva, ¿verdad?

—Exactamente.

A continuación, el psiquiatra se dirigió al oficial de Interplan:

—Puede usted ver que encaja en su personalidad, a pesar de su falso desprecio.

—Así, simplemente con seguir viviendo —dijo Quail, con creciente sensación de placer—, simplemente con seguir viviendo, salvo a la Tierra de una invasión. Entonces, en efecto, soy el personaje más importante de la Tierra. Sin levantar un dedo siquiera.

—Evidentemente, señor —respondió el psiquiatra—. Y conste que esto es una base en su psique; ésta es una fantasía de infancia. Algo que, sin una terapia profunda y sin tratamiento de drogas, usted jamás habría recordado. Pero siempre ha existido en usted; se hallaba en estado latente, pero sin cesar jamás.

El jefe de policía se dirigió entonces a McClane, que se hallaba sentado, escuchando atentamente.

—¿Puede usted implantar un modelo de esta clase en él?

—Manejamos toda clase de fantasía que pueda existir —dijo McClane—. Francamente, he oído cosas peores que ésta. Por supuesto que podemos hacerlo. Dentro de veinticuatro horas, no habrá deseado haber salvado a la Tierra. Será algo que creerá ha sucedido realmente.

El oficial de la policía dijo.

—Entonces ya puede usted comenzar su trabajo. Como preparación previa, ya hemos borrado en él el recuerdo de su viaje a Marte.

—¿Qué viaje? —preguntó Quail.

Nadie le contestó, y así, aunque de mala gana, abandonó el asunto. Pronto se presentó un vehículo de la policía. Él, McClane y el jefe de la policía subieron y se dirigieron hacia Rekal, Incorporated.

—Será mejor que esta vez no cometa usted errores —dijo el jefe de la policía al nervioso McClane.

—No veo que haya nada que pueda salir mal —respondió McClane, sudando abundantemente—. Esto nada tiene que ver con Marte o con Interplan. Simplemente se tratará de la detención de una invasión de la Tierra procedente de otro sistema estelar.

McClane movió la cabeza, y tras una breve pausa de silencio, continuó:

—¡Cielos, qué clase de sueños!

Y tras pronunciar estas últimas palabras, se enjugó el sudor de la frente con un pañuelo.

Nadie dijo nada.

—En realidad, es conmovedor —añadió McClane.

—Pero arrogante —dijo el oficial de policía—. Porque cuando él muera volverá a presentarse la amenaza de invasión. No tiene nada de extraño que no lo recuerde; es la fantasía más grande que he oído en mi vida.

Luego, miró a Quail con expresión de desaprobación.

—¡Y pensar que hemos anotado a este hombre en nuestra nómina!

Cuando llegaron a Rekal, Incorporated, la recepcionista Shirley les recibió apresuradamente en la oficina exterior.

—Bien venido sea de nuevo, señor Quail —dijo la muchacha—. Siento mucho que anteriormente las cosas hubiesen salido mal; estoy segura que ahora todo saldrá mejor.

Todavía enjugándose el sudor de la frente con el pañuelo, McClane dijo:

—Todo saldrá mejor.

Actuando con rapidez, llamó a Lowe y a Keeler, y les siguió, a ellos y a Quail, hasta la zona de trabajo. Después regresó a su despacho en compañía de Shirley y del jefe de policía. Para esperar.

—¿Tenemos algún paquete preparado para esto, señor McClane? —preguntó Shirley, tropezando con él en su agitación y sonrojándose modestamente.

—Creo que sí.

McClane trató de recordar. Luego abandonó el intento y consultó el gráfico.

Decidió en voz alta:

—Una combinación de los paquetes Ochenta, Veinte y Seis.

De la sección de cámara abovedada que había tras su despacho extrajo los adecuados paquetes y los llevó hasta su mesa de despacho para examinarlos.

—Del Ochenta —explicó— una varilla mágica de curación, que le entregaron al cliente en cuestión, esta vez el señor Quail..., la raza de seres de otro sistema estelar. Una muestra de gratitud.

—¿Todavía surte efectos? —preguntó el oficial.

—Lo hizo en otro tiempo —respondió McClane—. Pero él, bien, la usó hace años curando aquí y allá. Ahora sólo es un objeto. Aunque la recuerde vívidamente.

McClane cloqueó con la garganta, y luego abrió el paquete Veinte.

—Documento del Secretario General de las Naciones Unidas, dándole las gracias por haber salvado a la Tierra; esto no es precisamente una cosa muy adecuada porque parte de la fantasía de Quail se basa en que nadie conoce la invasión, excepto él, pero en nombre de la verosimilitud lo incluiremos.

McClane inspeccionó el paquete Seis a continuación. ¿Qué significaba aquello? No lo recordaba; frunciendo el ceño, introdujo una mano en el interior de la bolsa de plástico, mientras que Shirley y el oficial de la policía le contemplaban con curiosidad.

—Escritura en un idioma extraño —dijo Shirley.

—Esto demuestra quiénes eran —dijo McClane— y de dónde llegaron. Se incluye un detallado mapa estelar señalando su vuelo y el sistema de origen. Por supuesto, lo han hecho *ellos* y él no sabe leerlo. Pero sí recuerda que se lo leyeron personalmente en su propia lengua.

McClane depositó los tres paquetes sobre el centro de la mesa de despacho, y añadió:

—Se debe llevar esto a la vivienda de Quail, para que cuando llegue a casa los encuentre. Y estas cosas confirmarán su fantasía. PON..., procedimiento operativo normalizado.

Luego reflexionó sobre cómo irían las operaciones de Lowe y Keeler.

Sonó el aparato de comunicación interior.

—Señor McClane, siento mucho molestarle.

Era la voz de Lowe; McClane quedó como congelado cuando la reconoció. Quedó paralizado y mudo.

—Sucede algo y sería mejor que viniese usted a supervisar la operación. Como antes, Quail reaccionó bien bajo la narquidrina, está inconsciente, relajado, y tiene buena recepción, pero...

McClane salió disparado hacia la zona de trabajo.

Sobre una cama higiénica yacía Douglas Quail respirando lentamente y con regularidad, con los ojos medio cerrados, y casi sin percibir a los que le rodeaban.

—Comenzamos a interrogarle —dijo Lowe, muy pálido— para averiguar exactamente cuándo situar el recuerdo-fantasía de haber salvado a la Tierra. Y cosa extraña...

—Me advirtieron que no lo dijera —murmuró Quail, con voz extrañamente ronca—. Ese fue el convenio. Ni siquiera se suponía que llegara a recordarlo. Pero, ¿cómo podría olvidar un suceso como aquél?

«Creo que fue difícil —reflexionó McClane—, pero lo hizo usted..., hasta ahora.»

—Incluso me entregaron una especie de pergamino, como muestra de gratitud —añadió Quail—. Lo tengo escondido en mi alojamiento. Se lo enseñaré.

McClane dijo al oficial de la policía, que le había seguido:

—Bien, le sugiero que no le maten. Si lo hacen, *ellos* regresarán.

—También me entregaron una varilla mágica para curar —añadió Quail, con los ojos totalmente cerrados—. Así fue como maté a aquel hombre en Marte. Está en mi cajón, junto con la caja de gusanos marcianos y de las plantas ya resecas.

Sin pronunciar una sola palabra, el oficial de Interplan abandonó la zona de trabajo.

«Lo mejor que podría hacer ahora sería desembarazarme de esos paquetes-prueba», se dijo a sí mismo McClane, resignadamente.

Caminó, lentamente, hacia su despacho, pensando en que, después de todo, también debía desembarazarse de aquella citación del Secretario General de las Naciones Unidas...

La verdadera citación probablemente no tardaría mucho tiempo en llegar.

Libros Tauro
http://www.LibrosTauro.com.ar